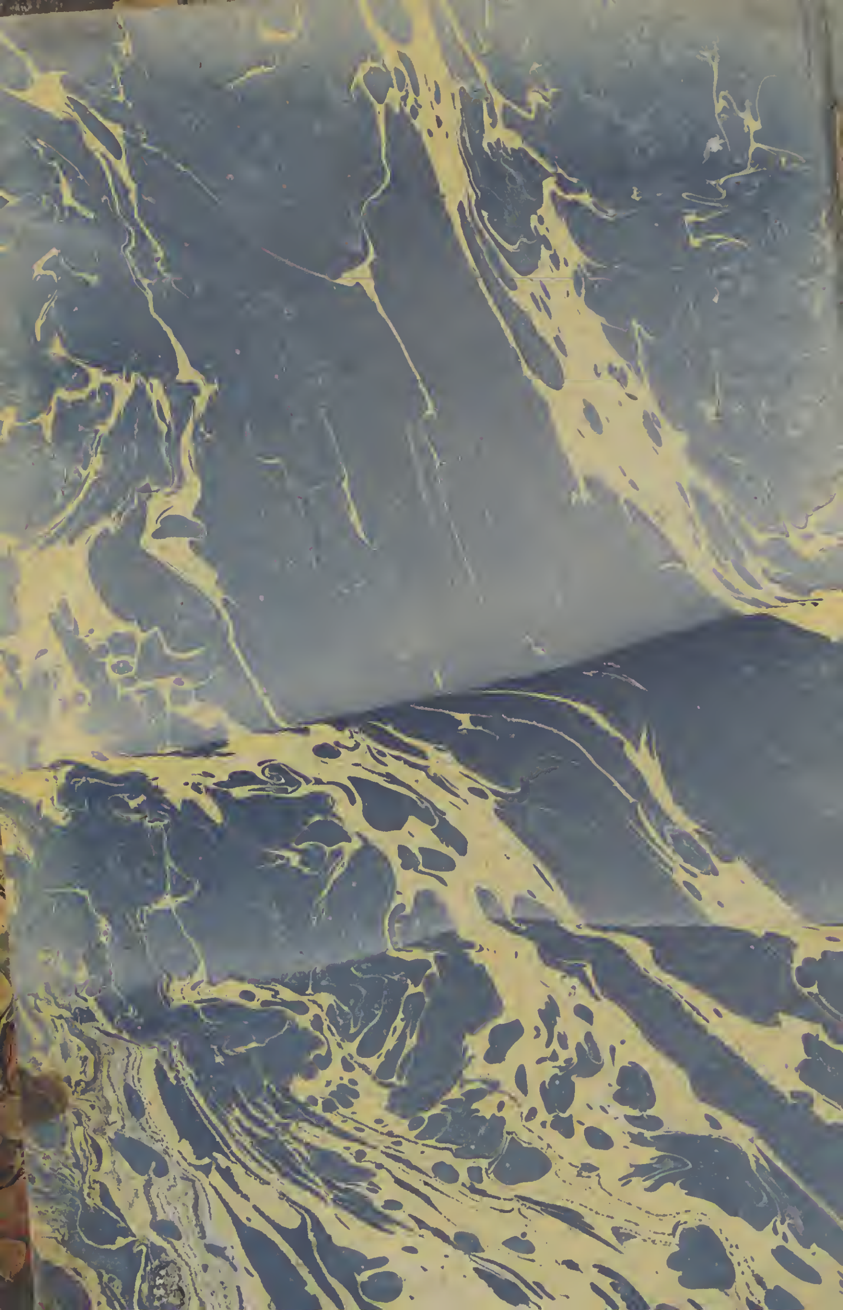
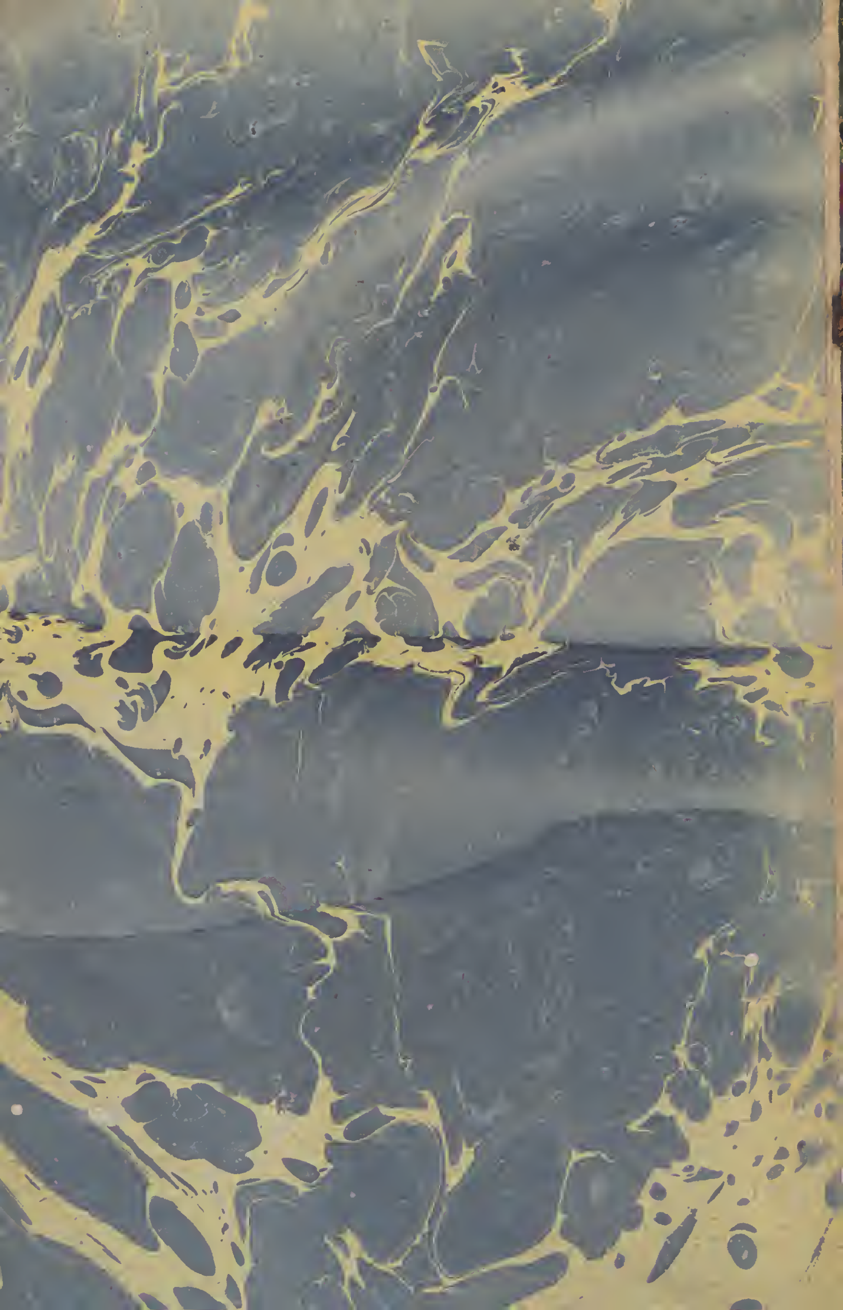






Sub 250

2ª Ch

[illegible] [illegible] Campos

TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO IV.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
1839.

ADVERTENCIA.

Una persona á quien no tiene la honra de conocer el colector de este *Teatro*, pero de cuya instruccion y mérito le han dado noticias, se ha servido dirigirle desde Sevilla una carta, de la cual, en testimonio de gratitud, publicamos el trozo que á continuacion se copia. Muy de estimar seria que cuantos supiesen algunas particularidades acerca del maestro **FRAY GABRIEL TELLEZ**, imitasen el proceder noble y desinteresado de este caballero.

Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Madrid.

Sevilla 1.º de Octubre de 1839.

Muy señor mio: cuando V........ está ocupado en la reimpresion de las bellas obras del poeta Tirso de Molina, no creo que le será inoportuna la noticia de su vida que casualmente ha venido á mis manos. Encargado de arreglar los libros de los conventos de esta ciudad, que estan depositados en la universidad, con el objeto de formar allí una biblioteca provincial, dí hace poco con un tomo en cuarto, manuscrito gruesísimo, de mano todo del padre Fray Pedro de San Cecilio, su autor, natural de Granada y comendador del orden de la Merced. El espresado tomo está rotulado: PATRIARCAS, ARZOBISPOS Y OBISPOS MERCENARIOS; Y VARIAS MATERIAS. *Refiriendo el autor religiosos célebres de su orden, pone con el número* 59:

"*Padre Presentado Fray Gabriel Tellez, natural*

(segun entiendo) de Toledo (1), *y hijo de la provincia de Castilla, insigne poeta castellano cómico y lírico, y en su tiempo de los mas célebres de España. Escribió un tomo intitulado* Deleitar aprovechando, *y en él una novela á quien llama* el Vandolero, *cuyo sugeto es San Pedro Armengol, secular y religioso. No es esta obra la que mas acredita á nuestro glorioso mártir, pues quien leyere sus cosas reducidas á novela, no hará de ellas mejor concepto que el que se suele hacer de otras novelas que corren; pero al fin él pretendió servir al santo con el genio y talento que Dios le dió, y de ello tenemos ejemplar en otras religiones de mucha suposicion. Conocí al padre Presentado Tellez en Sevilla, cuando vino de la provincia de Santo Domingo, y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual comendador el año de* 1625. *No tengo de él otra noticia."*

Este apunte inédito lo creo de sumo interés para V. (¡ójala fuese mas estenso!), y así me tomo la libertad de enviárselo, para que pueda aprovecharse de él como le plazca.

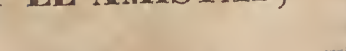
....

Juan Colon y Colon.

---

(1) *Se vé que Fray Pedro no daba con seguridad esta noticia. En efecto, el padre Tellez era natural de Madrid: así se dice en la portada de la misma obra que abajo se cita,* Deleitar aprovechando.

EL AMOR Y EL AMISTAD,



COMEDIA.

PERSONAS.

EL CONDE DE BARCELONA.
DON GUILLEN DE MONCADA.
DON GRAO.
DON GASTON.
DON GARCERÁN.
DON DALMAO.
DON HUGO. . . . . } *caballeros.*
ESTELA. . . . .
DOÑA GRACIA.
DOÑA VITORIA. . . . . } *damas.*
GILOTE, *pastor.*
GALVÁN, *criado viejo.*
Acompañamiento.

La escena es en las inmediaciones de Moncada, y en Barcelona.

ACTO PRIMERO.

Campo, y á lo lejos una sierra.

ESCENA I.

DON GUILLEN.

Alta presuncion de nieve,
pirámide de diamante,
Encélado que gigante

al primer zafir se atreve,
el sol en tus cimas bebe
espíritus de candor;
y apenas su resplandor
sale con luz pura y mansa,
cuando en tus hombros descansa,
por ser el sitial mayor.
¡Sierra augusta, opositora
del alba! tu luz admira,
pues cuando Apolo te mira,
sospecha que eres su aurora.
Pródigo tu plata dora,
cuando tú su oro plateas;
por la region te paseas,
que á Diana se avecina;
y ya ¡impresion peregrina!
asombras como recreas.
Tu cumbre que se dilata,
linde ya de las estrellas,
competir te hace con ellas,
brillando rayos de plata:
arreboles de escarlata
afeitan mas tu belleza;
título tienes de alteza,
pues en el clima español
es (con ser monarca el sol)
diadema de tu cabeza.
¡Sierra catalana! Estela,
aunque en tus faldas habita,
tus altiveces imita,
y mas que tus riscos vuela.
Como me abrasa me hiela;
que si celos son vislumbres,
la nieve usurpa á tus cumbres,
y el fuego pone mi amor:
díla que es mezclar rigor,
deleites con pesadumbres.

(Ve llegar á Estela y á don Grao, y se desvia á un lado.)

ESCENA II.

ESTELA. DON GRAO.—DON GUILLEN.

ESTELA.

La sangre que de Cardona
me ennoble en Ampurdan,
y las montañas que dan
seguridad á Girona,
me inclinan al ejercicio
de la caza, como veis;
y en una muger direis
que es libertad, si no es vicio;
pero en estas soledades
la ociosidad tal vez manda,
dando treguas á la holanda,
buscar las curiosidades,
que en el monte cada dia
halla la caza.

DON GRAO.

No siento
que en ese entretenimiento,
Estela, á imitacion mia,
divertais la voluntad,
en fé que amor no la enlaza;
que de ordinario la caza
es señal de libertad.
Siento que vuestra belleza,
en agravio de mi amor,
alimente su rigor
en esta inculta aspereza;
pues si siempre andais por ellas,
sin que yo os merezca ver,
¿qué vendreis, Estela, á hacer,
sino es una peña de ellas?

DON GUILLEN, *aparte.*

¡Estela, y don Grao aquí,
y á caza solos los dos!
No sois tan constante vos,

marquesa, como creí,
ni siempre mienten los celos;
que como en el alma viven,
su divinidad reciben,
y adivinan sus desvelos.
Siendo mi amigo, ¿me ofende
don Grao? Mas la falsedad
sostituye en la amistad,
y como hipócrita, vende
engaños disimulados.
Ya pasais á certidumbres,
sospechosas pesadumbres;
celos sois averiguados,
amorosos desconciertos.
¿No es mejor, verdad desnuda,
vivir con celos en duda,
que no con agravios ciertos?
¿Qué he de hacer para escuchar,
sin ser visto, lo que tratan?
Matas, sospechas me matan:
permitidme aquí ocultar;
satisfaré los oidos;
que celos, sombra de amores,
deben de ser malhechores,
pues andan siempre escondidos.

ESTELA.

En fin, en vuestra opinion
¿tengo fama de intratable,
por la caza deleitable
que ocupa mi inclinacion,
comparándome á las peñas
que aquesta aspereza cria?

DON GRAO.

Si andais en su compañía,
¿qué mucho que por las señas
de quien siempre os entretiene,
saque vuestra condicion?
De la comunicacion
á participarse viene
la costumbre y natural.
¿No busca su semejante
cada cosa? El que es amante,

¿no comunica su mal
con quien tiene amor? ¿No vive
con valientes el soldado?
¿con ricos el hacendado?
El que es tahur, ¿no recibe
á los de su facultad
con gusto? ¿No anda el ladron
con los de su profesion?
¿la juventud con su edad?
Hasta una cosa insensible,
si se frecuenta, transforma
en quien la trata su forma.
El sol, de luz apacible,
en la cara del pastor
sus efetos manifiesta,
pues su frecuencia la tuesta;
la nieve da su cándor
al aleman que la habita;
tiembla el que el azogue trata,
en fé que en él se retrata;
en fin, cuanto uno ejercita
convierte en naturaleza.
¿Pues qué mucho, Estela mia,
si los montes todo el dia
os enseñan su aspereza,
que en vos transformada esté?
Si esta verdad me negais,
decidme con quien andais,
y yo quien sois os diré.

DON GUILLEN, *aparte.*

No puedo bien percebir
lo que están los dos hablando.
Celos, idos acercando;
que aunque soleis trasoir,
esta vez, para mas quejas
de mi ciega voluntad,
desmentís la antigüedad,
que os pintó todos orejas.

ESTELA.

Mal, don Grao, conjeturais,
si del monte que frecuento,
con tan poco fundamento

que no tengo amor sacais;
porque antes me dan licion
sus peñas, plantas y flores,
que en la facultad de amores
eternas escuelas son.
Las peñas de su firmeza
me enseñan á ser constante:
no hay palma que no sea amante,
coronando su cabeza
de las yedras, cuyos lazos
tejen laberintos bellos;
pues si unas aumentan cuellos,
otras multiplican brazos.
Las flores, cuyos matices
labran planteles perfetos,
de amor imitan afetos,
ya prósperos, ya infelices;
y siendo sus semejanzas,
pintan con varias colores,
en lo amarillo temores,
como en lo verde esperanzas.
Si lo azul me causa celos,
lo morado me asegura;
lo blanco es voluntad pura,
si lo leonado desvelos;
y todo junto pregona,
con guirnaldas que me ofrece,
que al que amando permanece,
la posesion le corona:
y así estos montes, de adonde
conjeturais mi desden,
me enseñan á querer bien.

DON GUILLEN, *aparte.*

Que le quiere bien responde;
y aunque cual ó cual razon
atento en mi daño, noto,
(pues como de papel roto,
cláusulas sin orden son
las que inquietan mi deseo)
en agravio de mi amor,
cual versos en borrador,
desengaños deletreo.

DON GRAO.

En fin, ¿quereis bien?

ESTELA.

Secreto
estuvo hasta aquí mi gusto,
porque conservarle gusto
con el silencio discreto;
mas ya el callar será agravio
de mi amante y la lealtad
que debeis á su amistad;
pues siendo tan noble y sabio,
estoy cierta dejareis
intentos que, como os digo,
son contra el mayor amigo
que en Cataluña teneis.

DON GRAO.

¡Válgame Dios! segun eso
de don Guillen de Moncada,
Estela, sois prenda amada.

ESTELA.

Si es amar no tener seso,
loca estoy por don Guillen.

DON GUILLEN, *aparte.*

Los dos nombrándome están.
Celos de don Grao serán,
los que, queriéndose bien,
á mi nombre obsequias hacen.

DON GRAO.

Ignorante le he ofendido;
mas crüel amigo ha sido;
pues si á solas satisfacen
los que lo son sus cuidados,
dándose de su aficion
recíproca informacion,
y no hay casos reservados
en la amistad verdadera,
la mia está defraudada,
pues nunca me ha dicho nada.

ESTELA.

La misma queja pudiera
formar de vos don Guillen,
pues tambien está ignorante,

don Grao, de que sois mi amante.

DON GRAO.

Há poco que os quiero bien.
Pero, en fin, ¿el verle pobre,
por ser pródigo cortés,
no os muda?

ESTELA.

Aunque el interés
nombre impropio de amor cobre,
no es interesable el mio:
ya os digo que el monte y prado
licion á mi amor han dado.
Mirad ese arroyo frio
que ronda estas flores bellas,
cuyas aguas lenguas se hacen,
y solo se satisfacen
en que se miran en ellas.
Estos olmos, siempre presos
de estas parras que los miden,
¿qué premios á su amor piden,
sino es abrazos y besos?
Estas aves que acrecientan
su amorosa ostentacion,
en fé que amor es union,
con unirse se contentan.
Entre aquestas soledades
los brutos que amar pretenden,
voluntades solas venden
á precio de voluntades.
Y esto mi amor satisfaga,
pues rico el amante está
que un alma por otra da,
si amor con amor se paga.

DON GUILLEN, *aparte.*

Amor por amor le pide,
voluntad por voluntad:
¡ay vidrio del amistad!
quebrarcisos si no impide
mi presencia la ocasion
que os tiene para romper.
¡O amor, vidrio en la muger!
¡Qué necia satisfaccion

tiene quien se fia de vos!
Vidrio el amor y amistad,
y á golpes de voluntad,
¿qué vá que os quebrais los dos?

DON GRAO.

A firmeza tan constante
amor alabanzas dé:
ya, Estela hermosa, os amé;
y si he ofendido ignorante
la amistad que á don Guillen
debo, con envidia honrada
una bella retirada
mis deseos nobles den,
y su ventura celebre
quien vuestra firmeza amó;
pues en vos mi amigo halló
un vidrio que no se quiebre,
una caña firme al viento,
un mar sin temer mudanza,
una segura esperanza
á pruebas del sufrimiento,
una belleza invencible
á la riqueza, y poder,
y una constante muger,
que es el mayor imposible.
Que yo, aprendiendo de vos,
de tanto valor testigo,
si no amante, seré amigo
verdadero de los dos;
sin que baste adversidad
á contrastar mi valor,
emulando á vuestro amor
las leyes de mi amistad.
Con deseo mas perfeto,
ya, mi Estela, os quiero bien:
alma soy de don Guillen;
la amistad hizo este efeto.
Como alma suya intereso
la dicha que me ha cabido,
y en su nombre, agradecido
esta mano hermosa os beso.

(*Bésasela.*)

Quejas de haberme callado
el quereros voy á dalle,
y en ellas á ponderalle
el valor que en vos he hallado;
que aunque las llamas mitigo
de mi amor, de aquí adelante
os adoraré, no amante,
sino dama de mi amigo. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GUILLEN. ESTELA.

DON GUILLEN, *aparte.*

Selló su amor con los labios
en el mudable papel
de su mano, y firmó en él
su traicion, y mis agravios.
Celos, ¿de qué sirve hacer
informaciones, ocultos,
de averiguados insultos,
que agora acabais de ver?
Salid; que ya es cobardía
el callar y el esconderos.
¡Ay amigos lisonjeros!

(*Adelántase hácia Estela.*)

ESTELA.

¡Don Guillen del alma mia!

DON GUILLEN.

¿Del alma tuya? ¡y amparas,
mudable, en ella á un traidor!
¡Qué de almas tiene tu amor!
y su amistad ¡qué de caras!
¡Qué de ojos mis desengaños!
su fé ¡qué de falsedades!
mis celos ¡qué de verdades!
¡qué de esperiencias mis daños!
Mi recelo, ya no vano,
con el hurto te ha cogido
en las manos, si no ha sido

con sus labios en tu mano.
No dirás que son antojos
los que acreditando quejas,
dan celos á mis orejas,
y certidumbre á mis ojos;
pues cuando negar intentes
verdades que el alma toca,
en tu mano ví una boca,
con que te diré que mientes.
Goza á don Grao, en castigo
de tu belleza inconstante;
que mal será fiel amante
quien ha sido falso amigo.
Marquesa de Miraval
eres, y él conde de Ampurias;
y ansí tu interés injurias,
si no adoras á tu igual.
Cuando comenzaste á amarme,
era poderoso yo;
la amistad me empobreció,
quizá por eternizarme.
Socorros de don Ramon,
del conde de Barcelona
perseguido, que pregona
nuestra amistad por traicion,
mi hacienda, mas no mi fama
han gastado; y quien leal
con su amigo es liberal,
pudiera obligar su dama
á que estimara su amor;
mas don Grao el tuyo entable;
que él falso, tú interesable,
liviana tú, y él traidor,
que os ameis permite Dios,
porque siendo su muger,
no echeis, ingrata, á perder
mas de una casa los dos.
Yo procuraré sanar,
desengañado y corrido,
del amor que te he tenido,
aunque me haya de costar
la vida el romper sus lazos:

tu memoria saldrá, aleve,
aunque al sacarla se lleve
el alma trás tí en pedazos;
y mientras á don Grao quieres,
haré á los tiempos testigos
de la fé de los amigos,
y lealtad de las mugeres.
(*Quiere irse.*)

ESTELA.

Oye, espera.

DON GUILLEN.

¿Qué esperanza
me puedes dar, que presuma
firmeza en papel, en pluma,
en humo, en sombra, en mudanza?
En vano disculpas piensas,
por mas que me persüades.—
Suelta; que el negar verdades,
es multiplicar ofensas.

ESTELA.

Déjate satisfacer;
que quien cargos manifiesta,
y no aguarda la respuesta,
mal pleito debe tener.
Y no esperes argumentos,
que desmientan tus malicias
con lágrimas, con caricias,
con ruegos, con juramentos,
pidiendo á tus celos paces
para aplacar su furor,
que son hereges de amor,
y pecan de contumaces;
porque con desprecio igual
pienso hacerlos mas humanos;
que en fin, celos y villanos,
siempre se llevan por mal.
Al tiempo, que es buen testigo,
y acreditado por viejo,
la lealtad de mi amor dejo,
y la opinion de tu amigo;
y á la opinion solo paso
con que injurias mis desvelos,

si de locos y de celos
es cuerdo quien hace caso.
Hijo es del alma mi amor,
si del apetito es
heredero el interes;
y ansí es diverso el valor
que en los dos se diferencia:
aquel, que el alma ennoblece,
en vez del oro, apetece
la hidalga correspondencia,
que procede en infinito
por ser el alma inmortal;
el interés corporal
hereda del apetito
la utilidad, cuyo esceso,
en fé que cual mercader,
todo es comprar y vender,
le pinta con vara y peso.
Pondera tú de estos dos
á cual mi nobleza allano:
ó al interés, que es villano,
ó al amor, que, en fin, es Dios;
y el tiempo que te he querido
(que ya, don Guillen, no sé
si ofendida te querré)
lo que de tí he recébido
sacará á luz la verdad
de mi amoroso cuidado.
¿Hete pedido? ¿hasme dado,
fuera de la voluntad,
otra prenda, que envilezca
la fé que en quererte he puesto?—
Tratando don Guillen de esto,
no es mucho que se aparezca
la vergüenza á las mejillas,
lengua con que te desmiente
el alma, que noble siente
la bajeza á que la humillas.
Culpa, pues, tu temor loco;
que pues me has considerado
interesable, ya has dado
muestras de tenerme en poco.

Despréciasme, y así estoy
persuadida, don Guillen,
en no hacer caso de quien
no me estima en lo que soy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON GUILLEN.

¡Ah, ingrata! ¡qué facilmente
tu escusa me persuadiera
á adorarte, si no viera
que es la mentira elocuente
y persuasivo el engaño!
Árboles, que mis congojas
ojos hacen vuestras hojas,
ó me engañan, ó me engaño.—
¿Yo engañarme? Eso no. Agravios,
acreditad lo que oistes;
ojos, en sus manos vistes
desacreditarse labios.
No os podrán satisfacer
disculpas para conmigo;
que no vale por testigo,
siendo parte, una muger.

ESCENA V.

DON GASTON.—DON GUILLEN.

DON GASTON.

Gracias al cielo que tengo,
don Guillen, dicha de hallaros.
Por solo veros y hablaros,
(aunque de camino vengo)
antes de ir á Barcelona,
quise pasar por Moncada;
que nuestra amistad pasada

lo que os estimo pregona,
sin que su memoria ofenda
la ausencia que en Aragon
nos dividió.

DON GUILLEN.

Don Gaston,
por mas que el tiempo pretenda
con su olvido deshacer
correspondencias de amigo,
yo, que con el alma os sigo,
presente os vengo á tener,
cuando mas distante estais.

DON GASTON.

¿Qué soledades son estas?
¿La corte por las florestas
de Cataluña trocais?
¿Tanto la caza os divierte?

DON GUILLEN.

Es antigua ocupacion
catalana, don Gaston.

DON GASTON.

Pues bien, ¿qué haceis de esa suerte
á vista de Miraval?

DON GUILLEN.

En ese castillo vive
Estela, y en él recibe
obligaciones tan mal,
que negándome la entrada
quejas de su ingratitud,
se oponen á mi quietud
su amor y lealtad quebrada.

DON GASTON.

¿Luego sois de Estela amante?

DON GUILLEN.

Creyó mi aficion prolija
que era Estela estrella fija,
y halló á Estela estrella errante.
Pero no tratando de esto,
que es nunca acabar, ¿á qué,
don Gaston, amigo, fue
vuestra venida?

DON GASTON.

Es molesto
el tiempo que estoy sin vos,
y busco ocasion de veros,
en fé de cuan verdaderos
amigos somos los dos;
puesto que hallaros creí
tan libre como os dejé.
En Aragon me casé,
y vuelvo á vivir aquí,
del conde de Barcelona
á servirle persuadido,
y del rey favorecido
de Aragon, que es quien me abona.
Vizconde soy de Manresa,
y señor de Martorel
por el conde.

DON GUILLEN.

Estimo en él
la eleccion con que interesa
teneros en su servicio.

DON GASTON.

Viudo vengo de Aragon,
y con la misma intencion
de serviros.

DON GUILLEN.

Dais indicio
de quien sois.

DON GASTON.

A la esperiencia
remito aquesta verdad;
y en fé de nuestra amistad,
habeis de darme licencia
para que en vos reprehenda
cosas que á solo un amigo
se permiten.

DON GUILLEN.

No hay castigo
con que la amistad se ofenda;
y aunque ignoro la ocasion
que de reñirme tendreis,
cuando en la sustancia erreis,

admitiré la intencion.

DON GASTON.

Don Guillen, la sangre ilustre
con que el blason de Moncada
acredita vuestro nombre,
y ennoblece vuestra casa,
la amistad que profesamos,
tan antigua y arraigada,
que en natural convertida,
ya es propia pasion del alma,
me da ocasion á sentir
los daños que os amenazan,
si con prevencion mas cuerda
sus peligros no se atajan.
Tres años há que troqué
pretensiones catalanas
por cargos aragoneses,
llevado de la privanza
de Alfonso su rey, primero
de este nombre, que en hazañas,
que dicen que me acreditan,
fiado, me estima y ama.
En esto sola la ausencia
de vuestra amistad bastara
á echar menos, don Guillen,
las memorias de mi patria;
porque sin encareceros
lo que os quiero con palabras,
el volver á Cataluña
solo ha sido á vuestra causa.
Preguntábales por vos
á los que á Aragon llegaban;
que para satisfacerme
no bastaron vuestras cartas.
Supe que el conde don Hugo
de Barcelona, intentaba
desheredar á su hermano
don Ramon, que como faltan
hijos al conde, pretende
que suceda el rey de Francia,
aunque sin tanto derecho,
en Rosellon y Cerdaña.

Es el conde deudo suyo;
tanto, que en París le llaman
los príncipes de la sangre
descendiente de su casa;
y aborrece á don Ramon
por las estrellas contrarias,
qúe entre sangre tan propincua
ponen odiosa distancia;
á cuya causa don Hugo
aun la renta limitada
que un menor hermano cobra,
le daba con mano escasa.
Sintióse don Ramon de esto,
y de ver que con el Papa
negocia heredar al rey,
de quien dice que se ampara;
y así una vez impaciente,
despues de muchas palabras,
que reducir quiso en obras,
echando mano á la espada,
su cólera antepusiera
á la lealtad soberana
que un vasallo á su señor
debe, si no le estorbaran
los que en medio se pusieron;
y huyendo á aquestas montañas,
su aspereza y vuestra ayuda
su vida no aseguraran.
Vos, que en vida de su padre
le amastes con fuerza tanta,
que niños los dos á un tiempo,
os dió leche una misma ama,
con la edad creciendo amor,
á pesar de las desgracias,
que amistades examinan,
y firmezas aquilatan,
á costa de vuestro estado,
el suyo con mano hidalga
sustentásteis siempre en pie,
sin que la escaseza estraña
del conde bastante fuese
á deslucir en su casa

la ostentacion magestuosa,
que heredó de su prosapia.
Empobrecistes con esto;
y en tres años que há que falta
de la vuestra mi presencia,
ó vendidas ó empeñadas
teneis mas de veinte villas,
quedándoos solo entre tantas,
por memoria de quien sois,
el castillo de Moncada.
Escondeisle demas de esto,
(si dice verdad la fama)
en la aspereza de Ampurias;
y juntando gente y armas
de navarros y gascones,
contra la lealtad jurada
al conde vuestro señor,
que furioso os amenaza,
intentais hacerle guerra.
Esto dice desbocada
la plebe; y basta decirse,
si al honor palabras manchan.
Entre tanto, don Guillen,
que no pase de las rayas
de la lealtad don Ramon,
digna es de altares y estátuas
la amistad que os eterniza;
pero ahora que las pasa,
advertid que solo llega
el amigo hasta las aras.
En fé de serlo yo vuestro,
si á persuasiones del alma
dais crédito merecido,
temed la potencia airada
de un príncipe poderoso,
que con rayos de venganza,
como está en lugar supremo,
á cuantos pretende alcanza;
y estimad á quien por veros,
multiplicando jornadas,
antes que entre en Barcelona,
donde su conde me aguarda,

por estos bosques os busca;
y si vos quereis, se encarga
de hacer que el conde ofendido,
por mí os reduzca á su gracia.

DON GUILLEN.

Don Gaston, toda la historia
que habeis dicho, es como pasa:
salvo el derecho á mi honor;
que en cuanto esa parte, es falsa.
Del enojo de su hermano
don Ramon huyó á Navarra,
donde don Sancho su rey,
por ser su primo, le ampara:
lo que mi amistad le debe,
en la adversidad le paga,
sin que la fé de leal
de su reputacion caiga.
Por don Ramon estoy pobre,
si es pobreza la que gana
á precio de veinte villas
la fé con que el mundo ensalza
una amistad verdadera,
puesto que es el ave rara,
de nadie vista hasta agora,
y de todos ponderada.
Tratante en amigos soy;
si entre muchos que me engañan,
merezco hallar uno firme,
no hay riquezas en toda Asia,
que igualen á su valor;
y si mi dicha no le halla,
seré mercader, espuesto
á pérdidas y á ganancias.
Téngoos á vos hasta agora
en tal opinion, y basta
ver que constante triunfeis
de la ausencia y la mudanza;
puesto que no ha mucho tiempo
que en prueba mas apretada,
á quien por diamante tuve;
vidrio le halló mi desgracia.
Mas yo espero de quien sois,

que haciendo á todos ventajas,
me cumplireis mi deseo.
Si el conde admite en su gracia
la entereza de mi fé,
y contra ella no me manda
olvidar á don Ramon,
(que es pedir que el sol se caiga)
conocerá lo que estimo
la lealtad de los Moncadas,
cuya sangre generosa
púrpura ha dado á sus plantas;
y cuando no, mi cabeza
sus enojos satisfaga:
desmentirá, si la corta,
menoscabos de mi fama.

ESCENA VI.

DON GRAO.—DON GUILLEN. DON GASTON.

DON GRAO.

Dos empleos habeis hecho,
don Guillen, tan de importancia,
que os han de hacer caudaloso,
hasta dar asombro á España.
El primero es del amor;
que si con ditas quebradas
de desdenes ó de olvido
á sus acreedores paga,
solo abonado con vos
en el diamante de un alma,
firme siempre, en oro puro
desempeña sus libranzas.
Ignorante de que Estela
era la eleccion amada
de vuestro gusto discreto,
y ya quejoso que el alma,
ofendiendo mi amistad,
tenga en vos dichas guardadas
de que yo no participe,

pues la amistad no las guarda,
su hermosura pretendí
tan de veras, que ablandaran
mármoles mis persuasiones,
y diamantes mis palabras.
Mas ella inmóvil á ruegos,
pirámide á la mudanza,
torre al viento, y al mar roca,
á las mugeres restaura
la opinion que ofenden plumas,
y en verde mis esperanzas
corta, atajando deseos,
con decir que es vuestra dama.
Yo ofendido y ofensor
vuestro, culpo mi ignorancia
con vuestro injusto secreto,
y echando sobre las llamas
obligaciones de amigo,
lo que no pudiera el agua,
pudo el hidalgo respeto,
que me libra y las apaga.
Estela, en fin, don Guillen,
rico os quiso, pobre os ama,
viéndoos vive, sin vos muere:
correspondelda, y pagalda;
que este es el primer empleo
de que al amor debeis gracias,
pues caudales de firmezas
libra en mares de inconstancias.
El segundo que hoy haceis,
si no le escede, le iguala;
pues muerto el conde don Hugo,
en su testamento llama
á su hermano á la corona,
escluyendo al rey de Francia;
que no hay derechos mejores
que los aprietos del alma.
Llevóle Dios en tres dias,
y despachando á Navarra
postas, partió á recibirle
la nobleza catalana.
Hoy dicen que en Barcelona

entra, donde la esperanza
de verle, llantos en fiestas
convierte, y luto son galas.
La vida, estado y honor,
os debe, y con mano larga,
si se la distes á usura,
ya os previene la ganancia.
Cobrad de tales abonos;
que como son semejanza
de Dios los príncipes nobles,
imitan la tierra hidalga,
que al que en ella desperdicia
la hacienda que siembra y labra,
le vuelve ciento por uno;
pues, aunque tarde un rey, paga.

DON GUILLEN.

Junte el conde don Ramon
á las barras coronadas
los castillos y leones,
y las cadenas navarras;
que si la ciega fortuna
los ojos abre, y repar
el valor que le ennobl
del mundo le hará m
que para pagarme á mi
lo que le he servido, basta
ver cumplidos mis deseos,
y vencidas sus desgracias.

DON GASTON.

Si el conde su hermano es muerto,
en quien mi dicha estribaba,
volverme á Aragon es fuerza.

DON GUILLEN.

El conde os hará á mi instancia
las mercedes que don Hugo
os prometió, y confirmadas,
os pagaré yo deseos
con obras que los alcanzan.
A la gracia del difunto
me dábades fé y palabra
de reducirme: yo haré
que el conde os vuelva á su gracia.

DON GASTON.

¿No le vais á recebir?

DON GUILLEN.

No, don Gaston.

DON GASTON.

¿Por qué causa?

DON GUILLEN.

No luego que el deudor cobra,
es bien que el mercader vaya
á ajustar libros y cuentas;
que es codicia demasiada,
y pensará que le doy
con las firmas en la cara.

DON GASTON.

Irle á dar el parabien
es obligacion hidalga.

DON GUILLEN.

Parabienes de acreedores
llamaba un deudor lanzadas.
No ignorará mi contento
el conde, pues cuando estaba
perseguid[illegible]u favor
aventu[illegible]a y fama.
Si se ac[illegible]e me debe,
y de pag[illegible]iene gana,
llámeme; que el buen deudor
le lleva el dinero á casa;
y si no, no quiero aguar
con mi vista dichas tantas;
que los martes y las deudas
dicen que son aciagas.
Desde Moncada le dí
socorro, y desde Moncada
he de probar lo que tengo
en él. Vamos.

DON GASTON.

¡Tema estraña!

DON GRAO.

Si él os paga como Estela,
no os quejareis.

DON GUILLEN.

Aunque paga,

dicen que es esa moneda
mucha liga y poca plata.

DON GRAO.

Agraviaisla sin razon.

DON GUILLEN.

Si vos salís á abonarla,
bien podreis pagar por ella
en doblones de á dos caras.

DON GRAO.

¿Qué decís? que no os entiendo.

DON GUILLEN.

Que en vos creí que guardaba
tesoro todo sencillo,
siendo moneda doblada.

DON GRAO.

Declaraos, ó vive Dios....

DON GUILLEN.

Grao, estas enigmas bastan
para un mediano discurso;
ó entendeldas, ó estudialdas.
(*Vanse don Guillen y don Gaston.*)

DON GRAO.

¿Que las entienda, ó estudie?
¡Vive Dios! Si imaginara
que habla don Guillen de veras....
¡Válgame el cielo! ¿Si estaba
aquí cuando á Estela ví?
No hay duda: yo voy á hablarla.
¡Oh celos, qué malos tercios
sabeis hacer al que os trata!

Vista esterior del castillo de don Guillen.

ESCENA VII.

EL CONDE, *de camino.* DON GUILLEN. DON GASTON.
Acompañamiento.

DON GUILLEN.

Moncada, gran señor, está corrida,

y yo con ella, porque en su aspereza
no se halla como es justo apercebida
para el favor que hoy goza en vuestra alteza.
(*Hinca la rodilla.*)

CONDE.

Conde de Ampurias, si del ser y vida
os soy deudor, alzaos.

DON GUILLEN.

¿Tan presto empieza
á ensalzar mi humildad vuestra corona?

CONDE.

Dadme los brazos, duque de Girona.

DON GUILLEN.

¿Duque, señor? Merced mas limitada....

CONDE.

Marques de Castellon, alzad del suelo.

DON GUILLEN.

No permitais....

CONDE.

Vizconde de Moncada,
dadme los brazos, pues.

DON GUILLEN.

¿Qué es esto, cielo?
(*Se levanta.*)

CONDE.

Cuantas veces hallare arrodillada
vuestra persona, encumbraré su vuelo,
dándoos títulos nuevos con que honraros.
Si mas quereis, volved á arrodillaros.

DON GUILLEN.

Dadme la mano; pues que tanto peso,
su favor generoso es bien que os pida.

CONDE.

Ella os tendrá seguro.

DON GUILLEN.

Y yo os la beso.

CONDE.

Digo pues, que si os debo el ser y vida,
y por vuestra lealtad, duque, confieso
mi suerte ya feliz, (si perseguida
por el conde mi hermano, que Dios tenga)
deuda es debida que á Moncada venga.

Aquí estuve seguro, y aquí intento
primero, don Guillen, que en Barcelona,
señales dar de mi agradecimiento,
por estimarle en mas que mi corona.
Con pródigo valor, de un avariento
librándome, mi casa y mi persona,
vendiendo vuestro estado, sustentastes:
cobrad réditos, pues, si á censo echastes,
y prevenid vuestra partida luego
á nuestra corte; que sin vos en ella,
no seré conde, ni tendré sosiego.

DON GUILLEN.

Hable el silencio que mis labios sella.

CONDE.

Disponeros podreis mientras que llego
á las arenas de su playa bella;
que en fé de que mi amor os corresponde,
gozando el nombre yo, vos sereis conde.



ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio de los condes de Barcelona.

ESCENA I.

DOÑA GRACIA. DOÑA VITORIA.

DOÑA GRACIA.

Yo sé que en quien yo pusiere
los ojos, doña Vitoria,
y eleccion mi amor hiciere,
no tendrá de otra memoria,
si entendimiento tuviere.

DOÑA VITORIA.

Yo sé tambien, doña Gracia,
que mi amor tiene eficacia
para atraer voluntades,
y cautivar libertades;
que si el músico de Tracia,
cual finge la antigüedad,
los árboles se llevaba
tras sí, con la suavidad
del arpa, á quien vida daba,
con mas fuerza mi beldad,
hará en las almas empleos,
que llevadas de deseos,
ofrezcan á amor despojos;
pues en fé de esto, á los ojos
llamaba un discreto Orfeos.

DOÑA GRACIA.

Debo de estar ciega yo,
y no fiaré de los mios
ese milagro que dió
materia á tus desvaríos.

DOÑA VITORIA.

No son atractivos.

DOÑA GRACIA.

¿No?

¿Qué les falta?

DOÑA VITORIA.

El no sé qué

que amor en las niñas vé

donde sus penas retrata,

y las almas arrebata

con violento gusto.

DOÑA GRACIA.

¿A fé?

¿Mas que dices que hay en tí

aquesa violencia noble?

DOÑA VITORIA.

Que eran los mios oí

retratos del primer moble,

que á todos llevan tras sí.

DOÑA GRACIA.

¿Y lo creiste?

DOÑA VITORIA.

¿Pues no?

DOÑA GRACIA.

Siempre el amante buscó

hipérboles cortesanos.

DOÑA VITORIA.

No sé: apacibles tiranos

cierto conde los llamó.

DOÑA GRACIA.

¡Preminencia nunca oida!

DOÑA VITORIA.

Otro dijo, y dijo bien:

"vuestros ojos, homicida,

á todos cuantos los ven

hacen merced de la vida."

Quien llamándolos cosarios,

corazones que despojan,

dicen que hacen tributarios;

rayos afirman que arrojan,

siendo Argeles voluntarios

de prision entretenida;

y en fin, ya es cosa sabida
el decir cuantos los tratan,
que á los que mirando matan,
vuelven mirando á dar vida.

DOÑA GRACIA.

Si ansí ofenden y aseguran,
para alaballos mejor
digan los que te procuran
que son médicos de amor,
pues ya matan, y ya curan;
que á saber que pueden dar
vida y muerte con mirar,
nadie quererte osaria;
que no es para cada dia
morir y resucitar.
Con trabajos escesivos
te amarán los desaciertos
de los que tienes cautivos,
si cada instante caen muertos
para levantarse vivos.
Los mios, que no arrebatan,
roban, llevan y maltratan,
ni por imanes los puso
amor, son ojos al uso,
que ni dan vida ni matan.
Pero, en fin, mas compasivos,
esperimentan afectos,
ni cosarios ni atrevidos,
en don Guillen, mas perfectos,
si menos ponderativos.
Que aunque muerte y vida des,
sin llegar nunca á adquirir
de tu amor el interés,
todo se le irá en morir,
y en resucitar despues.
Y así estimando el acierto
de mi amor, si el suyo advierto
con recíprocos despojos,
estima el verse en mis ojos
medio vivo y medio muerto.

DOÑA VITORIA.

A saber que eso es ansí,

reprimiera yo el cuidado
con que á mi amor le admití,
pues tiene el gusto estragado
aquel que le pone en tí.

DOÑA GRACIA.

De arrogante en necia das.
¿Ignoras que hablando estás
con la condesa de Urgel?

DOÑA VITORIA.

Título noble es, si en él
fundando tu intento vas;
mas ¿qué accion aventajada,
por serlo, el amor te dió
para ser mas estimada,
si sabes tambien que yo
soy marquesa de Igualada?

DOÑA GRACIA.

El saber que don Guillen
me sirve y me quiere bien,
y te aborrece.

DOÑA VITORIA.

Anda necia;
que me adora, y te desprecia.

DOÑA GRACIA.

¿Que me desprecia? ¡oh qué bien!
El conde de Barcelona
asegura mi partido,
y en mi amor tercia y abona.

DOÑA VITORIA.

El mismo me ha prometido
que del duque de Girona
he de ser esposa.

DOÑA GRACIA.

¿A tí?

DOÑA VITORIA.

A mí, pues.

DOÑA GRACIA.

¡Qué frenesí!
¿Soñástelo por tu vida?

DOÑA VITORIA.

Tú debes de estar dormida.

DOÑA GRACIA.
Sí estoy, pues te sufro aquí
esos disparates.
DOÑA VITORIA.
¡Bien!
DOÑA GRACIA.
No me des, Vitoria, enojos,
pretendiendo á don Guillen;
que te sacaré los ojos,
si con aficion le ven.
DOÑA VITORIA.
¡Ay! ¡qué cuervo!
DOÑA GRACIA.
Si no viese
donde estoy....
DOÑA VITORIA.
Si no tuviese
respeto á aqueste lugar....
DOÑA GRACIA.
Digo que no has de mirar
al duque.
DOÑA VITORIA.
¿No? Aunque te pese.

ESCENA II.

—

ESTELA.—DOÑA GRACIA. DOÑA VITORIA.

ESTELA.
Primas, ¿qué voces son estas?
DOÑA VITORIA.
¡Oh marquesa! quejas son
que publican mi pasion,
justas aunque descompuestas.
Si yo á un caballero amase
con las veras que á mi vida,
y siendo correspondida,
mi dueño hacerle esperase,
siendo tú mi amiga y deuda,
¿seria bien que pretendieses

contradecirme, y quisieses
impedir la noble deuda
que confiesa quien me estima.

DOÑA GRACIA.

Eso es lo que digo yo.
Si el alma amante eligió,
siendo tú mi amiga y prima,
¿será razon que pretendas,
mas de envidia que de amor,
á quien vive en mi favor,
y que mi derecho ofendas?

ESTELA.

Si tengo de decidir
pleito tan dificultoso,
sepa yo qué venturoso
os obliga á competir,
y la accion que á cada cual
en derecho suyo abona.

DOÑA VITORIA.

Es el duque de Girona.

ESTELA.

El sugeto es principal.
(*Aparte.* ¡Ay de mí!) ¿Y os quiere bien?

DOÑA VITORIA.

En sus ojos he mirado
el amoroso cuidado
que desvela á don Guillen.

DOÑA GRACIA.

Yo no solamente en ellos,
sino en su lengua y razones,
que esplican mejor pasiones
con oillas, que con vellos.

ESTELA.

¿Razones á tí?

DOÑA GRACIA.

Y bastantes
para animar mi aficion
á que al conde don Ramon
mis esperanzas amantes
le supliquen que interceda
por mí; y pues el darme estado
á cargo suyo ha quedado,

y no hay cosa que no pueda
con el duque, le proponga
lo bien que le está el casar
conmigo.

DOÑA VITORIA.

Ya no ha lugar
que el conde tu amor disponga,
porque aquese casamiento
me le ha prometido á mí.

ESTELA.

¿Con el duque?

DOÑA VITORIA.

Estela, sí,
y con su consentimiento.

ESTELA.

Si las dos decís verdad,
y amais con igual accion,
no sé que haya Salomon
que parta una voluntad,
si al niño mandó partir;
mas pues es intercesor
el conde de vuestro amor,
y él la dama ha de elegir
con quien el duque se case,
de él espere la sentencia,
primas, vuestra competencia.
(*Aparte.* Y á mí el incendio me abrase,
celos, de vuestro rigor.
¡Ay don Guillen! y ¡qué presto
la corte vana ha dispuesto
al uso suyo tu amor!)

ESCENA III.

—

EL CONDE *y* DON GUILLEN, *con unos memoriales.*— ESTELA. DOÑA GRACIA. DOÑA VITORIA.

DON GUILLEN.

(*Habla con el conde en el fondo del teatro.*)
Está vaca la alcaldía,
gran señor, de Perpiñan;

pretendela Garcerán
de Luria; su valentía,
servicios, lealtad, nobleza,
nombre, estima y opinion
merecen....

CONDE.

De Ruisellon
esa ciudad es cabeza,
y llave de su condado;
si Garcerán os parece
que aquesa plaza merece,
dádsela.

DON GUILLEN.

Es un gran soldado.—
Don Gaston, vasallo fiel,
como la fama confiesa,
fue vizconde de Manresa,
y señor de Martorel
por el conde vuestro hermano.
Vino á tomar posesion,
un mes habrá, de Aragon;
mas salió su intento vano,
porque hallando al conde muerto,
no le quieren recebir
por su señor. Sé decir
á vuestra alteza por cierto,
que há mucho que soy testigo
de su lealtad y opinion.

CONDE.

¿Qué servicios don Gaston
alega?

DON GUILLEN.

Es, señor, mi amigo.

CONDE.

Basta y sobra: confirmalde
en esos estados luego.

DON GUILLEN.

Por él, demas de esto, alego....

CONDE.

No hay mas que alegar: honralde,
pues yo vuestro gusto sigo;
que la informacion mayor

que puede dar su valor,
es, conde, el ser vuestro amigo.

DON GUILLEN.

Mil veces beso esos pies.
Don Grao pretende á Colibre,
y estará esa costa libre
del africano y frances,
si su gobierno le dá
vuestra alteza.

CONDE.

Don Guillen,
¿es vuestro amigo tambien?

DON GUILLEN.

Halo sido.

CONDE.

¿Y no lo es ya?

DON GUILLEN.

En duda estoy, porque muda
el interes la amistad.

CONDE.

Pues yo dudo su lealtad,
siendo vuestro amigo en duda.
Probad lo que en él teneis,
(puesto que sea cosa nueva
hallar amigos á prueba)
y cuando vos no dudeis,
á pedir cargos acuda;
que en tan importante puerto,
no es razon que esté yo cierto
de quien vos estais en duda.

DON GUILLEN.

Ser mayordomo mayor
de vuestra alteza pretende
don Dalmao.

CONDE.

¿Luego no entiende
que nadie ha de ser *mayor*
que vos en mi corte y casa?
Vos sois mi mayor privado,
el mayor leal que han dado
los siglos que el tiempo tasa,
el mayor en el valor

que la guerra ha conocido,
el mayor agradecido,
y en fin, mi amigo el mayor,
cuyo aumento á cargo tomo;
y no es bien que de los dos
seais en mi casa vos
menor, y otro mayordomo.

DON GUILLEN.

Su mucha nobleza obliga....

CONDE.

Si vos no lo quereis ser,
en mi casa no ha de haber
quien mayor que vos se diga.
Y las demas provisiones
á vuestra satisfaccion
despachad, pues todas son
vuestras, por muchas razones,
y porque este es gusto mio,
que es la mayor; pues he hallado
que es bien confiar mi estado
de quien mi vida confio.

DON GUILLEN.

Si vuestra alteza, señor,
así se deja llevar
de su inclinacion, y á dar
vuelve el tiempo....

CONDE.

No hay temor
que os inquiete, ni en ninguna
ocasion temais mudanza;
que no está vuestra privanza
sujeta al tiempo y fortuna.

(*Reparando en las tres damas, y acercándose á ellas con el sombrero en la mano.*)

¡O Estela hermosa! ¡o Vitoria!
¡o Gracia! En vuestra presencia
solo el amor llame á audiencia,
y suspenda la memoria
de los cargos, y el enfado
que da tanto pretensor;
que en el tribunal de amor
no cabe razon de estado.

DOÑA VITORIA.

Pues aquí sí le ha de haber,
gran señor, y vuestra alteza,
humillando su grandeza,
no juez supremo ha de ser,
sino patron y abogado.

DOÑA GRACIA.

Ese título os compete
en mi abono, pues promete
la palabra que me ha dado
favorecer mi derecho.

CONDE.

Las dos habeis dicho bien;
juez ha de ser don Guillen,
si abogado me habeis hecho.
Yo ponderaré la accion
con que cada cual está,
y despues sentenciará
su cuerda y sábia eleccion;
y quien perdiere perdone,
porque en toda competencia
solamente el juez sentencia,
y el abogado propone.
Don Guillen, estas dos damas
me han hecho su intercesor:
con casto y lícito amor
han cebado en vos sus llamas.
Son mis deudas, y en beldad
y estados iguales; ved
lo que os parece, y haced
arbitrio la voluntad;
que en la vuestra comprometo
la mia, indeterminada
en causa tan intrincada;
aunque como sois discreto,
me he prometido de vos
un acuerdo hidalgo y justo;
y hareisle, duque, á mi gusto
con cualquiera de las dos. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ESTELA. DOÑA GRACIA. DOÑA VITORIA. DON GUILLEN.

DON GUILLEN.

Yo, señoras, estimara
la dicha que hoy á ver vengo,
si del modo que una tengo,
de dos almas me informara;
porque con igual fortuna
mis deudas satisficiera,
si igualándoos, dueño hiciera
de una de ellas á cada una.
Sois dos, y teneis en calma
la voluntad que provoco,
por conocer que aun es poco
para cada cual un alma.
¡Ojalá que divisible
fuera, como agradecida;
porque entre las dos partida,
os diera espacio apacible!
Pero en tan pequeña esfera
las dos, ¿cómo vivireis,
si cada cual mereceis,
señoras, un alma entera?
Ni yo ¿cómo seré cuerdo,
si á la una doy la mano,
y estimando el bien que gano,
me entristece el bien que pierdo?
Pues quedaré con mas queja,
dado que á escoger me arroje,
si despues tiene el que escoge
en mas precio lo que deja.
Lo que yo afirmaros puedo,
ya que mi amor apurais,
es, que entre las que aquí estais
hay una en cuya luz quedo,
como ciega mariposa,
abrasado. El ser cortés

me impide decir quien es;
mas mi suerte venturosa
buscará á solas lugar
en que la diga mi amor,
y del conde, mi señor,
venga el gusto á ejecutar,
dándome esotra perdon,
si es que agraviarse procura,
culpando, no su hermosura,
sino sola mi eleccion.

DOÑA VITORIA.

(*Aparte á don Guillen.*)

Porque me oso prometer
aquese oscuro favor,
duque, en premio de mi amor,
os le quiero agradecer,
enviándoos á avisar
cuando podais ir á verme.

DOÑA GRACIA.

(*Aparte á don Guillen.*)

Si á mí misma he de creerme,
y sabe conjeturar
dichas el alma entre enojos,
por mas que el temor resisto,
ya mi buen despacho he visto,
don Guillen, en vuestros ojos.
Yo buscaré coyuntura
en que á solas me veais,
del modo que deseais,
y asegureis mi ventura.

DOÑA VITORIA.

(*Hablando con doña Gracia hasta el fin de la escena.*)

¿Que, en fin, llevas esperanza
de salir con tus firmezas?

DOÑA GRACIA.

¿Que, en fin, marquesa, porfias?

DOÑA VITORIA.

Es cuerda mi confianza.

DOÑA GRACIA.

Sé yo que me adora á mí.

DOÑA VITORIA.

Sé yo que le das enojos.

DOÑA GRACIA.
Encontráronse en los ojos
las almas, dándose el sí.
DOÑA VITORIA.
Rióse cuando me habló.
DOÑA GRACIA.
¿Pues qué sacas de esa risa?
DOÑA VITORIA.
Que en ella su amor me avisa.
DOÑA GRACIA.
Soy yo su vida.
DOÑA VITORIA.
Soy yo.
DOÑA GRACIA.
¡Qué burla tengo de hacer
de tí, cuando sea su esposa!
DOÑA VITORIA.
¡Qué burlada y qué envidiosa
en mis bodas te has de ver!
(*Vanse las dos.*)

ESCENA V.

ESTELA *y* DON GUILLEN, *que se queda leyendo un memorial.*

ESTELA.
En leyendo vueselencia
ese memorial, querria....
DON GUILLEN.
¿Qué manda vueseñoría?
ESTELA.
Pedir, para hablar, licencia.
DON GUILLEN.
Si es alguna pretension
para don Grao, ya su alteza
le ha dado la fortaleza
de Colibre á persuasion
de ruegos; que por saber
que la sirvo en esto, quiero
ser de don Grao medianero.

ESTELA.

Don Grao basta á merecer
por sí, sin que yo interceda,
gobiernos de mas caudal,
por amigo tan leal,
que eterno su nombre queda
en los bronces de la fama,
(aunque no en vuestra escelencia)
que amigo firme le llama,
como dirá la esperiencia.

DON GUILLEN.

Con tal calificacion,
á no ser vueseñoría
parte, quedara este dia
conclusa su informacion;
mas sea leal ó no,
(que eso en opiniones anda)
vueseñoría ¿qué manda?

ESTELA.

Mandaba otros tiempos yo:
ya no mando, mas suplico.

DON GUILLEN.

Siempre manda la beldad,
puesto que en la voluntad,
dueño de las almas rico,
no como en otros estados
funda su gobierno y ley.
Muchos grandes manda un rey;
un señor muchos criados;
muchos súbditos conviene
que gobierne un superior;
y aquel viene á ser mayor,
que mas á quien mande tiene.
Solo en la voluntad hallo,
puesto que no se use agora,
que ha de ser reina y señora
solamente de un vasallo.
Y aunque su capacidad
sea soberana y grande,
en habiendo dos que mande,
no es perfeta voluntad.
Esta ley hizo amor Dios,

siendo esotra alevosía;
y así, si en vueseñoría
la voluntad mandó á dos,
la ley de amor ofendida
(si es que restaurarse puede)
manda que el uno se quede,
y que el otro se despida.
Vino don Grao á usurparme
voluntad que estimé en tanto;
y así agora no me espanto
que no se atreva á mandarme.

ESTELA.

Duque, dejando escelencias,
crianzas y señorías,
(que no saben cortesías
menosprecios ni impaciencias)
pues os juzgais despedido
de voluntad, que os trató
por señor, (vasallo no,
pues rey en ella habeis sido)
si sois noble, hablad mejor
de ella, porque es vil criado
el que desacomodado,
murmura de su señor;
y reprehended en vos
culpas que á mi voluntad
achacais; pues si es verdad
que no ha de mandar á dos,
en la vuestra es tan notoria
(ya mandeis, ó ya sirvais)
que á doña Gracia engañais,
y amais á doña Vitoria.
Yo no para aseguraros,
mas sí para desmentiros,
en Miraval, por no oiros,
(y ojalá para olvidaros)
viviré sola con nombre
del que me dais diferente,
sin que admita eternamente
profanalle ningun hombre;
que por vos los aborrezco.
Y procurando olvidaros,

daré desengaños claros
al mundo de que merezco
en templos de la firmeza
altar noble y celebrado;
y aunque habeis tiranizado
la voluntad, fortaleza
que os conoce por señor,
podrán desengaños sabios,
abriendo puertas á agravios,
cerrallas á vuestro amor.
Haced entretanto vos
la eleccion que deseais,
pues mariposa os quemais
por la una de los dos;
y quieran, duque, los cielos
que á pesar de la mudanza,
no me deis despues venganza,
como agora me dais celos.
(*Llora.*)
No os espante si á los ojos
las lágrimas han salido;
que las habrá despedido
el alma á quien dan enojos
por ser de vuestros cuidados
engendradas; y será
razon, si el dueño se va,
echar tambien los criados.
Ni las juzgueis por testigos,
por esto, de que os adoran,
pues muchas veces se lloran,
don Guillen, los enemigos;
que en los que mal pago dan,
llora el huesped sin provecho,
mas el mal que dejan hecho,
que no el sentir que se van.
Pero, en fin, yendo sin vos,
con celos y á soledades....
Ibaos á decir verdades;
mas no las creereis. A Dios. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON GUILLEN.

A esperar, lágrimas bellas,
un poco mas, ¿qué paciencia
resistiera la influencia
de tan hermosas estrellas?
Decid, lágrimas piadosas,
¿es posible que mintais
palabras con que abrasais?
¿Cómo, si sois engañosas,
eficaces persuadís (1)
lo que vieron mis enojos?
Mas ¡ay retóricos ojos!
¡con qué elocuencia mentís!
¡Ay palabras lisonjeras,
que me burlais elegantes!
pocas hablan los amantes;
mas esas son verdaderas.
Mentís, lágrimas, en vano;
palabras, mentís tambien.
¿Contra testigos que ven
dos labios en una mano,
os oponeis? Eso no.
Vitoria, vuestra hermosura
ponga mi esperanza en cura;
Gracia bella, pues la halló
mi suerte dichosa en vos,
echad á Estela del pecho;
que si fuerte en él se ha hecho,
necesario es que las dos
deis á mis penas concierto.
Mas dos ¿qué podreis hacer,
si cuatro son menester
á echar de su casa un muerto?

(1) Persuadís contra, desmentís, disuadís.

ESCENA VII.

DON GASTON.—DON GUILLEN.

DON GASTON.

El conde me ha confirmado
en Manresa y Martorel;
ya sé, duque, que con él
quedo por vos abonado,
y cuan bien habeis cumplido
las leyes del amistad,
sin que en la prosperidad
la ingratitud y el olvido
hagan con vos la mudanza
que en los demas es notoria,
porque es flaca de memoria
de ordinario la privanza.
Los estados que por vos,
don Guillen, á gozar vengo,
en depósito os los tengo:
vuestros son; y plegue á Dios
que nunca hayais menester
hacer de aquesta verdad
esperiencia en mi amistad;
pero, en fin, podeis caer,
si los favores derriban....—
Mas vos tan cuerdo subís,
que si caeis, prevenís
brazos en mí que os reciban.
Esto mi amor os previene;
que aunque el tiempo se conjure,
y derribaros procure,
no cae el que amigos tiene.

DON GUILLEN.

Ni yo, noble don Gaston,
otra riqueza atesoro
que amigos, puesto que ignoro
los que de veras lo son.
Sujeto estoy á trabajos:

si cayere, (que podré)
en amigos probaré
quilates altos y bajos,
pues la adversidad los labra,
si la privanza los cria,
y podrá ser que algun dia
os pida aquesa palabra.

DON GASTON.

Desde aquí queda por vos,
y fiadora mi nobleza
de mi lealtad y firmeza.

DON GUILLEN.

Yo lo creo. A Dios.

DON GASTON.

A Dios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON DALMAO.—DON GUILLEN.

DON DALMAO.

Duque, todos los privados,
y mas siendo tan discretos
como vos, viven sujetos
á pretensiones y enfados.
Pretendo por vuestro medio
ser mayordomo mayor,
y sé de vuestro favor
que aunque no entren de por medio
servicios que á esta corona
tengo hechos, y vos sabeis,
alcanzais cuanto quereis
del conde de Barcelona.
Esta pretension querria
saber en qué punto está.

DON GUILLEN.

Dalmao, vuestra será
la mayor mayordomía
del conde; que aunque el amor
que me tiene, no permite

que en su corte y casa habite
quien llamándose mayor,
en el título me esceda;
yo que menor me confieso
que vos, por lo que intereso
(si vuestra persona queda
premiada como merece)
de obligar vuestra amistad,
cedo con facilidad
lo que su alteza me ofrece.
Hoy alcanzárosla intento.

DON DALMAO.

Y vos por ese favor,
me le habeis de hacer mayor
(perdonad mi atrevimiento)
en serviros de una quinta,
que dista de este lugar
dos leguas, y junto al mar,
Hiblas y Pancayas pinta.
Yo sé que no la hay como ella
en Cataluña.

DON GUILLEN.

No es justo,
si es cifra de vuestro gusto,
que yo, conde, os prive de ella.

DON DALMAO.

Abrasaréla, por Dios,
si ese disfavor me haceis.

DON GUILLEN,

Ahora bien: no os enojeis.
La villa de Palamós
es vuestra, y la quinta es mia.

DON DALMAO.

Duque, ¿haceis burla de mí?

DON GUILLEN.

Yo recibo y doy ansí.

DON DALMAO.

Venceisme en la cortesía,
como en liberalidad;
que aunque es la quinta escelente,
vale Palamós por veinte.

DON GUILLEN.

Añadid vuestra amistad,
que es la que estimo y obligo,
y así no hallareis despues
precio igual á su interes.

DON DALMAO.

¿Pues quién de ser vuestro amigo
interesa de los dos
mas que yo?

DON GUILLEN.

A mi cuenta tomo
haceros hoy mayordomo
de su alteza. A Dios.

DON DALMAO.

A Dios. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON GRAO.—DON GUILLEN.

DON GRAO.

¡Gracias al cielo, duque, que os he hallado
solo esta vez! que há dias que procuro
enigmas declarar que me han causado
no poca confusion, si las apuro.
Habeisme por metáforas hablado
algunas veces, y el sentido oscuro
que de varias maneras interpreto,
si no enojado, me ha traido inquieto.
Dijísteme una vez que bien podia
por Estela pagar las deudas claras
que su lícito amor por mí os pedia,
cual fiador, en doblones de dos caras;
que en mí creyó vuestra amistad tenia
la moneda sencilla que en sus aras
cuenta la obligacion de un trato noble,
hallándola despues moneda doble.
Pedí á vuestra amistad que declarase
aquesta confusion, y respondistes
que si no la entendia, la estudiase;

y sin decirme mas, grave os partistes.
Si fue probar mi sufrimiento, pase;
que puesto que la causa que me distes
fue bastante á enojarme, amigos sabios
no han de romper, hasta apurar agravios.
Si mio lo habeis sido y sois discreto,
basta lo que me habeis tenido en duda;
que puesto que el amor ame al secreto,
no la amistad, porque su accion es muda.
Al claro sol imita el que es perfeto,
y como la verdad anda desnuda,
así la amistad noble á que os obligo.—
Declaraos, ó no os llameis mi amigo.

DON GUILLEN.

De Colibre os da el conde la tenencia
á mi instancia, don Grao, y de vos fia
la costa que los moros de Valencia
y los de Argel asaltan cada dia.
Si agradeceis aquesta confidencia,
las manos le besad de parte mia,
pues vuestros labios son tan cortesanos,
que yo sé que sabrán dar besamanos.

DON GRAO.

Duque, duque, no bastan digresiones
á divertir mis justos sentimientos,
ni imagineis con cargos ni con dones
disculpar sospechosos pensamientos.
Allá con semejantes provisiones
obligad pretendientes avarientos;
que de interes, mas no de agravios libre,
satisfacciones quiero, no Colibre.
A eso de mano y labios, repetido
tantas veces con bárbara cautela,
os hubiera la espada respondido,
á no ser vuestro amigo. Quien recela
del que lo es verdadero y no fingido,
y ofende ingrato la opinion de Estela,
pudiera, desmintiendo sus antojos,
dar mas fe á la amistad, que dió á sus ojos.
Agradecieron labios la constancia
de una muger, milagro de firmeza,
de quien amante me hizo la ignorancia,

y reprimió sus llamas la nobleza.
No imaginé que fuera circunstancia
de su mano besar, no la belleza,
sí el valor, que celoso os diera agravios,
pues pensé que vuestra alma iba en mis labios.
Y á quien fuera de vos (que sois mi amigo,
ó lo fuistes) que no es ansí dijere,
afirmando en el campo lo que digo,
yo le haré desdecir á quien se fuere.
Y básteos el dejaros por castigo;
que puesto que la espada salir quiere
á hacer que mi valor por vos se estime,
mas que la vaina, la amistad la oprime. (*Vase.*)

ESCENA X.

—

DON GUILLEN.

Celosa confusion, amor tirano,
ojos acusadores, que presente
vistes ofensa que alegais en vano,
don Grao me satisface y os desmiente.
Disculpa labios y acredita mano
con probable razon, si no evidente.
¿Pues qué respondereis á tal cautela?
¿Que me engaña don Grao? ¿que miente Estela?
Si en esto os afirmais, decí: ¿á qué efeto
sustentan este engaño cauteloso?
Direisme que el temor guarda respeto.
Soy del conde privado poderoso;
amigo fue don Grao noble y perfeto;
firme el amor de Estela y generoso;
los ojos fieles, puesto que ofendidos....
¡Ay ciega confusion de mis sentidos!
¿A quién he de creer, amor villano?
¿Amigo puede haber, que en nombre mio,
firmeza ensalce, y ose besar mano
con casto intento? ¡Loco desvarío!
¿Pues osaré llamar insulto llano
lo que está tan dudoso? Y de quien fio

el alma, ¿entenderé, piadosos cielos,
que me da don Grao muerte, Estela celos?
Vive Dios, que he de hacer hoy esperiencia
de la amistad y fé que á don Grao debo,
y del amor de Estela, si es prudencia
fiar en ellos cuando vidrios pruebo.
¡Amistad! ¡firme amor! la quinta esencia
pienso hoy sutilizar, por modo nuevo,
de vuestro ser. ¡Dichoso si consigo
una muger constante, un firme amigo!

ESCENA XI.

EL CONDE.—DON GUILLEN.

CONDE.

¿Cuál, de Vitoria y Gracia, duque, ha sido
en vuestro amor dichosa vencedora?
Daréla el parabien, y enternecido,
el pésame de amor á quien le llora.
Prométoos que confuso me ha tenido
la igualdad de una y otra opositora,
y que me trae á veros el deseo
de averiguar vuestro amoroso empleo.

DON GUILLEN.

¡Gran conde de Barcelona,
en quien nuestros siglos vieron
las partes y requisitos
que á un señor hacen perfeto!
Desde niños nos criaron
una patria y unos pechos;
principio nos dió una sangre,
y de un tronco procedemos.
En un alma y voluntad
(si dividida en dos cuerpos)
engendraron un amor
las influencias del cielo;
y en fé de esta certidumbre,
si os serví siendo pequeño,
os he defendido grande

de las injurias del tiempo.
De vuestro hermano rigores,
por no llamarlos desprecios,
con escaseza os trataron,
con pobreza os ofendieron;
pero yo mientras vivió,
obras juntando á deseos,
tuve en pie la magestad
de vuestra casa y gobierno.
Para esto vendí mis joyas,
y empeñé villas y pueblos,
sin que vuestros reales gastos
echasen el oro menos.
Huistes del conde, en fin,
á Moncada; y amparéos,
poniendo á riesgo mi vida,
y el honor, qué es de mas precio,
hasta que el rey de Navarra,
Sancho en nombre, y vuestro deudo,
os socorrió generoso
de fratricidas intentos.
Murió don Hugo; heredastes
su condado; y quiera el cielo
que con el laurel augusto
autoriceis sus aumentos.
Todos aquestos servicios,
gran señor, que veis que alego,
no son porque intente avaro
daros en cara con ellos,
sino porque he menester
padrinos y medianeros,
que de vuestra alteza alcancen
lo que suplicalle quiero.

CONDE.

Duque, mal satisfaceis
á la voluntad que os debo,
tantos años conocida,
y estimada tantos tiempos.
Los servicios que alegais,
tan de memoria los tengo,
que los lên, por no olvidallos,
á instantes mis pensamientos.

Si os parece que no pago
igualmente mis empeños,
cobrad réditos no mas:
dadme el principal á censo.
¿Qué podeis pedirme vos,
que hayais menester terceros
de obligaciones pasadas,
si tantas presentes veo?
Si es recelo de caer,
perded, duque, ese recelo;
que aunque al poder y fortuna
pintaron tantos ejemplos
sobre una rueda el un pie,
y el otro pisando el viento,
no sobre ruedas los mios,
entre cadenas los tengo
de obligaciones; y mal
me mudarán, si estoy preso.
Si es porque hacer eleccion
de los hermosos sugetos
de doña Gracia y Vitoria
os mandé, y otros ejemplos
la voluntad os ocupan,
olvidallas; que no es cuerdo
quien tiranizando gustos,
se casa por el ageno.
Una hermana tengo sola,
y á vos por amigo y deudo;
si sois su amante, y buscais
al pedírmela rodeos,
no teneis satisfaccion
de lo que os estimo y quiero,
ó ofendiéndoos á vos mismo,
indigno os juzgais de serlo.

DON GUILLEN.

No pase mas adelante
vuestra alteza; que me afrento
de que aun por cifras me llame
desconfiado y soberbio.

CONDE.

¿Pues qué podeis vos pedirme?

DON GUILLEN.

Concedédmelo primero:
así la esfera del orbe
pisen estos pies que beso.

CONDE.

Como ausentaros no sea
de mi presencia, (porque eso
será pedir imposibles)
digo que yo os lo concedo.

DON GUILLEN.

Los pies os vuelvo á besar.

CONDE.

Decid, pues; que estoy suspenso,
y no sé si arrepentido
de lo que ignorante he hecho.

DON GUILLEN.

Yo he servido, gran señor,
con fin lícito y honesto
á la mayor hermosura,
mas feliz entendimiento
que vió el sol en cuanto dora,
que plumas encarecieron,
que fábulas ponderaron,
y que pinceles mintieron.
Correspondióme apacible
y amante con el estremo
que hermosa, porque no hallo
mayor encarecimiento.
Tuve tambien un amigo,
que pudiera ser espejo
de los que á la antigüedad
deben estátuas y templos.
Sospechas, no sé si vanas,
indicios, no sé si ciertos,
ojos, no sé si engañados,
y oidos, no sé si atentos,
al amor y á la amistad
de estos dos han puesto pleito,
alegando en su favor
sus delitos y mis celos.
Formé quejas contra entrambos;
pero no basta el proceso

á condenallos, señor;
que vuelven por su derecho.
Quise olvidallos, en fin,
tomando por instrumento
de mi amor esas dos damas,
de quien fuistes medianero.
Amigos busqué tambien,
de quien dudo por ser nuevos;
porque el médico, el soldado,
y el amigo, han de ser viejos.
Como con vos tanto privo,
y aunque sin merecimientos,
de mis manos generoso
confiais todo este reino,
damas y amigos me traen
dudoso; porque sospecho
que unos y otros aman mas
al interés, que á su dueño.
Para salir de esa duda,
y ver si hay en este tiempo
damas desinteresables,
y amigos solo por serlo,
tengo de hacer una prueba,
gran señor, por vuestro medio,
que ha de eternizar mi dicha,
si viene á surtir efeto.
Para esto os he conjurado;
y si es necesario, os vuelvo
á suplicar que cumplais
la fé vuestra, y mis deseos.

CONDE.

Mucho, don Guillen amigo,
hareis si salís con esto,
y no me holgaré yo poco,
si tanto imposible veo.
Pero ¿qué intentais de mí?

DON GUILLEN.

Gran señor, que desde luego
deis en desfavorecerme,
con el rigor y el estremo
que un rey cuando de su gracia
el privado mas soberbio

cae, y el favor que le hacia
truecа en aborrecimiento.
Mi estado habeis de quitarme,
hacienda, cargos, gobiernos;
perseguir á mis amigos,
y ponerme guardas preso.

CONDE.

Eso no; que es en mi agravio;
pues contra el valor que precio,
han de llamarme inconstante
naturales y estrangeros.

DON GUILLEN.

Cuando despues averigüen
el fin por qué lo habeis hecho,
añadís á vuestra fama
quilates de valor nuevo.

CONDE.

Sí; mas estar mal con vos,
ni aun de burlas, no lo aceto.

DON GUILLEN.

La virtud, cuando está unida,
es de mas fuerza y efeto:
retirad, gran señor, pues,
el amor á vuestro pecho,
con que ensalzais mi ventura,
y en quien la esperanza he puesto,
y en lo esterior perseguidme;
pues si tal merced merezco,
¿qué mas dicha que vuestra alma
me estime puertas adentro?

CONDE.

Si así probais los amigos,
tambien á mí, duque, entre ellos
me alistais, haciendo alarde
de lo que os estimo y quiero.

DON GUILLEN.

¿De qué suerte, gran señor?

CONDE.

Querreis por un modo mesmo
ver si despues que mi enojo
os quite el estado, vuelvo
á admitiros en mi gracia,

ó si haciendo verdadero
lo que pretendeis fingido,
con vuestra hacienda me quedo.

DON GUILLEN.

No diga tal....

CONDE.

Ahora bien,
duque, pues vos dais en eso,
y ejecutais mi palabra,
¿cuándo quereis que empecemos
mi enojo y vuestro trabajo?

DON GUILLEN.

Lo que se empieza mas presto,
mas presto, señor, se acaba.

CONDE.

Esperadme, pues, que quiero
ensayarme de enojado.

DON GUILLEN.

¿Sabréislo hacer?

CONDE.

Yo os prometo,
que á no ser á vuestra costa,
lo tuviera á pasatiempo. (*Vase.*)

DON GUILLEN.

Persecuciones fingidas,
yo sabré por este medio,
si hay muger que ame de veras,
y lo que en amigos tengo.

ESCENA XII.

DOÑA VITORIA.—DON GUILLEN.

DOÑA VITORIA.

Ya, duque, que os hallo solo,
declaradme si merezco
ser de vuestra voluntad
la cuerda eleccion y objeto.

DON GUILLEN.

Hermosa doña Vitoria,

aunque amor se pinta ciego,
el mio no, pues conoce
lo que en adoraros medro.

DOÑA VITORIA.

¿Luego Vitoria salió
con vitoria?

DON GUILLEN.

Y verdaderos
los efetos como el nombre.

DOÑA VITORIA, *aparte.*

Siempre lo tuve por cierto.

ESCENA XIII.

DOÑA GRACIA.—DOÑA VITORIA. DON GUILLEN.

DOÑA GRACIA.

(*Aparte.* Me ha ganado por la mano
aqueste estorbo molesto
de mi amorosa esperanza.)
Duque, hablaros en secreto
quisiera.

(*Aparta á un lado á don Guillen, y habla con él en voz baja.*)

VITORIA, *aparte.*

Tarde llegaste.

DOÑA GRACIA.

El esperar es tormento
elecciones dilatadas:
decid si pedirles puedo
á mis deseos albricias.

DON GUILLEN.

Gracia, la gracia pretendo
de vuestros ojos no mas;
y á no provocar los celos
de vuestra competidora,
os diera la mano luego,
de modo que os doy el alma,
de quien sois único dueño.

DOÑA GRACIA, *aparte.*
¡Jesus! leí yo su amor
en sus ojos, que dijeron
que estaba muerto por mí.
Necedad fue dudar de ello.

DOÑA VITORIA, *aparte.*
Debe de desengañarla
el duque; mas es discreto
don Guillen y cortesano,
y no es bien que en este puesto
la obligue á descomponerse;
mas daràla, por lo menos,
favores con dos sentidos,
como el oráculo en Delfos.

ESCENA XIV.

DON GARCERÁN. DON DALMAO. DON GASTON.—DOÑA GRACIA. DOÑA VITORIA. DON GUILLEN.

DON DALMAO.
Duque, de besar las manos
al conde mi señor vengo,
y á agradeceros á vos
las mercedes que me ha hecho.

DON GARCERÁN.
Ya soy mayordomo, duque,
y hechura vuestra. No quiero
pagar obras con palabras;
todo es manos el silencio.
Vos vereis cuan fiel amigo
en mí teneis.

DON GASTON.
Estad cierto
de mi amistad, duque ilustre.

DON GUILLEN.
Yo quisiera, caballeros,
tener un reino que daros
á cada uno; y espero
que sereis en mi amistad
blasones del siglo nuestro.

ESCENA XV.

EL CONDE, *muy severo.*—DOÑA GRACIA. DOÑA VITORIA. DON GUILLEN. DON GASTON. DON DALMAO. DON GARCERÁN.

CONDE.

Dad, duque, á mi mayordomo
las armas.
(*A don Dalmao.*)
Llevalde preso.

DON GUILLEN.

¡Gran señor! ¿á mí?

CONDE.

Acabad.

DON GUILLEN.

Ya las doy y os obedezco.

CONDE.

Ponelde en aquesa torre
de mi alcazar.

DON GUILLEN.

¿Pues qué he hecho
en vuestra ofensa, señor?

CONDE.

Y dadme las llaves luego.

DON GUILLEN.

¿No sabré yo en qué os desirvo?
¿No direis en qué os ofendo,
gran señor?

CONDE.

Cuando os den cargos,
vereis vuestra culpa en ellos.

DON GUILLEN.

¿Yo culpa? Si otro que vos....

CONDE.

Disimulad; que los cielos
con mudas voces publican
desleales encubiertos.

DON GUILLEN.

Si la envidia....

CONDE.

Los privados
culpais á la envidia luego,
capa de vuestros delitos.
(A don Dalmao.)
¿Qué haceis? ¿no le llevais preso?

DON GUILLEN.

El callar y obedecer
son abogados del cuerdo.

DON DALMAO.

Duque, venid.

CONDE.

Acabad.

DON GUILLEN.

Ya yo acabo cuando empiezo.

CONDE.

Volvedme, Dalmao, las llaves,
y advertid que el cargo os dejo
de su guarda, y si se os huye,
sereis del mundo escarmiento.
(Vase el conde: don Dalmao se lleva á don Guillen.)

DON GARCERÁN.

¡Hay caso mas lastimoso!
¡Privar y caer tan presto!

DON GASTON.

El poder imita al rayo,
que alumbra y da muerte á un tiempo.

DON GARCERÁN.

¡Ayer duque, hoy en prision!
Don Gaston, ¿qué decís de esto?

DON GASTON.

Que es efimera el privado,
pues que se muere en naciendo.
(Vanse don Garcerán y don Gaston.)

ESCENA XVI.

—

DOÑA VITORIA. DOÑA GRACIA.

DOÑA VITORIA.

Doña Gracia, hablando al duque,

despues de oscuros rodeos,
aunque me pidió perdon,
dijo que eras el empleo
de su amor, porque en tus llamas
se abrasaba; y segun esto,
un pláceme poderoso
á esta ocasion darte puedo.

DOÑA GRACIA.

Eso ¿cómo puede ser,
si me dijo, aunque en secreto,
que la mano te habia dado,
con el sí de casamiento?

DOÑA VITORIA.

¿A mí? Déjate de engaños,
que esos deben de ser celos.
Ya no compito contigo,
y es necedad el tenerlos.
Goces mil años tu esposo.

DOÑA GRACIA.

¿Yo esposo? Ni le apetezco,
ni jamás al conde quise.

DOÑA VITORIA.

Pues, Gracia, aquellos estremos,
y la intercesion del conde,
¿á qué propósito fueron?

DOÑA GRACIA.

Era duque entonces libre;
pero agora es duque preso,
y el amor que todo es oro,
no comienza bien por hierros.

DOÑA VITORIA.

Dices bien: yo elegí mal.
¿Que le olvidaste tan presto?

DOÑA GRACIA.

Privaba; mas ya no priva.

DOÑA VITORIA.

Améle, ya le aborrezco.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Guillen.

ESCENA I.

DON GUILLEN, *como preso.* DON GASTON. DON DALMAO.

DON GASTON.

(*Acercándose á una puerta, y hablando con los que están dentro.*)

Llevad aquesas vajillas
á mi casa, descolgad
esos doseles, sacad
los escritorios y sillas,
camas, cuadros y pinturas,
sin reservar ni una pieza;
que así lo manda su alteza.

DON GUILLEN.

Don Gaston, las colgaduras
fueron siempre en mi opinion
símbolo de la privanza;
¡ved con cuanta semejanza
de mis desdichas lo son!
Cuélgalas la autoridad
en el invierno, que helado,
siempre se ha significado
por él la necesidad.
Y como de su calor
necesita quien las cuelga,
con su presencia se huelga,
lisonjeando el valor
de doseles encumbrados
los que su presencia estiman.
Los pretendientes se arriman
á ellos; que los privados,
en los ojos de las gentes,

son cuando están mas felices,
del modo que los tapices,
arrimos de pretendientes.
Llega el estío, y despojan
las paredes que adornaban,
y si en invierno abrigaban,
ya en el verano congojan;
que á la persona ensalzada
que con el favor se muda,
el que pobre le dió ayuda,
favorecido le enfada.
Caen al suelo desde el techo,
y el que á ellos se arrimó,
ya los pisa; que no halló
el privado otro provecho.
Y en lugar de los regalos
que por haber dado abrigo
merecen, el mas amigo
los sacude y da de palos;
pues para que en todo imiten
al que priva y ha caido,
aun el polvo que ha cogido
el tapiz, no le permiten.
Luego el doblallos es cierto,
en señal de que al que priva,
aun no consienten que viva,
pues no doblan sino al muerto.
Arrímanlos á un rincon;
pero no es su olvido eterno,
porque en volviendo el invierno,
vuelven á su estimacion,
y formaran, á tener
discurso y entendimiento,
de los clavos sentimiento,
que los dejaron caer.
Clavos sois; tapiz he sido;
y en aquesta adversidad
culparé vuestra amistad,
si agora que estoy caido,
acabais de derribarme,
por usurparme el gobierno.
Guardad no torne el invierno,

y el conde vuelva á ensalzarme;
que el favor con que os celebra
os servirá de castigo,
si es como el clavo el amigo,
que tuerce, pero no quiebra.

DON GASTON.

De vuestro hablar misterioso,
aunque he alcanzado el sentido,
poca parte me ha cabido.
Del conde, (que riguroso
os quita vuestros estados,
y os manda embargar la hacienda,
sin que la envidia os ofenda,
ni os persigan los privados)
os quejad, y del poder
que á tal mudanza os provoca;
porque á mí solo me toca
el callar y obedecer.

DON GUILLEN.

Bueno es callar, don Gaston,
y mas de amigos ausentes,
que puesto que á maldicientes
oiga el conde don Ramon,
es cuerdo, y entenderá
la intencion de quien malsina.

DON GASTON.

De mi amistad no imagina
bien el que quejas os da
contra mí. Yo os soy amigo;
y si no estais satisfecho
del buen tercio que os he hecho
con su alteza, él sea testigo.

DON GUILLEN.

¡Plega á Dios!

DON GASTON.

Depositario
me nombra de vuestra hacienda,
con comision que la venda;
mas si fuere necesario,
tomándola por el tanto,
la poseeré en nombre vuestro;
y sin que el tiempo siniestro

que os persigue me dé espanto,
socorriéndoos, sacaré
á quien de mí os habló mal,
mentiroso.

DON GUILLEN.

Sois leal,
y amigo fiel, (yo lo sé)
y vos, don Dalmao, tambien.

DON DALMAO.

Por vuestros caballos vengo,
que espreso mandato tengo
de su alteza, don Guillen,
dos dias há para sacallos.

DON GUILLEN.

Pintó la gentilidad
el amor y el amistad
en los perros y caballos:
el que los lleva consigo,
en su lealtad, claro está,
don Dalmao, que aprenderá
á ser firme y fiel amigo.

DON DALMAO.

¿No lo soy yo vuestro?

DON GUILLEN.

Sí;
mas hay caballos tambien
desbocados.

DON DALMAO.

Don Guillen,
no es razon tratarme ansí.
Yo he hablado al conde por vos,
y don Gaston.

DON GUILLEN.

¿Bien, ó mal?

DON DALMAO.

Yo soy noble.

DON GASTON.

Y yo leal.

DON GUILLEN.

Y mis amigos los dos.

DON DALMAO.

Imprudencia es el dudallo.

DON GUILLEN.

Los caballos que embargais,
dicen que como privais,
no hay hombre cuerdo á caballo.

ESCENA II.

DON GARCERÁN.—DON GUILLEN. DON GASTON. DON DALMAO.

DON GARCERÁN.

Don Guillen, los contadores
del conde, ajustando cuentas,
os alcanzan de sus rentas
en cantidades mayores,
que imaginaron de vos.
Cuatrocientos mil ducados
hallan que teneis gastados;
y remitiéndoos los dos,
doscientos mil que debeis,
su alteza os manda pagar.

DON GUILLEN.

Si me acabais de quitar
la hacienda, ¿con qué quereis
que le pague? Sin estados
estoy: castillos y villas,
colgaduras y vajillas,
y hasta esclavos y criados
me quita, siendo testigos
vosotros de su rigor.
Mas si el conde mi señor
no me quita los amigos,
como la hacienda, no importa
el alcance que me carga;
que siempre la ayuda es larga
donde la amistad no es corta.
Pagaldos por mí los tres,
pues estais ricos por mí.

(*A don Dalmao.*)

La mayordomia os dí,
cargo de honra y de interés.

A Martorel y Manresa
os impetré, don Gaston:
yo sé que esta obligacion
vuestro valor la confiesa,
y que pagarla quereis.
Alcaide de Perpiñan
sois por mí, don Garcerán:
pobre y en prision me veis.
Librar en vosotros quiero
esta suma en que me alcanza,
si la amistad es libranza
de mas valor que el dinero.
Mas de esto ¿qué hay que dudar?
Decí al conde mi señor
que deudas de mas valor
saben amigos pagar;
que de vosotros tres cobre
deudas de mas interes;
pues siendo ricos los tres,
¿cómo puedo yo estar pobre?

DON GASTON.

De mi parte ese cuidado,
don Guillen, se remediara
facilmente, si me hallara
algo menos alcanzado.
Compré dos villas, y estoy
empeñado; mas fiad
de mi valor y amistad;
que si con el conde soy
de efeto, haré que os remita
parte de lo que debeis.

DON GUILLEN.

En fin, ¿qué hacienda teneis
para que la que él me quita
compreis, y estais alcanzado
para pagalle por mí?

DON GASTON.

No es este tiempo que ansí
me apureis, ni del pasado
egecuteis cumplimientos
que usa la cortesanía.
Premió en la nobleza mia,

el conde merecimientos;
no como vos alegastes.
Si por esto, es justa paga
que la mia satisfaga
lo que vos desperdiciastes,
veldo; que yo con su alteza,
á quien procuro aplacar,
no haré poco en negociar
que no os corte la cabeza. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GUILLEN. DON DALMAO. DON GARCERÁN.

DON GUILLEN.
(*Aparte.* Este ya ha dicho quien es,
y esotros dos lo dirán.)
La amistad, don Garcerán,
si no os vence el interes,
os obliga á socorrer
aquesta necesidad.
Prestadme esta cantidad;
que si da muestras de ser
mi amigo, como ha ofrecido,
don Dalmao, entre los dos
no es dificil; y de vos,
como de él, me he prometido
(si es que podeis hacello)
lo que en don Gaston no hallé,
cuando mas de él confié.

DON GARCERÁN.
Duque, yo me veré en ello. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON GUILLEN. DON DALMAO.

DON GUILLEN.
(*Aparte.* ¡Oh amistad del mundo vana!)
¿Qué decís vos?

DON DALMAO.
Don Guillen,
consideraréla bien,
y os responderé mañana.

ESCENA V.

DON GUILLEN.

¡Qué bien comparó el amigo
á la hormiga un cortesano,
que solo sale el verano
á las eras cuando hay trigo,
y en el invierno se asombra!
En la luz y claridad
del sol de prosperidad,
al cuerpo sigue la sombra;
pero huye en tiempo confuso:
sombras y hormigas os llame
el mundo, porque os infame,
pues sois amigos al uso.

ESCENA VI.

GILOTE. GALVÁN.—DON GUILLEN.

GILOTE.
(*Hablando con Galván á la puerta.*)
¿No teneis vergüenza de eso?

Vos que comistes su pan,
¡venis á pedir, Galván,
el salario, estando preso,
agora que le han quitado
la hacienda!

GALVÁN.

Yo le he servido
un año, y lo que le pido,
es el sudor que he ganado.

GILOTE.

En esta ocasion es mengua.

GALVÁN.

Pedídselo vos tambien.

GILOTE.

El diabro me lleve, amen;
que os he de sacar la lengua,
si le pedís cosa alguna.
Galván, no os burleis conmigo.
El criado y el amigo
en la próspera fortuna
y en la adversa ha de ser fiel.
En lugar de socorrelle,
consolalle, entretenelle,
y dar la vida por él,
¿á pedille la soldada
venís?

GALVÁN.

El conde ha mandado,
que no esté ningun criado
en su servicio: en Moncada
le serví y en Barcelona;
págueme lo que me debe.

GILOTE.

Sanguijuela sois que bebe
la sangre de la persona,
y en no habiendo que beber,
suelta la vena y se acoge.
Galván, catá no me enoje.
¡Gentil talle de traer
á su amo algun regalo,
como yo hello codicio!

GALVÁN.

Yo ¿ de qué?

GILOTE.

Buscá un oficio;
que en el hambre no hay pan malo.

GALVÁN.

No le sé.

GILOTE.

Amolad tijeras,
si oficio fácil quereis;
ó las bragas que traeis,
pues parecen aguaderas,
os pueden her aguador.

GALVÁN.

Mi salario me ha de dar.

GILOTE.

No habeis de entrar.

GALVÁN.

Sí he de entrar.

GILOTE.

¡ Galván....!

DON GUILLEN.

¿Qué es esto?

GILOTE.

¡Oh señor!
Acá es un poco.... Los dos
nos entendemos. (*Ap. á Galván.* Ya os digo
que calleis.)

DON GUILLEN.

¡Gilote amigo!

GILOTE.

Como nos echa de vos
el Conde, y os han quitado
la hacienda y tierra, Galván,
que, en fin, comió vueso pan,
y os ha sido buen criado,
viene á daros.....

GALVÁN.

(*Sacando un papel.*)
Esta cuenta.

GILOTE.

(*Aparte á él.* Callad, Galván, ya os lo digo.)

A daros viene conmigo....

GALVÁN.

Mi soldada monta treinta....

GILOTE.

Dejadnos aquí, Galván.

GALVÁN.

Treinta reales cada mes......

GILOTE.

Os ofrece....

GALVÁN.

Salario es
que á un lacayo siempre dan.

GILOTE.

Con ellos y con los mios,
pues estáis pobre....

GALVÁN.

¿Yo dar....?

GILOTE.

Galván, dejadnos habrar.

GALVÁN.

¿Yo digo esos desvaríos?

GILOTE.

Galván, dejadmos aquí;
que despues habrareis vos,
(*Aparte á él.*)
pues yo os juro á non de Dios,
si no lo decís ansí,
que quizá el diablo vos trajo
acá.

GALVÁN.

Señor....

GILOTE.

(*Aparte á él.* Id conmigo,
ó callad, Galván, os digo.)
Sentimos vueso trabajo
los dos, y necesidad,
que en este tiempo contrario.....

GALVÁN.

Yo vengo por mi salario,
señor, y esta es la verdad.

GILOTE.

¡Valga el diabro el que os parió!

(*Le da con la caperuza.*)

GALVÁN.

¡Ay!

DON GUILLEN.

Tened. ¿Que haceis, Gilote?

GILOTE.

Sacalle por el cogote
la lengua que tal pidió.

DON GUILLEN.

Dejalde; que si ha servido,
razon es que sea pagado.—
Galván, tan pobre he quedado,
que aunque estoy agradecido
al buen servicio que os debo,
no tengo con qué pagaros.
Saldrán los cielos mas claros,
y otro tiempo vendrá nuevo,
en que os pueda agradecer
los servicios que os confieso.

GALVÁN.

¡Bien comeremos con eso!

GILOTE.

¡Qué diablos! Heis de comer
tierra, arena de la gorda.

GALVÁN.

Tomad vos ese remedio.

DON GUILLEN.

¿Qué tanto os debo?

GALVÁN.

Año y medio.

GILOTE.

La lealtad es la que engorda
mas que la carne y el pan.

DON GUILLEN.

Gilote, ¿cómo podremos
pagar lo que le debemos
(que es razon) al buen Galván?

GILOTE.

¿Bueno? Tal tenga él la vida.

DON GUILLEN.

Su sudor me pide, en fin.

GILOTE.

Señor, pues es tan rüin,
porque otra vez no os le pida,
dos bueyes tengo; á vendellos
quiero partirme al lugar,
y á Galván podremos dar
al instante el precio dellos.

DON GUILLEN.

¿Vuestros bueyes? Eso no.

GILOTE.

¿Cómo no? El trigo, las parvas,
la cama, el burro, las barbas
venderé por mi amo yo.
Hasta el hijo he de vender
que tengo; y si justo fuera,
la muger tambien vendiera;
mas sin bueyes, con muger,
á fuer de lo que ahora pasa,
dijeran bárbaras leyes:
"no os harán falta los bueyes,
pues vos os quedais en casa."

DON GUILLEN, *aparte.*

¡Que en un rústico criado
halle yo en mi adversidad,
cielos, la fidelidad,
que en mis amigos no he hallado!
En tal parte ¿tal tesoro?
¿tal amor? ¿ley tan estraña?
Mas sí; que en una montaña,
no en la corte, nace el oro.

ESCENA VII.

DON HUGO.—DON GUILLEN. GILOTE. GALVÁN.

DON HUGO.

No está el conde satisfecho,
don Guillen, de esta prision,

que en fe de su indignacion,
sin los daños que os ha hecho,
manda que preso os llevemos
á una torre de su casa.
Mientras este rigor pasa,
(que un señor todo es estremos)
tened paciencia, y trocad
por su alcazar este puesto.

DON GUILLEN.

Don Hugo, amigo, ¿qué es esto?

DON HUGO.

El poder y magestad
de un príncipe, semejanza
de Dios, que como la imita,
á su gusto pone y quita.

DON GUILLEN.

En Dios no cabe mudanza.

DON HUGO.

No; mas si le satisface,
en muestras de su poder,
hoy á una cosa da ser,
y mañana la deshace.
Teme, si aquí preso estais,
que han de romper la prision
amigos.

DON GUILLEN.

Ya no lo son,
don Hugo, los que esperais.
Que el mundo los tenga ignoro,
pues con esperiencia nueva,
si la piedra al oro prueba,
á la amistad prueba el oro:
en él saqué los quilates
de los que falsos han sido.
Las fábulas han fingido
los Orestes, los Acates;
que es quimera el afirmar
què hubo amigos verdaderos.
Mas no quiero deteneros:
demos al tiempo lugar,
y el conde preso me lleve
donde gustare.

DON HUGO.

Venid.

DON GUILLEN.

Y vos, Galván, acudid
á que os dé lo que se os debe
Gilote; que podrá ser
que algun dia satisfaga
su lealtad con noble paga.

GILOTE.

Como no sea la muger,
la vida daré por vos.

DON GUILLEN, *aparte.*

Probad, fingida desgracia,
en doña Vitoria y Gracia
lo que teneis en las dos,
y luego en don Grao y Estela;
que si salen al ejemplo
de los demas, yo haré un templo
á mi ingeniosa cautela.

(*Vanse don Guillen y don Hugo.*)

GILOTE.

Seguidme, y os pagarán
el salario.

GALVÁN.

¿Todo?

GILOTE.

Todo.
(*Aparte.* Yo os pondré, Galván, de modo,
que no os conozca Galván.)

Salon de palacio.

ESCENA VIII.

EL CONDE. DOÑA VITORIA. DOÑA GRACIA.

CONDE.

Gracia y Vitoria, llamaros
á mi presencia mandé
hoy, para comunicaros

algunas cosas que sé
lo mucho que han de importaros.
Don Guillen me ha deservido
(aunque no digo su esceso)
en ocasiones que han sido
causa de tenelle preso,
sin estado y perseguido.
Por lo que importa á mi honor,
no me declaro mas que esto.
Sé que le teneis amor,
pues en fé de él, habeis puesto
por tercero mi favor.
A esta causa, no he mandado
que le corten la cabeza,
como me han aconsejado;
porque es tal vuestra belleza,
que mi cólera ha templado.
Por ella, pues, y tambien
por los servicios que me hizo
antes de esto don Guillen,
si su amor os satisfizo,
en fé de quereros bien,
y de estar á cuenta mia
vuestro aumento, os he llamado;
y de vosotras querria
saber, ya que le he privado
de los cargos que tenia,
si sin ellos gustareis,
como le dé libertad,
casaros con él, (pues veis
el deudo y la voluntad
que os tengo) y escusareis
su muerte. Hacienda bastante
os dió el cielo á cada una,
con que viva vuestro amante,
á pesar de la fortuna,
rico, honrado y abundante.
Sepa yo á cual de las dos
por esposo le he de dar.

DOÑA GRACIA.

Gran señor, no quiera Dios
que quien no supo agradar,

y os ha deservido á vos,
permanezca en mi memoria;
pues depender de la vuestra
la mia es cosa notoria.
Pague el amor que la muestra,
y déle doña Vitoria
con la mano su belleza;
que yo cedo desde aquí
mi derecho: y vuestra alteza
no le perdone por mí,
si le ofendió, la cabeza.

DOÑA VITORIA.

Yo he mudado de eleccion,
si vos, señor, de privanza;
y por vuestra intercesion,
tengo segura esperanza
de casar con don Gaston.

DOÑA GRACIA.

Don Dalmao me estaba bien,
á ser con el gusto vuestro.

CONDE.

Alto: las manos os den
en señal del que yo muestro
que (1) olvideis á don Guillen;
porque en estremo sentia
que quisiésedes las dos
á quien en desgracia mia
está.

DOÑA VITORIA.

Ofendiéndoos á vos,
ni hay amor ni cortesía.

ESCENA IX.

DON GRAO.—EL CONDE. DOÑA VITORIA. DOÑA GRACIA.

DON GRAO.

(*Hincándose de rodillas delante del conde.*)
Invicto conde, que el valor corona,

---

(1) De que.

no en murta á Venus, no á Dionisio en parras,
en roble á Marte sí, y de Helicona
á Apolo en hojas de laurel bizarras;
catalan Alejandro en Barcelona,
que á la púrpura añades de sus barras,
(oráculo la fama de esta empresa)
de Sobrarbe la cruz aragonesa;
si en generosos príncipes es digno
blason, que nunca la memoria pierda,
la piedad del diluvio en iris signo,
arco de paz sin flechas y sin cuerda;
si Dios antes severo, ya benigno,
vibra los rayos con la mano izquierda,
y en la derecha, porque la paz viva,
transforma la clemencia en verde oliva;
imita á Dios, si justo, tan clemente,
que el mayor atributo que ha escogido,
es el de perdonar omnipotente,
sin olvidarse, á culpas dando olvido.
Mi amigo es don Guillen y mi pariente,
y á su lealtad (perdona si atrevido
me arrojo á hablar verdades) el estado
y la vida le debes que te ha dado.
Cúlpasle por mayor, y el vulgo ignora
de su prision la causa en tu mudanza,
y hasta la envidia sus desdichas llora,
porque jamás se opuso á su privanza.
Cataluña le estima, España adora,
viéndose esta vez sola la venganza
sin quien gratule tan ingrata empresa,
pues al mas ambicioso, mas le pesa.
Si te ofendió, (que puesto que lo dudo,
no sin causa con él te has indignado)
es hombre al fin; errar como hombre pudo,
defeto en el primero vinculado.
De la primera gracia Adan desnudo,
don Guillen de la tuya despojado,
y hombres los dos, si á Dios imitas sabio,
iguala tu clemencia con tu agravio.
Doscientos mil ducados que te debe,
quiero pagar por él; mi estado embarga.
Si no es bastante, préndeme y aprnebe

tu alteza mi amistad ilustre y larga.
Si la venganza que á rigor te mueve,
le imputa culpas y delitos carga,
otro don Guillen soy, pues soy su amigo;
ejecuta en mi vida su castigo.
Manda, señor, cortarme la cabeza;
viva quien te dió vida dadivoso;
no diga el vulgo, viendo tu aspereza,
que eres ingrato, en vez de generoso.
Con él está segura la grandeza
de este estado, que aumentes generoso;
pues quedamos, tu enojo ejecutado,
yo leal, él con vida, y tú vengado.

CONDE.

No le debeis, don Grao, fineza tanta.
Ni don Guillen (que honrais por un amigo,
cuando de vos murmura y os levanta
delitos que os imputa, y yo no digo)
el valor que os sublima y que me espanta
merece; ni sin causa le castigo:
antes me incita, cuanto mas os trato,
el velle al vuestro y mi favor ingrato.
Amigo os puedo ser de mas provecho;
que envidio su ventura y vuestra fama:
dejadme en mis agravios satisfecho;
que no es leal quien desleales ama.
Yo sé que conservais dentro del pecho
la célebre hermosura de su dama,
reprimiendo el tormento que os desvela,
y intentando olvidarla, amais á Estela.
A honrar con ella estoy determinado,
por amante leal, vuestra persona:
su esposo habeis de ser y mi privado,
marques en Castellon, duque en Girona.
Usurpalde la dama y el estado;
y si el conde, don Grao, de Barcelona
os es de mas provecho para amigo,
dejad á don Guillen; privad conmigo.

DON GRAO.

Si otro que vuestra alteza me dijera
semejantes razones....

CONDE.

¿Estais loco?

DON GRAO.

La espada, no la lengua, respondiera,
ofendida de ver tenerme en poco.
La envidia, en los palacios lisonjera,
que lealtades destierra poco á poco,
os dirá, por mentir con lengua sábia,
que don Guillen me ofende, y que os agravia.
A Estela quise cuando no sabia
que don Guillen la amaba; pero luego,
aquel dia mismo (¿qué digo aquel dia?
aquel instante) mi amoroso fuego,
vueltas sus llamas en ceniza fria,
Argos en la amistad, si en gustos ciego,
desembarazó el pecho; y si tardara,
el alma por sacalle me sacara.
Premiad con Castellon y con Girona,
lisongeros, señor; que solo sigo
el valor generoso que me abona,
ya me deis alabanza, ya castigo;
que puesto que reinais en Barcelona,
no sé si os recibiera por amigo,
(perdonadme) por no vivir en duda
de amistad que tan presto en vos se muda.

CONDE.

En fin, siendo parcial de quien me ofende,
¿conspirais contra mí?

DON GRAO.

Mientras no toca
don Guillen en traidor, ni dar pretende
la ocasion que á tal pena le provoca
vuestra alteza, señor, aunque le prende,
(pues hablando el rigor, calla la boca)
perder la vida por mi amigo aprueba,
salva la fé, que cual vasallo, os debo.

CONDE.

Pues sí la perdereis, por atrevido.
¡Hola!

ESCENA X.

DON DALMAO. DON GASTON.—EL CONDE. DON GRAO. DOÑA VITORIA. DOÑA GRACIA.

DON DALMAO.

Señor.

CONDE.

Llevad este arrogante
á una torre; veamos si abatido
en la amistad es vidrio, ó es diamante.
Quitalde sus estados.

DON GRAO.

Siempre he sido
la roca en medio el mar, firme y constante.
Multiplique rigores vuestra alteza;
que adonde no hay combates, no hay firmeza.
(*Vase.*)

ESCENA XI.

EL CONDE. DOÑA VITORIA. DOÑA GRACIA. DON DALMAO. DON GASTON.

CONDE.

Don Dalmao, de Moncada sois vizconde,
y doña Gracia vuestra esposa.

DON DALMAO.

Beso
la tierra que pisais, pues corresponde
á la dicha amorosa que intereso.

CONDE.

(*Aparte.* ¡Qué mal que el interes civil se absconde!)
Ya sabeis que Moncada fue del preso,
y él vuestro amigo.

DON DALMAO.

¿Qué amistad pretende

conmigo, gran señor, el que os ofende?

CONDE.

Decís bien. A Vitoria dé la mano
don Gaston, y de Ampurias conde sea.

DON GASTON.

Si con serviros, tanto, señor, gano,
feliz el que por vos la vida emplea.

CONDE.

De amigo don Guillen vuelto en tirano,
quiero que en vos, con sus estados, vea
mi favor mejorado en su castigo.

DON GASTON.

Quien á vos os desirve, no es mi amigo.

CONDE.

Ya he cumplido, Vitoria, vuestro gusto.—
Al vuestro, doña Gracia, os doy esposo.

DOÑA VITORIA.

Celebre, gran señor, con nombre augusto
el mundo vuestro pecho generoso.

DOÑA GRACIA.

Sois príncipe magnánimo, si justo;
mi amor os engrandece venturoso.

ESCENA XII.

DON HUGO, *y despues* ESTELA.—DICHOS.

DON HUGO.

Preso en palacio don Guillen, no sabe
si muere ó vive.

CONDE.

Dadme, pues, la llave.

ESTELA.

(*Híncase de rodillas.*)

A tus pies tengo de ver,
señor, en esta ocasion,
qué tan persuasivas son
lágrimas en la muger.
Al duque hiciste prender:
si fué ó no á título honesto,

no sé; pero diré en esto
que es en conservar tu estado
mas el oro que ha gastado,
que los hierros qne le has puesto.
Alcánzasle en una suma
notable, y en su valor,
mas fe y crédito, señor,
das que á su espada, á una pluma.
Bien es que pagar presuma,
que en fin es hacienda real;
y aunque es poco mi caudal
para el que el tuyo interesa,
de Miraval soy marquesa:
yo te doy á Miraval.
Viviré en un monasterio,
que aunque en él las que se encierran,
sin delitos se destierran,
y escogen su cautiverio;
la pobreza, vituperio
del mundo en él estimada,
por don Guillen de Moncada,
la daré por bien perdida,
y la vida por su vida,
si así queda restaurada.
Venga en ella tus enojos,
generoso catalan,
y feria como galan,
amorosas prendas de ojos;
pues si estimas tus despojos,
darás á mi amor reparos,
y á tu piedad nombres claros
contra la infame cautela.

CONDE.

Vedme aquesta noche, Estela;
que tengo mucho que hablaros.

(*Vanse el conde y don Hugo.*)

ESTELA.

¿Cómo estais mudos, señores,
y no intercedeis conmigo
por don Guillen vuestro amigo?

DON GASTON.

Yo no ruego por traidores. (*Vase.*)

DON DALMAO.

¿Qué valen intercesores
contra un príncipe enojado? (*Vase.*)

DOÑA VITORIA.

Quien no supo ser privado,
sepa sufrir, y callar. (*Vase.*)

DOÑA GRACIA.

Yo no me atrevo á rogar
por quien al conde ha indignado. (*Vase.*)

ESTELA.

Quien en vosotros se fia,
aqueste pago merece.
Las aves cuando anochece
huyen, y hacen salva al dia:
salid vos firmeza mia,
cuando la amistad se esconde;
que si ella no corresponde
á don Guillen, hoy verá
que muere Estela, ó le da
vida y libertad al conde. (*Vase.*)

Sala de prision en el palacio, con una chimenea.

ESCENA XIII.

DON GUILLEN, *preso.*

El águila que al sol da en sacrificio
los hijos que en sus rayos legitima,
aquellos por bastardos desestima
que no osan ver su luz: basta este indicio.
Examen hace en lúcido jüicio
de los polluelos cuya vista anima
para miralle, y al cobarde intima,
en vez de amor materno, precipicio.
En la prosperidad, que es sol luciente,
no es mucho que sus rayos sean testigos
de su nobleza, que es hermoso Febo.

Mas yo al águila en esto diferente,
¿cómo me atrevo á examinar amigos,
si en la tiniebla, no en la luz, los pruebo?

ESCENA XIV.

EL CONDE.—DON GUILLEN.

DON GUILLEN.

Pero ¿quién abre la puerta
de mi fingida prision?

CONDE.

Con bastante informacion
habeis hecho prueba cierta
de amores encarecidos,
y amigos examinados:
muchos fueron los llamados;
pocos son los escogidos.
El arte química toco
en la esperiencia que haceis;
no os espante que saqueis
mucha alquimia y oro poco.
Gaston, Dalmao, Garcerán,
como al temple se pintaron,
facilmente se borraron;
ya sin figuras están.
Vitoria y Gracia, despues
que os ven en mi disfavor,
desde el tribunal de amor,
apelan al de interes.
Solo en don Grao se reduce,
y en Estela, este tesoro,
pues salieron como el oro,
que á mas ensayos, mas luce.
Dad la victoria y ventaja
á tal dama y tal amigo,
y sed labrador que el trigo
sabe apartar de la paja;
que la amistad no es cosecha
fértil, que en tiempo oportuno,

volviendo ciento por uno,
enriquece y aprovecha;
ni sois poco feliz vos,
si en tan estéril edad,
que no se halla una amistad,
sembrais siete, y cogeis dos;
y acabemos de apurar
pruebas que han de engrandeceros,
y pago yo con no veros;
que no lo puedo llevar.

DON GUILLEN.

La fama, señor, alabe
en tí el primer imposible,
que es magestad apacible,
jovial gusto y trato grave;
que para no hacer agravios
al valor que en tí sublimo,
la lengua corta reprimo,
y en tus pies sello los labios.
¿Es posible, gran señor,
que Estela ha podido ser
constante, siendo muger,
primer milagro de amor?
¿que ha vencido don Grao pruebas
del tiempo y la adversidad?

CONDE.

Del amor y la amistad
son dos maravillas nuevas.
Esta máquina se acabe,
que nos divide á los dos;
y porque estando sin vos,
estoy sin mí, aquesta llave
(*Dásela.*)
las puertas os franqueará
que hay desde mi cuarto aquí:
veréisme de noche así;
cerca de esta torre está.
Vuélvome por no perder
á nuestra industria y secreto
el prometido respeto,
si nos viniesen á ver.

DON GUILLEN.

Dejadme, señor, primero
besar estos pies.

CONDE.

Alzad.
Ya son las doce: mirad
que de aquí á un hora os espero.

ESCENA XV.

DON GASTON *y* DON DALMAO, *que hallan á* DON GUILLEN *hincado de rodillas delante del* CONDE.—DICHOS. *Despues* DON GARCERÁN.

DON DALMAO.

(Hablando á la puerta con don Gaston.)
¡La prision abierta! ¡Cómo!
¿Mas si se fue don Guillen?

DON GASTON.

Miradlo, Dalmao, bien.

CONDE.

(Habla aparte con don Guillen.)
Don Gaston y el mayordomo
me vieron daros los brazos:
fingirme enojado quiero.

DON GUILLEN.

Sí, señor.

CONDE.

(Alzando la voz.)
Librarme espero
presto de esos embarazos.
Desleal, si en el respeto
de mi honra no tocara,
yo tus culpas publicara;
mas matándote en secreto,
mi afrenta enterraré hoy,
castigando, en vez de lazos,
tu aleve cuello mis brazos.

(Echa á don Guillen los brazos al cuello, como si le quisiera ahogar.)

DON GUILLEN.

A tus pies humilde estoy.

CONDE.

Ya no valen humildades
conmigo.

(*Sale don Garcerán: él, don Dalmao y don Gaston se acercan al conde.*)

DON GARCERÁN.

¡Señor! ¿qué es esto?

CONDE.

Venganzas, en que me han puesto
engaños y deslealtades.
¿Dónde está preso don Grao?

DON GASTON.

En esta torre.

CONDE.

(*A don Guillen.*)
Los dos
morireis mañana. Vos
haced prevenir, Dalmao,
en la plaza un cadahalso.

DON DALMAO.

Haráse, señor, ansí.

CONDE.

Verá Barcelona allí
castigar un hombre falso.

DON GASTON.

(*Aparte con don Dalmao.*)
¿Qué es esto?

DON DALMAO.

¿Yo como puedo,
Gaston, saberlo?

CONDE.

Venid.

DON GARCERÁN, *aparte.*

Confuso voy.

CONDE.

(*Aparte á don Guillen.*)
Advertid,
duque, que aguardando os quedo.

(*Quiérense ir; oyen voces de arriba, y luego ven bajar á Gilote por la chimenea, metido en un cesto.*)

ESCENA XVI.

GILOTE.— DICHOS.

GILOTE.
(Desde arriba.)
Echad la soga mas paso,
que es alta la chimenea,
y yo un ángel de Guinea,
segun me tizno y abraso.

CONDE.
Esperad. ¿Qué es esto?

GILOTE.
(Desde arriba.)
El duende.

UNA VOZ DE ARRIBA.
Soltalde.

OTRA.
Huyamos.

(Sueltan arriba á Gilote á cierta altura, y cae con el cesto por la chimenea.)

GILOTE.
Con todo
habemos dado en el lodo.

CONDE.
¿Quién sois?

GILOTE.
Un lacayo duende,
que mis desdichas me han puesto
aquí; y porque bajar pueda
como seda sobre seda,
soy un cesto en otro cesto.

CONDE.
¿Quién eres, hombre? ¿qué dices?

GILOTE.
¿Quién quiere, señor, que sea
quien por una chimenea
baja, ó por unas narices,
que es lo mismo? (*Aparte.* Al sol me pone

como al cuero el zurrador.
¡Ay cielos!)

CONDE.

Sois un traidor.

GILOTE.

Su mercé miente, y perdone.

CONDE.

Matalde.

GILOTE.

Máteme Dios
que me hizo. ¿Es dotor él,
que mata en tinta y papel?
(*A don Guillen.*)
Duco, defendedme vos;
que á sacaros de prision
vine.

CONDE.

Él mismo se condena.—
¡A sacalle!

GILOTE.

Es alma en pena,
y yo cuenta de perdon.—
Señor, si comí su pan,
y en bragas trocando el sayo,
tira hoy praza de lacayo
quien ayer era un gañan,
¿no es bien, si lo considera,
que por echalle de aquí,
siendo leal, baje ansí
un lacayo en su vasera?

CONDE.

Llevad preso ese traidor.
Salid.

GILOTE.

¿Sin mas ni mas saca
de su jaula ansí á una urraca?
No le daré buen olor.

CONDE.

¡Vióse igual atrevimiento!

DON GASTON.

Salid.

GILOTE.

(*Sale del cesto.*)

¡La priesa, la grita!

(*A don Guillen aparte.*)

Pues aunque el cesto me quita,
quien hace un cesto, hará ciento.

CONDE.

(*A don Guillen.*)

Estas traiciones son vuestras;
pero no os han de valer;
que mañana os han de ver
dando en un cadalso muestras
de quien sois. Cargad de hierro
ese hombre.

GILOTE.

Mas ¡bobear!
¿Por qué mos han de cargar?
(*Aparte.* ¡O quién agarrara un cerro
cuestas abajo!)

CONDE.

A desleales
yo les daré el pago presto.

GILOTE.

Señores, dejen el cesto;
que me ha costado dos reales.

CONDE.

Cerrad esa puerta, y vamos.

(*Aparte á don Guillen.*)

Mirad, duque que os espero.

GILOTE.

Por lacayo de bien muero.
¡Medrados los dos estamos!
Hierros me mandan echar:
¡miren qué calzas ó mangas!
Salí yo á caza de gangas,
y grillos vine á cazar. (*Vanse.*)

Salon de palacio.

ESCENA XVII.

—

ESTELA, *y despues* EL CONDE.

ESTELA.

Mandóme el conde volver
esta noche para hablarle,
y aquí he querido esperarle.
¡Cielos! ¿á qué puede ser?

CONDE, *saliendo.*

(*Aparte.* Ya la marquesa ha venido.
Hoy he de probar mas bien
lo que tiene don Guillen
en amor tan combatido.)
Pues, Estela....

ESTELA.

Gran señor,
á ver lo que mandais vengo.

ESCENA XVIII.

—

DON GUILLEN, *que se queda oculto.*— EL CONDE. ESTELA.

CONDE.

Mucho que deciros tengo,
todo en orden á mi amor.

DON GUILLEN.

(*Sin ver al conde y á Estela.*)
No me han sentido salir
de la prision. ¿Si estará
solo el conde?

ESTELA.

Ya sabrá
vuestra alteza que á pedir

libertad del duque y vida
vengo.

DON GUILLEN, *aparte.*

¡Ay cielos! ¡A tal hora
el conde...! ¡Estela...!

CONDE.

Señora,
ya yo sé vuestra venida.

DON GUILLEN, *aparte.*

Volvedme á esconder, enojos;
volved, sospecha, á ser juez;
probaré segunda vez
si saben mentir mis ojos.

CONDE.

Mas ha de estaros mas bien
lo que deciros pretendo.
Con justa causa me ofendo,
y castigo á don Guillen;
y pues es fuerza deciros
lo que por guardar respeto
á mi honor, tuve secreto;
para mejor disuadiros
de vuestra esperanza vana,
sabed que el duque atrevido,
en mi ofensa ha pretendido
ser amante de mi hermana.
Ella, que en sus pocos años
funda su facilidad,
dejó llevar su beldad
de persuasivos engaños;
y tan adelante pasa,
que si el cielo no me diera
aviso, su esposa fuera,
para afrenta de mi casa.
Papeles que les cogí,
señas que en ellos noté,
dan de este delito fé.

DON GUILLEN, *aparte.*

¿Qué escucho, cielo? ¡Ay de mí!

CONDE.

Para vengarme y vengaros,
por los propios filos quiero

que muera....

ESTELA, *aparte.*

De celos muero.

CONDE.

Y de esposo mejoraros.
El rey de Aragon me ofrece
á la princesa heredera
de su corona, y me espera
en Zaragoza. Merece
la hermosura y discrecion
que en vos los cielos han puesto,
tanto, Estela, que he propuesto
perder por vos á Aragon,
y desposándoos conmigo,
coronar vuestra belleza,
dar premio á vuestra firmeza,
y castigar mi enemigo.

ESTELA.

Señor....

CONDE.

Querreis persuadirme
lo mal que me está, marquesa,
el perder con la princesa
tal reino; que vos sois firme;
y aunque los intentos vanos
del duque os han ofendido,
que ha de ser de vos querido.
Pero yo que en estas manos
(*Tómaselas.*)
tengo mi esperanza puesta,
en esos ojos que adoro,
en el hermoso tesoro
de aquesa beldad honesta,
cifré, marquesa querida,
cuanto el gusto apeteció:
en solo un sí ó en un no,
estriba mi muerte ó vida.
Sed condesa, sed mi esposa,
sed mi dueño, sed mi bien;
muera el falso don Guillen;
dad sucesion amorosa
á este reino, que en vos vió

el sol que su luz contrasta,
mi bien.
(*Adelántase don Guillen, y los aparta.*)

DON GUILLEN.

Basta, señor, basta;
que no os pido tanto yo.

CONDE.

¡Traidor! ¿cómo has quebrantado
la prision?

DON GUILLEN.

Como quebrantas
de tu fé y las leyes santas,
y palabra que me has dado.
Perdóname, si indiscreto
pierdo respeto y cordura;
que si celos son locura,
locos no guardan respeto.
¡Justa paga á mis quimeras,
y indiscretas pruebas diste!
De burlas me perseguiste:
muerte me das hoy de veras.
Mi imprudencia loca advierto.
¡Mal haya el hombre celoso,
que por probar lo dudoso,
se arriesga á perder lo cierto!
Perdíte al fin, gran señor,
pues por Estela perdido,
no diamante, vidrio has sido
al primer golpe de amor.
Y si á tí, que en la nobleza
eres sol que alumbra á España,
la cifra, el valor, la hazaña
mayor de naturaleza,
te pierdo, ¿qué hay que probar
amistades inconstantes?
Ya no hay firmeza en diamantes,
torre al viento, roca al mar,
amistad que no esté en duda,
amor de satisfaccion,
pues el conde don Ramon
lo fue todo, y ya se muda.
Y pues me han salido falsos,

los mas finos que probé,
y me matas, ¿para qué
finges prisiones, cadalsos,
muerte y castigos atroces,
si aquí he visto sus efetos
cifrados? Fuera secretos;
salid á luz; demos voces.

(*Gritando.*)

Caballeros, la verdad
que hasta agora oculta ha estado,
es que el conde me ha engañado,
es que no hay firme amistad,
es que amor todo es cautela,
y es que don Ramon resuelto,
veras las burlas ha vuelto,
y quiere quitarme á Estela.

CONDE.

Volved, don Guillen, en vos,
y reparad mas despacio....

ESCENA XIX.

DON GASTON. DON GARCERÁN. DON DALMAO. DOÑA VITORIA. DOÑA GRACIA.—DICHOS.

DON DALMAO.

¿Quién dá voces en palacio?

DON GASTON.

Su alteza está con los dos;
Estela y don Guillen, suelto.

DON GUILLEN.

Caballeros, yo no he sido
desleal, ni fementido:
tarde por mi fama he vuelto;
mas ya es tiempo de verdades.
Fingió el conde aborrecerme,
y á mi instancia, hizo prenderme
para probar amistades
y amores, que ya os revela
el agravio que me incita.

El conde á Estela me quita,
y no se resiste Estela.

ESTELA.

Duque, paso; poned, duque,
freno y límite á la lengua,
ó mi injuria os le pondrá;
que ya por hablar, rebienta.
Si el conde de Barcelona,
pretendiéndome, se venga
de vuestro amor desleal,
indignado que en su ofensa
soliciteis á su hermana,
y ingrato pagueis las deudas
de su privanza y mi amor,
¿por qué culpais mi firmeza?
¿Pierde, por ser combatida
de los cañones, la fuerza
que desanimando escalas,
queda inmóvil, rotas ellas?
¿Pierde la encina constante,
porque á los vientos opuesta,
no solo el tronco, sus hojas
vitoriosas permanezcan?
¿oro que apuran trabajos?
¿nave que vence tormentas?
¿valor que gana blasones?
¿sol que desvanece nieblas?
¿Pues por qué quereis que yo,
duque, persuadida, pierda?
¿constante á ruegos, me agravie?
¿me afrente, firme á promesas?
¿Admitílas? ¿díle el sí?
¿turbéme alegre? ¿hice señas?
¿mostré gusto? ¿intimé gracias?
¿junté manos? ¿honré prendas?
Ni á él, ni á vos, ni á ninguno
de los hombres (de la afrenta
diré mejor justamente
de vuestra naturaleza)
pienso amar, ni ver, ni oir;
porque habitando entre fieras,
por cortes, viviré campos,

por casas, cursaré selvas:
á vos por mudable; al conde,
(perdóneme vuestra alteza)
porque es ingrato á servicios;
porque no cumple promesas;
y yo, aunque muger, constante,
á combates fortaleza,
encina á vientos contrarios,
roca al mar y sol á nieblas,
vencedora de todos, entre fieras,
procuraré quedallo de mí mesma.
(*Quiere irse, y el conde la detiene.*)

CONDE.

Esperad, marquesa insigne;
caballeros, detenelda,
y traedme aquí á don Grao;
que ya bastan tantas pruebas.
Sacad al pastor tambien
que está preso, porque tenga
premio justo su lealtad.
(*Vase don Gaston.*)

ESTELA.

Dadme, gran señor, licencia
para salir de la corte.

CONDE.

Escuchad, primero, Estela,
verdades que os eternizen,
disculpando mi inocencia.

ESCENA XX.

DON GRAO. DON GASTON. GILOTE.—DICHOS.

DON GASTON.

Este es, gran señor, don Grao,
y este el pastor.

GILOTE, *aparte.*

¿Mas que ordena,
sin ser el verdugo cardo,
que me presente una penca?

CONDE.

Caballeros, don Guillen,
para que nuestra edad sepa
que hay amistad y hay amor
firme en la fortuna adversa,
me persuadió á lo que veis,
saliendo don Grao y Estela
solos con este imposible.
Y para hacer esperiencia
de su admirable constancia,
la mas apretada prueba
que inventar mi industria supo,
hice, fingiendo quererla.
Ella salió con *vitoria*,
y tan en mi *gracia* queda,
como las dos de este nombre
con disculpa, si lo es buena
el decir que son mugeres.
Cásense los dos con ellas,
y á todos cinco les sirva
de castigo su vergüenza;
que restituyendo al duque
sus cargos, villas y rentas,
lo que á sus amigos dí,
quiero que don Grao posea.
Quede este pastor conmigo,
y mi guarda mayor sea,
de su lealtad premio justo.

DON GUILLEN *y* ESTELA.

Dénos los pies vuestra alteza.

GILOTE.

Y á mí por armas desde hoy,
pues ansí servicios premias,
señor, en campo de mugre,
el cesto y la chimenea.

DOÑA VITORIA.

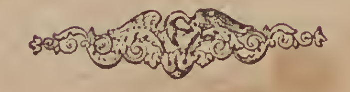
Gracia, burlado nos han.

DOÑA GRACIA.

Si en nosotras escarmientan
las bellezas de esta corte,
yo doy la burla por buena.

CONDE.

El rey de Aragon me llama,
que del reino y la princesa
quiere hacerme ſeliz dueño:
vuestra boda, hermosa Estela,
celebrareis con las mias.
De aqueste modo se prueba
el *Amor y el Amistad.*
TIRSO, es, senado, el poeta.



EXAMEN

DE

EL AMOR Y EL AMISTAD.

Sin amor y sin amistad no vive el hombre: si existen seres racionales que jamás hayan gustado las linfas de estos dos manantiales de placeres purísimos, esos seres nunca han vivido; han vegetado. Pero el cieno de la perfidia enturbia á cada paso aquellas deliciosas fuentes, y á muy pocos es dado verlas correr siempre cristalinas. Por eso una amada constante y un amigo leal no tienen precio; por eso importa tanto conocer si miente ó no la boca qúe nos dice "te amo." Esta comedia que gira sobre una cuestion la cual toca á una de las necesidades del alma, tiene un objeto de grande interes, por consecuencia.

Don Guillen de Moncada, retirado á un castillo por hallarse mal avenido con el conde de Barcelona, vive feliz, poseedor de los grandes tesoros morales, dama y amigo. La amistad le atrajo la desgracia; la amistad y el amor la han reparado; mayor ha sido el desquite que fue la pérdida. Llega un dia en que cree que ambos le venden: en este momento es cuando principia la comedia. El espectador sabe que Estela ama á don Guillen, y que don Grao sacrifica su pasion en las aras de la amistad; ve que don Guillen de tal modo se persuade de su agravio, que denuesta á la dama y al amigo en términos de provocarlos á un rompimiento: ¿qué será de estos tres personages que tan vivamente nos interesan? Con esta duda, que cada vez nos agita mas, luchamos hasta el fin del drama, uno entre los de Tellez, de los que ofrecen plan mas juicioso é interes mejor graduado, y el que se distingue de todos por la sobriedad de las galas poéticas, por el justo desarrollo y concisa espresion de situaciones y pensamientos.

La vida humana es una alternativa de alegrias y de sinsabores. Tras la imaginada traicion de don Grao y Estela, se ve don Guillen colmado de honores y bienes por

el nuevo conde de Barcelona, y distinguido con su privanza: rodéale una turba de amigos, ya de antigua ya de reciente fecha, y dos señoras tituladas pretenden á todo trance casarse con él, y se disputan su amor casi á arañazos. Entre paréntesis, dificil es de creer que jamas hayan existido condesas, y mas catalanas, capaces de galantear á un hombre, porque priva con el soberano. Con todo, las escenas en que figuran Gracia y Victoria son pocas, son breves y cómicas, circunstancias que quitan mucho bulto á la inverosimilitud. La nube de incienso que envuelve á don Guillen, se disipa en el instante en que de acuerdo el privado y el conde principian la farsa de persecucion con la cual intenta don Guillen esperimentar si le engañan, ó si es él quien se ha engañado. Las damas pretensoras huyen del valido desgraciado, en quien solo les prendó la privanza; los amigos se reparten sus despojos, sin atreverse á levantar la voz en defensa de aquel á cuyo influjo debieron largas mercedes; y solo permanecen leales á don Guillen aquella muger y aquel amigo de cuya fe sospechaba. En este cuadro todo respira verdad; es decir, que todo en él es artificio tan bien encubierto, que parece que no hay artificio alguno.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Las décimas en estilo crespo y altisonante de este monólogo no prometian á la verdad una comedia bien escrita: afortunadamente desde la escena segunda el lenguaje varía.

ESCENA II.

ESTELA.

Estoy cierta dejareis
intentos que, como os digo,
son contra el mayor amigo
que en Cataluña teneis.
. . . .

DON GRAO.

. . . . Si he ofendido ignorante

la amistad que á don Guillen
debo, con envidia honrada,
una bella retirada
mis deseos nobles den.

Con la revelacion de Estela y la virtuosa resolucion de don Grao, bastaba para formar una buena escena; oida y equivocada esta conversacion por la persona mas interesada y favorecida en ella, resulta una situacion muy dramática.

ESCENA III.

¿Hete pedido? ¿hasme dado,
fuera de la voluntad,
otra prenda, que envilezca
la fe que en quererte he puesto?—
Tratando, don Guillen, de esto,
no es mucho que se aparezca
la vergüenza á las mejillas......

Este rubor de Estela, como su llanto en la escena quinta del acto segundo, es un toque delicadísimo. Mal conocia don Guillen á su dama, cuando en el soliloquio con que principia la comedia, la acusó de altivez. Pero juicios de celosos por lo comun son equivocados.

ESCENAS V Y VI.

En el personage de don Gaston, tipo del palaciego adulador y egoista, reproducido en don Garcerán y don Dalmao, hay rasgos escogidos con mucho acierto. ¿De cuántos modos pondera don Gaston su amistad?

Por solo veros y hablaros,
. . . .
quise pasar por Moncada.—
Es molesto
el tiempo que estoy sin vos.—
Viudo vengo de Aragon,
y con la misma intencion
de serviros.—
Preguntábales por vos,
á los que á Aragon llegaban;
que para satisfacerme,
no bastaron vuestras cartas.

¿Quién no ve aquí á un cortesano cumplimentero? Don Guillen dice despues:

A la gracia del difunto
me dábades fe y palabra
de reducirme: yo haré
que el conde os vuelva á su gracia.

Este es el caballero bizarro y generoso.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA VI.

Despues de la escena quinta llena de ironía por una parte, de sentimiento y decoro por otra, viene un soliloquio de don Guillen que termina infelicísimamente. Lo de necesitarse cuatro (mugeres, segun la frase) para sacar un cadáver de una casa, es tan ridículo, que casi nos hace olvidar la hermosa redondilla:

¡Ay palabras lisonjeras,
que me burlais elegantes!
pocas hablan los amantes;
mas esas son verdaderas.

ESCENA VIII.

Don Dalmao ofrece á don Guillen una quinta: el privado la rehusa.

DON DALMAO.

Abrasaréla, por Dios,
si ese disfavor me haceis.

DON GUILLEN.

Ahora bien: no os enojeis.
La villa de Palamós
es vuestra, y la quinta es mia.

DON DALMAO.

Duque, ¿haceis burla de mí?

DON GUILLEN.

Yo recibo y doy ansí.

Diálogo admirable.

ESCENA IX.

En las quejas que don Grao da á don Guillen hay dos escelentes pensamientos, espresados en dos versos de aquellos que oidos una vez no se olvidan nunca, porque se graban, no en la memoria, sino en el corazon.

Quien recela
. . . .
. . . .
pudiera, desmintiendo sus antojos,
dar mas fe á la amistad, que dió á sus ojos.
No imaginé que fuera circunstancia
de su mano besar, no la belleza,
sí el valor, que celoso os diera agravios,
pues pensé que vuestra alma iba en mis labios.

Bien se ve la impresion que tales palabras hacen en el ánimo de don Guillen, cuando ellas le determinan á la prueba que trata con el conde en la escena siguiente, cuyo principio es casi igual al de la última del acto primero de *Privar contra su gusto.*

ESCENA XVI.

Molière no se hubiera desdeñado de adoptar esta escena, borrando el retruécano del oro y los hierros.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Dice don Guillen á sus amigos:

Guardad no torne el invierno,
y el conde vuelva á ensalzarme.

A primera vista parecerá que este aviso ó esta amenaza de don Guillen es una imprudencia. Imprudencia es en efecto; pero que nace del corazon, y Tellez la colocó aquí muy de propósito. Don Guillen aunque quiere esperimentar la firmeza de sus amigos, no desea recibir un desengaño doloroso; lo teme; y efecto es de este temor el recuerdo que les hace, como prefiriendo que vuelvan sobre si y se le muestren fieles por motivos de interés, á convencerse de

que no tiene amigos. Cuando es el error tan dulce, es muy natural que demos armas para que nos engañen. La dudá de don Guillen dura poco. Don Gaston, el de los eternos cumplimientos, es el primero que se quita la máscara y declara que sus ofertas han sido meras fórmulas de cortesía.

ESCENA VI.

Interesante es, á la par que cómico, el pasage de los criados. *¡Où la vertu va-t-elle se nicher!* A pesar del ahinco del buen Gilote para escusar á su amo un bochorno, no puede estorbar que Galván suelte la maldita, diciendo:

Yo vengo pór mi salario,
señor, y esta es la verdad.

Admira el heróico entusiasmo con que el pastor esclama:

¿Cómo no? El trigo, las parvas,..
la cama, el burro, las barbas
venderé por mi amo yo.
Hasta el hijo he de vender
que tengo, y si justo fuera,
la muger tambien vendiera.

Aquí le pareció á Tellez que habia ya realzado bastante al rústico sobre los cortesanos, y que un personage de la clase de gracioso no debia perder ocasion de hacer reir á los espectadores, con razon ó sin ella, y puso en su boca los cinco versos que siguen á los copiados arriba.

ESCENAS IX Y XIII.

Las dos primeras octavas no se pueden entender, sino concediendo al autor licencias que rayan en lo vedado. El soneto de la escena décimatercia tambien es malo. Desde allí adelante apenas hay verso en que tropezar.

ESCENA XVII.

Que don Guillen, despues de haber hecho padecer no poco á don Grao y á Estela, concluyese la farsa de su disfavor diciendo que todo habia sido una prueba, hubiera sido un desenlace no inferior á otros muchos de Tellez;

pero trivial sin embargo, y demasiado previsto. Es un pensamiento cómico de primer orden hacer que don Guillen, víctima de sus artificios, y no pudiendo resistir los celos que le inspira el conde, cuando le oye requebrar á la marquesa, salga á ponerse en medio, y prorumpa despues en estas sentidas espresiones:

Caballeros, la verdad,
que hasta agora oculta ha estado,
es que el conde me ha engañado,
es que no hay firme amistad,
es que amor todo es cautela,
y es que don Ramon resuelto,
veras las burlas ha vuelto,
y quiere quitarme á Estela.



LA GALLEGA MARI-HERNANDEZ,

COMEDIA.

PERSONAS.

DON JUAN II DE PORTUGAL.
DON ALVARO DE ATAYDE.
DOÑA BEATRIZ DE NOROÑA.
MARI-HERNANDEZ, *gallega.*
GARCI-HERNANDEZ, *viejo.*
EL CONDE DE MONTEREY.
DON EGAS.
CALDEIRA.
DOMINGA.
CARRASCO. } *serranos.*
OTERO...... } *serranos.*
MARTIN.... } *serranos.*
BENITO ... } *serranos.*
CORBATO. } *serranos.*
GILOTE.... } *serranos.*
VASCO.
UN CAZADOR.
DOS SOLDADOS PORTUGUESES.
DOS CRIADOS DEL CONDE.
SOLDADOS CASTELLANOS.
SOLDADOS PORTUGUESES.
Acompañamiento del rey y del conde.

La escena es en Chaves (en Portugal), en el valle de Limia, y en Monterey.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de doña Beatriz, en la villa de Chaves.— Es de noche.

ESCENA I.

DON ALVARO. DOÑA BEATRIZ.

DON ALVARO.

De dos peligros, Beatriz,
por escusar el mas grave,
se ha de escoger el menor.

¿Qué importa que el rey me mate?
Ya sé que á voz de pregones
me busca, y por desleales
condena á cuantos supieren
de mí, sin manifestarme.
El rey don Juan el segundo
de Portugal y el Algarve,
(que aunque airado contra mí,
mil años el cielo guarde)
dando á traidores orejas,
que persiguiendo leales,
quieren de bajos principios
subir á cargos gigantes,
ha cortado la cabeza
á don Fernando Alencastre,
(primo suyo, y duque ilustre
de Berganza y Guimaranes)
por unas cartas fingidas,
que su secretario infame
contrahizo y entregó,
en que da muestras de alzarse
con la corona, escribiendo
á los reyes que ignorantes
de este insulto, las reliquias
destierran del nombre alarbe.
A Fernando é Isabel
digo, que á Castilla añaden
un nuevo mundo, blason
de sus hechos alejandres.
Verisímiles indicios
no admiten en pechos reales,
cuando la pasion los ciega,
argumentos disculpables.
Andaba el rey receloso
del duque, porque al jurarle
en las cortes, cuando en Cintra
llevó Dios al rey su padre,
reparando en ceremonias,
por no usadas, escusables,
quiso segun las antiguas
hacerle el pleito homenage.
Valiéronse de este enojo

lisonjeros, y parciales
le indignaron; que en los reyes
son crímenes los achaques.
Siguiéronse cartas luego
contrahechas, que á indiciarle
bastaron con tanta fuerza,
que aunque el duque era su sangre,
en Évora le justicia,
sin que lágrimas le aplaquen
de la reina, hermana suya,
de sus privados y grandes.
Huyen parientes y amigos;
porque á enojos magestades
en los ímpetus primeros,
no hay inocencias que basten.
Dos hermanos y tres hijos
van á Castilla á ampararse
de Fernando é Isabel:
¡quiera el cielo que en él le hallen!
Al conde de Montemor
su hermano, y gran condestable
de Portugal, aunque ausente,
ha mandado el rey sacarle
en estátua, y en la villa
y plaza mayor de Abrantes,
la espada y banda le quita
cuadrada, que es degradarle
de condestable y marqués,
y luego degollar hace
el simulacro funesto,
saliendo (¡rigor notable!)
sangre fingida del cuello
de la inanimada imagen.
Yo que, como primo suyo,
soy tambien participante,
si no en la culpa, en la pena,
para que tambien me alcance,
estoy dado por traidor;
y por la lealtad de un page,
que despreciando promesas,
no temió las crüeldades
con que amenazan los jueces,

dos meses pude ocultarme
en un sepulcro, que antiguo,
en vida las honras me hace.
Pero ahora que estoy cierto
que el rey, declarado amante
de tu hermosura, ha venido
á esta villa á visitarte;
atropellando consejos,
perdiendo al temor cobarde
el respeto que la vida,
y la honra es bien que guarde,
si desesperado no,
celoso mi agravio sale
de sí, y del sepulcro triste,
asilo hasta aquí, ya carcel.
Celos, Beatriz, poderosos
han bastado á levantarme
del sepulcro: muerto estoy;
bien puedo decir verdades.
Dos años há que te sirvo,
sin que haya, por adorarte,
estorbos que no atropelle,
imposibles que no pase.
Con palabras y promesas,
esperanzas alentaste,
que dudosas que las niegues,
hoy vienen á ejecutarte.
Ser mi esposa has prometido;
pero ya que ciega y facil
la fortuna (en fin muger,
firme solo en ser mudable)
levanta tus pensamientos,
cuando mis dichas abate;
tú igualándote á coronas,
yo indigno, ya que me iguale
al mas rústico pastor;
tú marquesa respetable,
yo sin estados, ni hacienda;
¡ay Beatriz! no hay que culparte
que me aborrezcas y olvides.
Górete el rey; muera, inhábil
de merecer tu belleza,

un conde ayer, hoy imagen
y sombra de lo que ha sido;
que cuando el rey aquí me halle,
porque de mí quedes libre,
yo gustaré que me mate.

DOÑA BEATRIZ.

Tan desacordado vienes,
que á no ocasionar tus males
á llorar desdichas tuyas,
riyera tus disparates.
Para salir del sepulcro,
donde viven las verdades,
entre huesos, desengaños
que no admitieron en carne,
no sales con la cordura
que pudieran enseñarte
escuelas del otro siglo,
donde no hay ciencias que engañen.
La historia del malogrado
duque vienes á contarme,
como si yo la ignorara,
cabiéndote tanta parte
á tí en ella como á mí
de lágrimas; que á enseñarte
reliquias que en lienzos viven,
bastaran á acreditarme.
Antes de haber delinquido,
en mi ofensa sentenciaste
olvidos solo en potencia.
¡Ay don Alvaro de Atayde!
Necios jueces son los celos,
pues sus ciegos tribunales,
sin interrogar testigos,
condenan lo que no saben.
Aunque de lo que te imputan
enemigos criminales
inocente estés, (que es cierto,
pues en tí traicion no cabe)
solo la mala sospecha
que contra el amor constante
de mi pecho has hoy tenido,
basta para condenarte;

porque donde el valor vive,
tal vez delitos amantes
son de mas ponderacion,
que las lesas magestades.
De la triste compañía
donde vivo te enterraste,
la desazon se te pega
que muestras: no es bien me espante.
Sin estado, perseguido,
sin amigos que te amparen,
sin parientes que te ayuden,
sin vasallos que te guarden,
te quiero mas que primero;
que porque al fino diamante
le desguarnezcan del oro,
no desdicen sus quilates.
Déjame pelear primero,
y cuando el contrario cante
la victoria, entonces dime
vituperios que me agravien;
que si por ser muger yo,
temes de mi sexo fragil
banderizados empleos,
soy portuguesa, y bien sabes
que no ha habido en mi nacion
ninguna á quien los anales
que afrentas inmortalizan,
puedan notar de inconstante.
Amabas presuntüoso;
pretendias arrogante;
pudo ser por las riquezas,
siempre soberbias y graves;
y yo tambien, pudo ser
que por ellas te estimase,
repartiendo en tí y en ellas
deseos interesables.
Ya podrás amarme humilde,
y yo en amor mejorarme,
queriéndote por tí solo,
si tú pobre, yo constante.
Estado, hacienda y honor,
la fortuna, diosa fragil,

te quitó: guarda la vida;
que como esta no te falte,
sin estado, honor, ni hacienda,
te estimo en mas que los reales
blasones que me persiguen,
y no han de poder mudarme.
Noroña soy, si él es rey;
esposa tiene á quien ame,
y ilegítimos empleos
no han de ofender mi linage.
Raya es esta de Galicia:
si encubiertamente sales
con el favor de la noche,
amparo de adversidades,
cuando tú seguro estés,
y des orden de avisarme,
te seguiré firme yo;
que empeñando mis lugares,
y recogiendo mis joyas,
castellanas magestades,
de rigores portugueses,
tiene España que nos guarden.—
Dame los brazos, y á Dios.

DON ALVARO.

Tu nombre en mármoles graben.

ESCENA II.

—

CALDEIRA.—DON ALVARO. DOÑA BEATRIZ.

CALDEIRA.

Deja agora grabaduras
para escultores y jaspes,
¡cuerpo de Dios! y preven
ó escondrijos, ó gaznates;
que el rey don Juan entra aquí.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay mi bien!

CALDEIRA.

¿No habrá desvanes,

chimeneas, gallineros,
ó un cofre en que agazaparme?

DON ALVARO.

Ya, Beatriz, vuelven sospechas
de nuevo á martirizarme.
¡El rey de noche, y á verte,
sin tu permision!

DOÑA BEATRIZ.

No te halle
aquí: tras ese tapiz
te pon; que si has de escuchalle,
y lo que respondo adviertes,
yo sé que de los pesares
que me das, perdon me pidas.

CALDEIRA.

Que viene, que entra, que sale.

DOÑA BEATRIZ.

Mi bien, ¿quieres esconderte?

DON ALVARO.

¡Ay! ¡quién pudiera feriarte
la firmeza de los montes!

CALDEIRA.

¡Ay! ¡quién pudiera tornarse
ó chapin, ó bacinilla,
mono, papagayo, ó fraile!

(*Ocúltanse detras de un tapiz don Alvaro y Caldeira.*)

ESCENA III.

EL REY. DON EGAS. ACOMPAÑAMIENTO.—DOÑA BEATRIZ.

REY.

Para divertir, marquesa,
penas de razon de estado,
que desleales me han dado,
porque de mi bien les pesa,
á vuestra villa he venido,
y esta noche á vuestra casa.

DOÑA BEATRIZ.

No sabeis honrar con tasa;
pródigo habeis, señor, sido,

ilustrando estas paredes,
donde, como vos decís,
penas tan bien divertís,
que en vos es hacer mercedes.

REY.

Para que verifiqueis
aquesa proposicion,
traigo, Beatriz, intencion
de que mañana os caseis.

DOÑA BEATRIZ.

¡Cómo, gran señor!

REY.

Yo he sido
vuestro amante; que las leyes
de amor, no esceptúan reyes:
constante habeis resistido
mi poder y voluntad,
porque mienta la esperiencia
que afirma no hay resistencia
contra un gusto magestad;
y yo tambien, vuelto en mí,
cuerdo he juzgado á vergüenza
que una muger reyes venza,
y un rey no se venza á sí.
Soy casado, y vos doncella:
heredad que está sin dueño,
no corre riesgo pequeño,
y mas heredad tan bella.
Dueño os prevengo, en efeto;
que un marido puede tanto,
que al vasallo pone espanto,
y al rey obliga á respeto.
El conde don Egas es
en quien los ojos he puesto,
noble, leal, y sobre esto,
mi privanza. El interés
de ser este el gusto mio,
pienso yo que bastará
á que os obligue quien da
muerte así á su desvarío.

DOÑA BEATRIZ.

Quien de sus propias pasiones

sabe salir vencedor,
bien merece, gran señor,
hipérboles por blasones;
que, en fin, no reinaba bien
cautiva la voluntad.
Doile á vuestra magestad
mil veces el parabien
del discreto desempeño
con que el alma ha libertado;
y yo se le hubiera dado
á mi dicha por el dueño
que su mano me ha ofrecido,
si no sintiera bajar
de mas á menos, y dar
pena á un amor ofendido.
Que puesto que fue el honor
resistencia poderosa
contra el alma que piadosa
estimaba vuestro amor,
ya en mí se habian engendrado,
de vuestros reales empleos,
reales tambien los deseos,
y dentro en mí un real estado;
que negándoos esteriores
permisiones el honor,
estimaba vuestro amor
pensamientos interiores;
y con afecto amoroso,
cuando el amor resistia,
dentro del alma os tenia
por mi legítimo esposo;
pues con tales fundamentos,
no era mucho conservar
el cuerpo libre, y gozar
casados sus pensamientos.
Mas pues burlados los hallo,
no será conforme á ley
que quien fue esposa de un rey,
lo venga á ser de un vasallo;
ni á vos os puede estar bien
que en ofensa de los dos,
hombre que es menos que vos,

goce á quien quisistes bien.

REY.

¿Vos me habeis querido á mí?

DOÑA BEATRIZ.

Dentro del alma os llamaba
esposo, y os adoraba.

REY.

Creyera yo ser así,
á no venir advertido
de que es mi competidor,
marquesa, un conde traidor,
por vos á un rey preferido.
Mirad como haré caudal
del amor que me teneis
interior, si posponeis
á un rey por un desleal.
Que yo de nuevo agraviado
deslealmente por los dos,
(si como confesais vos,
de esposo nombre me han dado
pensamientos, ya violentos,
pues á un traidor dan lugar)
bien podré en vos castigar
adúlteros pensamientos,
y en él la injuria que pide
quien dueño vuestro se llama,
pues me ofende en reino y dama
don Alvaro de Ataíde.

DOÑA BEATRIZ.

Señor.....

REY.

Esta es la verdad:
á informaciones ya hechas
y probadas, no hay sospechas
que ofusquen su claridad.
Don Alvaro huyó á Castilla
con los demas desleales,
cuyas ambiciones reales
aspiraban á mi silla;
correspóndese con vos,
y en la raya de Galicia,
Beatriz, vuestro estado, indicia

muchos cargos contra vos.
Para que de ellos quedeis
libre, y Portugal seguro,
hoy desposaros procuro.
Conde os doy, si le perdeis.

DOÑA BEATRIZ.

Que un amante celos pida,
con buena ó mala ocasion,
por ser la mejor sazon
de amor, cosa es permitida;
pero un marido á su esposa,
en culpa no averiguada,
y menos que con la espada,
siempre fue accion afrentosa.
Sabiendo, pues, que le llama
esposo mi voluntad,
no hace vuestra magestad
bien en ofender su fama,
pues culpando mis intentos,
ya el ser mi esposo ha acetado,
cuando me atribuye airado
adúlteros pensamientos;
y siendo así, mis cuidados
que en tal mal crédito estan,
desde ahora llorarán
pensamientos mal casados;
que yo en fe de que tenia
dentro el alma un dueño rey,
por ser esposa de ley,
con tal presuncion vivia,
que no á don Alvaro, que es
(aun cuando fuera leal)
á mi altivez desigual;
al príncipe Portugues,
que es sucesor vuestro, en fin,
juzgara, cuando me amase,
indigno de que aun besase
la suela de mi chapin.
Perdone este atrevimiento
vuestra magestad, señor;
que pierde el respeto amor
cuando está con sentimiento.

Yo tengo el alma empleada
en un rey, de quien muger
se llama, y no puede ser
con dos á un tiempo casada.
Ponga en Chaves guarnicion,
por ser de Galicia raya,
si es justo que de mí haya
tan poca satisfaccion;
y escuse así sus combates,
dándome licencia á mí;
que dirá, si estoy aquí,
mi agravio mil disparates.

(*Éntrase por el tapiz detras del cual están ocultos don Alvaro y Caldeira: va el rey á detener á la marquesa, y tirando del tapiz, quedan descubiertos los dos escondidos.*)

REY.

Esperad. ¡Traidor! ¿qué es esto?

CALDEIRA, *aparte.*

Tramoya que salió mal.

REY.

Matadme ese desleal.

DON ALVARO.

Quien ese nombre me ha puesto
es el que tienes al lado,
falseador de firmas fieles,
que como mata en papeles,
y no viene acostumbrado
al acero en quien se suma
el valor no lisonjero,
cobarde por el acero,
solo es valiente por pluma.
Con ella sí que hará alarde
de hazañas que un rey premió;
pero con la espada no;
que el traidor siempre es cobarde.

DON EGAS.

Mi lealtad, que es conocida,
cual tu traicion confirmada,
confirmará aquesta espada.

(*Echan mano los tres.*)

DON ALVARO.

La color tienes perdida,
y ella quien eres declara;
que para que te convenza,
tuvo tu sangre vergüenza
de desmentirte en la cara.
No es bien que mi acero afrente,
cuando en tí mancharse duda;
que el leal no le desnuda,
teniendo á su rey presente.
Para tí de aqueste modo
basta y sobra.

(*Dale un golpe con la espada envainada, y vase.*)

CALDEIRA, *aparte.*

¡Oh como pegas!
Por esto, hermano don Egas,
se dijo, con vaina y todo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL REY. DON EGAS. DOÑA BEATRIZ. ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Seguilde, matalde. ¡Ah cielos!
Pero no le alcanzarán
cobardes, si no es que van
volando tras él mis celos.
Quede en prision la marquesa,
(*A don Egas y otro caballero.*)
y en guarda suya los dos. (*Vase.*)

DOÑA BEATRIZ, *aparte.*

Alvaro, si os librais vos,
¿qué importa morir yo presa?

Campo en el valle de Limia, con unas peñas en el fondo.

ESCENA V.

CARRASCO *y* OTERO, *encima de las peñas y mirando adentro.*

CARRASCO.

¡Aquí de la serranía!
¡A la hoya, ahao á la hoya!

OTERO.

Serranos, aquí hue Troya:
no quede lobo este dia.

CARRASCO.

¡Ah cuerpo de non de Dios!
¡Habíades de caer!

OTERO.

No hay son (1) matar, y comer.

CARRASCO.

Como burros son los dos.

OTERO.

Viva la gala, serranos,
del valle de Limia.

VOCES DENTRO.

Viva.

ESCENA VI.

MARTIN, BENITO, CORBATO *y* GILOTE, *saliendo por el proscenio.*—DICHOS.

CARRASCO.

¡Ah del valle!

BENITO.

¡Ah de allá arriba!

(1) Sino.

OTERO.

A los llanos.

TODOS.

A los llanos.

MARTIN.

¡Eso sí: gritar y dalle!
La voz teneis de codicia.

CARRASCO.

Al paraiso de Galicia,
serranos; al valle.

TODOS.

Al valle.

(Bajan de las peñas Carrasco y Otero.)

GILOTE.

¡Famosa presa, Carrasco!

CARRASCO.

Cual de pies, cual de cogote,
cayeron lobos, Gilote,
que es contento.

OTERO.

Del peñasco
se despeñó un jabalín.

BENITO.

Salve y guarde.

OTERO.

Bien venido.

BENITO.

Catorce diz que han caido.

CARRASCO.

Llególes su San Martin.

BENITO.

Diez jabalís, seis venados,
tres zorras y tres garduñas.

GILOTE.

No les valieron las uñas.

BENITO.

Vengáronse los ganados.

OTERO.

¡Ojalá que en esta sierra
hiciéramos otro tanto
de los jodios que el santo
reye de España destierra!

CARRASCO.

Sí, Fernando é Isabel
rayos de jodios son.

OTERO.

De la santa esquinacion
huye esta canalla infiel,
y se nos acoge acá.

GILOTE.

De la inquisicion direis.

OTERO.

Sí, vos que leer sabeis,
acertareis.

BENITO.

Gil sí hará.

OTERO.

Un comison ha venido
en su busca....

GILOTE.

Comisario
se llama.

OTERO.

Y un calendario
de los reyes ha traido,
que le nombran procesion....

GILOTE.

Provision.

OTERO.

Para prendellos,
y andamos á caza de ellos,
Carrasco, que es bendicion.

BENITO.

Disfrázanse entre nosotros,
que ni los conocerá
un zahoril.

OTERO.

Yo topé ya,
aunque se metan entre otros,
una famosa invencion
con que conocerlos luego.

GILOTE.

¿Y es?

OTERO.

A la nariz les llego
un pedazo de jamon;
y el que es cristiano echa el diente,
y el que no, las tripas echa.

CARRASCO.

¡Oh qué maldita cosecha!
¿Que no cree en Dios esta gente?

GILOTE.

No.

CARRASCO.

Yo en la romana igreja
creo.

BENITO.

Con ella me avengo.

OTERO.

Serranos, á eso me atengo;
que es, en fin, cristiana vieja.

BENITO.

Como tien Castilla guerra
con Portugal tanto há,
los fronterizos de acá
habitamos en la sierra,
ni hay tiempo para prendellos.

GILOTE.

Todos, poquito á poquito,
se inos van allá bonito.

OTERO.

Allá se lo hayan con ellos;
que acá haremos entre tanto
lo que nueso amo nos manda,
que es andar en su demanda.

MARTIN.

Es buen cristiano.

GILOTE.

Es un santo.

OTERO.

¿Garci-Fernandez? No hay viejo,
desde Limia á Monterey,
de mas virtú ni mas ley.

BENITO.

¿Y su hija?

CARRASCO.

Esa es espejo
de Galicia.

CORBATO.

Déle Dios
un marido del tamaño
de aquel nogal, ó el castaño
que teneis á par de vos.

CARRASCO.

Hoy cumple años.

GILOTE.

Y hoy festeja
de su padre el alegría
á toda la serranía.

BENITO.

Viva un sigro, y nunca vieja.

OTERO.

Par Dios, que cuando la veo,
de manera me emberrincho,
que como rocin relincho.

CARRASCO.

¡Mas arre allá!

MARTIN.

Yo babeo
siempre que la llego á habrar.

CARRASCO.

Todo un sol tiene en la cara.

OTERO.

A fé, si ella se pagara
de tirar, correr, luchar,
que ella huera presto mia.

BENITO.

Eso no, donde estoy yo.

OTERO.

¿Vos conmigo?

BENITO.

Yo, que só
gala de esta serranía.

OTERO.

Mas ¡nonada!

BENITO.

Para vos.

OTERO.

Benito, callá vos digo.

BENITO.

¿Pues luchareis vos conmigo?

OTERO.

Con vos y con otros dos.

BENITO.

¿Qué ha de ir?

OTERO.

Vaya una cabra.

BENITO.

Par Dios, vayan dos, y aun tres.

OTERO.

Idas son.

BENITO.

Desnudaos, pues.

GILOTE.

Teneos.

OTERO.

Nadie habre palabra,
porque un hombre con coléra
derriba un toro, Gilote.

BENITO.

Quitaos el sayo y capote.

OTERO.

Ya le quitan.

CORBATO.

Ropa huera;

(Quítanse los sayos, y déjanselos á un lado.)

que todos seremos jueces.

CARRASCO.

Este soto es buen lugar.

OTERO.

Par Dios, que habeis de llevar
hoy un pan como unas nueces.

(Luchando Benito y Otero van retirándose hasta salir del teatro, siguiéndolos los otros serranos.)

ESCENA VII.

DON ALVARO. CALDEIRA.

DON ALVARO.
Caldeira, esta es Galicia.
No vive en estas sierras la malicia
de envidias y traiciones,
de lisonjas, engaños y ambiciones.
Los que en mi busca vienen
aquí jurisdiccion ni ayuda tienen.

CALDEIRA.
Asperilla es la tierra.

DON ALVARO.
Es de Laroco esta empinada sierra,
y Limia este florido
valle (que es guarnicion de su vestido),
por fértil estimado:
el de Laza, que yace á estotro lado,
ameno se avecina
al val de Monterey, con quien confina.
Cinco leguas de Chaves
dista este monte.

CALDEIRA.
Bien la tierra sabes.

DON ALVARO.
Fue el conde gran mi amigo,
de Monterey, y discurrió conmigo,
cazando, varias veces
su aspereza, ya á costa de los peces
de sus aguas, que hay muchas,
habitacion de celebradas truchas;
ya en jabalíes cerdosos
ensayando venablos, y ya en osos.

CALDEIRA.
Si es tan tu amigo el conde,
vamos á Monterey.

DON ALVARO.
No corresponde

con la amistad pasada
la presente.

CALDEIRA.

¿Por qué?

DON ALVARO.

La guerra airada
lo descompuso todo.
Sirvió á su rey, y yo del mismo modo,
leal sirviendo al mio,
paró nuestra amistad en desafio:
en la infeliz batalla
de Toro, que si quiere celebralla,
como es razon, Castilla,
puede con mil ventajas preferilla
á la de Aljubarrota,
quedamos enemigos.

CALDEIRA.

Pues acota
rancho en que descansemos;
que cinco leguas caminando habemos
á pata, huyendo espías;
y á Bercebú se dan las tripas mias.

DON ALVARO.

Si aquestos montañeses
alcanzan á saber que portugueses
somos los dos, no estamos
seguros de sus manos.

CALDEIRA.

Pues huyamos.

DON ALVARO.

¿Dónde? Hasta ver si es cierto
que la marquesa mi esperanza ha muerto,
y al rey don Juan adora,
como dijo....

CALDEIRA.

Por Dios, que estás ahora
con linda sorna: acaba.

DON ALVARO.

¿No dijo al rey la ingrata que le amaba
gozando sus cuidados
pensamientos de amor, con él casados?

CALDEIRA.

No sé, por Dios; yo vengo
con mas hambre que amor, y te prevengo
que socorras desmayos.
(*Reparando en la ropa de Otero y Benito.*)
Dos capotes son estos y dos sayos.

DON ALVARO.

Espera; que con ellos
temores escusamos.

CALDEIRA.

Si á traellos
te aplicas, con su traje
no dice mal el portugues lenguaje,
pues se distingue poco
de la lengua gallega.

DON ALVARO.

De Laroco
las sierras, que son estas,
entre antiparas pobres, mal compuestas,
habitaré entre tanto
que salgo del celoso y ciego encanto
en que el amor me puso.
De aquí á mi ingrata avisaré confuso.
Disfrázate tú y todo.

CALDEIRA.

Entre aquellos castaños me acomodo;
que si su dueño sale
por su ropa, querrá lo que no vale.

DON ALVARO.

¿Por qué se habrán dejado
los vestidos aquí?

CALDEIRA.

Si se han picado
con el calor molesto,
querrán echar al agua todo el resto.

DON ALVARO.

Aquí el Tamaga baña
apacible los pies de esta montaña.
No dices mal.

CALDEIRA.

Addio:
esconderé en aquel lugar sombrío

los trajes cortesanos,
porque pasemos plaza de villanos.

DON ALVARO.

Caldeira, vuelvo luego.

CALDEIRA.

Par Dios, que de esta vez quedas gallego.
(*Vase.*)

ESCENA VIII.

—

DON ALVARO.

Cansancios y pesadumbres
alientan la fuerza al sueño.
Entre tanto que risueño
guarnece el sol estas cumbres,
quiero dar treguas á enojos,
y desmentir mis cuidados;
que si atormentan soñados,
no es á costa de los ojos.

(*Échase á dormir. Salen arriba por las peñas Dominga y Mari-Hernandez, con vestido y tocado á lo gallego.*)

ESCENA IX.

—

MARI-HERNANDEZ. DOMINGA.—DON ALVARO, *dormido.*

MARIA.

Hoy, Dominga, que cumpro años,
padre os quiere festejar.

DOMINGA.

Tantos llegues á contar,
como hojas estos castaños;
al sol te saquen tus nietos
en una espuerta.

MARIA.

¡Merá!
¿Y qué he de her con tanta edá,

si (1) enfadar á los discretos?

DOMINGA.

Deseo que á sigros llegues.

MARIA.

¿Hay mas aborrible cosa,
que una vieja que hue hermosa,
la cara llena de priegues,
y aojando con la vista?
Dominga, morir me agrada
moza, y de todos llorada,
mejor que vieja y mal quista.

DOMINGA.

Discreta eres hasta en eso.
Baja con tiento; no cayas.

MARIA.

Mientras que del valle trayas
juncia, retama y cantueso,
para enramar el portal
donde la cena ha de ser,
claveles quiero coger,
con madreselva.

DOMINGA.

¡Y qué tal
la hallarás par de la huente
dell olmo!

MARIA.

Por ella bajo.

DOMINGA.

Yo, echando por este atajo,
vó á ver si vuelve la gente
que hue á traernos despojos
de lobos, pues que los has
convidado.

MARIA.

¿Y dó podrás
hallarlos?

DOMINGA.

Hácia los tojos.

(*Vase Dominga, y salta Mari-Hernandez de las peñas abajo.*)

---

(1) Lo mismo que *son*, sino.

ESCENA X.

MARIA. DON ALVARO, *dormido.*

MARIA.

Ya yo la cuesta he bajado.
Carcajadas da de risa
la huente que bulle aprisa.—
¡San Gil! ¿Qué hombre está aquí echado?
Desde la cintura arriba
es pastor, y lo que queda,
está vestido de seda.
A sabor duerme. ¡Y que viva
un hombre, y parezca muerto!
No teneis vos mucho amor,
pues dormís tan á sabor,
ni os penan deudas despierto.
Este será algun jodio
de los que andan á prender,
porque no quieren comer
tocino: ¡qué desvarío!
Yo quiero dar hoy venganzas
á la igreja y sus denuestos;
que quien mata alguno de estos,
diz que gana perdonanzas.
Esta media lancha tomo,
(Toma una piedra y súbese en una peña sobre la cabeza de don Alvaro.)
y desde aqueste repecho,
á dos manos se la echo
sobre la cabeza á plomo;
y de un golpe, si no yerro,
á nuestra ley doy socorro,
y á nuestro jodio ahorro
de dótor, cura y entierro.
Allá va.—Manos, teneos;
que en tan buena catadura
no puede haber judaizura;
que los jodios son feos.

¡Válgate Dios por dormido!
¿Qué has hecho en mi corazon?
En mi vida vi garzon
mas apuesto y mas garrido:
en sueños me ha quillotrado
el pecho. ¡Ay sosiego mio!
Sotil ladron sois, jodio,
pues ell alma me heis robado.
Mas ¿para qué llamo robo
lo que yo le dí primero
de grado? Llamarle quiero.
(*A voces.*)
¡Guarda el lobo! ¡guarda el lobo!

DON ALVARO.

(*Despertando alborotado.*)
Lobos ¿qué mal me han de hacer,
si soy portugues?

MARIA.

Tente, hombre;
que me ha espantado ese nombre.
(*Coje una piedra.*)

DON ALVARO.

¿Qué es de los lobos, muger?

MARIA.

Téngase allá.

DON ALVARO.

Una cordera
he visto en vez de los lobos.

MARIA.

Así engañan á los bobos.

DON ALVARO.

¡Ay cielos!

MARIA.

Téngase ahuera.

DON ALVARO.

¡Qué peregrina hermosura!

MARIA.

A fe que dormís despacio.

DON ALVARO.

A ser la sierra el palacio,
donde no hay quietud segura,
con menos gusto durmiera.

MARIA.

¿Tiene enemigos allá?

DON ALVARO.

Nadie sin ellos está.

MARIA.

¿Y duerme de esa manera?

DON ALVARO.

En esta montaña yerma,
¿qué temor no se asegura?

MARIA.

Pues acá nos dice el cura,
que quien los tiene ,no duerma.

DON ALVARO.

Sentencia de sabio es esa.

MARIA.

Yo de un golpe, á no llamalle,
con la muerte pude dalle
la losa para la huesa.

DON ALVARO.

¿Pues heos ofendido yo?

MARIA.

Si es jodio, claro está.

DON ALVARO.

Fijodalgo soy.

MARIA.

¡Verá!
¿Que no es judaicero?

DON ALVARO.

No.

MARIA.

¿Cree en la igreja romana?

DON ALVARO.

Su culto obedezco santo.

MARIA.

Pues si es ansí, suelto el canto.
(*Arrójale.*)

DON ALVARO, *aparte.*

¿Hay mas donosa serrana?

MARIA.

Hombre parece de bien:
ya le voy perdiendo el miedo.
¿Sabe el credo?

DON ALVARO.

Bien sé el credo.

MARIA.

¿Y el padre nueso?

DON ALVARO.

Tambien.

MARIA.

¿Y persinarse?

DON ALVARO.

¿Pues no?

MARIA.

A ver: veamos.

DON ALVARO, *aparte.*

¡Qué estraña
sencillez!

MARIA.

¡Mas que me engaña!

DON ALVARO.

Mi sangre no permitió
ningun error ni heregía,
porque es limpia, ilustre y clara.

MARIA.

Ansí lo dice su cara;
mas yo, mientras él dormia,
por matar un renegado,
tomé la lancha que enseño;
que para la muerte, el sueño
ya se tien lo mas andado.

DON ALVARO.

¿No bastaban vuestros ojos?

MARIA, *aparte.*

Barbinegro es el garzon,
y fidalgo; que acá son
los jodios barbirrojos.

DON ALVARO.

¿Vos quisistes darme muerte?

MARIA.

A ser jodio, sí hiciera.

DON ALVARO.

Pues si gustais que yo muera,
no os armeis de aquesa suerte:
en los ojos teneis flechas,

que los corazones pasan;
palabras decís que abrasan
de amores y de sospechas.
¿Para qué venís cargada
de piedras, si me mató
el veros?

MARIA.

Por sí ó por no,
no era mala una pedrada.

DON ALVARO.

Vos dais muerte; ese sol ciega
el alma, á quien vida dais
matando. ¿Cómo os llamais?

MARIA.

Mari-Hernandez, *la gallega.*

DON ALVARO.

Bien haya aquesta aspereza,
que os puede ver cada dia,
este arroyo y fuente fria,
cristal de vuestra belleza.
Las aves que os lisonjean,
el prado que os rinde flores,
el pastor que os dice amores,
las almas que en vos se emplean,
el gusto que en vos se hechiza,
la libertad presa en vos,
y yo que os he visto....

MARIA.

¡Ay Dios!
¡qué bien que lo sermoniza!
(*Aparte.* Ya no quedo de provecho
despues que ví este garzon:
saltos me da el corazon;
cosquillas tengo en el pecho.
¡Válgame Dios! ¿qué será
lo que siento?)

DON ALVARO.

En esta mano
(*Tómasela y la besa.*)
pierdo el seso, el gusto gano.

MARIA.

El diabro le trujo acá.

Pues ¿bésala?

DON ALVARO.

Si me quemo,
¿qué he de hacer por sosegar?

MARIA.

¿No hay son llegar y besar?
Paso: dochovos á o demo.
¿Es mi mano la del cura?

DON ALVARO.

Sí, pues cura de mi mal.
¿Tiene tal tez el cristal,
ni la nieve tal blancura?
Cortesanos artificios,
cuyas manos blancas son
ó mártires del jabon,
ó del sebo sacrificios,
aprended en la belleza
que aquí el descuido reparte,
la ventaja que hace al arte
la pura naturaleza.
Dime, ¿con qué se repara
la pura luz que me das?

MARIA.

Lleve el dimoño lo mas
que una poca de agua clara.
Mas ¿dó vais vos por aquí,
de esa manera perdido?

DON ALVARO.

A ver mi muerte he venido.

MARIA.

¿Buscais á quien servir?

DON ALVARO.

Sí.

MARIA.

¿Sabreis her carbon?

DON ALVARO.

Si el fuego,
serrana, ese oficio enseña,
abrasado estoy.

MARIA.

De leña
digo.

DON ALVARO.

Cuando á vos me llego,
leña soy. ¡Ay manos mias!
vosotras ¿no me encendeis?

MARIA.

¡Ah hi de pucha! ¡qué (1) sabeis
de chanzas y roncerías!
¿Quereis servir á mi padre?

DON ALVARO.

Y daros el alma á vos.

MARIA.

No hay mandones si los dos;
que ya se murió mi madre.
¿Cuánto ganais de soldada?

DON ALVARO.

De soldada gano un sol
que adoro, en cuyo arrebol
está mi alma asoldada;
mas ¿qué ganará un perdido
que por vos sin seso está?

MARIA.

Al que mas, le dan acá
seis ducados y un vestido.
Si quereis, vamos á casa;
que yo con mi padre haré
que os reciba.

DON ALVARO.

No podré,
Maria, con tanta tasa
vivir, si algo no añadís.

MARIA.

¿Y será?

DON ALVARO.

Serrana mia,
una mano cada dia.

MARIA.

¡Mas matalla!

DON ALVARO.

¿Qué decís?

---

(1) Cuanto.

MARIA.

Que mi padre os la dará.

DON ALVARO.

No ha de ser, serrana bella,
sino esta.

(*Tomándosela.*)

MARIA.

¿Y qué heis de her con ella?

DON ALVARO.

Besalla.

MARIA.

¿Pues dónde habrá
manos para cada dia?

DON ALVARO.

Dos que remudar teneis.

MARIA.

Caro servís.

DON ALVARO.

¡Qué quereis!

MARIA.

Soltad.

DON ALVARO.

¡Ay gallega mia!
(*Aparte.* Beatriz, si de mis desvelos
fuiste causa y te has mudado,
ya en estas sierras he hallado
contrayerba de tus celos.)

MARIA.

Ya sois de casa.

DON ALVARO.

Soy vuestro.

MARIA.

Hablemos á padre.

DON ALVARO.

Vamos.

MARIA, *aparte.*

Alma, en que entender llevamos.

DON ALVARO, *aparte.*

Amor, sed vos mi maestro:
enseñadme á hacer carbon.
(*Toma la mano á Maria y bésasela.*)

MARIA.

¿Qué haceis?

DON ALVARO.

Cobro mi soldada.

MARIA.

¿Tan presto?

DON ALVARO.

Va adelantada.

MARIA.

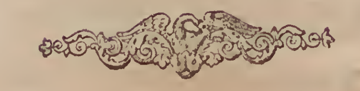
¿Con beso?

DON ALVARO.

Sí.

MARIA.

¡Hay besucón!



ACTO SEGUNDO.

Campo delante de la casa de Garci-Hernandez.

ESCENA I.

DOMINGA. CALDEIRA.

CALDEIRA.

Yo pasaba á Santïago
desde Francia, peregrino;
robáronme en el camino
los vestidos y un cuartago
en que un compañero y yo
descansábamos á ratos,
llevando sobre él los hatos
y alforjas: él se quedó
en la posada desnudo;
yo de medio arriba Adan,
sobre el puro cordoban
un calzon de lino crudo.
Hallé sin dueño este sayo
aquí, (1) y dije, no tan triste:
"tambien á los pobres viste,
como á los campos, el mayo."
Caminaba, hecho un cacique,
por entre matas y tojos;
escondiéronse los ojos,
cada cual tras el tabique
de los párpados; tendíme,
por dormir mas á mi salvo,
al pie de un peñasco calvo,
casa de monte sublime;
y soñando en mis pecados,

(1) *Aquí cerca*, es como debe entenderse.

me pareció que llegaban,
y en volandas me llevaban
dos demonios corcobados.
Desperté, haciéndome cruces,
cuando en su cama encarnada,
la última boqueada
daba el dia entre dos luces;
víte encima de esa loma
decir, alzando la voz:
"henc, henc, henc, arrangoroz;"
y no entendiendo el idioma
de gallegos desaliños,
ví acercarse en escuadrones,
gruñendo, suegras lechones,
que aquí llaman vacoriños.
No supe yo que juntaban
los cochinos de este modo
en Galicia; temblé todo,
pensando que me agarraban;
quise huir; no supo el miedo;
desmayéme, y tú piadosa,
entre rolliza y hermosa,
á medio engullir un credo,
fuiste mi segundo cura,
bautizándome otra vez.
Volví en mí, miré la tez
de esa gallega hermosura;
y aunque nunca tuve cuyo,
como el alma te rendí,
por andar siempre tras tí,
quisiera ser puerco tuyo.

DOMINGA.

Si vos, el hechizador,
lo sentís como lo habrais,
á buen puerto vos llegais;
que á la fé que os tengo amor.
No lo saben sermonear
los de acá tan á lo miel;
quizás lo hace el buriel,
ó el carrasqueño manjar.
Mas vos, aunque carilarto,
en cada ojo socarron,

tenedes, si hechizos son,
dos varas de garabato (1).
Yo sirvo al mejor serrano
que toda la Limia tien;
es rico, y home de bien,
y cinco ducados gano.
Siete da á cada vaquero;
si él os recibe y conoce,
siete y cinco serán doce.
Juntaremos el dinero;
haremos hucha, yo y vos;
diez años le serviremos;
la alcancía quebraremos
á los diez años los dos.
A doce ducados, son
diez años, si bien lo cuento....
diez á doce.... veinti ciento;
que será lindo pellon.
Compraremos vacoriños;
(que los gallegos son bravos)
un prado en que sembrar nabos,
diez cabras y dos rociños;
cogerémos ya el centeno,
ya la boroa, ya el millo,
buen pan este, aunque amarillo,
sano el otro, aunque moreno;
gallinas, que con su gallo
mos sáquen cada año pollos,
manteca de vaca en rollos,
seis castaños, un carvallo, (2)
una becerra y un buey;
y los diez años pasados,
podrá envidiarnos, casados,
el conde de Monterey.

CALDEIRA.

¡Diez años!

DOMINGA.

Pues ¿por qué no?

---

(1) No es este el consonante que corresponde.
(2) Roble.

CALDEIRA.

¡Diez años, y sin rascar!
¡Diez años! Será rabiar.

DOMINGA.

¿Mondaré nísperos yo?

CALDEIRA.

¿Cómo te llamas?

DOMINGA.

Dominga.

CALDEIRA.

Mi fiesta de guardar eres.
Si á lo prestado me quieres,
tu esclavo soy; ata y pringa.
Ya estarás golosmeada....
Mas dudar en esto es yerro.
¿Pasaste la cruz del Ferro?
que vendrás desojaldrada.
¿No has querido á nadie?

DOMINGA.

¿Yo?
Soy, por vida de mi padre,
tan virgen como mi madre
me parió.

CALDEIRA.

Deja el parió,
y á lo primero te llega;
pues ya sé yo, aunque porfias,
que son muchas gollorías
pedir doncellez gallega.

DOMINGA.

¿Cómo es tu nombre?

CALDEIRA.

Godiño.

DOMINGA.

¡Ay mi Godiño pachon!
(*Dale en la barba.*)
Encaja.

CALDEIRA.

¿Soy tu lechon?

DOMINGA.

No eres si mi vacoriño.
(*Suena música.*)

CALDEIRA.

¿Qué es esto?

DOMINGA.

Hay fiesta en el valle.

CALDEIRA.

¿Pues por qué?

DOMINGA.

Cumpre años hoy
la serrana de quien soy
criada, el mas lindo talle
que toda Galicia tien;
y su padre, que la adora,
convida á la sierra ahora.
Vamos.....—Mas nueso amo vien
con sus serranos.

CALDEIRA.

En fin,
¿hay hoy fiesta?

DOMINGA.

Y colacion.
¿Bailas?

CALDEIRA.

Como un Salomon.—
Digo: como un matachin.

DOMINGA.

Todo es uno.

CALDEIRA.

¿Y tú?

DOMINGA.

En el aire
doy mil vueltas.

CALDEIRA.

¡Ay chancera!

DOMINGA, *aparte.*

¡Qué en tan mala cara hubiera,
tan quillotrador donaire!

ESCENA II.

MARIA. GARCI-HERNANDEZ. DON ALVARO.—DOMINGA. CALDEIRA.

GARCIA.
En casa, garzon, estais.
Maria pide por vos.

DON ALVARO.
Vivais mil años los dos.

GARCIA.
Consuelo en veros me dais.
¿Sabreis arar?

DON ALVARO.
En la huebra
no doy á nadie ventaja,
y por agosto la paja
que el trillo empedrado quiebra,
del grano aparto amarillo.

GARCIA.
Los gallegos al limpiallo,
robustos juegan el mallo,
y menosprecian el trillo.

DON ALVARO.
De todo sé lo qué basta.

GARCIA.
¿Cómo os llamais?

DON ALVARO.
Yo, Vireno.

GARCIA.
Para vaquero sois bueno.

DON ALVARO.
Eso me viene de casta.

GARCIA.
Vaquero sereis.

MARIA.
Ya llega
el baile.

GARCIA.

Asentemonós.

DON ALVARO.

(*Aparte á Maria.*)

¿Que no seré yo por vos,
Mari-Hernandez la gallega?

ESCENA III.

—

CARRASCO. MARTIN. BENITO. CORBATO. GILOTE, *y otros serranos y serranas por un lado; por el opuesto* EL CONDE DE MONTEREY *y* ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

CONDE.

Razon, Garcia, fuera
que en vuestra fiesta yo parte tuviera,
si no por conde vuestro,
por vecino á lo menos.

GARCIA.

Señor nuestro,
regocijos serranos
no son para tan grandes cortesanos.
La mano vitoriosa
nos dad.

CONDE.

Alzad, alzad. ¿Quién se desposa?

GARCIA.

Nadie, señor; Maria
mi hija, y vuestra esclava, aqueste dia
cumple años, y festejo
la sierra, remozándome, aunque viejo.
Amor, en fin, de padre,
que en ella ve la imagen de su madre.

CONDE.

Hermosa estais, Maria.
No sé qué aguarda en darnos un buen dia
vuestro padre espacioso;
que ya vuestra belleza pide esposo.
¿Cuando os casais?

MARIA.

¿Qué manda?

CONDE.

Que es bien daros marido.

MARIA.

Ya se me anda.

GARCIA.

Pues, señor, ¿qué venida
es esta? Mas quien sabe vuestra vida,
ó en guerras ocupada,
ó en cazas de la paz ejercitada,
no pregunta discreto.

CONDE.

A negocios me envian de respeto
nuestros reyes, Garcia,
que concluir con Portugal querria.
Por esto me he pasado
tan cerca de vosotros, que olvidado
mi Monterey, habito
á Portela, castillo del distrito
de esta sierra.

GARCIA.

Debemos
gracias al rey Fernando, pues tenemos
tal señor por vecino
á causa suya.

DON ALVARO.

(Hablando aparte á su criado.)

Pues el conde vino,
Caldeira, á coyuntura
que pueda conocerme, no asegura
mi peligro este traje.
Quiérome retirar; que será ultraje
el verme de esta suerte.

CALDEIRA.

El conde es noble: no importara el verte,
como no se siguiera
que el rey don Juan de tí nuevas tuviera.

DON ALVARO.

En esto me resuelvo.

MARIA.

¿Vaisos?

DON ALVARO.

Sí.

MARIA.

¿Pues el bailé?

DON ALVARO.

Luego vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

—

Los mismos, menos DON ALVARO.

CONDE.

No sea yo, Garcia,
estorbo en vuestra fiesta y alegria.
Prosígase, si es justo
que participe yo de vuestro gusto.

GARCIA.

Alto; pues quiere honrarnos
su señoría, no hay porque escusarnos.
Siéntese en este escaño,
que á falta de nogal, es de castaño.
(*Siéntase el conde.*)

CONDE.

Y vosotros y todo.

GARCIA.

No señor; bien estamos de este modo.

CONDE.

Esta es voluntad mia.

GARCIA.

Obedecer.
(*Siéntanse Garcia y Maria.*)

CONDE.

¿No ha de bailar Maria?

MARIA.

¿Quién duda, si él lo manda?

CONDE.

Ruégooslo yo.

MARIA.

Pues llegará mi tanda.
(*Aparte con su padre y Dominga.*)

¡Qué apacible!

GARCIA.

¡Qué llano!

MARIA.

Es conde.

GARCIA.

Es Acebedo.

DOMINGA.

Es castellano.

(*Bailan los serranos y serranas.*)

DOMINGA, *canta.*

Cando o crego andaba no forno,
ardèra lo bonetiño e toudo.
Vos si me havés de levar, mancebo,
¡ay! non me avedes de pedir celos.
Hum galan trage da cinta na gorra;
diz que lla deu la sua señora.
Quérole bem á lo fillo do crego;
quérole bem por lo bem que le quero.
¡Ay miña mai! passaime no rio;
que se levam as agoas os lirios.
Assenteime em hum formigueiro;
docho á o demo lo assentadeiro.

(*Óyense tiros de armas de fuego.*)

ESCENA V.

—

OTERO.—DICHOS. *Despues* DOÑA BEATRIZ *y* DON EGAS, *dentro.*

OTERO.

¡Nueso amo! ¡aquí de la sierra!
¡aquí del valle de Limia!
¡aquí de Dios y del rey!

GARCIA.

Otero, ¿qué esto?

OTERO.

Aprisa;
que vienen contra nosotros
los portugueses que habitan,

desde Chaves á Braganza,
las comarcas fronterizas.
Una muger huye de ellos
(mejor diré rayo) encima
de un caballo, que en los ayres
estampa huellas que pisa.
Socórrala, señor conde;
que las balas que la tiran,
entre nubes de humo y fuego
llueven, si no es que granizan.

DOÑA BEATRIZ.

(*Desde adentro, como que está lejos.*)
¡Serranos de estas montañas!
¡favor, ayuda!

DON EGAS, *dentro.*

La vida
te ha de quitar esta bala.

OTERO.

¡Aquí de la serranía!
que se pasa Portugal
á las sierras de Galicia.

GARCIA.

A ellos, pues, mis serranos.

CARRASCO.

Traigan chuzos, mallos, vigas.

CONDE.

¡Hay igual atrevimiento!

GARCIA.

Esto es, señor, cada dia.

DOÑA BEATRIZ.

(*Dentro, ya mas cerca.*)
¡Favor, montañeses nobles!

GARCIA.

Ligera dejó la silla
la animosa pertuguesa,
y á nosotros se avecina.

CONDE.

Bajemos á darle ayuda.

GARCIA.

El celo que trae, la libra
de tanto arcabuz.

DOMINGA.

Ya llega
al pie de nuesa montiña.

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ, *de corto, una espada desnuda en la mano, un tahalí, y en él una pistola, mucha pluma en el sombrero, y un gavan de tela.*—DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.

Serranos de esta aspereza,
conservacion de la antigua
nobleza, de quien descienden
tantas casas de Castilla.....
¡Ilustre conde.....!

CONDE.

¡Marquesa!
¿qué desgracias os obligan
á que honrando nuestros montes,
crezcais con ellos mis dichas?

DOÑA BEATRIZ.

Ya no las tendré por tales,
pues en vuestro amparo olvidan
injustas persecuciones
de la ambicion y la envidia.
Desleales que disfrazan
con apariencias fingidas,
que al rey venden por verdades,
testimonios y mentiras,
cómplice, señor, me han hecho
de inocentes, que castigan
á persuasion de traidores,
autores de falsas firmas.
Mandóme prender el rey,
y á un don Egas, en quien cifra
el poder de su privanza,
á darle me necesita
palabra, y mano de esposa:
yo, que por no ver cautiva

la prenda mejor del alma,
menospreciaré la vida,
con favor de la lealtad
de vasallos, que en mí estiman
el valor que el rey desprecia,
me dieron la noche misma
de mi prision, un caballo;
y hechas las sábanas tiras,
quiebran rejas y ventanas,
y generosos me libran.
Discurrí toda la noche
á su sombra que encamina
los pasos á mi inocencia,
hasta que publicó el dia,
revelador de secretos,
mi fuga, y forzó á la ira
de un traidor, que priva, amante,
á que con otros me siga.
Alcanzáronme á la raya
de este reino, y á la vista
la traicion de mi lealtad,
viendo que el cielo la libra,
para que el paso me atajen,
ministros de plomo envian,
que en tribunal de venganzas
son varas de su injusticia.
Desvaneciólas mi suerte,
y de las sierras de Limia,
viendo mi sagrado cerca,
vergonzosos se retiran.—
Esta es, gran conde, mi historia,
si desdichada por mia,
ya tan dichosa por vos,
que mis agravios olvida.

CONDE.

A vuestros sucesos queda
nuestra tierra agradecida,
y yo mas, que me ocasiona,
señora, á que en ella os sirva.
No echeis menos vuestro estado,
mientras el tiempo averigua
verdades que permanecen

eternas, si perseguidas.
Haced cuenta que trocais
á Portugal por Castilla,
y á Chaves por Monterey,
pues desde ahora en su silla
sois absoluta señora;
y ella, estimando esta dicha,
amorosa os obedece
como á la condesa misma.
Los reyes Fernando y Juan,
quieren renovar antiguas
amistades, ya cansados
de que castillos y quinas
desconformes se maltraten;
y yo porque se consigan,
vengo, marquesa, á tratallas.
Entre tanto que se firman,
la condesa os servirá,
y regalaráos Galicia,
ya en Monterey, ya en Portela,
esa fuerza que á la vista
teneis, llave de este reino,
que coronando la cima
de aquel apacible monte,
entrambas rayas registra.

DOÑA BEATRIZ.

Sois, conde, al fin, Acevedo.
Con razon Fernando os fia
el peso de su privanza.

ESCENA VII.

—

UN CAZADOR.— DICHOS.

CAZADOR.

Señor, si la caza estimas,
ponte á caballo y verás
la mas apacible riña
que entre brutos desconformes
vieron estas sierras frias.
Abrazado á una colmena

un oso que de su almibar
enamorado, escaló
la custodia de una encina,
se defiende de tres perros,
que por mas que le persigan,
sin que el robo dulce suelte,
sus ardides desatina.
Guarda el hurto con un brazo,
y con el otro, á la esgrima
dando licion, ensangrienta
colmillos que en carne afila.
Es cosa hermosa de ver
las abejas que á cuadrillas,
en defensa de su alcazar,
le asaltan, cercan y pican;
y el desenfado con que
con los dientes les fatiga,
trasladando á sus entrañas
sus golosas oficinas.

CONDE.

No es presa de perder esta.
Si os servís, señora mia,
esperadme aquí entre tanto
que vuelvo.

CAZADOR.

Has de darte prisa,
si quieres llegar á tiempo.

GARCIA.

Vamos todos allá.

CAZADOR.

Encima
de esta loma se verá.

(Vanse el conde y su acompañamiento, Garcia y los serranos.)

ESCENA VIII.

DOÑA BEATRIZ. MARIA. DOMINGA. CALDEIRA.

DOMINGA.

Cosa será entretenida.

¿No vas á verlo, serrana?

MARIA.

No estó para golosinas
de miel robada.

DOMINGA.

¿Por qué?

MARIA.

Porque estó hecha un acibar.

DOMINGA.

¿Qué te ha dado?

MARIA.

¿Qué sé yo?

DOMINGA.

El mal que se comunica,
dice el cura que se apraca.

MARIA.

Ven y sabráslo, Dominga.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA IX.

DOÑA BEATRIZ. CALDEIRA.

CALDEIRA.

Vuelva los ojos acá,
y hable vuestra señoría
á un diptongo portugues,
y gallego hermafrodita.

DOÑA BEATRIZ.

¡Caldeira!

CALDEIRA.

Dame á besar
dos dedos de zapatilla.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y mi conde?

CALDEIRA.

Ha renegado.

DOÑA BEATRIZ.

Acaba.

CALDEIRA.

La verdad limpia
te digo. Moro es el conde,
y aun peor, si el refran miras
de "antes moro que gallego."
Pero si me das albricias,
sígueme y veráslе.

DOÑA BEATRIZ.

Vamos.
¡Ay dichosa fuga!

CALDEIRA.

Imita
al vaquero que en Moraina
calza abarca, y viste frisa.

DOÑA BEATRIZ.

¿A qué no obligan traidores?

CALDEIRA.

Y el amor ¿á qué no obliga,
pues me hace sábado?

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo?

CALDEIRA.

Porque vaya tras Dominga. (*Vanse.*)

Bosque.

ESCENA X.

DOMINGA. MARIA, *muy triste.*

DOMINGA.

Mal segura zagaleja,
la de los lindos ojuelos,
grave honor de los azules,
dulce afrenta de los negros,
¿qué tienes de ayer acá,
que á lo que colijo de ellos,

desveladas inquietudes
les tiranizan el sueño?
Ojeras se les atreven,
si es, serrana, atrevimiento
que patenas de cristal
guarnezca el amor de acero.
Risueñas y alegres niñas
daban risa al prado, y celos
á la flor de aquestos lirios,
al turquí de aquellos cielos.
Aojado te han, mi serrana:
mucho lloras; mal te han hecho.
¡Pregue á Dios que no te opilen
pensamientos indigestos!
Callan lenguas y hablan ojos;
que á fé cuando sale el huego,
serrana, por las ventanas,
que no huelgan allá dentro.
¿Qué tienes, la mi querida?
Dímelo á mí, y apostemos
que te curo por ensalmo.

MARIA.

¡Ay, Dominga, que me muero!

DOMINGA.

¿Hásete antojado algo?
que diz que en aquestos tiempos
hay doncellas con antojos.
¿Has comido barro, ó yeso?

MARIA.

No, Dominga.

DOMINGA.

¿Dónde sientes
el dolor?

MARIA.

Aquí so el pecho
mas de dos mil aradores
ell alma me están royendo.
Son, mi serrana, agridulces,
y entre pesar y contento,
causan lágrimas con risa;
hártanse de puro hambrientos.
Ven acá: ¿qué es cosicosa,

que lo que adoro aborrezco,
lo que me pesa hallar busco,
lo que me abrasa es de yelo?
Sin querer, ando acechando
de ayer acá.

DOMINGA.

Serán celos,
medio nieve y medio brasas,
calosfrios del enfermo.

MARIA.

¿Celos se llama este mal?

DOMINGA.

Sí, amiga.

MARIA.

¿Y por qué no infiernos?

DOMINGA.

Si allá hay frio con calor,
el nombre le viene á pelo.

MARIA.

Y este mal ¿tiénenle muchos?

DOMINGA.

¿Quién hay que se libre de ellos?
Mas que flores el verano,
mas que escarchas el invierno.
¿Ves esas yedras y parras,
de esos álamos enredos?
Pues celosas de sus hojas,
tienen ya sus troncos secos.
Celos que del prado tiene,
hacen que aquel arroyuelo,
hechos labios sus cristales,
se coma aquel lirio á besos.
No hay criatura sin amor,
ni amor sin celos perfeto,
ni celos libres de engaños,
ni engaños sin fundamento.
El ave, la planta, el bruto, (1)

---

(1) A este verso sigue en la edicion original el de *soldemente escapa el necio*. Como es evidente que falta algo entre ambos, se han añadido los dos intermedios, para que, aunque malos, completen el sentido.

no se libran de tormentos
celosos, en fé de que aman;
soldemente escapa el necio
de su daño, porque dicen
que es solo mal de discretos.
Hasta el cielo les hurtó
el nombre, si no el efeto.

MARIA.

Pues si esos celos se llaman,
mi Dominga, celos tengo.

DOMINGA.

¿Luego amor?

MARIA.

¿Qué me sé yo?
Mal me pagan, y bien quiero;
sola, estoy acompañada,
como poco, menos duermo.

DOMINGA.

¿Enamorada y celosa?
¡Buen guisado habemos hecho!
Convida á la voluntad,
que ese es su mejor sustento;
mas carga poco la mano
de celos, que son pimientos,
y pocos le dan sabor;
muchos echan á perdello.
Mas ¿qué va, que es esta dicha
del polido forastero?

MARIA.

¡Ay prima! no me le nombres.

DOMINGA.

¿Le aborreces?

MARIA.

Le aborrezco,
pero es de puro adoralle.

DOMINGA.

Pues ¿cómo puede ser eso?

MARIA.

Ámole por ser tan lindo,
tan sabio y tan hechicero;
y aborrézcole, Dominga,
por ver el mal que me ha hecho,

porque ell alma me ha robado,
porque me mata de celos.

DOMINGA.

¿De celos? ¿Pues sabes tú
que quiere bien?

MARIA.

A saberlo,
Dominga, ahí fuera el diabro;
mas si no lo sé, lo temo.

DOMINGA.

Ya eres maesa de amar;
mas pues descubres secretos,
sábete que yo tambien....

MARIA.

¿Amas?

DOMINGA.

Estó dada á perros.

MARIA.

¿Por quién?

DOMINGA.

Por un bellacon,
que enamora por lo feo,
por lo socarron hechiza,
por lo gracioso me ha muerto.

MARIA.

¿Y quién es?

DOMINGA.

Es un Godiño,
que si no es sol, por ser negro,
si cual dicen anda en carro,
puede ser su carretero.

ESCENA XI.

—

DON ALVARO.—MARIA. DOMINGA.

DON ALVARO.

Preguntando yo á las flores,
adonde, serrana mia,

mi deseo te hallaría,
dijeron que en sus colores
tus cabellos robadores
la yerba del sol pintaban;
azucenas retrataban
en tu frente su candor;
las niñas del niño amor
flores al lirio robaban.
Rosas fueron los pinceles
de tus mejillas hermosas;
mas no envidiaron sus rosas
de tus labios los claveles.
Como amor era el Apeles,
supo en tu boca copiar
dientes y aliento de azahár,
pasándose satisfechos
los jazmines á tus pechos,
y envidiando yo el lugar.
El todo de tu belleza,
las maravillas; de modo
que eres maravilla en todo
de nuestra naturaleza.
Realce su sutileza
el campo, sabio pintor
de tanta agregada flor;
que pues en tí se vé junto,
serás, siendo él tu trasunto,
ramillete del amor.

MARIA.

¡Qué arrumaquero venís!
¡qué de juncia derramais!
¿Haciendo halagos llegais?
Culpado, á la hé, os sentís.
En las flores que fingís
que en mí emplea el campo verde,
os escondeis; mas recuerde
vuestro engaño mis temores;
que la culebra en las flores
vende rosas. cuando muerde.

DON ALVARO.

¿Culpado yo? ¿pues por qué?

MARIA.

¿Es poco haberme quitado
el sueño anoche, y llorado
hasta que me levanté?

DON ALVARO.

¿Llorado vos?

MARIA.

Sí, á la hé.

DON ALVARO.

¿Tanto mal la vista os hizo?

MARIA.

Mal y bien.

DON ALVARO.

¡Ay bello hechizo!

MARIA.

Estais en amar muy ducho;
engañais y sabeis mucho;
quisiéraos yo primerizo.
Dejareis en vuesa tierra
la memoria y voluntá;
traireis las sobras acá
para que á mí me hagan guerra.
Pues tambien las de la sierra
son personas, lisonjero.

DOMINGA.

Coger aquel nido quiero;
que en juegos de amor, ya es llano
que se juega mano á mano
mejor, que cuando hay tercero. (*Vase.*)

ESCENA XII.

MARIA. DON ALVARO.

MARIA.

¿Habeis tenido allá amor
en vuestra tierra?

DON ALVARO.

Tenia;
mas viéndoos á vos, Maria,

luego se olvidó.

MARIA.

¡Ay traidor!

DON ALVARO.

Por la hermosura mayor,
no es maravilla olvidar
la menor.

MARIA.

Ni en mí el dudar
que quien se olvida y ausenta,
haciendo de su amor venta,
querrá comer y picar.

DON ALVARO.

¿Hay donaire, hay gracia, hay gusto,
que con este se compare?
No haya mas, mi bien; repare
mi buen crédito ese susto.
Si tiene mi amor mas gusto
del que en tu hermosura veo,
si contigo el sol no es feo,
mi esperanza y aficion,
sin llegar á posesion,
se queden en el deseo.

MARIA.

En fin, ¿no la quereis bien?

DON ALVARO.

Tú sola eres mi querida.

MARIA.

¿Por mi vida?

DON ALVARO.

Por tu vida.

MARIA.

¿Y por la vuestra?

DON ALVARO.

Tambien.

MARIA.

¿Era hermosa?

DON ALVARO.

Los que ven
ese hechizo, aunque serrano,
todo otro amor juzgan vano.

MARIA.

Pues jurad, si sentís eso,
sobre esta cruz.

DON ALVARO.

Juro y beso.

(Tómale la mano y bésasela: sale doña Beatriz.)

MARIA.

Sí, por besarme la mano.

ESCENA XIII.

—

DOÑA BEATRIZ.—MARIA. DON ALVARO.

DOÑA BEATRIZ.

(Antes de ver á las dos.)

Aquí dicen que quedaba.

DON ALVARO.

Marquesa.....

DOÑA BEATRIZ.

Marquesa soy,
que á marcar agravios vengo,
en vez de marcos de amor.
Quien tan bien penas divierte,
y con tanta prevencion
á enfermedades de ausencia
tan presto antídoto halló,
no morirá malogrado.
¡Qué cortesano que sois!
Besamanos dais cumplidos;
que hasta aquí pensaba yo
que se daban de palabra;
mas puestos por obra no;
si no es que le deis el pulso,
vos enfermo, ella dotor.
¡Bien pagais obligaciones
de quien desprecia por vos
créditos, que ya fallidos,
pone el vulgo en opinion!
Mas quien á palabras de hombre
deudas de fama empeñó,

cobre en crédito de injurias
desengaños de su amor.
No sin causa el rey don Juan.....

DON ALVARO.

Basta, marquesa.

DOÑA BEATRIZ.

No soy
sino infierno de mis celos.

DON ALVARO.

Basta; templad el rigor,
y admitid satisfacciones.

MARIA.

No hay que dar satisfaccion
á quien en preitos agenos
se mete. Aqueste garzon
ha de ser mi esposo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Cómo?

MARIA.

Comiendo.

DOÑA BEATRIZ.

Y matándoos yo.

MARIA.

¿Matar? ¡Verá la sebosa!

DOÑA BEATRIZ.

¡Oh rústica! Vive Dios,
que mis celos y tu vida
han de acabar juntos hoy.

(*Saca una daga, y María se desciñe una honda y toma una piedra.*)

MARIA.

Téngase ahuera, la digo.

DON ALVARO.

¿Estais sin seso?

DOÑA BEATRIZ.

Sí estoy.

MARIA.

Yo tambien, pues tiro piedras.

DOÑA BEATRIZ.

Pasaréla el corazon.

MARIA.

Pues pasad y no me erreis;

que si errais, á fe de Dios,
que al primer morro que os tire,
no me habeis de esperar dos.

(*Andan una tras otra y metiéndose enmedio don Alvaro.*)

DON ALVARO.

Maria, marquesa, basta.

DOÑA BEATRIZ.

Quita de enmedio, traidor.

MARIA.

Déjenmos á mí, y á ella.

DON ALVARO.

¿Hay mas ciega confusion?

DOÑA BEATRIZ.

Ya yo sé matar ingratos.

MARIA.

Ya yo sé, si vuelta doy
al cáñamo, dar en tierra
con el toro mas feroz.

DON ALVARO.

Marquesa, serrana mia.....

DOÑA BEATRIZ.

¿Mia, villano? Eso no.

MARIA.

¿No, sebosa? Aunque os repese.

ESCENA XIV.

DOMINGA.—MARIA. DOÑA BEATRIZ. DON ALVARO.

DOMINGA.

María, padre y señor
llama.

MARIA.

No hay padre que tenga.

DOMINGA.

Que da voces.

MARIA.

Venid vos
conmigo, é iré, Vireno;
porque en quedándoos, me estoy.

DON ALVARO.
Id, serrana; que entre tanto
que dais la vuelta, los dos
averiguaremos pleitos,
que en provecho vuestro son.

MARIA.
Dad al diabro esos provechos;
que no quiere mas amor,
para echar á un lado enojos,
si que haya averiguacion.

ESCENA XV.

OTERO.—DICHOS.

OTERO.
Nueso amo llama, Maria.

MARIA.
Mal llamado le dé Dios.

UNA VOZ DENTRO.
¡Maria!

MARIA.
Sebosa, para esta.
¡Ay Dominga! ¡Muerta voy!
(Vanse Maria y Dominga.)

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ. DON ALVARO.

DOÑA BEATRIZ.
Estoy tan arrepentida
de los estremos que he hecho,
conde, cuanto satisfecho
vos de vuestra fe rompida.
Una injuria conocida
¿á quién no saca de sí?
y mas siendo frenesí

cualquier ímpetu de amor.
Ya ha cesado su rigor:
gloria á Dios, ya he vuelto en mí.
Quien con tal facilidad
quiebra á quien ama, la ley,
mal probará que á su rey
no ha quebrado la lealtad.
La duda de esta verdad
tan á mi costa ha salido,
que, estado y honor perdido,
vienen á cobrar mis daños,
á plazos de desengaños,
deudas de amor en olvido.
Pero, pues así sucede,
restaurará su caudal
el alma; que no es gran mal
el que remediar se puede.
Aquí sepultada quede
mi memoria desdichada,
en vos tan mal empleada,
porque despues se mejore.—
No os espante que la llore,
pues muere, en fin, malograda.

DON ALVARO.

Sintiera ser su homicida,
si escondido no supiera
que cuando para mí muera,
para el rey la dareis vida.
Memoria tan prevenida,
que á costa de su firmeza,
quiere á un conde en la corteza,
y ama á un rey en lo interior,
siendo de dos este amor,
no es razon que os dé tristeza.
¿Por qué llamais malograda
la memoria y voluntad
de un cuerpo con libertad,
que encierra un alma casada?
Si está en un rey empleada,
no culpeis mis escarmientos;
no desecheis fundamentos
de quien puede conservar

el cuerpo libre, y gozar
casados los pensamientos.

DOÑA BEATRIZ.

De culpas que me argüís,
conde, escusas noespereis;
que bien sé que lo entendeis
al revés que lo sentís.
Cauteloso os prevenís;
que ya yo sé que es traicion
de tan sutil díscrecion,
que cuando amor deudas forma,
cartas de pago transforma
en cartas de obligacion.
Negad, puesto que discreto,
desleal la que os obliga;
y de vuestras quejas diga
la causa, conde, este efeto.
Por guardar al rey respeto,
y engañar vuestro enemigo,
fingiendo amarle, le obligo:
¡ved cuán recto juez haceis,
pues por gracias que debeis,
me dais sin culpa el castigo!
Que para que sea mayor
en mí, si en esto os agrado,
restituída en mi estado,
haré pechero mi amor.
A vuestro competidor
daré, aunque muera, la mano,
pues la gracia del rey gano;
y vos con igual muger,
villano en el proceder,
sereis del todo villano.

DON ALVARO.

Marquesa, Beatriz, mi bien,
celos necios é impacientes,
fiscales impertinentes
de amor, disculpa me den.
Llámanse Argos, y no ven;
son necios por presumidos;
y dividiendo sentidos,
por dar á su dueño enojos,

viendo al amor en los ojos,
viven siempre en los oidos.
Oí lo que, á no ser loco,
diera paz á mis desvelos;
que son lógicos los celos,
mi bien, y discurren poco.
Sus pareceres revoco;
castiga tú mi impaciencia;
y si das á la prudencia
mas lugar que á la venganza,
disculpen esta mudanza
celos, ocasion y ausencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Parécеos á vos bastante
ese descargo?

DON ALVARO.

Mi bien,
perdon tus brazos me den,
y no pases adelante.
Si no basta el ser tu amante,
daga tienes homicida:
sácame el alma rendida.

DOÑA BEATRIZ.

Será, ingrato, porque así,
si tu alma vive en mí,
me dé á mí misma la herida.
Mucho tiene de rapaz
amor: ¡qué presto se enoja!
¡qué presto que el arco arroja,
ya de guerra, ya de paz!
No eres de perdon capaz; (1)
pero ¿cuándo le negó
quien tierno y constante amó?
Pues cuando lo dilataras,
y á pedirle no llegaras,
era fuerza el llegar yo.

---

(1) Digno.

ESCENA XVII.

EL CONDE. GARCIA. ACOMPAÑAMIENTO.—DOÑA BEATRIZ. DON ALVARO.

CONDE.
No he tenido yo, Garcia,
mayor entretenimiento
despues que la caza curso.

GARCIA.
¡Valiente defensa ha hecho
el oso!

CONDE.
¡Oh marquesa ilustre!
La vuelta á Monterey demos,
porque la condesa goce
brazos de huesped tan bello.

DOÑA BEATRIZ.
Otro, gran conde, teneis,
que ocasiona mi destierro,
y á vuestra sombra se ampara.

CONDE.
¡Don Alvaro! ¿Qué es aquesto?

DON ALVARO.
Disfraces de la lealtad,
que traidores persiguieron,
y en vuestro valor confian.

CONDE.
Infinito debo al cielo,
pues me ocasiona á serviros.
Garcia, vuestro vaquero
fue don Alvaro Ataíde.

GARCIA.
Gran señor, los pies os beso.—
¿Hay suceso semejante?

ESCENA XVIII.

MARIA. DOMINGA. CALDEIRA.— DICHOS.

MARIA.

En fin, Dominga, ¿Vireno,
y la portuguesa aguarda?

CONDE.

Mi rey Fernando y el vuestro
quieren perpetüar paces,
y espero de sus conciertos,
conde, vuestra libertad.

CALDEIRA.

(*Hablando aparte con su amo.*)
¿Luego ya te conocieron?

DON ALVARO.

Sí, Caldeira: á ser dichoso
desde este punto comienzo,
pues está Beatriz conmigo.

CONDE.

Vamos, señores; que quiero
dar á mi estado un buen dia.

DON ALVARO.

(*A Maria.*)
De la voluntad que os debo,
y es imposible pagaros,
servirá de desempeño,
serrana, aquesta sortija.

MARIA.

Si es señal de matrimeño,
y conmigo heis de casaros,
espetádmela en el dedo.

DON ALVARO.

Yo, Maria, soy el conde
de Silveira, y es mi dueño
Beatriz, marquesa de Chaves.

MARIA.

Pues echalda con mal huego.

DON ALVARO.

A Dios, graciosa serrana.

MARIA.

¿Y que sois conde, de vero? (1)

DON ALVARO.

Y la marquesa mi esposa.

MARIA.

¡Ay padre! desmayos tengo.

CALDEIRA.

(*Aparte con Dominga.*)

Dominga, á Dios; que me acojo.

DOMINGA.

¿Te vas? ¿Cuándo nos veremos?

CALDEIRA.

Los domingos, si es que gustas
ser mi sayo dominguero.

DOMINGA.

¿Pescudaré por Godiño?

CALDEIRA.

Caldeira por nombre tengo.

DOMINGA.

Seguiréte, porque vaya
la soga tras el caldeiro.

(*Vanse todos, menos Maria.*)

ESCENA XIX.

MARIA.

¡Cielos! ¡que es Vireno conde!
¡que tiene esposa Vireno,
y llevándose allá ell alma,
á escuras me deja el cuerpo!
¡Aquí de Dios y del reye!
¿Él casado y yo en tormento?
¿ella alegre, yo llorando?
¿los dos vivos, yo muriendo?

---

(1) De veras.

No lo sufrirá mi injuria;
no lo admitirán mis celos.
Donde hay agravio, hay venganza;
donde hay amor, hay ingenio.
Uno y otro han de mostrar
como castiga desprecios
la gallega Mari-Hernandez.
¡Ay portugues feiticeiro!



ACTO TERCERO.

Campo cerca de Monterey.

ESCENA I.

EL REY. SOLDADOS PORTUGUESES.
(Tocan dentro cajas.)

REY.
Cuando se tratan paces con Castilla,
¿tiene el de Monterey atrevimiento
dé amparar foragidos en su villa,
sin reparar mi justo sentimiento?
¿A la marquesa y conde, que á mi silla
aspiraban, y fueron fundamento
de justos, aunque trágicos castigos?
¿El conde á mis mayores enemigos?
Cesen las paces, pues; vuelva la guerra;
esperimente el conde indignaciones
de un rey airado: poblaré su tierra
segunda vez de armados escuadrones;
cercaré á Monterey que los encierra;
y si es traicion favorecer traiciones,
á imitacion de Troya, al destruilla,
mañana será llamas, si hoy es villa.

SOLDADO 1.º
La justa indignacion, señor, que alegas,
á la venganza solicita manos.
Limia es el valle donde armado llegas,
y faldas de esas sierras estos llanos.
A asegurar el paso fue don Egas;
que aunque sus moradores son villanos,
ánimo sus fronteras les han puesto.

REY.
Vencerálos don Egas.— Mas ¿qué es esto?

ESCENA II.

MARIA, *que sale con un mallo pelcando contra* DON EGAS *y algunos* SOLDADOS PORTUGUESES, *con broqueles.*— DICHOS.

SOLDADO 2.°
Rayo ó muger ¿qué nos quieres?—
¿Hay valor mas prodigioso?

MARIA.
No me ha de quedar seboso
á vida.

REY.
¡Tales mugeres
tiene Galicia, Silveira!—
Dejalda: no le hagais mal.

MARIA.
¡Qué! ¿cuidaba Portugal
que era sola su forneira?
Pues á fe de Dios, si torno
á enojarme, aunque aquí os hallo,
que estimedes mas mi mallo,
que la pala de su forno.
Con este, al segar las mieses,
limpia el trigo nuesa tierra,
y las fembras de la sierra
despachurran portugueses.
No huyais si quereis proballo:
aguarde el que no lo crey.

SOLDADO 1.°
Detente; que está aqui el rey.

MARIA.
¿El rey? Pues arrojo el mallo.

REY.
¿Con portugueses, serrana,
tal furia?

MARIA.
De un tiempo acá,
si va á decir la verdá,

los mato de buena gana.

REY.

¿Por qué?

MARIA.

Un portugues mancebo
se hizo en mi casa mandon,
y en gozando la ocasion,
se deshizo como sebo.—
Pero venga acá: ¿no es él
el rey?

REY.

Sí.

MARIA.

¿Y hará justicia
de un portugues que á Galicia
vino, diz que huyendo de él,
y entrando, que parecia
la gata de Mari-Ramos,
robó la hacienda á sus amos,
y el corazon á Maria?

REY.

¿Llamaisos vos así?

MARIA.

¡Y cómo!
Nunca yo en ella le viera.
Entró blando como cera;
salió duro como plomo.
¿Conoce él á un don Alváro,
y á cierta doña Beatriz,
pintada como perdiz,
que pidiéndomos amparo,
almas y caballos pica
con celos y con espuelas?

REY.

Sus alevosas cautelas
mi enojo te certifica.
Por su causa hago esta guerra
al conde de Monterey.

MARIA.

No guarda el ingrato ley.
Mala gente hay en su tierra.
Hechizóme á lo serrano;

burlóme á lo portugues;
huése á Monterey despues;
tarde lloro; creí temprano.
¡Ay! ¡qué le contara yo,
si no tuviera vergüenza!
Mire, ya que amor comienza
á informarle: anocheció;
y yo despierta, á cierra ojos,
y entre dos luces dormida,
el alma en él embebida,
la voluntad con antojos,
y á escuras el aposento,
pisando huevos entró;
y entonces..... ¿Qué me sé yo
¡ay Dios! cómo se lo cuento?
Tanto supo acariciar,
tanto vino á prometer.....
Era hombre, en fin, yo muger;
en algo habia de parar.
No resiste quien desea;
y como me mostró amor,
llegó..... y pregue á Dios, señor....

REY.

En fin.....

MARIA.

Que orégano sea.
Mas esto hue con promesa
que habia de ser mi marido.
Hase el traidor acogido
con la Beatriz portuguesa;
y hanme dicho que los dos,
segun el amor se enseñan,
dentro un mes se matrimeñan;
que mala pro los dé Dios.

REY.

No harán mientras yo viviere,
ni permitirán los cielos
tu menosprecio y mis celos.

MARIA.

Mire, si él cogerlos quiere,
y me promete casar
con él, sin hacelle daño,

la muger todo es engaño,
y mas cuando viene á amar.
Yo sabré, si á Monterey
voy, herle que huera salga:
de los ardides se valga,
que en la guerra diz que es ley.
Haga que aguarde en secreto
á la puerta alguna gente;
prenderále de repente
á la noche; y en efeto,
antes de ir á Portugal,
hará que mi dueño sea;
que aunque me dejó, no crea
que ell hombre me quiera mal.

REY.

Si eso, donosa María,
cumpliésedes vos, mis celos
darán fin á mis desvelos.
Buscaba yo alguna espía,
que yendo allá, me avisase
la defensa de esa villa,
porque para combatilla,
diligente me industriase;
pero si estan sobre aviso,
¿cómo podreis entrar vos,
y salir?

MARIA.

¡Válgame Dios!
Nunca halló estorbo quien quiso.

REY.

Muestras de vuestro valor
acabo ahora de ver.
¿Qué no intenta una muger,
que tiene celos y amor?
Cumplid como prometeis;
que si de Monterey sale,
mi fe os doy....

MARIA.

¿Perdonarále?

REY.

Como el amor estorbeis,
con que han hecho resistencia

á mi voluntad los dos,
siendo esposa suya vos,
no dudeis de mi clemencia.

MARIA.

Es caballero, y dirá
que no soy yo caballera.

REY.

Aunque mi sangre tuviera,
el rey calidades da.
Noble y marquesa os haré,
antes de ir á Portugal.

MARIA.

Jure.

REY.

Mi palabra real
es la mas segura fe.

MARIA.

¿Y la gente?

REY.

Yo en persona,
en secreto, he de aguardalle.

MARIA.

¡Mal año! Querrá matalle.

REY.

Mi fe y palabra me abona.

MARIA.

Mire que no ha de herle mal.

REY.

No haré.

MARIA.

Ni á la portuguesa.

REY.

No goce él á la marquesa,
y pídeme á Portugal. (*Vanse.*)

Sala en el palacio del conde de Monterey.

ESCENA III.

EL CONDE. DON ALVARO. CRIADO 1.º

CONDE.

Aplacaráse el furor
con que el rey portugues viene,
y conocerá que tiene
en mí un grande servidor.
No es mal trato el amparar
amigos que de traidores
huyen, y piden favores,
pudiéndoselo yo dar,
pues aun no estan concluidas
con nuestros reyes las paces,
que se tratan.

DON ALVARO.

Satisfaces
con tu valor á dos vidas
que solo estriban en tí;
pero si por mi ocasion
de mi rey la indignacion
tu estado destruye así,
mejor será retirarme
á Castilla, y dar lugar
al tiempo.

CONDE.

Con amparar
vuestra vida, he de ilustrarme.
Orden de mis reyes tengo,
mientras que se ven los dos,
de que á la marquesa y vos
os tenga aquí. Ya prevengo
modo con que al rey don Juan
desengañe, y si os persigue,

clemente el furor mitigue.
(*Al criado.*)
¿Cuántas leguas estarán
de aquí?

CRIADO 1.º

En Limia han hecho alto,
y á la vista de Portela,
nuestra montaña recela
que la sitie ó la dé asalto.

CONDE.

¿Trae mucha gente?

CRIADO 1.º

Serán
diez mil, cada cual Viriato
portugues.

CONDE.

Si no es por trato,
no teme del rey don Juan
mi Portela sitio largo,
aunque su poder la cerque.
A nuestra villa se acerque;
que de aplacalle me encargo.

ESCENA IV.

—

CRIADO 2.º—DICHOS.

CRIADO 2.º

Cierto fidalgo que pasa
á Santïago, está aquí.

CONDE.

¿De Galicia?

CRIADO 2.º

Señor, sí,
y deudo de vuestra casa.
No prosigue su camino,
receloso de esta guerra,
y así en Monterey se encierra.

CONDE.

Entre el deudo, ya que vino.
(*Vanse los criados.*)

ESCENA V.

MARIA, *de gallego honrado.* DOMINGA.—EL CONDE. DON ALVARO.

MARIA.

Dëime á besar os pes,
señor, vossa señoría,
porque muito dezejaba
conocer a rama antiga
do tronco de quem descendo.

CONDE.

Alcese, hidalgo; que estima
nuestra casa á los parientes.
¿De dónde es?

MARIA.

Meu pai decia
ser fidalgo de Betanzos;
casouse com a mai miña,
fidalga de Calabazos.
Depois os dous se aveciñam,
pertiño de Santïago,
em huma feligresía,
que tem por nome Morrazos;
donde víndose parida,
me pus o nome que teño.

CONDE.

¿Y es su nombre?

MARIA.

Juan Garcia
de Morrazos.

CONDE.

¡Blason nuevo!
Yo hasta ahora no sabia
tener parientes Morrazos.

MARIA.

¿Pois non basta que eu o diga?

CONDE.

Sí; mas con todo esto quiero

informarme por qué línea
emparentamos los dos.

MARIA.

Teña maou sua señoría.
O meu pai foi cociñeiro
de vosso pai muitos dias,
porque de nossa nobreza
foi o solar sua cociña.
Sendo cociñeiro, pois,
e probando a comida
que guisaba, craro está
que o mesmo manjar comia
o meu que o vosso pai.
Isto ¿he verdade?

CONDE.

Prosiga;
que es su humor mas sazonado
que los manjares que guisa.

MARIA.

Das comidas, ¿non se faz
o sangue con que se crian
os corpos?

CONDE.

¿Quién duda de eso?

MARIA.

Pois si á comer ambos viñan
dia e noite d' hum manjar,
craro está que ambos dois tiñan
hum sangue mismo em dois corpos.
Sendo ansí, bem se averigua
que decendemos d' hum sangue
eu, e vossa señoría,
e que sendo seu parente,
me ha de facer cortesía.

CONDE.

No puedo negar el deudo;
que es la prueba peregrina
bastante á ejecutoriarse
en cualquier chancillería.

(*Aparte con don Alvaro.*)

¿Qué juzgais, conde, de aquesto?

DON ALVARO.

Que ocasionando la risa,
viene un cocinero á ser
el mas noble de Castilla.

CONDE.

Pues bien, ¿qué es lo que ahora quiere
en mi casa el buen Garcia
de Morrazos?

MARIA.

Os parentes
facendosos em Galicia,
á escudeiros do seu sangue,
cuando son pobres, se obrigan
de mante-los em seu honor,
e sustentar sua familia.

CONDE.

¿Luego quiere estar conmigo?

MARIA.

Queiro.

CONDE.

Pues desde este dia
le asigno gages.

MARIA.

Os pes
me dai, non porque vos sirva,
(que non sirven os Morrazos)
mas porque desde hoje viva
á vossa custa em descanso.

CONDE.

(*Aparte con don Alvaro.*)
A la infanta de Castilla
pienso, conde, presentarle.

DON ALVARO.

Su donaire es tal, que cifra
en sí todos los gracejos.
¡Donoso humor!

CONDE.

Pieza es rica.

ESCENA VI.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

Con cartas, señor, del rey
llega á este punto Padilla
de la corte.

CONDE.

Voy á verlas;
(Vase el criado.)
que no dudo de que escriban
por vos y por la marquesa
á vuestro rey.

DON ALVARO.

Si apadrinan
sus favores mis desgracias,
resucitarán mis dichas,
siendo vos mi protector.

CONDE.

(A Maria.)
Esperadme aquí.
(Vanse el conde y don Alvaro.)

ESCENA VII.

MARIA. DOMINGA.

DOMINGA.

Maria,
¿en qué dibujos me metes?

MARIA.

Hoy tienes de ver, Dominga,
milagros de amor y celos.

DOMINGA.

¡Pregue al cielo!

MARIA.

Calla y mira.

DOMINGA.

¿No es pecado levantar
testimonios y mentiras
á don Alvaro?

MARIA.

¿Yo en qué?

DOMINGA.

En que al rey don Juan le digas
que te gozó.

MARIA.

La muger
que de un hombre fue querida,
ya es gozada en el deseo,
y la afrenta, si la olvida.

DOMINGA.

¿Y piensas sacarle al campo?

MARIA.

Mis celos le desafian.

DOMINGA.

¿Y si el rey don Juan le mata?

MARIA.

Su palabra real es firma
de resguardo.

DOMINGA.

¡Pregue á Dios!
Al mi Caldeira querria
ver, y engañarle tambien;
que estó en su ausencia perdida.
Pero hételе donde viene
con el tu conde. En su vista
se me emboba toda ell alma;
que aunque socarron, hechiza.

ESCENA VIII.

—

DON ALVARO *y* CALDEIRA, *leyendo*.—MARIA. DOMINGA.

DON ALVARO.

(Lee.) *Esta noche, en fin, quisiera
veros; que os tengo que hablar
muchas cosas....*

CALDEIRA.

(Lee.) *Si á casar....*

(Habla.) ¡Oh! ¿Carta casamentera?

¡Mal año! Nones me llamo.

(Lee.) *Te determinas conmigo....*

DON ALVARO.

(Lee.) *Que amor, constante testigo....*

CALDEIRA.

(Lee.) *Haré que hablen á tu amo....*

DON ALVARO.

(*A Caldeira.*)

¿Qué es eso?

CALDEIRA.

Nos empapelan.

Si la marquesa te escribe
despues que encerrada vive,
tambien por mí se desvelan
damas fregonas.

DON ALVARO.

¿Por tí?

CALDEIRA.

Hechiza mi parecer.

DON ALVARO.

Anda, salte allá á leer.

CALDEIRA.

Bien acierto á lèr aquí.

(*Leen ambos.*)

DON ALVARO.

Que amor, constante testigo,
y tan poco firme en vos....

CALDEIRA.

Casarémonos los dos,
si á tu señor se lo digo.

DON ALVARO.

Teme segundos desprecios.

CALDEIRA.

Mondonga soy de palacio....

DON ALVARO.

(*A Caldeira.*)

¡Hola!

CALDEIRA, *leyendo.*

Míralo despacio....

DON ALVARO.

¡Ah, necio!

CALDEIRA, *leyendo.*

Que hay condes necios.

DON ALVARO.

Enviaréte noramala....

CALDEIRA, *leyendo.*

Para tí, señor, he hallado
favor. En casa....

DON ALVARO.

Él ha dado
en bufon. Sal de la sala,
majadero....

CALDEIRA, *leyendo.*

Sois, amigo.
(A su amo.)
¿No lês tú? Tambien yo leo.

DON ALVARO.

Si me enojo....

CALDEIRA, *leyendo.*

Que aunque feo,
rabio por casar contigo.
(A su amo.)
Ya yo acabé mi paulina;
la tuya puedes leer,
si es paulina la muger
que casarse determina,
aunque no se llame Paula.

DON ALVARO.

A no mirar que eres loco,
te hubiera....

CALDEIRA.

No lo soy poco,
aunque no estoy en la jaula;
mas ¿qué seré si me caso?
Archiorate, protonuncio.
¡Malos años! abernuncio.
Lee; no hagas de mí caso.

DON ALVARO.

(Lee.) *Teme segundos despreeios;*
que aunque ausente de la sierra,
su memoria os hará guerra.

Los celos pecan de necios.
Olvidad vos sus serranas,
y aseguradme despacio
esta noche; que en palacio
hay terrero y hay ventanas.
No quiere Beatriz perder
los privilegios de dama.
A que la ronde me llama:
su galan tengo de ser,
mientras no fuere su esposo.—
Prevenme capa y rodela.

CALDEIRA.

La mondonga me desvela.
Acompañarte es forzoso;
que aunque á la Dominga mia
rendir el alma propongo,
el sábado es de mondongo,
y el domingo es otro dia.
Con la mondonga, me avisa
el sábado mondongar,
y con Dominga, mudar
cada domingo camisa. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

MARIA. DOMINGA.

MARIA.

Dominga, ¿qué dices de esto?

DOMINGA.

¿Qué diabros quieres que diga?
¡Ay guillote! ¿ansí os obriga
el amor que en vos he puesto?
Pues para esta, farfullero,
que yo me sepa vengar.

MARIA.

¡Que esta noche se han de hablar
á las rejas del terrero!
Pues esta noche tambien,
cuando esteis mas descuidado,

mi amor, de vos olvidado,
vengarse de entrambos tien.
Yo le daré entrada al rey,
si, como dice, me espera
á la puerta.

ESCENA X.

EL CONDE.—MARIA. DOMINGA.

CONDE.

Razon fuera,
pues estais en Monterey,
Garcia, haber visitado
á la condesa.

MARIA.

He verdade:
fare-lo de boa vontade.
Non fincaba desmembrado;
mais visitar as mulleres
sem licenza dos maridos,
dam celeiras, e mofidos.
Non sei derramar praceres,
nem veño á dar embarazos;
mas pois me mandais ansí,
decede-la que está aquí
Joan Garcia dos Morrazos. (*Vase.*)

ESCENA XI.

EL CONDE. DOMINGA.

CONDE.

¿Sois vos tambien del lugar
de vuestro amo?

DOMINGA.

Y su vecino.

CONDE.

¿Y sabeis á lo que vino?

DOMINGA.

Creo que se viene á casar.

CONDE.

¿Aquí?

DOMINGA.

¿Pues dónde?

CONDE.

¿Con quien?

DOMINGA.

Sélo; mas para callallo.

CONDE.

¿Cómo os llamais?

DOMINGA.

Gil Carvallo.

CONDE.

Hombre pareceis de bien.

DOMINGA.

Por su virtú.

CONDE.

¿Los zapatos
á la cintura colgais,
y descalzo caminais?

DOMINGA.

No valen allá baratos.
Dime ayer un tropezon,
que aunque un dedo me quebré,
por ir ansí me ahorré
un cuartillo de un tacon.

CONDE.

¡Estraño modo de ahorro!

DOMINGA.

Allá cuando caminamos,
á la cinta los llevamos;
porque aunque descalzo, corro
por los tojos, que dirán
que soy un gamo, ó caballo.

CONDE.

¿Y qué llevais, Caravallo,
en ese palo?

DOMINGA.

Es el pan,
y aquesta es la calabaza.

CONDE.

¿Pan tan grande?

DOMINGA.

Es de centeno,
y en Galicia, aunque moreno,
mas alivia que embaraza.

CONDE.

A medida de su humor
vuestro amo os supo escoger.
La condesa os ha de ver
tambien á vos.

DOMINGA.

No, señor.

CONDE.

Venid.

DOMINGA.

Deje que me ponga
los zapatos.

CONDE.

Bien estais.

DOMINGA.

(*Aparte al retirarse.*)
¡Traidor! yo haré que escupais
las tripas con la mondonga. (*Vanse.*)

Campo inmediato á Monterey.—Noche.

ESCENA XII.

—

DON EGAS. VASCO. UN SOLDADO.

DON EGAS.

Media legua de aquí á emboscarse viene
aquesta noche el rey, por si le engaña
la animosa serrana, donde tiene
mil hombres, cada cual blason de España.
Que asalten el descuido los previene
del castellano conde, que acompaña,

y defiende á don Alvaro Ataíde,
y á la marquesa que mi dicha impide.
Envíame á que aguarde la promesa
que la valiente rústica le ha hecho,
y prenda al conde. ¡Venturosa empresa,
si llega á ejecucion! Pero sospecho
que arrepentida, como amor profesa,
quien le entregó las llaves de su pecho,
le habrá dicho la traza prevenida,
saliendo en nuestro daño esta venida.
Y cuando tenga efeto, y le prendamos,
si el rey, como ha ofrecido, le perdona,
restituyendo al conde, ¿qué esperamos
los dos, traidores á su real corona?

VASCO.

Mejor será, si en Monterey entramos,
ya que el cielo de estrellas se corona,
dar la muerte á don Alvaro, y con esto,
evitar el peligro en que te ha puesto.

DON EGAS.

¿Cómo habemos de entrar?

VASCO.

Yo sé por donde
(como el cueduto quiebres de una fuente,
que en la villa á la plaza corresponde)
puedas salir y entrar seguramente.

DON EGAS.

Ejecutallo, pues; que muerto el conde,
no queda en Portugal quien darme intente
temor, ni contradiga mi privanza,
feliz mil veces, si á Beatriz alcanza. (*Vanse.*)

Vista esterior del palacio del conde.

ESCENA XIII.

DOÑA BEATRIZ, *á una ventana.*

¡Qué caro, rapaz avaro,
vendes los gustos que das!
Mas por esto valen mas;
que, en fin, lo barato es caro.
Si el que debajo tu amparo,
cuando en tu esfera se abrasa,
mas trabajos por tí pasa,
mas contigo, amor, privó,
ya somos el conde y yo
los mayores de tu casa.

ESCENA XIV.

DON ALVARO. CALDEIRA, *como de noche.*—DOÑA BEATRIZ.

CALDEIRA.
Mejor fuera dar dos sorbos
con los ojos, castañetas
del sueño, que rondar daifas.

DON ALVARO.
Gusta de esto la marquesa.
No se asegura de mí,
despues que tiene sospechas
de la serrana de Limia,
y vengo á satisfacerla.

CALDEIRA.
Vaya con Dios, si es su gusto.

DON ALVARO.
Tira una china á esas rejas.

CALDEIRA.

Allá va una china calva,
que si en la corte estuviera,
ya se hubiera puesto moño,
ó adoptiva cabellera.

DON ALVARO.

¿Es mi Beatriz?

DOÑA BEATRIZ.

¿Es el conde?

DON ALVARO.

Yo soy; que á vuestra obediencia
el resistir es delito.

CALDEIRA, *aparte.*

Si mi mondonga quisiera
asomarse á este albañal,
(pues sin salir de su esfera,
sale por los albañales
lo que los mondongos echan)
comiéramos hoy grosura.
(Recuéstase en una pared)

ESCENA XV.

MARIA *y* DOMINGA, *como de noche.*—DON ALVARO. DOÑA BEATRIZ. CALDEIRA.

MARIA.

(Habla aparte con Dominga.)
Tras sí mis celos me llevan.
Déjame escuchar, Dominga,
sus regalos y ternezas;
que los celos siempre nacen
sin ojos y sin orejas.

DOMINGA.

Quien escucha, su mal oye.

MARIA.

Es la verdad; mas recela,
ignorando lo que sabe,
busca lo que no desea.
Pero escucha; que ya estan

los dos hablando.

DOMINGA.

Pues llega;
que yo seré tu lacaya.
Plega á Dios que no me duerma.

CALDEIRA.

Gigantes vienen á pares;
y me dicen que esta tierra
es tan fértil en dar brujas,
como nabos. Dios me tenga
de su mano, ó de su pie.

DOÑA BEATRIZ.

Dudo de vuestra firmeza,
conde, y pienso que os entibian
memorias, que siendo agenas,
os tiranizan las propias.

DON ALVARO.

No ofendais, mi bien, las vuestras,
pues sabeis que solo estriban
mis esperanzas en ellas.

DOÑA BEATRIZ.

Acuérdome yo que un tiempo
desvelaba vuestras penas,
ofreciéndome constante
un alma, entonces entera,
y ahora partida en dos.

DON ALVARO.

¿Pues hay, Beatriz, quien merezca
entrar con vos á la parte?

DOÑA BEATRIZ.

Y aun no poco feliz fuera,
si ya que la dividís,
siendo dueño de la media,
no me la usurparan toda
los donaires de la sierra.

DON ALVARO.

No fue amor, venganza sí
de imaginadas ofensas,
la que pudo divertirme,
mi bien, de vuestra belleza.
Amor es conformidad
de dos voluntades tiernas,

y mal podrán conformarse
rusticidad y nobleza.
Gustos en vos empleados,
alma amante en vuestra escuela,
deseos nobles por vos,
esperanza en vos perfeta,
¿os persuadís vos, señora,
que salir jamas pudiera
de suerte desazonada,
que serranas apetezca?
Si desde el punto que os ví,
eternizando finezas,
y huyendo violencias reales,
satisfacer mis sospechas,
no la he borrado del alma;
si mas me he acordado de ella;
si no os adoro, en los brazos
de quien aborrezco os vea.

MARIA.

¡Que esto escuche una muger,
y pueda tener paciencia
para no morir matando!
¡Ah celos! soltad la rienda
á vergüenzas y suspiros.
¡Ah enemiga! ¿quién tuviera
alas con cuyo favor
pudiera volar?

DOMINGA.

¿Pateas?

MARIA.

Estoy tan llena de celos,
que hasta las plantas me llegan.
¡Vive el cielo, conde ingrato....!

DOMINGA.

Esto va despacio: piedras,
á vuestro arrimo me amparo;
cama dé vuestra paciencia.
(Va á recostarse y tropieza en Caldeira.)
¿Qué es esto? En blando topé.

CALDEIRA.

Demonio es, pues que me tienta.
¿Si hay demonios rondadores?

DOMINGA, *aparte.*

Este debe ser Caldeira,
que aguardaba á su mondonga.
Vengaráse mi celera
de la suerte que pudiere,
sin hablarle; no nos sientan
los que nos tienen aquí.

CALDEIRA.

Yo me aparto, y él se acerca.

DOMINGA, *aparte.*

Aqueste alfiler de á blanca
le meto hasta la cabeza.

CALDEIRA.

¡Ay!

DON ALVARO.

¿Qué es esto?

CALDEIRA.

Mataduras
de una bruja sin espuelas,
pues me pica sin jugar.

DON ALVARO.

Anda, borracho; que sueñas.

CALDEIRA.

Tales sueños te dé Dios.

DON ALVARO.

¿De qué sirve, mi marquesa,
gastar el tiempo en pesares,
que sin provecho atormentan?
Vos habeis de ser mi esposa,
confiado en las promesas
del conde de Monterey,
en mi lealtad é inocencia,
en los reyes de Castilla,
que al nuestro escriben, y ruegan
por nuestra restitucion,
y ya sus paces conciertan.
Espero en Dios que cansada
la fortuná, y dando vuelta
el tiempo, hasta aquí enemigo,
siendo vos mi esposa bella,
nos tienen de dar los cielos,
al paso que las tormentas,

las bonanzas, á pesar
de traiciones y soberbias.
Si engañado de mis celos,
procuraba en vuestra ausencia
divertir memorias tristes
en serranas rustiquezas,
ya olvidado, arrepentido,
solo, si me acuerdo de ella,
es para que amándoos mas,
mis locuras reprehenda.
¿Cómo os puede á vos dar celos
una pastora grosera,
ignorante en facultades
de amor, que estima agudezas?
¿Qué hermosura ha de tener
una tosca montañesa,
que adornan sayales pobres,
y soles y aires afeitan?
¿Tan mal gusto tengo yo,
que permita competencias
de una villana, vos noble?
¿de una simple, vos discreta?

MARIA.

(*Poniéndose delante de don Alvaro.*)
Mentís.

DON ALVARO.

¿Qué es esto?

MARIA.

Mentís,
mal hablado; que en ausencia
de mugeres que engañastes,
no es bien hecho hablar mal de ellas.
Vos sí que villano sois,
pues que por no pagar deudas
de quien de esposa os dió mano,
poneis en su honor la lengua.

DOÑA BEATRIZ.

¿Mano de esposa? ¡Ay de mí!
¿Qué es esto, conde? ¡Ay certezas
de injurias y desengaños!

ESCENA XVI.

UN CRIADO, *dentro del palacio.*—DICHOS.

CRIADO.
Señora, nuestra condesa
os llama.

DOÑA BEATRIZ.
¿Mano de esposa?
¡Cielos!

CRIADO.
Mirad que os espera.

DON ALVARO.
Hombre bárbaro, ¿qué dices?
¡Beatriz! ¡mi bien! ¡ah, marquesa!

DOÑA BEATRIZ.
A averiguaciones tales,
¿qué hay que esperar? A sospechas,
ya en verdades convertidas,
á comprobadas ofensas,
no hay remedio sino olvidos.
Aquí, ingrato conde, tengan
fin de empleos mal pagados,
villanas correspondencias.
Cerca el rey don Juan está,
y mi venganza tan cerca,
que si te quita la vida,
daré la mano á don Egas.
(*Retírase de la ventana.*)

ESCENA XVII.

DON ALVARO. MARIA. DOMINGA. CALDEIRA.

DON ALVARO.
Oye, señora, mi bien....—
(*A María.*)
Bárbaro, que á eclipsar llegas

con nublados de mentiras
la luz en que mi alma espera,
¿quién eres? ¿á qué veniste?
¿qué furia infernal intenta,
para que me desespere,
incorporarse en tu lengua?

CALDEIRA.

Enjambres andan de brujas,
que si no chupan, enredan:
unas pican, y otras mienten.
(*A Dominga que le acosa á alfilerazos.*)
¡Ay pulga, ó chinche gallega!
¿De qué sirve taladrarme
las chatas circunferencias?
¡Ay! juega limpio, picona.
¡Válgate el diablo por tierra!
Berecbú que pare aqui.
Bruja tábana, está queda.
¡Vive Dios que me acrevilla!
¡Ay! Una anca llevo abierta.
(*Huye, y Dominga le va siguiendo.*)

ESCENA XVIII.

—

DON ALVARO. MARIA.

DON ALVARO.

¿Quién eres, hombre engañoso?

MARIA.

Quien sacándote la lengua,
piensa hacer á su venganza
hoy un convite con ella.
Yo soy quien como á su vida,
antes que á Limia vinieras,
amorosa regalaba
Mari-Hernandez la gallega.
Olvidóme por quererte;
mas ¿qué mucho, si á sí mesma
se olvidó, por darte el alma,
que mudable menosprecias?

A darte la muerte vine,
guiado de mis ofensas,
movido de tus traiciones,
y ciego de mis sospechas;
pero escuchando que injurias
á quien celebrar debieras
por amorosa, por firme,
ya, traidor, que por no bella,
olvidando mis agravios,
quiere la razon que vuelva
por los suyos, y que así
estime mas mi firmeza.
Tu patria traidor te llama;
tus engaños lo comprueban;
tu rey airado te busca,
y á quien te dé muerte premia.
A todos eres odioso:
¿quién duda que me agradezcan
todos juntos su venganza,
cuando tantos la desean?
Saca la espada cobarde,
si ya no tiene vergüenza,
ofendida como todos,
de salir á tu defensa.

DON ALVARO.

¡Oh bárbaro descortés!
Vive Dios, que antes que pueda
ver mis agravios el sol,
tu muerte he de hacer que vea.
(*Desnudan ambos las espadas.*)

ESCENA XIX.

DON EGAS. VASCO.—DON ALVARO. MARIA.

DON EGAS.

(*Hablando recatadamente con Vasco en el fondo.*)
Este, Vasco, es el palacio
del conde, y estas las cercas
que le defienden y adornan.

Para que ejecucion tenga
mi venganza, es necesario
saber si el conde está fuera,
ó la parte donde habita.
Aguardemos. Mas espera;
que aquí parece que hay gente.

VASCO.

Pues informémonos de ella
de don Alvaro; que importa
matarle antes que amanezca.

MARIA.

Mal, Alvaro ingrato y facil,
sabes el valor y fuerza
de celos y agravios.

(*Riñen Maria y don Alvaro.*)

DON EGAS.

Vasco,
su amparo el cielo nos muestra.
Este es mi enemigo.

VASCO.

Ponte
al lado de quien desea
darle muerte, y todos tres
tu venganza haremos cierta.

(*Empuñan don Egas y Vasco.*)

DON EGAS.

(*A Maria.*)

Fidalgo, á daros ayuda
nos obliga la destreza
de vuestro brazo, y las culpas
del traidor que os hace ofensa.

MARIA.

¿Traidor? Villanos, mentís;
que ese nombre no hay quien pueda
dársele si quien le adora,
y agravios de su amor venga.
Quien dice injurias amando,
mas se enamora con ellas:
yo se las puedo decir,
no vosotros. Conde, mueran.

(*Pásase al lado de don Alvaro, y hiere á don Egas.*)

DON EGAS.

Fenecieron mis traiciones
y mi vida á un tiempo. ¡Ay ciega
fortuna!

(*Vase retirando herido: María le sigue.*)

VASCO, *aparte.*

Los pies me amparen. (*Vase.*)

MARIA, *dentro.*

¿Quién eres?

DON EGAS, *dentro.*

Yo soy don Egas.
Llévenme donde declare
traiciones, que ya confiesa
entre mis labios el alma.

DON ALVARO.

¿Hay confusiones como estas?
El mismo que á darme muerte
viene, ¿defenderme intenta?
Traidor me llama, ¡y la vida
quita á quien así me afrenta!
¿Qué es esto, desdichas mias?

ESCENA XX.

MARIA.—DON ALVARO.

MARIA.

Ya á palacio al traidor llevan,
donde declare verdades,
que han perseguido inocencias.

DON ALVARO.

Si agraviaron tus palabras,
o tú, cualquiera que seas,
con las obras cautivaste
un alma á tus plantas puesta.
¿Quién eres, hombre animoso,
que das vida cuando afrentas,
que defiendes cuando injurias,
que cuando agravias, consuelas?

MARIA.

Saca la espada otra vez,
mudable, y no me agradezcas
cortesias obligadas
del natural que me esfuerza.
Solo á darte muerte vine,
y no quiero yo que tengan
parte en mis venganzas otros;
que así menos nobles fueran.
Traidores he conservado;
mudables ahora intenta
castigar mi justo enojo.
Saca la espada. ¿Qué esperas?

DON ALVARO.

Obligada ya por tí,
justamente se corriera,
si vida que has defendido,
á tus pies no se rindiera.
¿Qué importan tus vituperios,
si lo que dice tu lengua
han contradicho tus manos,
dignas de alabanza eterna?

MARIA.

¡Vive Dios, si no la sacas,
que haciendo alguna vileza,
te dé muerte, aunque despues
mis llantos hagan obsequias!

DON ALVARO.

¿Luego muerto has de llorarme?

MARIA.

¿Pues qué cólera hay tan ciega,
que despues que se ha vengado,
no dé muestras que le pesa?

DON ALVARO.

Pues á trueco de obligarte
á que esta lástima tengas
de mí, doy mi muerte ya
por bien dada; pero sea
con condicion que me digas
quien eres.

MARIA.

Si yo quisiera

dártela, á ser noble tú,
te matara de vergüenza,
solamente con decirte
mi nombre; mas considera
quién hay, si no es un celoso,
que ame á un tiempo y aborrezca. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

DON ALVARO.

¡Hombre con amor, y celos
por mí! Confusas quimeras,
en lugar de averiguaros,
mas mi desdicha os enreda.
¿Amor y aborrecimiento?
Vive el cielo, que dijera,
á persuadirme imposibles,
que era la serrana bella
la autora de estos milagros.
Su voz confirma sospechas,
su valor lo contradice,
y uno y otro me atormentan.
Sabré quien es este enigma,
por los cielos, si me cuesta
la vida que defendió.
¡Oh noche de engaños llena! (*Vase.*)

ESCENA XXII.

DOMINGA, *acuchillando á* CALDEIRA.

CALDEIRA.
Basta, fantasma, ó lo que eres,
tengamos las manos quedas,
ó riñamos de palabra,
como hacen las verduleras.
¡Callas, y das el porrazo,

que si no matas, derriengas!
¿Por qué me tratas así?
¿en qué te ofendió Caldeira?
¡Dalle, y callar! ¿Quién te agravia?
Dí una palabra siquiera.

DOMINGA.

La mondonga.

CALDEIRA.

¿Son celuchos?
¿Mas quién duda que lo sean?
Si otra vez la hablare mas,
si diere causa á tu ofensa,
plega á Dios que siendo calvo,
traiga postizas guedejas;
en humo tome el tabaco;
sílvenme, siendo poeta;
en comedias de tramoyas,
salgan mal las apariencias.
Yo me caparé, si gustas;
yo comeré, si deseas
que aborrezcas á las mondongas,
los sábados, de cuaresma.
¿Puedo yo prometer mas?

DOMINGA.

La mondonga.

CALDEIRA.

¡Estraña tema!

DOMINGA.

La mondonga.

CALDEIRA.

Amondongada
ruego á Dios que el alma tengas.
(*Tocan las campanas dentro.*)
Pero ¿qué es esto? A rebato
toca la villa.

VOCES DENTRO.

¡Arma! ¡Guerra!
que el portugues nos combate,
y escala ya nuestras cercas.

CALDEIRA, *aparte.*

Aun peor está que estaba,
si el airado rey nos entra;

pues segun nos quiere mal,
ha de pringarme.

DOMINGA.

Agradezca
que sale gente, el guillote. (*Vase.*)

CALDEIRA.

Salga muy enhorabuena;
que segun me mondongabas,
ya con el alma hacia cuenta. (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

EL CONDE. SOLDADOS CASTELLANOS.

UN SOLDADO.

Manda acudir á los muros;
salga gente, si no intentas
que por Portugal tremolen
sus quinas en tus almenas.

CONDE.

Si el rey en persona viene,
abrilde todas las puertas:
suyo es cuanto yo poseo;
mis cortesías le venzan.
Abrid; ¿qué esperais? Abrilde.

ESCENA XXIV.

EL REY. SOLDADOS PORTUGUESES.—DICHOS.

REY.

(*A los suyos.*)
Si el conde á los dos me niega,
meted á saco el lugar.

CONDE.

A vuestros reales pies llega
quien por huesped os recibe,
no por enemigo: abiertas

las puertas del corazon,
como de esta villa, esperan
yo y sus vecinos á un rey,
cuyo príncipe concierta,
casando con nuestra infanta,
convertir en paz su guerra.

REY.

Conde, alzad, alzad del suelo;
que mi enojo os manifiesta
cuan justamente ofendido
de vos, á vengarse llega.
Mientras diéredes favor
al conde y á la marquesa,
no hay pensar que cortesias
han de moverme á clemencia.

CONDE.

Ellos y yo á vuestros pies
rendiremos las cabezas,
no obligados de las armas,
sino de la lealtad nuestra.

REY.

¿Leales son los traidores?

CONDE.

No los llama así don Egas,
que hiriéndole en nuestra villa,
no sé si su traicion mesma,
confiesa insultos que espantan.
El engañó á vuestra alteza
con firmas que contrahizo
contra toda la nobleza
de Portugal, por quien lloran
Berganza, Estremoz, la reina,
los nobles y los plebeyos.

REY.

¡Qué decís, conde!

CONDE.

A su lengua
remito aquestas verdades.

REY.

Si eso averiguo, esperiencias
tendrá el mundo del castigo
que ya mi justicia apresta.

ESCENA XXV.

DON ALVARO.—DICHOS.

DON ALVARO, *para sí.*
No he podido descubrirle.
¿Hay ocasiones como estas?

CONDE.
Llegad, conde, y á los pies
de vuestro invicto rey, sepa
la verdad volver por sí,
y ampáreos vuestra inocencia.

DON ALVARO.
Mi enemigo, gran señor,
satisfaga á vuestra alteza,
escuchando de su boca
las traiciones que confiesa.
Esta noche á darme muerte
entró, y los cielos ordenan
que sin conocer por quien,
acudiese en mi defensa
un hombre que no conozco,
si no es ya, señor, que sea
algun angel, que invisible,
volvió por la causa nuestra.

ESCENA XXVI.

DOÑA BEATRIZ.—DICHOS.

DOÑA BEATRIZ.
Ya puedo llegar segura
á estos reales pies que besa
mi lealtad, si hasta hoy dudosa,
ya, gracias al cielo, cierta.
Don Egas, señor invicto,
sabiendo que vuestra alteza

está aquí, al rendir el alma,
desea en vuestra presencia
confesar traiciones suyas,
y pedirle perdon de ellas.

ESCENA XXVII.

—

MARIA.—DICHOS.

MARIA.

¡Vala-me Deus! ¡Os mormullos
esta noite non me deijam
pegar os ollos! ¿Qué he isto?
¿com quem temos rifa e guerra?

CONDE.

Garcia, paso; que el rey
don Juan honra nuestra tierra.

MARIA.

¿O rey? Pois os pes lle pido,
pois fidalgos se os bejam.
Si eu, gran señor, lle entregase
á quem deu morte á don Egas,
¿que lle fará?

REY.

Premiaréle
tanto, que envidia le tengan.

MARIA.

¿Que non lle fará enforcar?

REY.

No es digna hazaña tan nueva
de tal paga. Mas ¿quién es?

MARIA.

Mari-Hernandez la gallega.

REY.

¿La serrana?

MARIA.

Sí señor.

REY.

Llamalda.

MARIA.

Catai por ela.

REY.

¿Adónde?

MARIA.

Em aquesta cara,
que do conde os faz entrega.
Ora compri-me a palabra
de que ele meu dono seja,
e diga ele o que me debe,
pois vive por mí.

DON ALVARO.

¿Hay fineza
de amor semejante?

REY.

Conde,
vasallo que en competencias
anda con su rey, es causa
de adversidades como esta.
Mi palabra real he dado
de que será esposa vuestra
esta serrana: cumplilda;
que si le falta nobleza,
yo se la doy desde aquí,
y de Barcelos condesa
la nombro.

DOÑA BEATRIZ.

Invicto señor....

REY.

Beatriz, con el de Olivenza
os habeis vos de casar;
pues ya que yo no os merezca,
no será razon que os goce
mi competidor.

MARIA.

Pois veña
a maon; que si sois fidalgo,
e sendo eu cristiana vella,
non perderam nossos fillos,
si lles derem encomendas.

ESCENA XXVIII.

DOMINGA. CALDEIRA.—DICHOS.

CALDEIRA.
Dominguita de mis ojos,
conocíte: celos deja,
y casémonos los dos.

DOMINGA.
Non queiro, traidor.

CALDEIRA.
Non queira.

DON ALVARO.
Caldeira, que está aquí el rey.

MARIA.
Dominga, ya soy condesa,
y don Alvaro mi esposo.

DOMINGA.
Pues si tú te casas, venga
esa mano, picaron.

MARIA.
Mari-Hernandez la gallega
he sido en aquesta historia,
senado, y TIRSO el poeta.



EXAMEN

DE

LA GALLEGA MARI-HERNANDEZ.

Cuando con tantos aplausos representaban esta comedia en Madrid Doña Antera Baus y Don Juan Carretero, se suprimian las cuatro escenas del primer acto, que pasan en Portugal, sin ingerir mas adelante un verso nuevo, ni una palabra siquiera. Aun así, la esposicion se entendia: prueba irrecusable de que aquel trozo, aunque bien versificado en general, no hacia gran falta á la pieza. Hay en esta un caballero fugitivo de su pais, que se disfraza de labriego, y se prenda de una zagala tan repentinamente como el don Luis de la *Villana de la Sagra*; hay una ó dos mugeres, que se visten de hombre, sin que nadie las conozca despues; como el supuesto *don Gil de las calzas verdes.* A escepcion de estas inverosimilitudes, que son como obligadas en las obras dramáticas del maestro Tellez, y algun otro descuido de menor monta, el plan de la comedia es bueno, y se desenvuelve sin confusion; todas las escenas villanescas son inimitables, y ya en una, ya en otra, aparecen rasgos ingeniosísimos, que pintan la fisonomia moral de los habitantes de Galicia.

ACTO PRIMERO.

ESCENAS V Y VI.

Nótese la naturalidad de este diálogo de los serranos, y la soltura con que Tellez lo versifica. Los despropósitos de Otero valen mas que cuantos argumentos ha empleado doña Beatriz en la escena III para persuadir al rey que se considera casada con él espiritualmente. Hoy dia que se incluyera este pasage en un drama, nadie diria que el estilo era anticuado.

De la santa esquinacion (inquisicion)
huye esta canalla infiel,

y se nos acoge acá.

Nos escandaliza ahora la especie de estrañeza con que dice estas palabras, nada caritativas, el buen aldeano; pero en un pais donde era proverbial la espresion *al judío, que le quemen*, debia creerse, en efecto, que todo el que seguia aquella religion, estaba obligado á dejarse tostar en debida forma, y cometia un crimen en huir de la hoguera. Mas abajo vemos á una jóven cándida y sencilla disponerse á matar á un hombre, persuadida de que hace una accion meritoria asesinando ruinmente á un sectario de la ley de Moisés. Véase qué consecuencias produce una política errónea en el espíritu de los pueblos, cuando se sirve de la religion para cohonestar miras pérfidas é interesadas.

ESCENA VII.

Donde principalmente peligraba don Alvaro, hallándose proscrito, era en Portugal, hasta pasar la raya; internado ya en Galicia, y habiéndose propuesto el autor reunirle tan pronto con el conde de Monterey, no habia necesidad de que se disfrazase de serrano, para conocer y requebrar á Maria. Podia escusarse, pues, que Otero y Benito se dejasen olvidadas sus ropas, olvido no muy verosímil en los hijos de aquellas montañas. Es singular que luego Mari-Hernandez repare que el galan dormido está de medio cuerpo abajo vestido de seda, y que á Garcia, que le admite por criado, no le llame la atencion un destripaterrones con trage tan rico.

ESCENA X.

Pasage lleno de naturalidad y gracia. ¡Qué bien pintada está en Maria la jóven de pocos años, franca, inesperta, aunque de buen ingenio, y poseida del fanatismo religioso de su época! ¡Qué bella graduacion de afectos en cuatro palabras! Primero la sorpresa al ver un hombre desconocido; despues la curiosidad que le escita la mezcla de trage humilde y noble; luego la aversion despertada con la idea de que aquel es un enemigo de Dios; en seguida la resolucion de quitarle la vida; tras esto el reparar en la gentileza de semblante del forastero, y por último la reaparicion del odio al oirle decir que es portugues.

No parece sino que Tellez oyó á alguna muchacha aquella observacion infantil que con tan artística ingenuidad salia de los labios de la señora Baus: *¡que viva un hombre, y parezca muerto!*

¿Para qué venís cargada
de piedras, si me mató
el veros?
—Por sí ó por no,
no era mala una pedrada.

Nunca corren mas fáciles los versos de Tellez, nunca es mas correcto su estilo, que cuando hace hablar á aldeanos entre sencillos y maliciosos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

¿No has querido á nadie?

Calumnia atroz, por mas que esté espresada en buenos versos. En Galicia hay tantas virtudes, á lo menos, como en cada cual de las otras provincias de España.

ESCENA IV.

Cando o crego &c.

Algunas palabras de esta cancion, que nos parece harto mala, y que probablemente no seria de Tellez, estan escritas con ortografía portuguesa: nosotros las hemos reimpreso á la castellana. El gallego que se habla en esta comedia, es un chapurrado escrito para hacer reir, en el cual, á juicio de inteligentes, no se sujetó el padre Tellez á ley constante de habla ni de escritura: la ortografía, por consiguiente, se ha restablecido á tientas.

ESCENAS XIV Y XVI.

Don Alvaro se reconcilia con doña Beatriz tan facil y prontamente como se enamoró de Maria, lo cual no deja de repugnar bastante; pero mas repugna que una marquesa desenvaine una daga, como si fuera un maton, y envista á la gallega. En desciñéndose esta la honda, los espectadores se echan á reir, y por lo uno se perdona lo otro;

pero la dama portuguesa tiene sobrada razon despues para confesar que se ha arrojado á un *estremo*: el oyente ha dicho otro tanto antes que ella.

ACTO TERCERO.

ESCENA II.

Como el rey dice que solo por don Alvaro y doña Beatriz se arma contra el conde de Monterey, y añade que *cesarán sus desvelos*, si Maria le entrega el fugitivo, no repugna que Mari-Hernandez se ofrezca á ser espía del monarca portugues: ni el rey quiere apoderarse de la plaza sin su rival, ni Maria piensa entregársela.

¡Ay! ¡qué le contara yo,
si no tuviera vergüenza!

Miente demasiado bien Maria, porque el espectador la cree. La relacion, fuera de esto, abunda de chiste.

Obsérvese cuán interesante hace Tellez á la heroina en aquel diálogo con el rey:

Yo en persona,
en secreto, he de aguardalle.—
¡Mal año! Querrá matalle.—
Mi fé y palabra me abona.—
Mire que no ha de herle mal.—
No haré.—Ni á la portuguesa.

ESCENA VIII.

Toda es una cáfila de chocarrerías.

ESCENA XI.

¿Los zapatos
á la cintura colgais,
y descalzo caminais?—
No valen allá baratos.

No se puede pintar mejor el espíritu de economia de la clase pobre en Galicia.

ESCENA XII.

Triste figura es la de don Egas. En el primer acto le aporrean; en el tercero intenta matar á don Alvaro, y él es el que muere á manos de una muger. Personage odioso y ademas inutil.

ESCENA XXVIII.

Maria, que ha salvado la vida á don Alvaro, consigue al cabo casarse con él; premio debido al valor, al amor y al ingenio. Sabemos que una doncella no debe dar oidos al primer advenedizo que la requiebre, que es lo que hace en esta comedia la heroina; ¿en qué consiste, pues, que desde el acto segundo, antes que Maria se haya espuesto por su amante á la muerte, nos interesamos vivamente por ella? La respuesta es clara: consiste en que Maria es sencilla, inocente, virtuosa, y ama de veras. Acostumbrada á obsequios rústicos, y hallándose de repente galanteada por un cortesano lisonjero, hábil seductor, la competencia entre los dos no es igual, y el corazon, las simpatías de los espectadores se ponen siempre de parte del mas débil. Por esto vemos con indiferencia que doña Beatriz se quede sin galan, y por eso sin duda el autor dió al caracter de esta dama ciertos rasgos de soberbia y de ira, que no le dejan granjearse voluntades. Mari-Hernandez es una de las mas lindas creaciones del maestro Tellez.

NO HAY PEOR SORDO...., (1)

COMEDIA.

PERSONAS.

DON DIEGO.
DOÑA LUCÍA.
DOÑA CATALINA.
DON GARCIA, *viejo.*
DON FADRIQUE.
CRISTAL.
DON LUIS, *viejo.*
DON JUAN.
DON PEDRO.
DON ANTONIO.
ORDOÑEZ, *criada.*
QUESADA, *escudero.*

La escena es en Toledo.

ACTO PRIMERO.

Plaza.

ESCENA I.

DON DIEGO, *de camino, con hábito de Santiago.*
DON FADRIQUE, *de rua.*

DON FADRIQUE.
¡Don Diego! ¿En Toledo vos?
No cumplo con lo que debo,

(1) De estos títulos de frase incompleta hay algunos ejemplos en nuestro teatro antiguo. Tales son *Hay verdades que en amor*, *No puede ser*, *Mas la amistad que la sangre*, y otros.

si no os abrazo de nuevo.

DON DIEGO.

Ni pagáramos los dos
el amistad que tenemos,
á no celebrarla ansí.

DON FADRIQUE.

Quejas hallareis en mí
dignas de justos estremos,
si no es que agora acabeis
de apearos, en no honrar
mi casa.

DON DIEGO.

Penséos hallar
aquí, y solo, como veis,
me he quitado las espuelas,
sin dar treguas á las botas.

DON FADRIQUE.

No por costumbres devotas,
mas por amantes cautelas,
curso la iglesia mayor.

DON DIEGO.

Siempre en imágenes vivas
ocupais fiestas votivas.

DON FADRIQUE.

¿Qué quereis? gasto este humor.
Estos hereges nos sacan
al campo, de los lugares,
los santos de los altares,
que á Dios enojado aplacan,
y á nuestra imagen divina
del Sagrario, en procesion.

DON DIEGO.

Con tan cierta proteccion,
tema el inglés su rüina.

DON FADRIQUE.

Estará este novenario
enmedio de su capilla.

DON DIEGO.

Es celestial maravilla
la aurora de este sagrario.

DON FADRIQUE.

Es vice-madre de Dios,

pues la dió el original
sus brazos.

DON DIEGO.

Premio inmortal,
digno, Fadrique, que vos
no profaneis su respeto
con humanas mocedades.

DON FADRIQUE.

Entrad; vereis dignidades,
que con ornato discreto
á su culto sacro asisten,
y están sucesivamente
desde que raya el oriente,
hasta que al ocaso visten
nocturnos del sol desmayos,
dos canónigos, nobleza
de España, (que la limpieza
de sangre aquí ostenta rayos)
dos racioneros, y dos
capellanes, que diversos,
en coros cantan á versos
glorias del alba de Dios.

DON DIEGO.

Magestad ostentativa
muestra esta plaza adornada
con tanto jaspe y fachada:
gusto quien la vé reciba.
¿Quién vive tanto balcon,
tanta grada y claraboya?

DON FADRIQUE.

Será, si se acaba, joya
de fábricas. Estas son
casas del ayuntamiento.

DON DIEGO.

¿Y esotras?

DON FADRIQUE.

Arzobispales,
palacio de cardenales,
en la religion convento,
y alcázar de su grandeza.

DON DIEGO.

Délas ese nombre real

un infante cardenal,
en nombre y virtud *alteza*;
que en fé que Toledo crece
en el valor que dilata,
las honra un Nestor Zapata,
que su oficio cuerdo ejerce. (1)
¡Qué bizarro pasadizo!

DON FADRIQUE.

Armas le adornan ducales,
ya Rojas, ya Sandovales.
Aquel cardenal le hizo,
que para el Sagrario halló
jaspes nuevos.

DON DIEGO.

¡Gran prelado!

DON FADRIQUE.

Trofeos ha levantado
donde los pies estampó
la que honrando la cogulla
del santo que á España medra,
imprimió su fama en piedra,
y le dió inmortal casulla.
El Tajo es su coronista,
pues sin él los cigarrales
que hermosean sus cristales,
no tuvieran buena vista.
Su fama en Madrid asombre,
pues amplió á sus herederos
las casas de aquel Cisneros,
Francisco en hábito y nombre;
la quinta, que en ella da
hospicio á la recreacion;
la devota ostentacion
con que ilustrando á Alcalá,
dió al santo de Claraval
fábricas dignas de cielos,
á Dios religiosos velos,
y gloria á su cardenal.

---

(1) No es consonante de *crece*.

DON DIEGO.

Nunca el tiempo se desmande
en su olvido.

DON FADRIQUE.

¿Cómo puede,
mientras su sobrino quede,
aquel cinco veces grande,
las tres duque, una marqués,
y otra heróico adelantado
de Castilla? (1)

DON DIEGO.

Y celebrado
por sol de España despues.

DON FADRIQUE.

En fin, no tratando de esto,
¿qué aires os han traido
por acá desde el olvido
que en Madrid su silla ha puesto?
¿Vais á Cadiz?

DON DIEGO.

Fuera justo
que siguiera la lealtad
de tanta diversidad
de nobles, en quien el gusto
con que á su patria y su rey
sirven, ni mira inclemencias
del tiempo, ni en indecencias
caminantes.

DON FADRIQUE.

Esa es ley
de españoles. Yo os prometo
(lo que ví os afirmaré)
que hubo quien llegase á pie,
ilustre, rico y discreto,
por no hallar cabalgadura,
á Toledo, y que llevaba
venera de Calatrava
al pecho.

---

(1) El duque de Lerma.

DON DIEGO.

¡Hermosa aventura!
Cruz sé yo de Santïago,
que así de Madrid salió,
y un labrador encontró
junto á Orgaz, en un cuartago,
y dándole cien escudos,
corrió en él hasta Sevilla,
sin mirar en freno ó silla.

DON FADRIQUE.

Estaban con la paz mudos
los ánimos españoles:
ya despiertan.

DON DIEGO.

¡Quién los via
toda la noche y el dia
debajo los quitasoles
tachonados, (coches digo)
en que dejando cabellos,
amugerando alzacuellos,
de su nobleza castigo...!
¡y quién los vé, de corderos,
leones en un instante!

DON FADRIQUE.

España en viendo delante
la ocasion, alienta aceros.
A lo menos, al herege
debemos el despertarnos.

DON DIEGO.

Pruebe Filipe á llevarnos
á la isla blasfema, y deje
á España el cargo, que toma
á su cuenta darla el pago.

DON FADRIQUE.

A permanecer Cartago,
no se afeminara Roma.
Pero al rey el cielo guarde,
que á mas que eso se dispone.

DON DIEGO.

Como en Londres se corone,
pida servicios.

DON FADRIQUE.

No es tarde.
Pero, en efeto, don Diego,
¿qué es á lo que habeis venido?

DON DIEGO.

Unas pruebas me han traido,
y pienso volverme luego.

DON FADRIQUE.

¿Pruebas de hábito?

DON DIEGO.

Y que estan
calificadas por sí.

ESCENA II.

ORDOÑEZ.—DON DIEGO. DON FADRIQUE.

ORDOÑEZ.

Ce, caballero.

DON DIEGO.

¿Es á mí?

ORDOÑEZ.

A esotro, que es mas galan.
(*Hablan aparte la criada y don Fadrique.*)

DON FADRIQUE.

¡Oh señora Ordoñez! Pues
¿qué mandais? ¿Adónde está
vuestro dueño?

ORDOÑEZ.

Bien podrá
verla, si aguija los pies;
que vino á la procesion;
pero mandóme su hermana
(ya vuesansted vé la gana
con que alienta su aficion)
que en hallándole, le avise
que se allegue luego á casa;
que hay novedad.

DON FADRIQUE.

¿Pues qué pasa?

ORDOÑEZ.

Ni preguntárselo quise,
ni me dió lugar para ello
mi seora doña Lucia,
que ya el manto se cubria.
Vaya, si quiere sabello,
antes que la vuelta demos;
que pues allá se quedó,
y á llamarle me envió,
algo hay.

DON FADRIQUE.

Deben ser estremos
con que doña Catalina
da espera á mi amor.

ORDOÑEZ.

No sé,
mas mientras aquí se esté,
sus remedios descamina.
Esperándole está en casa.

DON FADRIQUE.

¿Y mi dama?

ORDOÑEZ.

Queda agora
dándole á nuestra señora
oraciones, que repasa
por unas azules cuentas;
si no es que repasa celos.

DON FADRIQUE.

Repasará los desvelos
de mis desdichas violentas.

ORDOÑEZ.

¿Irá?

DON FADRIQUE.

Al punto.

ORDOÑEZ.

Pues á Dios;
no haya sermon, si me vé
hablando con vuesansté. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON DIEGO. DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.
A que me aparte de vos
por este rato, me obliga,
don Diego, cierta ocasion.

DON DIEGO.
¿Es pendencia?

DON FADRIQUE.
Penas son
con que amor mi fe castiga.
Habeisme de perdonar.

DON DIEGO.
Ocasion de amor precisa,
disculpándoos, pide prisa.

DON FADRIQUE.
¿Adónde os volveré á hallar?

DON DIEGO.
Ya nos veremos los dos
en casa.

DON FADRIQUE.
Bien veis, amigo....

DON DIEGO.
¡Oh! ¿Cumplimientos conmigo?

DON FADRIQUE.
Perdonad, y á Dios.

DON DIEGO.
A Dios.
(*Vase don Fadrique.*)

ESCENA IV.

CRISTAL.—DON DIEGO.

CRISTAL.
Puede ser la iglesia santa

iglesia del preste Juan;
que de holanda y bofetan
la bonetada me espanta.
De faldudos, que el camino
barriendo, dan que admirar,
toda esta iglesia es un mar
de pulpos á lo divino.

DON DIEGO.

Cristal....

CRISTAL.

¡Brava ostentacion,
señor, prebendada ví!
Cola hay, que á su dueño aquí
le pueden llamar *colon*.

DON DIEGO.

¿Qué te parece?

CRISTAL.

La alabo,
sin saberla encarécer:
tomára yo en ella ser
capiscol, ó capisnabo.
Trocára yo mi racion
con cualquiera racionero
aquí. Hasta el protoperrero,
si no es archiclerizon,
se ensancha.

DON DIEGO.

¡Qué disparate!

CRISTAL.

Como nunca estuve aquí,
cuando de grana le ví,
dije: "señor don Tomate,
¿qué cargo da á esa figura
la iglesia, que estrañar puedo,
pues solo he visto en Toledo
pertiguero de asadura?
Por Dios, que está autorizado
con el purpúreo ornamento;
mas no es bueno para cuento,
porque es todo colorado.
Díganos su oficio ya,
sin juzgarme por prolijo."

(Acercóse un perro.) Y dijo;
«espérese, y lo verá.»
Sacó debajo del brazo
un añudado cordel,
y al inocente lebrel
le embistió tal latigazo,
que segun el alboroto
con que la puerta tomó
aullando, bien pienso yo
que no será mas devoto.
Yo entonces le dije: «¡pésia
á tal! no es el perro mio;
pero no siendo judio,
entrar pudo en esta iglesia.»
Y respondió el carmesí:
«conózcole há muchos dias;
desciende del de Tobías,
y no puede entrar aquí.»

DON DIEGO.

Anda, loco.

CRISTAL.

¿Qué te hiciste
desde que la procesion
se acabó; que hecho buscon
tras tí, te nos escurriste?

DON DIEGO.

Con don Fadrique de Ayala
acabo agora de estar.

CRISTAL.

¿El amigote?

DON DIEGO.

Estimar
le puedo.

CRISTAL.

¡Bien te regala,
si de esa suerte te deja,
y se acoje!

DON DIEGO.

El volverá
presto.

CRISTAL.

Y te convidará

segun la costumbre vieja
de Toledo.

DON DIEGO.

Neccar.

CRISTAL.

Todos gastan cortesías.
En viéndole, le dirias
que te vienes á casar.

DON DIEGO.

A hacerlo ansí, ¡bien cumpliera
con mi propuesta intencion!
Vengo á hacer informacion
de quien ser mi esposa espera,
¿y habíale de decir
esa necedad?

CRISTAL.

¿Qué mucho?
Mil propósitos te escucho,
que los sueles malparir,
primero que los digieras.
Si segun la comun fama,
es noble y rica tu dama,
¿qué diablos es lo que esperas?
Tu padre, mas remirado
que una beata, trató
tus bodas, y conoció
al consuegro que te ha dado.
Sabe que es la tal honesta;
y despues de brujulear
testigos, te envia á casar,
y su virtud manifiesta.
¡Y tú agora escrupuloso,
das en esa impertinencia!

DON DIEGO.

Mal sabes la diferencia
que hay de un galan á un esposo.
Nunca en nuevas de camino
fiado de suerte estés,
que crédito fiel les des.
Yo obedecer determino
mi padre; mas dado caso
que disgustarle no quiero,

he de conocer primero
la dama con quien me caso.
Hermosura toledana,
que apadrina discrecion,
en ciudad toda ocasion,
que el Tajo apacible humana,
¿quieres tú que tan ociosa
viva, que esté sin desvelos?

CRISTAL.

Boda que empieza con celos,
es empresa peligrosa.
¡Bueno es que los tengas tú
de aquello que puede ser
no mas!

DON DIEGO.

Yo busco muger,
y no dama.

CRISTAL.

Bercebú
que se precie de entenderos.
En la corte redamados,
(si de los escarmentados
saca el refran los arteros)
tú que en damiles cautelas
cátedra puedes llevar,
acabado de cursar
diez años en sus escuelas,
Argos serás, no marido.
¡Pobre de tu esposa bella,
si has de sospechar en ella
lo que de otras has sabido!

DON DIEGO.

No tanto; pero yo intento
buscar cuerdo una beldad,
doncella en la voluntad.

CRISTAL.

¡Qué dificil buscamiento!
Détela solo Platon
formada allá en sus ideas,
ó hazla hacer, si la deseas
de ese modo, en Alcorcon.
¿De voluntad virginal?

Signo es que se volvió estrella.
Aun no hay fisica doncella,
¡ y búscasla tú moral!

DON DIEGO.

Todo necio es malicioso.

CRISTAL.

Y todo demasïado
escrúpulo da enlodado
en la trampa por curioso.
¿Querrás vivir encubierto
en casa de don Fadrique?

DON DIEGO.

Mientras que no califique
mi informacion, será cierto.

CRISTAL.

¿Y á qué le has dicho que vienes?

DON DIEGO.

A unas pruebas.

CRISTAL.

No has mentido,
pues á probar has venido
lo que tú por facil tienes,
y es para mí confusion;
porque pruebas virginales,
despues que andan entes *reales*,
ya son entes de razon.

ESCENA V.

—

DOÑA LUCÍA *y* ORDOÑEZ, *con mantos.*— QUESADA.
DON DIEGO. CRISTAL.

DOÑA LUCÍA.

(*Hablando con la criada y el escudero, sin reparar en don Diego y Cristal.*)
Dejéle á doña Isabel
para que á San Pablo fuese,
y encarguéle que volviese
por mí.

QUESADA.

No haga caso de él

vuesansted, porque el cochero
en la corte madrigado,
como hace el tiempo enlodado,
en oliscando el dinero
de dama que se cochice,
no volverá hasta la noche.

DOÑA LUCÍA.

¡Qué de enfados causa un coche!

QUESADA.

¡Y cómo

DOÑA LUCÍA.

Desde que le hice,
no hay dia entero que pueda
afirmar que le he gozado.
Ya me lo piden prestado,
ya está quebrada una rueda,
ya un caballo se mancó,
ya el cochero cayó malo....

ORDOÑEZ.

Él es costoso regalo.

QUESADA.

Al molino comparó
el coche un bien entendido,
que moliendo harina agena,
solo la costa y la pena
da al dueño, y todo es rüido.

DOÑA LUCÍA.

Volverémonos á pie:
¿qué hemos de hacer?

ORDOÑEZ.

Cerca está
nuestra casa.

DON DIEGO.

Ven acá,
Cristal.

(*Hablan aparte los dos.*)

CRISTAL.

¿Qué tenemos?

DON DIEGO.

¿Fue
tan hermosa la primera
aurora, que en su arrebol

previno púrpura al sol,
en cunas conde naciera?
¿Podráse esta comparar
á las Laydas, las Elenas,
para las fábulas buenas,
que Grecia da en celebrar?
¿Era Venus tan hermosa?
Lucrecia ¿fue tan perfeta?

CRISTAL.

Pregúntaselo á un poeta,
que escribe en verso ó en prosa,
ó un billete á Adan escribe,
que al sesto dia salió,
y el otro segundo vió
del alba que huyendo vive;
porque yo mal daré cuenta
de lo que no fuí testigo.

DON DIEGO.

¡Qué bárbaro!

CRISTAL.

Tambien digo
que trae su sal y pimienta
la trucha, y que su eficacia
da á la vista un gentil rato,
(llamo al damil garabato
pimienta, y sal á la gracia)
si ya no es que el artificio
garambainas nos fabrique,
y bosquejos del meñique
apoyen el frontispicio;
que si el soliman desvela
aquí su blancura atroz,
será escudilla de arroz
con su azucar y canela.

DON DIEGO.

Pregúntale al escudero
quien es, mientras llego á hablarla.

CRISTAL.

La venera has de enseñarla,
y diamantes lo primero.
Será prevencion discreta,
con que facilites llamas;

porque el oro con las damas
sirve de urgiel de saleta.

DON DIEGO.

(*Llegando á doña Lucía.*)

Privilegios de estrangero
me pueden, señora, dar
licencia para alabar
la dama que vi primero.
Con tal principio, ya espero
hallar en la patria vuestra
dichas que el amor me adiestra,
porque en vos no puede haber
engaños de mercader,
falso paño, y fina muestra.
¡Con qué buen pie debí entrar!
Perdonad mi indiscrecion;
que á las puertas del *Perdon*,
bien lo puedo en vos ganar.
Toledo, si he de admirar
gracias que el cielo le ha dado,
llaneza influye y agrado,
hermosura y cortesía;
no pierda en vos este dia
la fama que ha granjeado.
Suplid agradable aquí
la opinion que habré perdido,
vos cortés, y yo atrevido,
risa en vos, y llanto en mí.
Desde el instante en que os ví,
la corte se me olvidó;
no soy ya de Madrid yo;
Toledo prohijarme espera.

CRISTAL.

(*Aparte á su amo.*)

¡La venera, la venera!
Mas ríose; ya la vió.

(*Llégase á hablar aparte á Quesada.*)

DOÑA LUCÍA.

Vos lo hablais de ostentacion
tan bien, que por lo discreto,
señor, mi voto os prometo,
en habiendo oposicion.

¡Ojalá que la opinion
que da España á la hermosura
toledana, á la blandura
tratable, en mi humilde cara
su fama calificara!
Tuviera yo mas ventura.
Mas como quiera que sea,
estimaré yo el serviros.

QUESADA.

El coche está aquí.

DON DIEGO.

Deciros
mil cosas sé que desea
el alma, y mientras se emplea
en pulirlas, el temor
desazona su primor.

DOÑA LUCÍA.

Principios de amor turbado,
conforme me lo han contado,
son versos en borrador.
Trasladaldos; que por vuestros,
yo aseguraré su audiencia,
y dadme agora licencia;
que hay ojos aquí muy diestros
en juzgar desaires nuestros.

CRISTAL.

(*Hablando aparte con el escudero.*)
¿Don Garcia, en fin, se llama
el padre de la tal dama?

QUESADA.

Y es Ponce, Silva y Solís.

DON DIEGO.

Quedaré yo, si os partís,
como el fuego sin la llama.

DOÑA LUCÍA.

Abrasarcisos á escuras,
que es propiedad del infierno.
Yo estoy de priesa, y vos tierno.
Para andantes aventuras,
baste esta.

DON DIEGO.

Las hermosuras

de Toledo, no lo fueran,
si el donaire no tuvieran
que alaban, y he visto en vos.

DOÑA LUCÍA.

Bésoos las manos: y á Dios.

QUESADA.

(*Aparte á Cristal.*)
A San Yuste. A Dios; que esperan.
(*Vanse doña Lucía, Ordoñez y Quesada.*)

ESCENA VI.

DON DIEGO. CRISTAL.

CRISTAL.

(*Aparte.* ¡Oigan como se ha quedado!
¡Qué accion para retratar
un podenco, al señalar
la perdiz que ha levantado!)
¿Qué tienes?

DON DIEGO.

Tuviera bienes
prodigiosos, á tener
esta muger por muger.

CRISTAL.

¿Luego por hombre la tienes?

DON DIEGO.

Por hombre en la discrecion,
por angel en la hermosura,
por muger en mi ventura,
pues en fin mudables son.
Alentaré mi esperanza,
si tan divina belleza
no muda naturaleza,
y amándome hace mudanza.
¿Esto es Toledo, Cristal?
¿este fruto dan sus cuestas?
¿sus damas célebres estas?

CRISTAL.

¿Hánte parecido mal?

DON DIEGO.

Si todas como estas son,
celebrar su fama puedo:
dí que es el todo Toledo
de hermosura y discrecion.
Si la doña Catalina,
que ya no apetezco ver,
tuviera....

CRISTAL.

¿Qué ha de tener?

DON DIEGO.

Alguna parte divina
del donaire, el agasajo,
talle, hermosura, sazon
de este angel.

CRISTAL.

Todas son
gusarapitas del Tajo.
Mas si tanto esta codicias,
dame albricias, y tendrás
lo que buscas.

DON DIEGO.

¿Cómo?

CRISTAL.

Y mas,
Echa mano, y dame albricias.

DON DIEGO.

Anda, loco.

CRISTAL.

Ese vestido
me viene bien.

DON DIEGO.

Tuyo es.

CRISTAL.

Con botas.

DON DIEGO.

Acaba, pues.

CRISTAL.

Del escudero he sabido
que es hija de don Garcia
de Silva, ya concertada,
y en vísperas de casada.

DON DIEGO.

¿Qué dices? ¡Ay suerte mia!

CRISTAL.

Y que vive hácia San Yuste.

DON DIEGO.

¿Y Catalina se llama?

CRISTAL.

No pregunté de la dama
el nombre, que fuera el fuste
del negocio; mas si espera
casarse, y el padre tiene
la casa y nombre que viene
con tu informacion, ¿qué espera
tu dicha?

DON DIEGO.

Dices verdad.
No sé yo que tenga hermana.
Si espera esposo, ya es llana,
Cristal, mi felicidad.
No hay que hacer informaciones:
la que en su cara mostró,
su virtud calificó;
porque tantas perfecciones
culpan mi solicitud;
y siempre en naturaleza,
la discrecion y belleza
son madres de la virtud.
Ven; que no hay mas que esperar.

CRISTAL.

Presto de temple has mudado.

DON DIEGO.

No vine yo enamorado;
por eso daba lugar
al recato y la prudencia;
mas ya que perdido estoy,
no fiscal, amante soy.

CRISTAL.

¡Qué cascos para una audiencia!

Sala en casa de don Garcia.

ESCENA VII.

DOÑA CATALINA. DON FADRIQUE.

DOÑA CATALINA.

No es queja tan liviana
la que ahora de vos forma mi hermana,
por mas que andeis buscando
escusas con que os vais encadenando.
Testigos oculares
la han dado desengaños con pesares.

DON FADRIQUE.

¿Yo á doña Dorotea
de casamiento cédula? ¡Y que crea
tan grande desatino
doña Lucía!

DOÑA CATALINA.

Apasionada vino
á casa ayer de suerte,
que por poco causárades su muerte.

DON FADRIQUE.

¿Yo cédula...?

DOÑA CATALINA.

Y engaños
que la han entretenido por dos años;
y aun hay quien se adelante
á afirmar (ved si sois perfeto amante)
que os eslabona un hijo.

DON FADRIQUE.

Será algun maldiciente quien tal dijo,
si no son ocasiones
de vuestra hermana, toda sinrazones
á mi amante firmeza,
que siempre halla rigor en su belleza.
Si hay muger que se alabe,

ó afirme con verdad que de mí sabe
mocedad que desdiga
de la nobleza que mi sangre obliga,
yo perderé, señora,
la vida amante que su luz adora.
Decid vos que procura
hacer así imposible mi ventura,
siempre á mi amor opuesta,
que en lugar de obligarla, la molesta,
y no digais que tiene
ocasion de culparme.

DOÑA CATALINA.

Aqui conviene,
si su sospecha es vana,
asegùrarme á mí mas que á mi hermana,
que he tomado á mi cuenta
la pretension que vuestro amor aumenta,
y ya doña Lucía
voluntad os mostraba á instancia mia,
obedeciendo el gusto
de mi padre, que en vos mas de lo justo
fia casa y gobierno,
amándoos mas por hijo que por yerno.
Darnos pretende estado
á las dos, y de penas jubilado,
que á padres dan las hijas,
sin cuidado lograr canas prolijas.
No sé con quien me casa
allá en Madrid; que hasta á los ojos tasa
el que primero vean
al dueño que les dan, y no desean.
Mas no tratemos de esto;
que el mio en manos de su gusto he puesto:
solo os digo que importa,
mientras mi hermana cóleras reporta,
que yo mañana vea,
donde vos lo ordeneis, la Dorotea
de quien el pleito nace.

DON FADRIQUE.

Digo, señora mia, que me place,
y que es el mejor medio
que á mis desdichas puede dar remedio.

Junto á san Torcaz vive,
y en la Reina, su iglesia os apercibe
sitio solo y decente,
donde vereis lo que la envidia miente.

DOÑA CATALINA.

Será por la mañana.
Idos agora; que vendrá mi hermana,
y agravios á los ojos
duplican al amor celos y enojos.
Mirad en lo que estimo,
don Fadrique, el favor á que os animo;
que me he quedado en casa,
por advertiros lo que en esto pasa.

DON FADRIQUE.

Ya yo sé lo que os debo,
y que propicia me obligais de nuevo.
El cielo os dé un esposo,
que igualándoos gallardo y generoso,
si ausente os entristece,
confeseis en presencia que os merece.

DOÑA CATALINA.

Píntanmele de lejos
un Adonis galan; pero bosquejos
de amantes y pinceles,
borrones son, aunque los pinte Apeles.

(*Vase don Fadrique.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LUCÍA. ORDOÑEZ.—DOÑA CATALINA.

DOÑA LUCÍA.

¡Oh que tarde te has perdido,
hermana, tan para ver!
Hoy no sé qué te has tenido.
¿De fiestas, siendo muger,
te escusas? Milagro ha sido.

DOÑA CATALINA.

Disgustos casamenteros
me tienen desazonada.

DOÑA LUCÍA.

Vengo con bravos aceros.

DOÑA CATALINA.

¿Cómo?

DOÑA LUCÍA.

He sido celebrada
de propios y forasteros.

DOÑA CATALINA.

Nunca fuí yo para tanto.
Eres tú un sol; no me espanto
que penen cuantos te ven.

DOÑA LUCÍA.

Pues aun no lo sabes bien.
Ordoñez, dobla ese manto.
(*Se le quita.*)
Cortesano dejo yo,
penitente de una cruz
que al pecho roja mostró,
que fue cofráde de luz
todo el tiempo que me vió.

DOÑA CATALINA.

Como Lucía te llamas,
tu vista le encenderia,
y envidiárante las damas
el ver que siendo Lucía,
llamas gente, y ardes llamas.
Melancólica saliste,
y en lugar de volver triste,
toda eres risa.

DOÑA LUCÍA.

¿Qué quieres?
Alabanzas en mugeres,
¿qué tristeza las resiste?

DOÑA CATALINA.

¿Y los celos que llevabas
de don Fadrique?

DOÑA LUCÍA.

Feriélos,
y á las puertas (¿qué pensabas?)
de la iglesia, por ser celos,
los colgué de las aldabas.
Mi olvido allí los dejó,

y allí los busque quien medra
con las penas que me dió.

DOÑA CATALINA.

Serán niños de la piedra,
que arroja quien los parió.
¡Gentil dicha habrán tenido!

DOÑA LUCÍA.

Si hubiere algun atrevido
que se anime á prohijarlos,
bien sé yo donde ha de hallarlos.

DOÑA CATALINA.

¿Dónde?

DOÑA LUCÍA.

En el *Niño perdido*,
Prométote que te holgaras,
si un almibarado vieras,
de estos que registran caras,
vendiendo burlas por veras,
y su talle examinaras.

DOÑA CATALINA.

¿Bizarro mozo?

DOÑA LUCÍA.

¡Ojalá
que se nos quedara acá!

DOÑA CATALINA.

¿Luego no?

DOÑA LUCÍA.

De Madrid vino,
y todo amor de camino,
como se viene, se va.
No sé yo que haya en Toledo
quien le pueda competir.

DOÑA CATALINA.

Bien le alabas.

DOÑA LUCÍA.

Mejor puedo;
aunque si se ha de partir,
¿qué importa?

DOÑA CATALINA.

(*Bajo á doña Lucía.*)
Este es padre: quedo.

ESCENA IX.

—

DON GARCIA.—DICHAS.

DON GARCIA.

(*Para sí al salir.*)
¿Dónde se pudo apear,
supuesto que hoy ha venido?

DOÑA CATALINA.

Señor.....

DON GARCIA.

Ya tienes marido;
albricias me puedes dar.
La cara á aliñar comienza;
mas no la feries color,
que en desposorios, mejor
es la que da la vergüenza.
Entra, y ponte aquel vestido
que te compré de tabí.
Su padre me escribe aquí,
y por la fecha he sabido
que está en Toledo.

DOÑA CATALINA.

¡Qué susto
me has dado! ¡Jesus mil veces!

DON GARCIA.

De contento te entristeces.
Dos dias tienen de gusto
las mugeres, (si no yerran
los que sus acciones tasan)
y son en el que se casan,
y el que á su marido entierran.
El primero ya está acá.

DOÑA CATALINA.

(*Aparte.* Y el segundo ¿por qué no?)
¡Ojalá.... (*Aparte.* Le viera yo!)

DON GARCIA.

Ya yo entiendo tu ojalá.
Será de que llegue presto.

Tengo un poco que decirte,
doña Lucía. A vestirte
te entra tú. Pero ¿qué es esto?

ESCENA X.

—

DON DIEGO. CRISTAL.—DICHOS.

DON DIEGO.
(*A doña Lucía.*)
Por la parte de divina
que tiene, señora bella,
el alma participada
de Dios que la privilegia,
asomándose á los ojos
os vió apenas, cuando penas
olvidando, fue adivina,
y os llegó á dar la obediencia
como á su dueño y señora.
Porque ¿cómo se atrevieran
pensamientos medio libres,
ó enamorados por nuevas,
á amaros en un instante,
sin ser el alma profeta,
que supo que érades vos
luz donde Fenix se quema?
Ocasion os habia dado
para fulminar querellas,
pues pretendiéndoos esposa,
antes de entrar por las puertas
de mi amor y vuestra casa,
os rendí á las de la iglesia
la voluntad, por presagio
del yugo que aguarda en ellas.
Olvidéos á vos por vos;
que, en efeto, ¿quién pudiera
celos, mi señora, daros,
no siendo vos, á vos mesma?
Meritoria fue mi culpa:
ved si es razon que merezca

perdon, sin arrepentirse,
quien á vos por vos os deja,
pues no sé yo que haya dicha
mayor, que ganando os pierda
quien, por ganaros, juzgaba
que fuera el perderos fuerza.
Yo soy, Catalina hermosa,
don Diego Ortiz de Fonseca,
que de la corte llamado,
á ser escogido llega.
Dadme ese bello cristal....

DON GARCIA.

Vos vengais en hora buena
á honrar, don Diego, mi casa,
que ya desde hoy será vuestra.
Los brazos de padre os doy.

DON DIEGO.

Señor, si yo os conociera,
y el móvil de mis acciones
no ocupara mis potencias,
y elevara mis sentidos,
en vos principio tuvieran
crianzas y cortesías,
que aunque tarde, humildes llegan
á daros satisfacciones.
Discúlpeme esta belleza;
(Por doña Lucía.)
que quien adora los ramos,
tambien el tronco respeta.

DON GARCIA.

Descuidos de amor, don Diego,
mas se juzgan por finezas,
que no por mala crianza.
No hubo en vos inadvertencia;
mas hayla en vuestra eleccion,
porque no es esa la prenda
que os ofrecí para esposa.

DON DIEGO.

¿Cómo que no?

DON GARCIA.

No os espera
sino doña Catalina,

hija mayor, y heredera
de mi amor y un mayorazgo,
que he fundado en su cabeza.

CRISTAL, *aparte.*

¡Mamao! Los frenos trocamos.

DON DIEGO, *aparte.*

¡Ay cielos!

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

Quedaos á ciegas,
esperanzas; que en Lucía,
si os dió luz, ya sois tinieblas.
Celos me abrasan el alma.

DOÑA CATALINA, *aparte.*

¡Ay desdichas! ¿Quién creyera
que apenas mi amor nacido,
le prohijaran sospechas?

DON DIEGO.

(*A doña Catalina.*)
Vuesamerced me perdone;
que en toda accion, si es discreta,
primero se ensayan burlas,
que se califiquen veras.
No oso decir que mejoro
de dueño, (que en fin mintiera);
pero diré que en las dos
corrió la beldad parejas.
Téngame desde hoy....

CRISTAL.

(*Aparte con su amo.*)
No caigas.

DON DIEGO.

Cristal, ¿hay muger mas fea?

DOÑA CATALINA.

(*Aparte con la criada.*)
¿Hay hombre, Ordoñez, mas lindo?

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

Tirano amor, ¿hay mas penas?

DOÑA CATALINA.

Tendréos yo por mi señor,
y será razon que tenga
en mas desde hoy á mi hermana,
porque ha sido eleccion vuestra.

Envidiaré su hermosura;
si bien me vengaré de ella
cuando ella mi dicha envidie,
y yo dichosa os posea,
puesto que se estime en menos
el bien, cuando se grangea
por concierto, y no eleccion;
pero de cualquier manera
que vos mi dueño seais,
estaré yo muy contenta,
y supliré con serviros
defetos que en mí os ofendan.

DON DIEGO.

Yo no me atrevo, señora,
á daros por hoy respuesta,
que segura satisfaga
tan justificadas quejas.
Vos mereceis infinito:
no es bien que su valor pierdan
joyas que el rústico ignora,
y el cuerdo conoce y precia.
No os ví á vos, ví á vuestra hermana;
pero si tienen enmienda
desatinos primerizos,
en mí la hallareis tan cierta,
como lo fueron mis culpas.

DON GARCIA.

No las hay en vos; ni sea
lo que es amor, cumplimientos.
Serviros ambas intentan:
Catalina como esposa,
y Lucía, que se apresta
á imitarla, como hermana.

DOÑA LUCÍA.

Y muy servidora vuestra.

DON GARCIA.

Tambien la pongo en estado.

DON DIEGO.

(*Aparte.* ¡Ay cielos!) ¿Con quién?

DON GARCIA.

Nobleza,
juventud y discrecion,

me la piden, con hacienda
caudalosa. Casaráse
cuando vos, porque no tenga
la envidia en ellas lugar,
y duplicaremos fiestas.
Sentaos; que vendreis cansado.

DON DIEGO.

Antes, con vuestra licencia,
saldré al campo á divertir
un gran dolor de cabeza,
que me ha causado el camino.

DON GARCIA.

Hizo esta mañana niebla.
Mejor será que en la cama
sosegueis un rato. Entra,
y haz, Lucía, aderezar
esa cámara.

DON DIEGO.

Se aumenta
mi mal, señor, de ese modo.

CRISTAL.

Este es ramo de jaqueca,
mal antiguo; el ejercicio
le alivia, y mas si echa flemas,
tomando tabaco en polvo,
y estornudando á docenas.

DOÑA CATALINA.

Esta sortija me dicen
que es para ese achaque buena.
(*Dásela.*)

DOÑA LUCÍA.

Estremada es la virtud
que me afirman de estas cuentas.
(*Dáselas.*)

DON DIEGO.

(*Aparte á doña Lucía.*)
Como ellas, me dieron otras
la vida.

DOÑA LUCÍA.

Son, contra reumas,
milagrosas.

DON DIEGO.

¿Quién lo duda?

DOÑA LUCÍA.

Atáoslas á la muñeca.

DON DIEGO.

Ponedme vos la sortija.
(*Aparte.* Ruego al cielo que no quepa.)
Y vos las cuentas me atad,
(*Aparte.* que me alcanzastes de cuenta.)

CRISTAL.

Vamos; que no será nada.

DON GARCIA.

¿Y hácia dónde?

DON DIEGO.

Hácia la vega.

DOÑA CATALINA.

Es ya tarde, y hace frio.

DON DIEGO.

Tengo á quien hablar en ella.

DON GARCIA.

Iré con vos.

DON DIEGO.

¡Bueno es eso!
Presto daremos la vuelta.
A Dios.
(*Aparte con su criado al irse.*)
¿Qué es esto, Cristal?

CRISTAL.

Atabales en cuaresma.

DON DIEGO.

Toma allá; que no me viene
bien ese anillo.

CRISTAL.

¿Y las cuentas?

DON DIEGO.

Ajustadas con el alma
mejor que con la muñeca.

DON GARCIA.

Voy á hablar á don Fadrique.

(*Vanse don Diego, don Garcia y Cristal.*)

ESCENA XI.

DOÑA LUCÍA. DOÑA CATALINA.

DOÑA CATALINA.
Tú eres del dolor que lleva,
y de mis penas la causa.
DOÑA LUCÍA.
¿Yo, hermana?
DOÑA CATALINA.
Si él no te viera....
DOÑA LUCÍA.
¿Puedo yo hacerme invisible?
DOÑA CATALINA.
¡Qué alegre diste la vuelta!
¿Por qué en la iglesia le hablaste?
DOÑA LUCÍA.
¿Es pecado hablar en ella?
DOÑA CATALINA.
Fue desenvoltura tuya.
DOÑA LUCÍA.
Si yo que venia supiera
á ser tu esposo, no dudes
que allí los brazos le diera.
DOÑA CATALINA.
¿Los brazos tú?
DOÑA LUCÍA.
De cuñada.
DOÑA CATALINA.
Como le diste las cuentas.
DOÑA LUCÍA.
Si tú le has de dar la mano,
¿qué me riñes y te quejas?
DOÑA CATALINA.
Pues Lucía, no te canses;
que aunque de mi bien te pesa,
el darle cuentas fue hacer
sin la huéspeda la cuenta.
Hazla con tu don Fadrique.

DOÑA LUCÍA.

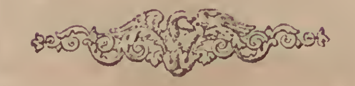
¡Ay, hermana, que la yerras!

DOÑA CATALINA.

¡Qué poco de cuenta sabes!

DOÑA LUCÍA.

¡Qué mucho tienes de necia!



ACTO SEGUNDO.

Habitacion de don Fadrique.

ESCENA I.

DON DIEGO. DON FADRIQUE.

DON DIEGO.

Si vos con doña Lucía,
y yo con su hermana caso,
doblando la suerte mia,
de amigo á pariente paso,
Fadrique, en un mismo dia.
El parabien que me dais,
ese mismo os apercibo.

DON FADRIQUE.

Noble mi amistad pagais,
cuando salamandra vivo
en la luz que me anunciais.
Es doña Lucía hermosa
como cuerda, rigurosa,
y forma celos de mí.

DON DIEGO.

Mas amor os tendrá ansí;
pues toledana y celosa,
¿quién habrá que se compare
á su mucha discrecion?

DON FADRIQUE.

Como en desprecios no pare,
si celos espuelas son
de amor, cuando aquilatare
con ellos la voluntad,
deberélos infinito;
mas ya su riguridad
pasa de amor á delito.

DON DIEGO.

Siempre es crüel la beldad.
Mas ¿de quién los pide?

DON FADRIQUE.

Puedo
aseguraros que quedo
de algun modo disculpado;
que no hay ocioso cuidado
en bellezas de Toledo.
Cierta doña Dorotea
Circe de mis gustos fue,
que ya malograr desea.
Agora un año juzgué
por sol la que ya es tan fea
para mí, que imaginalla,
los pensamientos me asombra.

DON DIEGO.

Si llegastes á alcanzalla,
la posesion siempre es sombra
de la esperanza.

DON FADRIQUE.

Obligalla
pudo el metal hechicero.

DON DIEGO.

Milagros son del dinero.

DON FADRIQUE.

Es muy pobre.

DON DIEGO.

Y desdichada;
que muger pobre y gozada,
dos veces la considero
aborrecida.

DON FADRIQUE.

En efeto,
no sé quien á mi Lucía
reveló nuestro secreto.
Bien primero me queria;
mas ya, perdido el respeto
á obligaciones de amor,
mi dicha y bodas dilata.
Su hermana me hace favor,
y reconciliarnos trata.

DON DIEGO.

Un valiente intercesor
cualquiera imposible allana.

DON FADRIQUE.

He prometido á su hermana
doña Catalina, digo,
de mi inocencia testigo
hacerla aquesta mañana;
porque á doña Dorotea
en una iglesia ha de hablar;
y de ella, cuando la vea,
satisfecha ha de quedar
que mi gusto no se emplea
mas que en mi hermosa Lucía;
y ella que en el interes,
mas que en su derecho fia,
me ha prometido, despues
que venció la batería
de mil escudos, de hablarla,
y de modo asegurarla,
que desmintiendo desvelos,
me allane, á pesar de celos,
estorbos para obligarla.—
En esto habeis de ayudarme.

DON DIEGO.

Ya veis que soy vuestro amigo.

DON FADRIQUE.

No osara yo confiarme
de vos, á no ser conmigo
un alma. Habeis de apoyarme
diciéndola que con ella
estuvistes cuando á vella
fuimos los dos, y que siente
que de ese modo se afrente
la opinion de tal doncella;
que es verdad que deseara
que amante correspondiera
á su amor, como parara
en lo que el honor espera,
y con ella me casara;
mas pues que no determino
pagar su lícito amor,

no es razon se abra camino
al vulgo murmurador,
que apruebe tal desatino;
que su fin ha sido honesto;
y que pues Dios lo ha dispuesto
no como ella habia pensado,
me haga el cielo bien casado...
Y que puso fin con esto
el llanto.— Estará segura
mi dama ansí por los dos,
y os deberá mi ventura
nueva amistad, si por vos
soy dueño de su hermosura.

DON DIEGO.

Yo haré tan bien mi papel,
que os asegureis con él.—
¿Doña Dorotea se llama?

DON FADRIQUE.

De Eraso.

ESCENA II.

—

CRISTAL.—DON DIEGO. DON FADRIQUE.

CRISTAL.

(*A su amo.*)

Con nuestra dama
fuiste esta noche crüel;
que con la cama y la cena
hasta las dos te esperó:
tu jaqueca le pegó,
no el dolor, pero la pena
de ver tu melancolía.—
Dije que mas aliviado,
por don Fadrique hospedado,
viendo la niebla que hacia,
te fue forzoso el quedarte
en su posada esta noche.
Agora te envia su coche,
y el viejo aguarda entramparte

brevemente, muy contento
de que don Fadrique sea
tan tu amigo, y ya desea
embestirte el casamiento.
Vamos allá, y corresponde
con el amor que te espera;
que va nuestra novia fuera
á unas monjas, no sé donde.

DON FADRIQUE.

A lo que os dije será;
que es grande procuradora
de su hermana.

DON DIEGO.

Vení agora;
que todo se dispondrá
á vuestra satisfaccion.
Cristal.
(*Habla aparte con su criado.*)

CRISTAL.

Ya está negociado
todo cuanto me has mandado.

DON DIEGO.

¿Y cómo?

CRISTAL.

Con tal sazon,
que has de alabar mi agudeza.
Nunca pensé contrahacer
tan bien letra de muger.

DON DIEGO.

La mitad hace el que empieza.

CRISTAL.

Yo daré al viejo papilla.

DON DIEGO.

(*Recio.*)
Haz, pues, eso, y vuelve luego.

DON FADRIQUE.

¿Dónde le enviais, don Diego?

DON DIEGO.

¿No viene hoy la estafetilla?

DON FADRIQUE.

Sí.

DON DIEGO.

A saber si tengo cartas
de mis padres.

DON FADRIQUE.

Está bien.
Trae las que hubiere tambien
para mí.

CRISTAL.

Pues no te partas
de casa; que ha de volverse
luego, y has de responder.

DON FADRIQUE.

Ya sabeis que habeis de ser
mi remedio.

CRISTAL.

(*Aparte á su amo.*)
A revolverse
empieza hoy el mundo.

DON DIEGO.

(*Aparte á Cristal.* Paso.)
Yo dispondré á vuestra dama.
¿Cómo decís que se llama...?

DON FADRIQUE.

Doña Dorotea de Eraso. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Garcia.

ESCENA III.

DON GARCIA. DOÑA CATALINA. DOÑA LUCÍA. ORDOÑEZ.

DOÑA LUCÍA.

Esto es verdad: entre tanto
que satisfecha no quedo,
ni me desposo, ni puedo.

DOÑA CATALINA.

Ordoñez, prevenme un manto;
(*Vase Ordoñez.*)

que si en la Reina me espera
la ocasion de esta maraña,
y á los dos nos desengaña,
cuando sepas que es quimera,
y que don Fadrique está
de tal mentira inocente,
satisfaccion suficiente
le escusa. Conmigo irá
mi padre.

DOÑA LUCÍA.

Vaya en buen hora;
que de tí sola no sé
si me fie.

DON GARCIA.

¿Pues por qué?

DOÑA LUCÍA.

Este don Diego que adora,
de mi hermana en mi enemiga
la vuelve de anoche acá,
y á don Fadrique creerá
cualquier enredo que diga,
á trueco de que con él
me despose y se asegure
de mí, porque no procure
darla celos.

DOÑA CATALINA.

Yo estoy de él
sospechosa con razon,
y mas de tu liviandad.
¿Qué quieres? Esto es verdad.
Tú le tienes aficion;
y él como te vió primero,
á quererte bien empieza.
Luego el dolor de cabeza
que fingió, (mira si infiero
discretamente) ¿no fue
porque vió que se trocaba
la esposa que imaginaba?
¿Mas que sana, si te ve?
Desde que á Toledo vino,
con don Fadrique estás mal.

DOÑA LUCÍA.

¿Vióse desatino igual?

DOÑA CATALINA.

¡Sí es muy grande el desatino!

DOÑA LUCÍA.

¡Jesus!

DOÑA CATALINA.

¿No me le alabaste,
cuando de hablarle veniste?
Y despues cuando le viste
en casa, ¿no le aliviaste
con las cuentas el dolor?

DON GARCIA.

Estrañas sois las mugeres.
¿Celos solo de eso infieres?

DOÑA CATALINA.

¿Pues esto es poco, señor?
¿Y el rehusar de desposarse
agora con quien queria
primero?

DON GARCIA.

Es cuerda Lucía,
y hace bien de asegurarse
de engaños y travesuras.

DOÑA LUCÍA.

Tú ayer ¿no me aconsejabas,
puesto que ahora le alabas,
que agravios por conjeturas
averiguase primero,
si ha dado palabra ó no?

DOÑA CATALINA.

¿Pues á qué voy allá yo?

DON GARCIA.

Don Fadrique es caballero,
y no intentará en Toledo
cosa que de esto desdiga;
puesto que el caso me obliga
á averiguar este enredo.

DOÑA LUCÍA.

Que sí, señor; vaya allá
vuesa merced.

DOÑA CATALINA.

¿Y si sale
disculpado?

DOÑA LUCÍA.

Admitiråle
quien solo dispuesta está
á obedecer el respeto
de mi padre.

DOÑA CATALINA.

¿Y no seria
mejor ir tú allá, Lucía?

DOÑA LUCÍA.

¿Ir yo allá? ¿pues á qué efeto?

DOÑA CATALINA.

A asegurarte por tí,
pues de mí dudas.

DOÑA LUCÍA.

Muger
que me ha podido ofender,
¿habia yo de ver ansí?
Eso ya es tenerme en poco.
¿Qué otra afrenta me faltaba?

DON GARCIA.

No salgas de casa; acaba.
Ellas me han de volver loco.

DOÑA CATALINA.

En fin, si la Dorotea
dice que jamas la amó
don Fadrique, ni ella dió
causa que á su amante sea,
¿te desposarás con él?

DOÑA LUCÍA.

Y viviré con sosiego.

DOÑA CATALINA.

¿Sin pretender á don Diego?

DOÑA LUCÍA.

Dios me libre de tí, y de él.

DOÑA CATALINA.

Pues apercibe esta noche
la mano.

DOÑA LUCÍA.

Pluguiera á Dios.

ESCENA IV.

QUESADA, *y un momento despues* DON DIEGO *y* DON FADRIQUE.—DOÑA LUCÍA. DOÑA CATALINA. DON GARCIA.

QUESADA.

Aquí estan los novios dos,
y desocupado el coche.

DON FADRIQUE.

(A doña Catalina.)

El huesped que os he usurpado,
por enfermo y por amigo,
esta noche, vuelvo agora,
señora, á restituiros;
que aunque fue por breve tiempo,
largo le habrá parecido,
cuando mide sus instantes
amor, que los juzga siglos.
Aquí está vuestro don Diego.

DOÑA CATALINA.

Sea mil veces bien venido;
que ya desvelos restaura,
sin su presencia, martirios.
¿Cómo, señor, os sentís?

DON DIEGO.

Como quien ha padecido
mala noche, y con el sol
y médico cobra alivio.
Uno y otro en vos me ofrece
la salud que habia perdido;
pues, médico y sol, en vos
mi luz y mi dicha miro.
Ya estoy bueno.

DOÑA LUCÍA.

¿Y la cabeza?

DON DIEGO.

Nieblas que ofuscan sentidos,
contra amorosos calores
la acometieron con frio;

DOÑA CATALINA.

¿Y si sale
disculpado?

DOÑA LUCÍA.

Admitirále
quien solo dispuesta está
á obedecer el respeto
de mi padre.

DOÑA CATALINA.

¿Y no seria
mejor ir tú allá, Lucía?

DOÑA LUCÍA.

¿Ir yo allá? ¿pues á qué efeto?

DOÑA CATALINA.

A asegurarte por tí,
pues de mí dudas.

DOÑA LUCÍA.

Muger
que me ha podido ofender,
¿habia yo de ver ansí?
Eso ya es tenerme en poco.
¿Qué otra afrenta me faltaba?

DON GARCIA.

No salgas de casa; acaba.
Ellas me han de volver loco.

DOÑA CATALINA.

En fin, si la Dorotea
dice que jamas la amó
don Fadrique, ni ella dió
causa que á su amante sea,
¿te desposarás con él?

DOÑA LUCÍA.

Y viviré con sosiego.

DOÑA CATALINA.

¿Sin pretender á don Diego?

DOÑA LUCÍA.

Dios me libre de tí, y de él.

DOÑA CATALINA.

Pues apercibe esta noche
la mano.

DOÑA LUCÍA.

Pluguiera á Dios.

ESCENA IV.

QUESADA, *y un momento despues* DON DIEGO *y* DON FADRIQUE.—DOÑA LUCÍA. DOÑA CATALINA. DON GARCIA.

QUESADA.

Aquí estan los novios dos,
y desocupado el coche.

DON FADRIQUE.

(*A doña Catalina.*)
El huesped que os he usurpado,
por enfermo y por amigo,
esta noche, vuelvo agora,
señora, á restituiros;
que aunque fue por breve tiempo,
largo le habrá parecido,
cuando mide sus instantes
amor, que los juzga siglos.
Aquí está vuestro don Diego.

DOÑA CATALINA.

Sea mil veces bien venido;
que ya desvelos restaura,
sin su presencia, martirios.
¿Cómo, señor, os sentís?

DON DIEGO.

Como quien ha padecido
mala noche, y con el sol
y médico cobra alivio.
Uno y otro en vos me ofrece
la salud que habia perdido;
pues, médico y sol, en vos
mi luz y mi dicha miro.
Ya estoy bueno.

DOÑA LUCÍA.

¿Y la cabeza?

DON DIEGO.

Nieblas que ofuscan sentidos,
contra amorosos calores
la acometieron con frio;

mas discursos saludables
sirvieron de defensivos,
que deshicieron humores,
y recibieron avisos.
Mucho debo á vuestras cuentas,
porque la hubiera perdido
mi esperanza, que hace el gasto,
á faltarme su recibo.
Darésclas, si gustais,
á don Fadrique, en quien libro
bienes vuestros, como propios
de quien espera el dominio;
que yo sé que está inocente
de envidias que han deslucido
los quilates de su amor,
si es que valgo por testigo.
No quiero prendas agenas:
las propias de aqueste anillo,
esfera de mi esperanza
serán, en cuyo epiciclo,
cárcel de mi amor, espero
que como en el dedo ciño
el corazon de quien toma
con la sangre su apellido,
salga calor suficiente
para desatar hechizos,
que mi salud alteraron,
y ya mejorados miro.
Tomad vos lo que os compete.

(*Va á dar las cuentas á don Fadrique, y le detiene doña Lucía.*)

DOÑA LUCÍA.

Mucho habeis, señor, desdicho
de la opinion de discreto,
que os autorizó al principio.
Yo, á Dios gracias, hasta ahora
tan dueño de mi albedrío
soy, por no llorarle ageno,
que solo le llamo mio.
Favores que, como amante
de quien os desea marido,
os dí, por ser yo su hermana,

no es justo restituirlos
á quien cortés os juzgó;
cuanto y mas, inadvertido,
enagenarlos en quien
hará mal en admitirlos,
porque podrán causar celos
á dama que en perjüicio
de palabras que la debe,
su derecho alega antiguo.
Ó las guardad, ó arrojaldas.

DOÑA CATALINA.

Lucía, don Diego ha sido,
contra tus impertinencias,
tan cortés como adivino:
discreto ha conjeturado
mi pena y mis desvaríos.
Toma tus cuentas; que, cuerdo,
(Tómaselas á don Diego, y dáselas á doña Lucía.)
no quiere cuentas contigo.
Don Fadrique es quien te toca;
don Diego me ama, y le elijo:
¿por qué mi amor desbaratas,
si yo los tuyos no envidio?
¿Tú te atreves á injuriarle?

DOÑA LUCÍA.

No le injurio; pero estimo
en mas la opinion que pierde,
que el enojo á que te incito.
Caballero cortesano
gradüado de entendido;
que vuelve prendas á dama,
no habiendo celos ó olvido,
peca en leyes de cortés.

DON DIEGO.

Si es don Fadrique mi amigo,
y ha de ser esposo vuestro,
el guardarlas ¿no es delito?

DOÑA LUCÍA.

¿Mi esposo? Pondrános pleito
mi antecesora, en quien quiso
asegurar mis temores,
por lo menos, con un hijo.

DON GARCIA.

Eso falta por probar;
y mientras que lo averiguo,
y él sus descargos alega,
no es bien condenar indicios.

DOÑA LUCÍA.

Sí; pero es justo el temerlos.

DON GARCIA.

Don Fadrique es bien nacido,
y en caso que importa tanto,
no ha de querer persuadirnos
á lo que tan facilmente
se puede sacar en limpio.
Pues la mas interesada
en favor suyo ha venido,
vamos á hablarla, y no des
á envidiosos desatinos
tanto crédito, que salgan
con su intento mal nacidos.
Yo me quiero adelantar,
y si al aplazado sitio
llego, la hablaré primero,
para prevenir peligros.

DON FADRIQUE.

¿Pues no es mejor que en el coche
vamos todos?

DON GARCIA.

Necesito
hacer para mis achaques,
don Fadrique, á pie ejercicio.
Allá os espero. (*Vase.*)

ESCENA V.

—

DOÑA LUCÍA. DOÑA CATALIÑA. DON DIEGO. DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.

Don Diego,
habladla, sed mi padrino;
que solo de vuestro abono

mi buen despacho adivino.

DON DIEGO.

(A doña Lucía.)

Escuchad, señora, aparte;
que aunque enojada conmigo,
acerca de mis descargos
tengo mucho que deciros;
y dadme los dos licencia
(A doña Catalina y don Fadrique.)
para allanar descaminos,
que han procurado cegar
maliciosos enemigos.

DOÑA CATALINA.

¿Pues qué podeis vos, don Diego,
si no es en mi perjüicio,
hablar con mi hermana á solas,
que yo no merezca oirlo?

DON DIEGO.

Don Fadrique os lo dirá.

(Apártanse, y habla don Fadrique con doña Catalina, y don Diego con doña Lucía.)

DON FADRIQUE.

Es don Diego tan mi amigo,
que le he puesto por tercero,
y que aplaque solicito
el desden de vuestra hermana
con la verdad que ha sabido
de la misma interesada,
que fué anoche á ver conmigo.

DOÑA CATALINA.

¿Y no puedo yo saberlo?

DON FADRIQUE.

Entretanto me ha pedido
que lo que os ama ós pondere.

DOÑA CATALINA.

¡Qué poco será!

DON FADRIQUE.

Os afirmo
que os adora, y que esta noche
no habemos los dos dormido,
él su dicha exagerando,
y yo sintiendo desvios.

Mucho os quiere.

DOÑA CATALINA.

Pagaráme
un amor, anoche niño,
y ya gigante; aunque temo
engaños que profetizo.

DON DIEGO.

En efeto, ¿os enojais?

DOÑA LUCÍA.

Pudiera haberme ofendido
de vos, hoy desazonado,
y ayer tan bien entendido,
á no echar de ver, don Diego,
que hay discretos de camino,
que traen hechos, como el gasto,
las jornadas y los dichos.
Tan soberbia quedé anoche
de haberos hablado y visto,
si no amante, poco menos,
puesto que ponderativo,
que me juzgué por hermosa,
y pensé (¡qué desatino!)
desembarazar empleos
pasados, por admitiros.
En casa entrastes despues,
y hablándome inadvertido
por mi hermana, confirmastes
presunciones, que han salido
vanas como mi esperanza;
pero no me maravillo;
que amor que fácil se engendra,
fácil le borra el olvido.
Creí yo que del dolor
de cabeza fue motivo
aquel trueco no pensado,
que á desazonaros vino,
y que el amor, á quien llaman
de los imposibles hijo,
con los estorbos presentes
os confirmara por mio;
y así por corresponderos,
si aficionada al principio,

desde allí ya firme amante,
os dí del alma el dominio.
Soñéos ausente esta noche,
previniéndoos á retiros,
que en mi hermana desdeñosos,
mi amor juzgó agradecidos.
Por desbaratar conciertos,
os pintaba de camino;
os preciaba por constante,
y os lloraba por perdido.
Favores os hice en cuentas,
que pudieran advertiros
cuan á mi cuenta quedaba
el llamaros y escribiros.
Ni de esto habeis hecho caso;
ni leísteis en los libros
de los ojos, donde el alma
sus misterios muestra escritos,
lo que os remití por ellos;
con que quedais comprendido
por idiota del amor,
pues que no entendeis su estilo.
Volveis agora mudado,
y ofendiéndoos á vos mismo,
si no grosero, cobarde,
rendís á vuestro enemigo
las armas que os alentaban:
(las cuentas, don Diego, digo,
en que os alcanza mi agravio
antes de su finiquito.)
En leyes de amor cortés,
pensé yo que era delito
el hacer restitucion
de favores sin pedirlos.
¿Urbano ayer, hoy grosero?
¿tan presto abrasado y tibio?
¿competidor y sin celos,
y á un tiempo amor con olvido?
No, don Diego, andad con Dios;
que á costa de mis suspiros,
yo os sabré sacar del alma,
donde quise introduciros.

DON DIEGO.

(*Hablando recio.*)
Los cargos están bien puestos,
y aunque amenazan castigo,
da esperanzas al culpado
la cara del juez benigno.
(*Aparte á ella.*)
Bajad, señora, la voz;
que sospechosos testigos,
si escuchan lo que tratamos,
nuestro efeto han de impedir
Vuestra hermana tiene celos,
y pasando á los oidos
el alma, que toda es ojos,
se desvela por oirnos.
Yo os daré satisfacciones.

DOÑA CATALINA.

Don Fadrique, os certifico
que me dan notable pena
estos secretos prolijos.
¿Qué puede decir don Diego
á mi hermana en beneficio
de vuestro amor, que os importe
no saberlo yo?

DON FADRIQUE.

Es mi amigo,
y sus celos satisface,
y adorándoos infinito,
desacreditais su amor
de esa suerte.

DOÑA CATALINA.

No me fio
de Lucía.

DON FADRIQUE.

Fingid, pues,
que divertida conmigo,
hablamos en otra cosa,
y apliquemos los sentidos
á lo que con ella trata:
vereis que del laberinto
de sospechas amorosas
quedais libre y sin peligro.

DOÑA LUCÍA.

(*Hablando alto con don Diego.*)
Don Diego, yo formo agravios
tan justos, que no hay padrinos
que puedan satisfacerlos,
mientras no los examino.

DON FADRIQUE.

¿Veislo?

DOÑA CATALINA.

No sé lo que veo.

DON DIEGO.

Si el amante que os he dicho,
por vos renuncia palabras,
y sepultando en su olvido
memorias de otra belleza,
á vuestro amor reducido,
os sirve, ¿perdonareisle?

DOÑA LUCÍA.

Eso juzgadlo vos mismo,
pues sabeis lo que le quiero.

DON FADRIQUE.

¿Estais contenta? Yo he sido
dichoso, que en tal sazon
á Toledo haya venido
amigo tan provechoso.
¡Qué de ello le debo!

DOÑA LUCÍA.

Digo
que estrañezas de mi hermana,
con quien piensa que compito,
ocasionaron mi enojo,
y que por lo que os estimo,
haré cuanto me ordeneis.

DON FADRIQUE.

Mirad si importante ha sido
el no hallaros vos presente.

DOÑA CATALINA.

Palabras con dos sentidos,
mas engañan que aseguran.

DON FADRIQUE.

Terrible estais.

DON DIEGO.

Advertiros
en nombre de vuestro amante
quiero.... (*Aparte.* Mirad lo que afirmo.)
Que á pesar de inconvenientes,
persecuciones, peligros,
correspondencias, palabras,
pleitos, lágrimas, suspiros,
primero el mayor planeta
dejará de dorar signos,
de haber fino amor sin celos,
amante sin artificios,
ingenio sin envidiosos,
sin ingratos, beneficios,
sin inquietudes, privanzas,
y virtud sin enemigos,
que os dé ocasion vuestro amante
á enojos, penas, desvios,
y obligándoos, no atropelle
imposibles por serviros.

DOÑA LUCÍA.

Como eso se cumpla así,
lo mismo, don Diego, afirmo.

DON DIEGO.

Dadme esa mano á besar.
(*Bésasela.*)

DOÑA CATALINA.

(*Llegando á don Diego y doña Lucia.*)
¿Mano? ¡Ay cielos! Comedido
sois, señor, demasïado.
Dejad esos requisitos
á quien por vos interesa
favores de amor propicio;
que en mí teneis mano y alma.

DOÑA LUCÍA.

Cierto que tus desatinos,
hermana, me han de quitar
la paciencia y el jüicio.

DON FADRIQUE.

Tan deudor, don Diego, os quedo,
que pienso ser un prodigio
de amistad con vos desde hoy.

(*A doña Lucía.*)
En fin, luz de mis sentidos,
¿quedamos los dos en paz?

DOÑA LUCÍA.

Don Diego me ha convencido,
y si él cumple cual promete,
y de sospechas me libro,
yo cumpliré mi palabra.

DON FADRIQUE.

Eso ės lo que solicito.
Bella doña Catalina,
examinad el testigo
de mi abono; que aunque es parte,
por lo mesmo es fidedigno.
¿Qué aguardais?

ESCENA VI.

ORDOÑEZ. QUESADA, *al fin.*—DICHOS.

ORDOÑEZ.

Aquí está el manto.

DOÑA CATALINA.

Vaya don Diego conmigo;
que no ha de quedarse en casa.

DOÑA LUCÍA.

Claro está, pues le remito
mi derecho en esta parte,
que ha de ir allá. Señor mio,
cumplid como prometeis.

DON DIEGO.

Ya yo comienzo á cumplirlo.

DOÑA LUCÍA.

Id con mi hermana.

DON DIEGO.

Ya voy,
contento de ver que os sirvo.

DOÑA CATALINA.

Sin que tú se lo encomiendes,
irá por mí.

DOÑA LUCÍA.
(*A don Diego.*)
¿Pues yo digo
otra cosa? No quisiera
que obligaciones de amigo
puedan mas con vos....

DOÑA CATALINA.
Acaba.

QUESADA, *saliendo.*
El coche.

DON DIEGO.
Lo dicho dicho.

(*Vanse don Diego, doña Catalina, don Fadrique y Quesada.*)

ESCENA VII.

DOÑA LUCÍA. ORDOÑEZ.

DOÑA LUCÍA.
Dame una basquiña, y manto.

ORDOÑEZ.
¿Adónde vas?

DOÑA LUCÍA.
Desvaríos
de amor suelen muchas veces
lograr efetos benignos.
No digas que he estado fuera.

ORDOÑEZ.
Yo siempre tu gusto sigo.
Pero ¿has de ir sola?

DOÑA LUCÍA.
Y tapada.
Tráeme aquel contadorcillo....
Mas déjale; que no sabes
donde está lo que te pido:
yo daré mejor con ello.
Ven, y ponte aquel vestido
que ayer saqué.

ORDOÑEZ.
¿Pues por qué?

DOÑA LUCÍA.

Porque calles.

ORDOÑEZ.

¿Qué me has dicho?

DOÑA LUCÍA.

Nada; mas ven, y sabrás
los secretos que te fia.

ORDOÑEZ.

Bien puedes, pues unos pechos
de mamar nos dieron. Sigo
tu gusto y pasos.

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

Amor,
á imposibles os animo.
Dios en señal de esto os llaman:
cumplid con vuestro apellido;
que ó no sereis vos quien sois,
ó será don Diego mio. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA VIII.

DON GARCIA. DON LUIS.

DON GARCIA.

La informacion mas clara
de su inocencia, es ver su honesta cara;
que el rostro es sobrescrito
tal vez de la virtud, tal del delito.
Con solo haberla hablado,
pierdo sospechas. Compasion me han dado
las lágrimas que llora.
¡Hay testimonio igual? ¡Pobre señora!

DON LUIS.

Si yo quien fue supiera
el aleve inventor de esta quimera,

mi vejez jubilada
el báculo trocara por la espada,
y dejara escarmiento
al mundo de tan vil atrevimiento.
No es rica mi sobrina;
pero ¡noble y honrada....!

DON GARCIA.

Desatina
la ociosidad viciosa
de juventud baldía y maliciosa;
que ya gradúa el vicio
por discrecion el bárbaro ejercicio
de fiscales mirones.
Ya no se estiman las conversaciones
que no desautorizan
las honras, que sin causa satirizan;
y en doña Dorotea,
quien no puede viciarla y la desea
cobrará ansí venganza;
que suele tirar piedras quien no alcanza,
con que llegando arriba,
ya que el fruto no goza, le derriba.
Ella es tal os prometo,
que obligó su presencia mi respeto;
y si como dos hijas
consuelo de mis canas son prolijas,
algun varon tuviera,
no dudeis que al momento se le diera.

DON LUIS.

¡Mal haya la pobreza,
que ofende la virtud en tal belleza!

DON GARCIA.

Don Lüis, esto es hecho:
yo quedo asegurado y satisfecho.
No hay para qué se vea
con Catalina doña Dorotea;
que cuerda mi Lucía,
de mí su honor como de padre fia.
Daràle á don Fadrique
esta noche la mano, aunque publique
alguno mal nacido
infames testimonios; y corrido

de que de él no haga cuenta,
podrá juntar su envidia con su afrenta.

DON LUIS.

Guárdeos, señor, el cielo;
que mi sobrina escusará el recelo
de engaño semejante,
mas advertida desde aqui adelante
con escarmiento doble.
Colegios hay aquí de gente noble,
adonde la pobreza
conserva sin registros su entereza.
Mientras Dios determina
darle otro estado, viva mi sobrina
libre de lenguas vanas.
Honra de esta ciudad son las Gaytanas:
con ellas esta tarde
se entrará Dorotea. Dios os guarde. (*Vase.*)

ESCENA IX.

—

DON GARCIA.

¿Que así desacredite
el honor una lengua? ¡Oh qué convite
hiciera yo á la fama,
si pudiera comprar de quien la infama
las lenguas maldicientes,
de estos cobardes, en quitar valientes
la opinion! ¡Oh qué plato,
por mucho que costara, tan barato!
Mas no sé si tuviera
bajillas para tantas, Talavera.

ESCENA X.

—

DOÑA LUCÍA, *cubierta con manto.*—DON GARCIA.

DOÑA LUCÍA.

Guardaos, señor don García,
de admitir falsas escusas,

de quien con damas intrusas
engaña á doña Lucía.
No es la doña Dorotea
que agora acabais de hablar,
la que os puede descuidar
de quien deshonrar desea
vuestra casa; que esa dama
nunca ha cometido error
que disminuya su honor,
ni desopine su fama.
La equivocacion del nombre
es ocasion de este enredo:
Otra Dorotea en Toledo
(porque la industria os asombre
de don Fadrique) se queja
de palabras mal cumplidas,
y prendas aborrecidas,
que villanamente deja
quien ser vuestro yerno intenta.
Un hijo será testigo
de lo que en su ofensa digo,
á quien cauteloso afrenta.
A la dama que os habló,
don Fadrique hizo creer
que por ser sola y muger,
su honestidad desdoró
un maldiciente envidioso,
que amando á doña Lucía,
de este modo pretendia
que no le llamase esposo;
y que en fe de esto, importaba
satisfaceros á vos,
desmintiendo de los dos
la infamia que publicaba.
Y ella que se vió ofendida,
y sin culpa murmurada,
de su injuria provocada,
y de engaños persuadida,
vino hoy á desengañaros,
y á daros satisfaccion
de su manchada opinion.
Mas dejad de aseguraros

de quien ama fementido,
y deshonraros desea,
porque de otra Dorotea
es don Fadrique marido,
con un hijo de por medio.
No os quiero afirmar que yo
soy esta á quien engañó;
mas no habiendo otro remedio,
presentaré ante el vicario
una cédula que suya,
sus embelecos destruya;
y si fuere necesario,
ademas de estos papeles,
(*Dáselos.*)
que despacio ver podeis,
si su letra conoceis,
testigos habrá que fieles
volverán por mi justicia.
Sus firmas os den consejo;
sed prudente, pues sois viejo,
y guardaos de la malicia
de quien con trazas tan feas
vuestro honor ofende ansí,
como si no hubiera aquí
otras muchas Doroteas. (*Vase.*)

ESCENA XI.

—

DON GARCIA.

¿Hay semejante embeleco?
¿Que las Doroteas trocó
Fadrique? Medrara yo,
á no haber sabido el trueco.
¡Jesus! No hay de quien fiarse.
¡Que un hombre tan bien nacido
tal cosa haya pretendido!
¡Miren, á no declararse
este nunca visto enredo,
qué bien medraba Lucía!

No sin causa lo temia.
Mocedades de Toledo
ociosas, pocas son fieles.
¡Que las damas sostituya!
¡Jesus! Si la letra es suya,
su proceso estos papeles,
que le afrenten, han de ser.
Este dice:
(Lee.) *Quien aguarda,*
mi bien, el plazo que tarda,
si no es morir, ¿qué ha de hacer?
Deseo como el vivir
trocar el nombre de amante
en esposo.
¡Hay semejante
traicion!

ESCENA XII.

CRISTAL, *que trae unas cartas.*—DON GARCIA.

CRISTAL.

La estafetilla
me ha dado aquí una esportilla
de cartas. Pienso, y no mal,
que esta viene para tí.
Del viejo debe de ser.
(*Dásela.*)
Mi amo ha de responder
á las que le llevo aquí.
Nuevas vendrán de la corte,
de Cádiz y del inglés:
lee, y responde despues;
que allá me darás el porte. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON GARCIA.

"A don Diego de Acebedo"
dice. Los pliegos trocó.
(*Llamando.* ¡Hola!) Las cartas erró.
¡Letra de muger! ¿Qué puedo
perder en ver qué le escribe?
¡Pliego aparte, y de muger!
Porte, un real. Debe ser
de importancia; mas quien vive
en Madrid, con las frecuencias,
de ocasiones y beldades,
¿qué mucho que mocedades
obligue á correspondencias?
¿Mas si estuviese casado
tambien, como estotro, allá?
La carta nos lo dirá.
(*La abre.*)
¡Jesus! ¡lo que hoy ha pasado!
(Lee.) *Esposo mio: Ocho dias
me pedistes de licencia;
ya van tres; y en vuestra ausencia
crecen mis melancolías.
Las noches largas y frias,
vos, mi bien, sin conversarlas,
¿quién ha de poder pasarlas?
Quitad á los ocho dos,
ó si no, me iré tras vos;
que es martirio el prolongarlas.
Juanico, para que os cuadre
la pena que nos desvela,
cuando vuelve de la escuela,
pregunta por señor padre:
juzgad lo que hará su madre,
si como al alma os desea.
Viuda estoy mientras no os vea:
ó me matad, ó venid.
A Dios.=Noviembre y Madrid.=*

Vuestra doña Dorotea.
¡No os deshagais de los yernos,
Garcia, que habeis hallado!
El uno y otro casado,
¡y con mis dos hijas tiernos!
¿Qué mas gentil prevencion
pudiéramos escoger,
para dar en que entender
en casa á la inquisicion?
Si es la amistad semejanza
de costumbres, bien lo prueban
los dos que bodas renuevan
á costa de su mudanza.
Mucho á los cielos les debo.
Si las cartas no trocara
el mozo, ¡bueno quedara!
¿Hay caso mas raro y nuevo!
(*Vuelve á mirar la carta.*)
¡Buen principio! *Esposo mio*
le llama, y que *por su padre*
llora Juanico, la madre
le escribe. ¿Hay tal desvarío?
Dudando estoy si lo crea,
ó si duermo y lo he soñado.
¡Oigan! No habia reparado
en la *doña Dorotea*,
con que se firma la dama.
Doña Dorotea, por Dios,
dice. Las de acá son dos,
¡y la de Madrid se llama
del mismo modo! Hasta en esto
se han querido parecer:
nuevo uso debe de ser
el nombre que las han puesto.
Que como mugeres y hombres
han dado en aqueste abuso,
por andar todos al uso,
mudarán hasta los nombres.
Ni el Fadrique ni el don Diego
entrarán mas en mi casa.
¡Jesus! ¡Jesus! ¡lo que pasa
en el mundo!

ESCENA XIV.

—

DON FADRIQUE. DON DIEGO. DOÑA CATALINA. QUESADA.—
DON GARCIA.

DON FADRIQUE.
Fuése luego
que con vuestro padre habló.
DOÑA CATALINA.
¿No nos pudiera esperar?
DON GARCIA.
Hija, no hay que averiguar;
ya estoy satisfecho yo.
Reparte tres Doroteas
en don Diego y don Fadrique;
que porque se multiplique
Castilla, si lo deseas,
les han dado pareceres,
no muy á la ley de Dios,
que tengan de dos en dos
los hijos y las mugeres.
DON FADRIQUE.
¿Qué decís?
DON GARCIA.
A vuestro ejemplo,
los curas que hacer tendrán:
á los dos no os echarán
por estériles del templo.
DON DIEGO.
No os entiendo.
DON GARCIA.
Ese es el daño.
Acá esposo, allá marido....
¡Notable cosecha ha habido
de Doroteas ogaño!
Ya no estimarán los que aman
Lucías, ni Catalinas,
si hasta el nombre peregrinas,
Doroteas no se llaman.

Alentados sois, por Dios,
pues cuando el de mas fortuna
no se atreve á sufrir una,
las buscais de dos en dos.

DOÑA CATALINA.

Señor, ¿has perdido el seso?

DON GARCIA.

No, hija; pero he perdido
dos yernos yo, tú un marido.
Agradece este suceso
al cielo, y no te desveles
en quien tu infamia desea.
Don Diego esta carta lea,
y todos estos papeles
(*Dáselos.*)
don Fadrique; que por ellos
de su insulto convencidos,
sabrán, aunque bien nacidos,
en qué estima he de tenellos.

DON FADRIQUE.

¡Qué es esto, cielos!

DON GARCIA.

Fingid
asombros de lo que os pasa,
mientras vos dejais mi casa,
y os volveis vos á Madrid.
(*A Quesada.*)
Daca el coche. Id á la madre
(*A don Diego.*)
de Juanico, ó á su abuela;
que en viniendo de la escuela,
pregunta por señor padre.
Vamos.

DOÑA CATALINA.

¿Qué es esto, cuidados?

DON GARCIA.

¡Jesus mil veces! ¡Jesú!
Como cartas del Perú,
matrimonios duplicados.
(*Vanse don Garcia, doña Catalina y Quesada.*)

ESCENA XV.

—

DON FADRIQUE *y* DON DIEGO, *mirándose atónitos.*

DON FADRIQUE.
¡Don Diego! ¿qué decís de esto?
DON DIEGO.
Yo no sé qué carta sea
esta, ni qué Dorotea
la que del lodo me ha puesto.
DON FADRIQUE.
¿Dorotea á vos?
DON DIEGO.
Así
lo certifica esta firma;
pero por mas que lo afirma,
no es la carta para mí.
DON FADRIQUE.
¿De adónde viene la fecha?
DON DIEGO.
De Madrid.
DON FADRIQUE.
¿Luego tambien
hay Dorotea, á quien bien
quereis?
DON DIEGO.
En esa sospecha
me ponen con don Garcia.
Ved vuestros papeles vos.
DON FADRIQUE.
Don Diego, estos, vive Dios
que son de doña Lucía,
que la escribí cuando amante
la empezaba á pretender.
DON DIEGO.
¿A qué os los puede volver?
DON FADRIQUE.
Yo ¿sélo?

DON DIEGO.

Haceos ignorante.

DON FADRIQUE.

Burlaos vos de mí, que estoy
sin jüicio. A averiguallo
los sigo.

DON DIEGO.

Yo admiro y callo.
Pero andad; que luego voy.
(*Vase don Fadrique.*)

ESCENA XVI.

—

DON DIEGO. CRISTAL.

CRISTAL.

¿Qué te parece?

DON DIEGO.

Que fue
como mi amor lo desea.
Mas ¿qué doña Dorotea
es esta?

CRISTAL.

La que topé
primero en el pensamiento.

DON DIEGO.

Principio has dado á mil cosas,
si estrañas, dificultosas.

CRISTAL.

Tengo bravo entendimiento.

DON DIEGO.

Veamos qué determina
el viejo.

CRISTAL.

Con lo inventado
¿qué ha de hacer? Ya te he librado
de la doña Catalina.

DON DIEGO.

Agora te he de reñir,
porque las cartas trocaste.

CRISTAL.

No haya mogicon.

DON DIEGO.

Mostraste
tu ingenio.

CRISTAL.

¿No sé escribir
discretamente á lo damo?

DON DIEGO.

Eres sutil y leal.

CRISTAL.

Soy claro como el cristal,
y en trampas imito á mi amo.

DON DIEGO.

¿A quién habrá que no asombre
este enredo?

CRISTAL.

Por bien sea.

DON DIEGO.

¡Que firmases *Dorotea*!

CRISTAL.

No hallé á la mano otro nombre. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Garcia.

ESCENA XVII.

—

DON GARCIA. DOÑA CATALINA *y* DOÑA LUCÍA, *sin mantos.*

DON GARCIA.

No hay que acordarnos mas de ellos,
que si estuvieran en Indias;
vuestra hermosura y hacienda
os darán maridos, hijas.
Démosle gracias á Dios,
que con tiempo nos avisa
para remediar engaños

de embelecos y mentiras.
Haced cuenta que fue sueño.

DOÑA LUCÍA.

Yo, señor, muy bien sabia
que no era bueno del todo
el don Fadrique.

(*Llora doña Catalina.*)

DON GARCIA.

Lucía,
cuanto te he dicho es verdad.
Yo vi ternezas escritas
á la doña Dorotea,
de quien esotra es enigma.
La primera, te prometo
que honesta como sentida,
pudiera mover los bronces
con las perlas que vertia.
¡Qué hermosa, y qué bien hablada!
La segunda, aunque á la vista
negó registros el manto,
no era menos entendida;
pero mas determinada,
porque en fe de su justicia,
dijo que se iba al Vicario.

DOÑA LUCÍA.

No la tengo mucha envidia;
pero que tambien don Diego,
casado en Madrid, desdiga
de quien es, y de ese modo
ofenda su sangre limpia,
esto es lo que mas me espanta;
que, en fin, Fadrique podia
enamorado intentar
cosas de su fama indignas,
(que en efeto amor es ciego);
pero esotro que camina,
sin haber visto á mi hermana,
no mas que por la codicia
del mayorazgo que ofreces,
no sé, señor, qué me diga.

DON GARCIA.

Ya la hacienda puede mas

que el amor. No es maravilla
que estando el mundo tan viejo,
sea su Dios la avaricia.
¿Lloras, Catalina?

DOÑA CATALINA.

Lloro
mis agravios y desdichas,
porque amor que entró por fuego,
mi pena en agua despida.
¿Qué he de hacer, si le adoraba?

DON GARCIA.

Haz cuenta que de la vida,
el dia del desposorio,
en tu presencia le privan,
y consuélate como otras,
que con bodas sucesivas,
en lo esterior lastimadas,
de dentro se regocijan.
Aun no le diste la mano:
vaya con Dios. ¿Qué nos quita?

DOÑA CATALINA.

La libertad que me lleva.

DON GARCIA.

No hayas miedo que le siga:
ella se volverá á casa.

DOÑA LUCÍA.

¿Y que la carta decia
que era don Diego su esposo?

DON GARCIA.

Con un Juanico, que anima
su vuelta, y por señor padre
á la cena y la comida
pregunta, y llora.

DOÑA LUCÍA.

¿Y la letra
de muger?

DON GARCIA.

Lo parecia,
aunque ya los caballeros
la hacen tan mala en Castilla,
que en esto como en los trages,
parece que se afeminan.

DOÑA LUCÍA.

¿Y se firmó *Dorotea*?

DON GARCIA.

Lo que mas me desatina
es eso, y que un mismo nombre
en tres damas nos persiga.

DOÑA LUCÍA.

Debe estar el mundo lleno
de Doroteas.

DON GARCIA.

La firma
repasé dos ó tres veces,
y siempre la hallé la misma.

DOÑA LUCÍA.

¿Y no se turbó don Diego
cuando la leyó?

DOÑA CATALINA.

Lucía,
si no eres la perdidosa,
¿para qué tanto examinas
lo que no te importa nada?
Déjalo ya.

DOÑA LUCÍA.

Catalina,
¿y en esto á tí que te va,
si de su engaño te libras,
y con él no has de casarte?

DOÑA CATALINA.

¿Quién te mete en cosas mias?

DOÑA LUCÍA.

Tú que en las mias te metes.
¿Informarte no querias
(yendo á hablar con Dorotea
á la Reina) de mis dichas,
ó mis agravios? ¿Soy menos
yo que tú? Pues solicitas
por mí, déjame tambien
que por tí me informe.

DOÑA CATALINA.

Mira
que tienes de ocasionarme....

DON GARCIA.

Ea, fundad una riña
las dos agora por cosas
que la suerte descamina.
Vive Dios, que sois estrañas.

DOÑA CATALINA.

Prendas, puesto que perdidas,
de quien yo he querido bien,
no he de sufrir yo que asistan
en tu memoria: esto es cierto.
Váyase con Dios, y olvida
lo que tan poco te importa.

DOÑA LUCÍA.

¿Yo? Mas que en toda la vida
le nombres, ni yo me acuerde
de él, si aquesto te apacigua.
(*Aparte.* ¡Ay, cielos, que estoy sin seso!
Tormentos me martirizan.)

ESCENA XVIII.

DON FADRIQUE.—DICHOS.

DON FADRIQUE.

Puesto que celos y engaños
de esta casa me despidan,
y haya jueces que prudentes,
sentencian y no averiguan,
sepa yo con claridad
mi culpa, y nó por enigmas;
que no es justo pierda el seso
por la esposa que me quitan.
Yo sé que satisfacciones
pudieran vengar malicias
de quien há poco que os dió
de mi inocencia noticia.
¿Qué papeles son aquestos
que en mi favor atestiguan,
y vos alegais en ellos
los cargos que os desobligan?

Cuando empecé á pretender
amante á doña Lucía,
se los escribí, alentando
esperanzas ya marchitas.
De su mano y de su letra
tengo respuestas benignas,
que os pueden desengañar
de enredos que me persigan.
Tomad, leeldos, miraldos,
si no es que se nieguen firmas,
y se desconozcan letras,
diciendo que son hechizas.
¿Qué Doroteas son estas?
Decid, señor don Garcia,
¿qué palabras he yo dado,
que así me desautorizan?
Sacadme de confusiones.

DON GARCIA.

Don Fadrique, ya mis hijas
han hecho eleccion discreta
de quien noble las estima.
Perdonad, y andad con Dios.

DON FADRIQUE.

(Enseñando á doña Lucía los papeles.)
Desdeñosa ingrata mia,
estos todos ¿no son vuestros?

DOÑA LUCÍA.

Sabrá contrahacer mi cifra
la segunda Dorotea,
que con cédulas os cita
á Vicarios tribunales.
Dejadnos, por vuestra vida.

DON FADRIQUE.

¿Yo cédulas? ¿yo palabras?
Pero quien niega atrevida
sus papeles, ¿qué me espanto
que damas supuestas finja?
¿Mas que es esto traza vuestra?

DOÑA LUCÍA.

¡Ay qué bueno! ¿Traza mia?
Ordoñez, sal acá fuera.

ESCENA XIX.

ORDOÑEZ.—DICHOS.

DOÑA LUCÍA.
¿Quién nos hizo una visita
esta mañana?
ORDOÑEZ.
Una dama
entre razonable y linda,
en el nombre Dorotea,
y en los años treinta y cinca;
que en busca de mi señor,
dijo que sostituia
otra en la Reina por ella,
para no sé qué engañifas.
Trajo un niño de la mano,
la cosa mas parecida
á don Fadrique que vieron
las gentes, en cara y risa.
Preguntó por mi señor,
y dijímosle que iba
á averiguar cierta trampa,
y respondió: "¡ay honra mia!
yo apostaré que el mudable
tiene la maraña urdida
de la doña Dorotea,
que en mi nombre desatina."
Luego empezó un agua vá
cada ojo, con tanta grita,
que, borrasca veraniega,
tronaba á un tiempo y llovia.
Fuése, en fin, como una jara,
y mi señora Lucía
quedó..... ¡Contemple el piadoso
qué tal! Me espanto que viva.
DON GARCIA.
¿Estais contento con esto?

DON FADRIQUE.

Señores, si determinan
verme loco, ya lo estoy;
ya mis celos adivinan
que por no ser vos mi esposa,
á mi fe desconocida,
se convocan contra mí....

DOÑA LUCÍA.

Sí, bellacos en gavilla.

ESCENA XX.

CRISTAL *huyendo, y tras él* DON DIEGO.—DICHOS.

CRISTAL.

Pues ¿por un trueco no mas....?
¿Hay cosa agora en Castilla
que se use mas que los truecos?
Díganlo los vellonistas.

DON DIEGO.

¡Viven los cielos, infame.....!

CRISTAL.

¿Dígote yo que no vivan?

DON DIEGO.

Que te he de cortar las piernas.

CRISTAL.

Andaremos en cuclillas.

DON DIEGO.

¡Carta de tanta importancia,
y en ocasion tan precisa,
traidor!

CRISTAL.

Ténganle, señores.

DON DIEGO.

Tú lo hiciste de malicia.

CRISTAL.

¿Yo? Plega á Dios que de pliegues
el hambre hilvane mis tripas.

DON GARCIA.

Teneos, don Diego: ¿qué es esto?

DON DIEGO.

Pago de quien hombres cria
en su casa tan infames.

CRISTAL.

Si me dió la estafetilla
media maleta de cartas,
y me turbé, ¿qué querias?

DOÑA LUCÍA.

(*Aparte.* Ya ¿qué mayor certidumbre
espero, si él lo confirma?
Castigad á quien nos mata,
esperanzas despedidas.)
Señores, cesen engaños,
porque sin causa no impidan
méritos justos de amor,
que en Fadrique resucitan.
La segunda Dorotea,
que tanto á todos admira,
fuí yo que amando á don Diego,
pudieron celos y envidias
de mi hermana, transformarme,
haciendo contra mí misma
ofensa á quien debo tanto.
Soy muger: ¿qué maravilla?
Contra las leyes don Diego
de la amistad que debia
guardar á quien le fió
prendas que siempre peligran,
en vez de rogar por él,
de tal manera me hechiza
con engaños y palabras,
que por ellas persuadida, (1)
deslumbré á mi propio padre;
mas pues se imposibilitan
esperanzas malogradas,
y está doña Catalina
sin armas que me den celos,
correspondencias antiguas
vuelvan á su posesion,

(1) Verso añadido para suplir la falta de sentido y de asonancia.

porque á don Fadrique admitan.

DON GARCIA.

¿Hay enredo semejante?

DON FADRIQUE.

De cortesanas malicias,
donde al uso la amistad,
caras y engaños duplica,
no esperaba yo otro pago.
Mi venganza os aperciba
la confusion, no la espada,
cortés, puesto que ofendida;
que para satisfacerme,
basta que doña Lucía
mañana premie mi amor,
y por su esposo me elija. (*Vase.*)

DON GARCIA.

Volveos, don Diego, á la corte,
donde engaños se avecinan;
que no corre por acá
moneda con tanta liga:
y no engañeis mas mugeres;
que hay tribunal en Castilla,
que á los maridos de á dos
en tablados saca á vistas. (*Vase.*)

DOÑA CATALINA.

Ya sabe enjugar los ojos
lá venganza, que ofendida,
lo que en lágrimas primero,
convierte tal vez en risa.
Mucho la corte le debe
á quien tan bien la acredita.
Id con Dios; que acá dejais
hazañas que el vulgo escriba. (*Vase.*)

ORDOÑEZ.

Cuanto pude hice por él,
señor don Diego: no diga
que por mi culpa perdió
el bien que se le desliza;
mas esto de dos mugeres,
ya ve lo que pronostica.
Si hay obispos matrimonios,
librele Dios de una mitra. (*Vase.*)

DOÑA LUCÍA.

Perdone vuesa merced,
si me opuse presumida
á la cátedra de esposa,
creyendo que era de prima;
que yo, habiendo otra primero,
no pretendo la de vísperas.
Vuélvase presto, no pasen
del plazo los ocho dias. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

—

DON DIEGO. CRISTAL.

CRISTAL.

¿Qué habemos de hacer agora?

DON DIEGO.

Pedir á mi suerte albricias,
pues el cielo me ha librado
hoy de doña Catalina.
Yo satisfaré á su hermana,
que celosa y ofendida,
da crédito á estos engaños.

CRISTAL.

Mucho harás si la apaciguas.

DON DIEGO.

Todo lo alcanza el ingenio.

CRISTAL.

Si, como dicen, obispas,
duplicando matrimonios,
dame una capellanía.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON GARCIA. DOÑA LUCÍA. DOÑA CATALINA.

DON GARCIA.
¿Agora sales con eso?
¿Qué es esto, doña Lucía?
DOÑA LUCÍA.
Pues ¿por dilatarse un dia...?
DON GARCIA.
Tú acabarás con mi seso.
DOÑA CATALINA.
Desde anoche ¿no quedamos
que hoy habíades de hacer
las escrituras?
DOÑA LUCÍA.
Querer,
señores, (si no miramos
este negocio con tiento)
atropellar con mi gusto,
es caso recio.
DON GARCIA.
¿Y es justo
que como veleta al viento,
nos traigas de dia en dia,
con: "ya quiero, ya no quiero?"
DOÑA CATALINA.
¿Es Fadrique caballero
digno de que use Lucía
ese término con él?
DOÑA LUCÍA.
¿Pues á tí te da eso pena?
¿Qué quieres? Yo no estoy buena.

DON GARCIA.

¿Qué tienes?

DOÑA LUCÍA.

Tengo un crüel
dolor de cabeza. ¡Ay Dios!
Parece que entrambas sienes
se me parten.

DON GARCIA.

Dí que tienes
gusto que andemos los dos
sin sosiego ni sentido,
sufriendo tus dilaciones.

DOÑA LUCÍA.

¿Ciérranse hoy las velaciones?
¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué rüido
tan grande! Matóme anoche
el sereno.

DOÑA CATALINA.

¡Fingimiento
donoso!

DOÑA LUCÍA.

Aquí dentro siento
las ruedas todas de un coche.—
Ya parece que se alivia.
¡Madre de Dios del Sagrario!—
Esto ha de ser voluntario:
si ya tu pretension tibia
ni te da celos ni pena,
si quise á don Diego ó no,
¿no se fue? ¿no se ausentó?
Casaréme, si estoy buena,
cuando Dios fuere servido,
porque esto del desposorio
no es término perentorio.
¡Válgame Dios! ¡qué zumbido
me ha dado en aquesta oreja!
(*Señalando la izquierda.*)
Alguien dice mal de mí.

DON GARCIA.

Hija, no es bien que por tí
forme don Fadrique queja.
A buscar fue el escribano:

aunque escusarlo procuras,
se han de hacer las escrituras
hoy, y aun le has de dar la mano.
Sus deudos ha convidado:
á buscar su esposo voy.
Apercíbete; que hoy
tienes de tomar estado. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA LUCÍA. DOÑA CATALINA.

DOÑA LUCÍA.

Como esto no se ha de hacer
sin mí, ¿qué importan convites,
ni que tú los solicites?
Hermana, yo no he de ser
novia, mientras no tuviere
salud y gusto.

DOÑA CATALINA.

El don Diego
martiriza tu sosiego.

DOÑA LUCÍA.

Séase lo que sé fuere,
él camina á Madrid ya.
Si no ha de casar contigo,
¿qué me quieres?

DOÑA CATALINA.

Yo te digo
que se lleva, aunque se va,
lo mejor de tus deseos.

DOÑA LUCÍA.

¡Es verdad! Piensa el ladron
que como él los demas son.

DOÑA CATALINA.

¿Qué sirve andar por rodeos?
Dieras tú por trasformarte
en la ausente Dorotea....

DOÑA LUCÍA.

¿Diera? ¡Y cómo! Lo desea

mi enojo por solo darte
un rato de pesadumbre;
que gusto hacerte rabiar;
que en lo demas no hay que hablar.

DOÑA CATALINA.

Ya lo tienes de costumbre.
Mas si libre de él estás,
¿por qué á Fadrique maltratas,
y su esperanza dilatas?

DOÑA LUCÍA.

Por treinta cosas y mas.
Porque primero ha de entrarse
monja, como ha prometido,
la Dorotea que ha sido
ocasion de resfriarse
mi amor, ya sin coyuntura.

DOÑA CATALINA.

Las Gaytanas no reciben
seglares, que inquietas viven,
con ellas.

DOÑA LUCÍA.

¿Pues por ventura
faltan colegios aquí,
donde viva con decencia?
San Juan de la Penitencia,
San Torcáz, ¿no están ahí?
La Reina, la Vida Pobre,
sin otros que no me acuerdo.

DOÑA CATALINA.

Y si ha mudado de acuerdo,
y quiere pasar la pobre
libre, ya que desdeñada,
¿hasla tú de cautivar
por fuerza?

DOÑA LUCÍA.

O no me casar:
esto es cosa averiguada.

DOÑA CATALINA.

¡Bueno es eso!

DOÑA LUCÍA.

¡Qué! ¿quisiera
el don Fadrique tener

dama allá, y acá muger?
¿una en casa, y otra fuera?
¡Malos años!

DOÑA CATALINA.

¿Dejará,
si se aman, por encerrarla,
de servirla y visitarla?

DOÑA LUCÍA.

Por lo menos estará
donde yo sepa si á verla
acude, y pueda impedir
sospechas. Yo he de salir
con esto; no ha de esconderla
donde me ocasione celos.
Enciérrese ó tome estado;
habráste ya tú casado,
y tendrán fin tus desvelos.

DOÑA CATALINA.

¿Pues dependen de mis bodas
las tuyas?

DOÑA LUCÍA.

Eres mayor,
y el vulgo murmurador
dirá, si no te acomodas
primero, cosas de mí
indecentes. No me arguya
la gente: por vida tuya
que me dejes. No te dí
comision para casarme;
padre tengo, libre soy.
¡Ay Jesus! perdida estoy:
el dolor ha vuelto á darme.
Si gustas que se me aumente,
persígueme, dame enojos.
¡Jesus!

DOÑA CATALINA.

¿Qué sientes?

DOÑA LUCÍA.

Los ojos
se me saltan de la frente.

DOÑA CATALINA.

¡Ojalá lo hubieran hecho

antes que á don Diego vieran;
que ansí, ni agravios me hicieran,
ni alborotaran mi pecho!

DOÑA LUCÍA.

Dios te lo pague.

DOÑA CATALINA.

Le adoras.

DOÑA LUCÍA.

¡Bueno es que en tales desvelos,
sin amante, tengas celos!

DOÑA CATALINA.

Sin él ó no, en breves horas
será Fadrique tu esposo,
ó se casará conmigo.

DOÑA LUCÍA.

¿Con quién?

DOÑA CATALINA.

La verdad te digo,

DOÑA LUCÍA.

¡Medrado saldrá!

DOÑA CATALINA.

Y dichoso.

DOÑA LUCÍA.

Hombre que me quiso á mí,
¿habia de dar tal baja?

DOÑA CATALINA.

¿Hácesme mucha ventaja?

DOÑA LUCÍA.

Ya lo ves.

DOÑA CATALINA.

¡Qué frenesí!

DOÑA LUCÍA.

Don Diego te lo dirá,
que al momento que te vió,
mal de corazon le dió,
y nunca volviera acá,
si á pretenderme no fuera.

DOÑA CATALINA.

Saliera la pretension
muy digna de su eleccion.

DOÑA LUCÍA.

Trátale mal.

DOÑA CATALINA.

Bien pudiera,
pues que casado, procura
en Toledo otra muger.

DOÑA LUCÍA.

En eso echarás de ver
la fuerza de mi hermosura.

DOÑA CATALINA.

Hechizas de puro bella:
ya de que te duela tanto
la cabeza no me espanto;
que tu mal todo está en ella.
Yo procuraré sanarte
con desprecios vengativos;
celos serán defensivos,
que presto pienso aplicarte.
Don Fadrique me ofreció
ayer mejorar empleos
en mí, mudando deseos;
no quise admitirlos yo,
porque mas considerada
que tú, te guardé respeto.

DOÑA LUCÍA.

Todo lo feo es discreto.
Siempre pecaste de honrada.

DOÑA CATALINA.

Mi mayorazgo ha de ser
el que me ha de hacer su esposa.

DOÑA LUCÍA.

Segun eres poco hermosa,
todo lo habrás menester.
La cabeza se me parte.
Vete con Dios; dejamé.

DOÑA CATALINA, *aparte.*

¡Presumida! Yo te haré
que vengas presto á humillarte. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA LUCÍA.

Dió el alma á don Diego entrada,
donde ciega le admití:
fuése, y cerrando tras sí,
quedóseme en la posada.
Él ausente, y yo burlada,
¿cómo podrá despedirse
el que para introducirse
por dueño, supo encerrarse,
en cerrando irse y quedarse,
y con quedarse, partirse?
Si en la corte está casado,
y ya para mí murió,
¿qué pretende ¡triste yo!
mi ya imposible cuidado?
Si muerto se me ha quedado
en el alma, ¿qué he de hacer?
Cuatro hombres ha menester
un muerto para sacalle
de casa; ¿podré yo echalle,
sin fuerzas, sola y muger?
No, amor; Fadrique esté cierto
que á su desden (1) me apercibo,
y que le aborrezco á él vivo,
por don Diego que amo muerto.
Téngale el alma encubierto,
y resucite en su centro
su memoria, en cuyo encuentro
la voluntad salga á verle;
que no temeré el perderle,
si le amo puertas adentro.

(1) A desdeñarle.

ESCENA IV.

CRISTAL.—DOÑA LUCÍA.

CRISTAL.
Ce, celebrada celosa.
DOÑA LUCÍA.
¡Cristal! ¿tú aquí?
CRISTAL.
Por la gracia
de Dios.
DOÑA LUCÍA.
¿No se fue don Diego?
CRISTAL.
¿Dónde quieres que se vaya,
si eres corma de su amor,
de sus pensamientos maza,
de sus gustos guindaleta,
de sus libertades trampa,
de su voluntad mancotas,
de sus pensamientos trabas,
garabato de su vida,
y agarracion de su alma?
DOÑA LUCÍA.
¿Yo, Cristal?
CRISTAL.
No sino el cura.
DOÑA LUCÍA.
¡Linda cosa!
CRISTAL.
Delicada.
DOÑA LUCÍA.
¿Y la doña Dorotea?
CRISTAL.
Dióte linda dorotada.
Todo ha sido chilindrina.
¿Está la vejez en casa?
¿hay fadricacion que escuche?
¿puede atisbarnos tu hermana?

DOÑA LUCÍA.

Ausentes están los dos,
y esotra en aquella cuadra.
Para introducir olvidos,
desposarme agora traza.

CRISTAL.

Con mi señor, norabuena.

DOÑA LUCÍA.

Si los de Madríd se casan,
á fuer de Constantinopla,
con dos, bien puede.

CRISTAL.

Que es chanza.

DOÑA LUCÍA.

La que agora traes de nuevo,
no saliera, Cristal, mala,
á ser boba quien la escucha;
pero don Diego se parta
á enjugar de su Juanico
lagrimitas, que le llama
cuando viene de la escuela;
y si el término se pasa
de los tales ocho dias,
habrá quejas desmayadas,
con lágrimas doroteas,
que le rasguen las entrañas.

CRISTAL.

¿Qué Doroteas ni Elviras?

DOÑA LUCÍA.

¿Eso niegas?

CRISTAL.

¿Toledana,
y tan crédula? ¡Jesus!

DOÑA LUCÍA.

¿Desmentirás tú una carta
con mil ternezas de porte,
mil regalos de palabras,
mil conjuros de deseos,
y mil hipérboles de ansias?

CRISTAL.

¿Leyóla vuesa merced?

DOÑA LUCÍA.

No, mas mi padre. ¿No basta?

CRISTAL.

Pues tome, pase los ojos
por ella, mientras se pasa
esa avenida de celos.

(*Dásela.*)

DOÑA LUCÍA.

¿Yo para qué?

CRISTAL.

Para darla
dos docenas de picones,
y despues de ellos la vaya.

DOÑA LUCÍA.

Mala letra.

CRISTAL.

Pestilente;
mas por Dios que es la escribana
un cristal.

DOÑA LUCÍA.

¿Niégolo yo?

CRISTAL.

Y aun reniega. ¿No está brava?

DOÑA LUCÍA.

Es el primer epiteto
(Lee.) *esposo mio*, y no gasta
mucha crítica agudeza.

CRISTAL.

Requebracion fue lacaya.
Mas venga acá: ¿qué diria
si calzase la tal dama
los doce puntos presentes,
(*Muestra el pie.*)
y se afeitase estas barbas?

DOÑA LUCÍA.

Cristal, no estoy para burlas.

CRISTAL.

Ni yo vengo para gracias;
pero démelas agora
porque llené aquesa plana
por orden de su don Diego,
que inventando garambainas,

de la doña Catalina
con esta burla se escapa.

DOÑA LUCÍA.

¿Luego allá no tiene esposa?

CRISTAL.

Una deja concertada
para cuando de tí enviude,
con condicion que la pára
una condesa este mes,
que habrá condesas preñadas,
segun dice el repertorio.

DOÑA LUCÍA.

Para disparates bastan,
Cristal; hablemos de veras.
Dorotea ¿no es la dama
que le escribe y es su esposa?

CRISTAL.

Una, y esa toledana,
sé que aquí se dorotee;
que en Madrid, ni en su comarca,
dudo yo que haya otra alguna.
Juzgué por estraordinaria
la aplicacion de ese nombre,
digna que desbaratara
conciertos casamenteros,
y encajésele á la carta;
que fue acertar sin querer.

DOÑA LUCÍA.

¿Y el Juanico?

CRISTAL.

Si te casas
con mi dueño y le parieres,
al medio año dirá: «tayta.»

DOÑA LUCÍA.

En fin, ¿qué tú la escribiste?

CRISTAL.

A las puertas del alcazar,
y de la iglesia en Sevilla,
andaluzas cortesanas
me enseñaron esa nota,
y á tres cuartos que pagaban,
alcahuete por escrito,

necedades ponderadas.

DOÑA LUCÍA.

¿Y si eso fuese mentira?

CRISTAL.

¡Vive Dios que eres estraña!
¿Hay mas que aquí en tu presencia
escriba otra?

DOÑA LUCÍA.

¡Buena traza!

CRISTAL.

Pues espera; que aquí viene
municion atramentaria:
sacaráte de esas dudas
su ingeniosa semejanza.

(*Escribe.*)

DOÑA LUCÍA, *aparte.*

Amor, sed vos el Santelmo
que á aclarar nublados salga
de mis celosas sospechas;
que si las desenmaraña,
y es don Diego esposo mio,
contra quien tramposo os llama,
seré enemiga perpetua,
erigiéndoos mi fe estatuas.

CRISTAL.

¿Es esta una letra misma?

(*Presentando á doña Lucía el papel que ha escrito y la carta.*)

DOÑA LUCÍA.

No sé yo diferenciallas;
¿mas quién me asegurará,
Cristal, que esa sea la carta
que trajeron de Madrid,
ó otra con que me engañas?

CRISTAL.

Enséñasela á tu padre.

DOÑA LUCÍA.

No dices mal. Muestra.

CRISTAL.

Aguarda;
que ha de sernos de provecho.

DOÑA LUCÍA.
¿Qué quieres hacer?
CRISTAL.
Cerrarla.
DOÑA LUCÍA.
¿A qué efeto?
CRISTAL.
Ello dirá.
DOÑA LUCÍA.
Mi padre, y con él mi hermana,
son estos.
CRISTAL.
No te alborotes.
DOÑA LUCÍA.
¿Qué dirán si aquí te hallan?
CRISTAL.
Digan lo que Dios quisiere;
que si tú á don Diego amas,
ingenio tengo....
DOÑA LUCÍA.
Le adoro.
CRISTAL.
Pues con eso, escucha y calla.

ESCENA V.

DON GARCIA. DOÑA CATALINA.—DOÑA LUCÍA. CRISTAL.

DON GARCIA.
(*Hablando con doña Catalina al salir.*)
Que esté mala ó esté buena,
hoy tiene de desposarse.
DOÑA CATALINA.
No hay quien pueda averiguarse
con ella.
DON GARCIA.
No te dé pena;
que yo sé lo que apetece,
como todas las demas.

CRISTAL.

(*Aparte á doña Lucía.*)

No hayas miedo.

DON GARCIA.

Tú verás
cuán aprisa convalece
del dolor, si llega á ver
á su esposo, Catalina;
que una boda es medicina
que sana á toda muger.—

(*A Cristal.*)

¿Qué haceis vos aquí?

CRISTAL.

Señor,
¿qué ha de hacer un despedido?
Hase á la corte partido
don Diego, y pagó el amor
con que siempre le serví,
en coces, que de contado
me dió, á trece por ducado,
por la carta que te dí;
hinchéndome de ladron,
y hundiendo la casa á voces;
que hay ya moneda de coces,
peor que la de vellon.
Si tuviera para un carro,
buscara allá mi remedio;
mas doce leguas en medio,
sin blanca, y pisando barro,
téngolo por desatino.

DOÑA CATALINA.

¿Que, en fin, ya se fue don Diego?

CRISTAL.

Una posta buscó luego
por abreviar el camino.

DOÑA CATALINA.

Tal priesa le deben dar
Juanico y la Dorotea.

CRISTAL.

Sí hará; mas cuando la vea,
váyala el turco á arrendar
la ganancia.

DOÑA LUCÍA.

¿Cómo ansí?
¡No la lleva muchas cosas
de las que hay acá curiosas?

CRISTAL.

Y todas de carmesí.
Dos gruesas de mojicones,
y cuatro de puntillazos,
porque conmute en porrazos
medias, mantos y gurbiones.

DON GARCIA.

Allá se lo hayan. ¿Cómo
te sientes tú?

DOÑA LUCÍA.

Algo mejor.

DON GARCIA.

¿Aliviósete el dolor?

DOÑA LUCÍA.

Ansí, ansí. Un quintal de plomo
parece que me han quitado
de la cabeza. Este oido
me hace estraño rüido.

DON GARCIA.

El sereno lo ha causado:
no será nada. Lucía,
á toda tu parentela
he convidado. Recela
Fadrique, si de este dia
pasa el ser esposo tuyo,
que no le tienes amor;
pues que te sientes mejor,
y con casarte concluyo
de dos cuidados el uno,
no me des vejez cansada.

DOÑA LUCÍA.

¡Yo, señor? Si á tí te agrada,
en buen hora.

DON GARCIA.

No hay ninguno
en Toledo, que no alabe
la eleccion que habemos hecho.

DOÑA LUCÍA.

Basta estar tú satisfecho.
Quisiera yo (Dios lo sabe)
hallarme con mas sazon,
sin el dolor de cabeza
que ocasiona mi tristeza,
y me aprieta el corazon;
que en lo demas, él merece
voluntad tanta....

DON GARCIA.

Está bien,
es noble, y le quieres bien.
Vístete, si te parece,
de boda, porque mejores,
si aliviar achaques quieres;
que galas en las mugeres,
dicen que quitan dolores,
y viene ya el desposado.

DOÑA LUCÍA.

Por darte gusto lo haré.
Lo que pide se le dé
para el carro á ese criado,
y váyase en hora buena.
No esté aquí quien ha servido
á un hombre tan atrevido.

DOÑA CATALINA.

Pues no me da á mí eso pena,
¿y tiénesla tú?

DOÑA LUCÍA.

Por tí;
que aunque ingrata....

DOÑA CATALINA.

Ya lo veo.

DON GARCIA.

Cumplámoste ese deseo.

DOÑA CATALINA.

Mejor dirás frenesí.

DON GARCIA.

¿No tendreis para el camino
con dos docenas de reales
harto?

CRISTAL.

Vaya, esten cabales,
y habrá para carro y vino.

DON GARCIA.

Venid, pues, y os los daré. (*Vase.*)

DOÑA LUCÍA.

(*Aparte con Cristal.*)
Que venga disimulado,
le dí.

CRISTAL.

(*Aparte á doña Lucía.* Vendrá enamorado,
que es mas.) El cielo la dé,
señora doña Lucía,
el consorte que desea,
y vuesa merced posea
(*A doña Catalina.*)
dos maridos en un dia.

DOÑA CATALINA.

Servistes á dueño vos
que dos mugeres procura:
no me espanto.

CRISTAL.

Soy yo un cura,
no sencillo, mas de á dos. (*Vase.*)

ESCENA VI.

—

DOÑA LUCÍA. DOÑA CATALINA.

DONA LUCÍA.

¿Estás ya contenta?

DOÑA CATALINA.

¡Bueno!
Los celos que te he causado,
tu boda han apresurado.
Hízote mal el sereno,
y ya á aliviársete empieza.
Desde hoy mas, estimarélos;
que son linda cosa celos
para el dolor de cabeza. (*Vase.*)

DOÑA LUCÍA.

¡Qué bien estás en el caso!
Amor, ayudadme vos,
y afirmaré que sois Dios,
si con don Diego me caso. (*Vase.*)

Sala en la posada de don Diego.

ESCENA VII.

DON JUAN. DON DIEGO.

DON DIEGO.

¡Gracias á Dios, que ha dado
tan buen suceso á España! Derrotado
de ese modo el blasfemo,
y Cádiz defendida, ya no temo
desdichas de esta guerra.

DON JUAN.

No volverá la armada á Ingalaterra,
segun los temporales,
con cincuenta navios.

DON DIEGO.

Otros males
la amenazan mayores.
Asome el mayo matizando flores,
y pásese el invierno;
vereis que nuestro rey, en años tierno,
triunfando de Bretaña,
nuevas coronas acumula á España.

DON JUAN.

Guarde Dios á Isabela, (1)
sol que dió España á Flandes; que ya vuela
su católica fama,
y á triunfos nuevos su piedad la llama.
Afirmase por cierto

(1) La infanta gobernadora de los Paises Bajos.

que intenta en la isla herege tomar puerto
con cinco mil infantes,
que si españoles son, serán bastantes
para que pise Roma
la apóstata cerviz, que España doma.

DON DIEGO.

Dicen que se levantan
los católicos de ella, á quien no espantan
heréticos engaños,
que desde Enrico Octavo en tantos años,
de mártires divinos
alcázares poblaron cristalinos.

DON JUAN.

Una Isabel bastarda
emponzoñó su patria; en otra aguarda,
legítima española,
restaurarse la fé, que ya enarbola
estandartes sagrados;
porque de una Isabela desterrados,
por otra restituidos,
vuelvan los sacramentos perseguidos;
y remedie, pues vela,
daños de una Isabel otra Isabela.

DON DIEGO.

Decidme agora, primo,
¿qué os pareció Sevilla?

DON JUAN.

La sublimo
por Menfis de Castilla.

DON DIEGO.

Teneis razon, que es gran lugar Sevilla.

ESCENA VIII.

CRISTAL.—DON DIEGO. DON JUAN.

CRISTAL.

Famoso va el enredo;
que contar dejaremos en Toledo.

DON DIEGO.

Cristal, ¿qué hay de Lucía?

CRISTAL.

Tramoyas, vive Dios, que si este dia
no animan diligencias,
nos han de salir mal las apariencias.—
Señor don Juan, ¿qué es esto?
¿Cómo se vuelve vuesarced tan presto?
¿Huyeron los ingleses,
ó vale mas *holanda*, que holandeses?
Pues se desandaluza,
traerá el pillage en ántes y en camuza.

DON JUAN.

Traigo, Cristal, cuidados,
por huir el herege, malogrados.
No hallamos sino lodos,
y vuélvome á Madrid, como hacen todos.

DON DIEGO.

Necio, dejemos eso,
y el estado me dí de este suceso.

CRISTAL.

Diréte lo que pasa.
Que se desposa don Fadrique, ó casa,
esta noche sin duda,
si el dios enredador no nos ayuda.
Adórate tu dama
desengañada; y puesto que te llama,
si aprisa no acudimos,
ruegos de padre, persuasion de primos,
con una hermana agente,
delante el novio y el amante ausente,
dudo de tu fortuna;
porque toda muger desde la cuna
dice: (yo lo he sabido)
«marido, tayta, guay, ma.... ma.... marido.»

DON DIEGO.

Si eso, Cristal, es cierto,
anegóse mi amor, cercano al puerto.

DON JUAN.

¿Luego aquí teneis dama?

CRISTAL.

Señores, aticemos esta llama
con nuevos embelecos;
que no alumbran candiles si estan secos.

Oid un medio agudo;
pues que vino don Juan á tiempo crudo,
con su ayuda saldremos
de este pantano. Síganme y daremos
trazas por el camino,
que celebren mi ingenio peregrino.

DON DIEGO.

Primo, un angel adoro,
en quien mi vida cifra su tesoro.
Perdíme si la pierdo.

DON JUAN.

Como os importe yo...

CRISTAL.

No hay amor cuerdo.
Venid; que una locura
á luz saca tal vez otra ventura.

DON DIEGO.

Alcance yo á Lucía,
y goza tú, Cristal, la hacienda mia.

CRISTAL.

Premio menor me agrada;
que quien todo lo ofrece, no da nada.

Sala en casa de don Garcia.

ESCENA IX.

DON FADRIQUE, *muy galan*, DON PEDRO *y* DON ANTONIO, *por una puerta: por otra* DON GARCIA *y* DOÑA CATALINA.

DON GARCIA.

Tenia tan deseada,
don Fadrique, esta ocasion,
con estorbos dilatada,
que por ver su ejecucion,
aunque está la desposada
indispuesta, ha de quedar

esta tarde concluida.
Mil años vengais á honrar,
con otros tantos de vida,
señores, mi casa.

DON ANTONIO.

A dar
á vuesa merced venimos
parabienes que admitimos
de vuestro amor igualmente,
pues con el deudo presente
nueva ventura adquirimos.

DON PEDRO.

Y nuestro primo el valor
que de tal padre consigue,
en retorno de su amor.

DON FADRIQUE.

Para que el gusto mitigue
de tanto bien el temor
de este azar, el cielo ordena
que mi esposa no esté buena.
¡En todo soy desgraciado!—
¿Qué es, señor, lo que le ha dado?

DON GARCIA.

No tengais, Fadrique, pena;
que el achaque no es mortal.

DOÑA CATALINA.

Melindre y delicadeza
de damas nunca hacen mal.

DON GARCIA.

Dió en lavarse la cabeza
anoche, y el tiempo es tal,
que con menos ocasion,
he visto yo ensordecer
otras de mas complexion;
pero en saliéndoos á ver,
la vergüenza y turbacion
de admitiros por su esposo,
todo accidente achacoso
vendrá á reducir á gusto;
que tal vez un grande susto
sana el mal mas peligroso.
Catalina, entra por ella.

ESCENA X.

—

QUESADA.—DICHOS.

QUESADA.
¿Hay lástima semejante?
Perdone por hoy su amante.
DON GARCIA.
¿Qué es eso?
QUESADA.
¡Pobre doncella!
DOÑA CATALINA.
¿Con qué salís vos agora?
QUESADA.
¿Con qué tengo de salir?
¿Es poco mal el no oir?
Pues sorda está mi señora.
Trájela agora un recado
de parte de doña Ines,
la de Santa Fe, y despues
de haberme desvencijado
á voces, que ronco estoy,
no ha sido posible oillo
mas que por el colodrillo.
DON GARCIA.
¡Válgame el cielo!
DON FADRIQUE.
Yo soy
en todo poco dichoso.
DOÑA CATALINA.
(*Aparte con su padre.*)
Señor, todo esto es fingido;
ya ves lo que ha resistido
el admitir por esposo,
despues que vino don Diego,
á don Fadrique.
DON GARCIA.
No sé
si es eso, ó no; mas yo haré,

si á determinarme llego,
que le cueste la sordez
mas de lo que ella imagina.
Quédate aquí, Catalina.
¡Qúe al cabo de mi vejez
una rapaza me trate
de esta suerte! ¡Vive Dios,
si no se casan los dos,
que he de hacer un disparate!
(Vanse don Garcia y Quesada.)

DOÑA CATALINA.

Si vos la quereis sanar,
Fadrique, de este accidente,
fingid, cuando esté presente,
que os venís á desposar
conmigo, porque en desvelos
os pague desprecios tantos,
y vereis que sin ser santos,
saben sanar sordos celos.

ESCENA XI.

DON GARCIA. DOÑA LUCÍA. QUESADA.—DICHOS.

DOÑA LUCÍA.

(Hablando siempre muy recio y desentonadamente, como sorda.)

¿Tengo yo de ir contra Dios?
Haga lo que él se sirviere:
si don Fadrique me quiere
así, démonos los dos
las manos; que yo no falto
á lo que tengo ofrecido.

DON GARCIA.

Eso es lo que yo te pido.

DOÑA LUCÍA.

(Con la mano á la oreja.)

No entiendo, háblenme mas alto.

DON GARCIA.

Ella ensordeció de veras.

¿Vióse desdicha mayor?

DOÑA CATALINA.

(*Aparte á su padre.*)
Persüádete, señor,
que estas todas son quimeras
con que el casarse dilata.

DON GARCIA.

Eso ¿cómo puede ser,
si me jura obedecer,
y darle la mano trata?

DOÑA CATALINA.

¿Lo promete?

DON GARCIA.

Y sale á eso.

DOÑA CATALINA.

Alto; desposarlos puedes.

DOÑA LUCÍA.

Dios guarde á vuesas mercedes.
Hice esta noche un esceso,
que á la cara me ha salido.

DON PEDRO.

Mejor dijera que en ella
sale el sol y el alba bella.

DON ANTONIO.

Vos, primo, habeis escogido
tan á mi satisfacion,
que envidiaros desde hoy puedo.

DON PEDRO.

Ni hay mas belleza en Toledo,
ni perdais esta ocasion;
que sorda, Fadrique, vale
mas que cuanto España cria.

DON FADRIQUE.

Estimo la suerte mia,
puesto que cara me sale
con tan crüel accidente.

DON ANTONIO.

Sanará, no hay que dudar;
que no es dificil curar
la sordez cuando es reciente.

DON PEDRO.

Habladla.

DON FADRIQUE.

Si no ha de oirme,
¿de qué servirá cansarla?

DON ANTONIO.

Por señas podreis mostrarla
vuestro amor.

DON FADRIQUE.

¡Que á perseguirme
llegue mi desdicha ansí!

DON GARCIA.

No es sorda del todo, alzad
la voz.

DON FADRIQUR.

(*Hablando recio.*)

No hay prosperidad
cumplida, señora, en mí,
ni del amor supe yo
que ensordeciese su fuego:
siempre le pintaron ciego;
pero sin oidos no.
Mal mi fe satisfareis,
pues cerrándoos las orejas,
si nunca escuchais mis quejas,
¿cómo las remediareis?
Yo solo he de padecer
este mal.

DOÑA LUCÍA.

Estaba fria,
y pasada la legía.
No sabe Ordoñez hacer
cosa perfeta: es terrible.

QUESADA, *aparte.*

Adjetivad para peras.

DON FADRIQUE.

Siempre el amor que es de veras,
se aumenta con lo imposible.
No os congoje esa desgracia,
mi bien; que mas ansí os precio.

DOÑA LUCÍA.

No entiendo, hábleme mas recio.

DON ANTONIO.

¿Hay sorda con mayor gracia?

DON FADRIQUE.

Digo que mi fe no duda,
aunque os tiene compasion,
de amaros.

DOÑA LUCÍA.

Mejores son
unos cogollos de ruda,
y aceite de manzanilla.

DON GARCIA.

(*A ella.*)
No es eso de lo que trata.

DOÑA LUCÍA.

¡Jesus! ¿Yo? ¿De hoja de lata?
No ha de ser la trompetilla
sino de plata muy fina.

QUESADA.

A esotra puerta.

DOÑA CATALINA.

Dejemos,
hermana, vanos estremos.

DOÑA LUCÍA.

Si contigo, Catalina,
casar don Fadrique ordena,
viéndome de aqueste modo,
sírvase el cielo con todo.

DON GARCIA.

Eso es lo que la da pena.

DOÑA LUCÍA.

Pero acrecentarme enojos,
agraviándome los dos....
(*Llora.*)
Ya lo ven, hízolo Dios.
¿Qué he de hacer?

DON FADRIQUE.

¡Ay bellos ojos!
no me mateis mas de amores;
que sin municion de perlas,
me abrasais, y con perderlas,
desperdiciais sus valores.—
Yo os adoro de esa suerte;
á daros la mano vine;
nadie, mi bien, imagine,

que ha de bastar, ni la muerte,
á engendrar olvido en mí.
Dadme esa mano, señora.

DOÑA LUCÍA.

¿Que se deje por agora
el desposorio? Eso sí;
que Dios querrá que esté buena.
Él los oidos me abra.

DON GARCIA.

No es eso.

DOÑA LUCÍA.

No oigo palabra.

DON GARCIA.

Desposarse luego ordena....

DON ANTONIO.

A esto solo hemos venido.
Escúsense dilaciones.

DOÑA LUCÍA.

Buenos son los algodones;
pero es notable el rüido
que siento.

QUESADA.

Habladme en entrando.

DON GARCIA.

(*Muy alto.*)
Lucía, acabemos ya.
Mira que tu esposo está
tu amoroso sí esperando,
y que yo tu padre soy.

DOÑA LUCÍA.

¿Luego hoy se quiere casar?

DON GARCIA.

¿Pues cuándo?

DOÑA LUCÍA.

¿Sin reparar
de la manera que estoy?

DON FADRIQUE.

No tiene amor quien repara
en algo, hermosa Lucía.

DOÑA LUCÍA.

Pensé que lo suspendia
hasta tanto que sanara,

y por darle gusto yo....

DON FADRIQUE.

Todo es prisa en quien adora.

DOÑA LUCÍA.

¿Y agora ha de ser?

DON GARCIA.

Agora.

DOÑA LUCÍA.

¿Pues dígoles yo que no?

DON GARCIA.

Llegaos, don Fadrique, aquí,
y sin estorbos poned....

(*Llégase don Fadrique.*)

DOÑA LUCÍA.

¿Qué dice vuesa merced?
¿que le dé la mano?

DON GARCIA.

Sí.

DOÑA LUCÍA.

¿Y me quiere sorda?

DON FADRIQUE.

Peno
por vos.

DON GARCIA.

¿Su amor no conoces?

DOÑA LUCÍA.

Pues no me atruenen á voces;
que no somos sordos.

QUESADA.

¡Bueno!

ESCENA XII.

—

CRISTAL.—DICHOS.

CRISTAL.

(*A don García.*)

Las dos docenas de reales
que vuesa merced me dió,
vuelvo á pagar. Vengo yo

del solar de los Cristales,
que aunque pobres, siempre han sido
de grata correspondencia.
Túvome mi diligencia
dentro de un carro embutido,
y cuando quiso arrancar,
ví á un carretero cargado
de cartas, recien llegado,
que se acercó á preguntar:
«¿quién de todos sirve aquí
á don Diego de Acebedo?»
Díjele: «no está en Toledo.»
Replicó: «¿servisle?—Sí.—
Pues una dama en la corte
me dió en persona este pliego,
encargándome que luego,
con cuatro reales de porte,
se le diese en propia mano,
ó en ausencia suya á vos.
Pues al uno de los dos
encontré, tomalde, hermano;
que cansado de buscaros,
caro el porte me saliera,
si en la vega no supiera
que habia aquí de toparos.»
Paguéle, y con tentacion
de ver lo que contenia,
aunque fué bellaquería,
le abrí, y supe en conclusion
cosas que le han de importar.
Tome, y á Dios, que le guarde.

DON GARCIA.

Esperad, no os vais.

CRISTAL.

Es tarde,
y quiere el carro arrancar. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON GARCIA. DOÑA LUCÍA. DOÑA CATALINA. DON FADRIQUE.
DON PEDRO. DON ANTONIO. QUESADA.

DON GARCIA.
¿Qué me ha de importar á mí?
DOÑA LUCÍA.
¿No era el mozo de don Diego
aquel?
QUESADA.
El mismo.
DON GARCIA.
¿A mí pliego
de don Diego?
DOÑA LUCÍA.
¿Y se está aquí?
Pues allá ¿no se volvia?
DON GARCIA.
¡Válgame Dios! Lèrle quiero.
DOÑA LUCÍA.
¿Tornaba por mas dinero?
DON GARCIA.
Calla y escucha, Lucía.
(Lee.) *Dueño mio, el amistad*
que á don Fadrique debeis,
pagarle agora podeis,
sea mentira ó sea verdad.
Que se ponga le avisad
en cobro; que á la justicia
acaban de dar noticia
que cuando en Madrid estaba,
los doblones cercenaba.
Mirad ¡qué estraña malicia!
DON FADRIQUE.
¿Quién? ¿Cómo es eso? ¡Villano!
Hola, ese mozo tened.
¡Vive Dios! Tras él corred.

QUESADA.

No le alcanzará un alano.

DON GARCIA.

¿Pues qué culpa tiene el pobre,
si esta carta recibió?

DON FADRIQUE.

¡Jesus! ¿Que cerceno yo
doblones, plata, ni cobre?
¿Yo en mi vida...? ¿Yo soy hombre
que en tal bajeza se emplea?

DON GARCIA.

De la doña Dorotea
es la carta; y de su nombre
está firmada: en la nota,
y letra con la primera
se conforma.

DON FADRIQUE.

¿Hay tal quimera?

DOÑA LUCÍA.

Señor, ¿por qué se alborota
don Fadrique? ¿Se arrepiente
de desposarse? Las sordas
cansamos.

QUESADA.

¡Buenas y gordas!

DON FADRIQUE.

Algun infame insolente,
por manchar la opinion mia....

DON GARCIA.

Veamos qué dice mas.

DOÑA LUCÍA.

Señor, ¿no me lo dirás?

DON GARCIA.

Calla y escucha, Lucía.
(Lee.) *Un alguacil va á prendelle,*
de quien supe este suceso:
muchos cómplices han preso;
avisalle es socorrelle.
Esta amistad quise hacelle
por sí en su casa os hospeda.
Mi bien, cercenar moneda,
es delito manifiesto;

dalde aviso, y volved presto.
Quien sin vos llorando queda.=
Doña Dorotea Eraso.
La misma es. ¿Qué hay que decir?

DON FADRIQUE.

Tras el infame he de ir
hasta saber....

DON ANTONIO.

Primo, paso.

ESCENA XIV.

DON JUAN, *con vara.*— DICHOS.

DON JUAN.

¿Quién es aquí don Fadrique?

DON FADRIQUE.

¿Quién lo pregunta?

DON JUAN.

¿Sois vos?

DON FADRIQUE.

Yo soy.

DON JUAN.

Pésame, por Dios,
qué tal de vos se publique;
que esa presencia desmiente
toda falsa acusacion.
Daos, caballero, á prision.

DON FADRIQUE.

Primero que tal intente,
y nadie infamarme pueda,
tengo al mundo de mostrar
que sé lenguas cercenar,
mas no cercenar moneda.
(*Saca la espada.*)

DON JUAN.

¡Favor al rey!
(*Retíranse acuchillandose don Fadrique y don Juan.*)

DON GARCIA.

¡Hay tal cosa!
Vamos á ver en qué para.

¡Jesus! ¡Jesus! (*Vase.*)

DON PEDRO.

El que ampara
opinion tan afrentosa,
participará su afrenta.
Retírome, don Antonio. (*Vase.*)

DON ANTONIO.

Este ha sido testimonio;
mas no corre por mi cuenta. (*Vase.*)

DOÑA LUCÍA.

¿Qué pendencia es esta, hermana?

DOÑA CATALINA.

¡De espacio para eso estoy!
A ver si se libra voy.
Quesada, abrí esa ventana.
(*Vanse doña Catalina y Quesada.*)

DOÑA LUCÍA.

Cristal anda por aquí.

ESCENA XV.

—

CRISTAL.— DOÑA LUCÍA. *Despues* DON DIEGO.

CRISTAL.

¡Bueno se le va poniendo
el ojo á la baca!

DOÑA LUCÍA.

Cristal,
¿cómo no viene don Diego?

CRISTAL.

Anda haciendo trampantojos.
Mas hétele hecho y derecho.

DON DIEGO, *saliendo.*

¿Tenemos seguro el campo,
prenda mia?

DOÑA LUCÍA.

Sí tenemos,
á lo menos de mi parte.

DON DIEGO.

Pues de la mia esté cierto

vuestro amor que, á no adoraros,
nunca yo me hubiera puesto
al peligro que habeis visto.

DOÑA LUCÍA.

No me debeis á mí menos,
pues por vos me he vuelto sorda,
dilatando el casamiento
de vuestro competidor;
pero decidme: ¿qué es esto
del delito que le imputan?
¿Llévanle de veras preso
por cercenador de escudos,
ó es traza de vuestro ingenio?

DON DIEGO.

Traza de nuestro Cristal,
grande inventor de embelecos.
A él se le den las gracias,
y á mí, mi bien, el provecho.

DOÑA LUCÍA.

¿Ansí se agravian amigos?

DON DIEGO.

Por la dama y por el reino,
el amor y la ambicion
dejan amigos y deudos.
Pero, en fin, ¿ensordecistes....?

DOÑA LUCÍA.

Sorda he estado para ellos,
y Argos para vos de oidos,
ojos ya, pues aquí os veo.

DON DIEGO.

Y ofender á vuestra hermana,
¿será lícito?

DOÑA LUCÍA.

En lo mesmo
que vos me habeis respondido,
disculpas amantes tengo;
mas hablad paso, no salga;
que aun permanecen sus celos,
y perdido os ama mas
que cuando os juzgó su empleo.
Pero ¿qué haremos agora
de Fadrique, que va preso

sin causa?

DON DIEGO.

Las que me ha dado
son bastantes.

DOÑA LUCÍA.

¿Cómo es eso?
Pues ¿cercenaba moneda
en Madrid?

DON DIEGO.

De mis deseos,
de mi amor, de mi esperanza
de serviros y de veros.
Mas eso no os dé cuidado;
que todo cuanto se ha hecho
fue, mi bien, rüido hechizo.
Nuestro amor aseguremos,
antes que vuelvan estorbos.
Dadme esa mano.

DOÑA LUCÍA.

Recelo
Doroteas cortesanas.

CRISTAL.

¿Agora tenemos eso?
Si lo sabes, ¿de qué dudas?

DOÑA LUCÍA.

Ahora bien, amor os debo,
que con esta mano os pago.
(*Dánselas.*)
Mi esposo sois.

DON DIEGO.

Vos mi dueño.

CRISTAL.

Doña Catalina sale.

DOÑA LUCÍA.

Pues á mi sordez me vuelvo.

ESCENA XVI.

—

DOÑA CATALINA.—DICHOS.

DOÑA CATALINA.

Dios le libre por quien es;
que ni es posible ni creo
que tal hombre esté culpado.
¡Qué miro! Señor don Diego,
¿vos aquí? ¡Jesus!

DON DIEGO.

Señora,
amistades que respeto,
me traen por darlas ayuda,
segunda vez á Toledo.
En la mitad del camino
me avisaron el suceso
de nuestro buen don Fadrique.

DOÑA CATALINA.

Si le prenden, no tan bueno.

DON DIEGO.

Imaginé hallarle aquí;
pero ya que tarde he vuelto,
os quise besar las manos,
y mostrar el sentimiento
de ver vuestra hermana ansí.
¡Desgracia estraña por cierto!
¡Tal belleza sin oidos!

DOÑA CATALINA.

Háselos cerrado el cielo,
para que en ofensa mia
no os escuche, y me dé celos.

DOÑA LUCÍA.

(*Haciendo la sorda.*)

Contenta estarás agora,
que vuelve el señor don Diego
á alentar tus esperanzas.
¿Digo bien?—¿Cómo....? No entiendo.

DOÑA CATALINA.

(*Recio, á su hermana.*)

Mas le traerán tus cuidados
que los mios.

DOÑA LUCÍA.

Sí, embelecos
de enemigos y envidiosos
la carta habrán contrahecho
de la Dorotea fingida;
que en la corte hay mucho de esto.
¿No es verdad?

DON DIEGO.

Sí, mi señora.

DOÑA CATALINA.

¡Pluguiera á Dios!

DOÑA LUCÍA.

Yo lo creo.
Casarémonos los cuatro;
pero, hermana, ¿no sabremos
por qué riñó don Fadrique,
y en qué paró?

DOÑA CATALINA.

Es largo cuento;
yo te lo diré despacio.

DOÑA LUCÍA.

¡Válgame Dios! ¿por el juego?
¿Luego en eso tambien daba?

(*A don Diego.*)

Y vos, señor, ¿venís bueno?

DON DIEGO.

Vengo muy para serviros.

DOÑA LUCÍA.

Habladme un poco mas recio.

CRISTAL, *aparte.*

¡Oh sordilona chancista!

DON DIEGO.

¡Qué lastima!

DOÑA LUCÍA.

Del sereno
anoche, y de la legía.

DOÑA CATALINA.

Que no te preguntan eso.

DOÑA LUCÍA.

¿Yeso? Podrá ser; que estaba
recien hecho el aposento.
Mátanme las humedades.

DON DIEGO.

Es sin duda.

DOÑA LUCÍA.

Como duermo
con una toca no mas,
recien enjuto el cabello...
En verdad, que me destruye.

DON DIEGO.

¡Gran descuido!

DOÑA LUCÍA.

En Dios lo espero.
¿Habia de quedarme ansí
toda la vida?

CRISTAL.

Adefesios
responde.

DOÑA LUCÍA.

Gusta mi padre
que me despose primero
que cure: obedeceré.

DOÑA CATALINA.

En fin, señor, ¿os perdemos
por novias antecesoras?

DON DIEGO.

No sé lo que os diga en eso.
El tiempo descubrirá
la verdad.

DOÑA CATALINA.

Ya lo hizo el tiempo.
(*Hablan aparte don Diego y doña Catalina.*)

DOÑA LUCÍA.

(*A Cristal.*)
¿Hate vuelto á recibir?

CRISTAL.

Sí, señora.

DOÑA LUCÍA.

Te prometo,
que me pesaba de verte

sin cómodo.

CRISTAL.

Se las beso.

DOÑA LUCÍA.

(*Llegándose á don Diego y su hermana.*)
Sí, váyase; que vendrá
mi padre. No ocasionemos
pesadumbres, si á los dos
os halla hablando en secreto.

DON DIEGO.

Toda sorda es maliciosa.

DOÑA CATALINA.

Y mas si es sorda con celos.

DON DIEGO.

¿Con celos? ¿de quién?

DOÑA CATALINA.

De mí.

DON DIEGO.

Sin amor, mal puede haberlos.

DOÑA CATALINA.

Quiéreos mucho.

DON DIEGO.

Si hoy se casa,
¡bien lo muestra!

CRISTAL.

El viejo, el viejo.

ESCENA XVII.

DON GARCIA.—DICHOS.

DON GARCIA.

¡Si se hubiere jamas visto
caso igual....! ¿Mas cómo es esto?
¿Qué haceis, don Diego, aquí vos?

DON DIEGO.

Vine á deshacer enredos,
que vos podreis convertir,
en fe de tan noble y cuerdo,
en alegres desposorios.

DON GARCIA.

¿Cómo?

DON DIEGO.

Sepamos primero
en qué paró don Fadrique.

DON GARCIA.

Oid; que es estraño cuento.
Salió, la espada desnuda,
con un alguacil riñendo,
que, al parecer, engañoso
intentó llevarle preso,
porque en Madrid cercenaba
oro y plata.

CRISTAL.

Por lo menos.

(Hace por escucharlos doña Lucia, la mano tras la oreja.)

DON GARCIA.

Alborotóse la calle,
y á las voces acudiendo
alguaciles toledanos,
gente y vecinos con ellos,
acusado de su culpa
el fingido forastero,
se nos desapareció
como espíritu, en dos credos.
Juzgara yo ser picon,
á no recibir primero
esta carta remitida
á vos, que este mozo vuestro
me trujo, donde os escribe
la dama que está sin veros
llorando, la del Juanico.

DON DIEGO.

Proseguid; que ya lo entiendo.

DON GARCIA.

Digo que en ella os da parte
de este caso por estenso,
para que en fe de su amigo,
previniésedes el riesgo
de don Fadrique, si bien
unos y otros son enredos
que eslabona por burlarnos

algun ocioso discreto.
Casi estaba persuadido
el don Fadrique á lo mesmo,
cuando de parte el vicario
le mandan que cumpla luego
á la doña Dorotea
que hablé ayer, (encantamento
parece) la fe y palabra
que la dió de casamiento.
Así una cédula suya
lo afirma: todos sus deudos
que lo han sabido, pretenden
soldar su opinion con esto.
Negábalo el don Fadrique;
pero el fiscal acudiendo
al brazo seglar, le ha dado
por cárcel su casa, y puesto
en ella dos ó tres guardas;
y segun es el aprieto
en que la parte le pone,
casaránse sin remedio.
Santiguando me entré en casa;
y podré hacerlo de nuevo,
pues cuando en Madrid os juzgo,
os hallo aquí. Segun esto,
veamos que trazas dais
para que todos troquemos,
(segun decís) pesadumbres
en dichas; que ya la espero.

DON DIEGO.

No es muy difícil. Oid.

ESCENA XVIII.

—

ORDOÑEZ *y luego* DON JUAN.—DICHOS.

ORDOÑEZ.

Aquí busca un caballero
á vuesa merced, señor.

DON GARCIA.

¿A mí?

ORDOÑEZ.

Y al señor don Diego.

DON GARCIA.

¿Tenemos nueva maraña?

DON DIEGO.

Mi primo es; perded recelos.

DON GARCIA.

Díle que entre.

DON JUAN, *saliendo.*

Guarde Dios
á vuesas mercedes.

DON GARCIA.

¡Bueno!
El alguacil cortesano
¿no sois vos?

DON JUAN.

Yo soy el mesmo.
Digo, alguacil del amor,
que he venido á prender celos.

DON DIEGO.

Don Garcia, como supe
que el que elegistes por yerno,
y doña Lucía hermosa
por esposo, de amor ciego,
no pagando obligaciones
de honor, provocaba al cielo,
y vuestra casa injuriaba,
me propuse por el medio
de esas dos cartas escritas
(Señalando á Cristal.)
por este, que para enredos
tiene estraña habilidad....

CRISTAL.

Yo he sido el don Doroteo.

DON DIEGO.

Serviros con impedir
bodas y desasosiegos
de conciencia y de caudales,
que ya amenazaban pleitos.
Ni yo en Madrid tengo dama,

ni don Juan merece menos,
siendo mi primo y mi amigo,
rico, noble, mozo y cuerdo,
el lugar que desocupa
don Fadrique.

DON GARCIA.

¿Cómo es eso?
¿Que las cartas eran falsas?

CRISTAL.

Tengo el genio contrahecho.
Traigan tinta, y lo verán.

DON GARCIA.

¡Jesus! ¡Jesus! Mucho os debo,
y el yerno que me traeis
le estimo yo; mas primero
he de hacer informacion...

DON JUAN.

La mano de padre os beso.

DON GARCIA.

Lucía, ya has mejorado
de esposo.

DOÑA LUCÍA.

¿En el pozo? ¿Es cierto?

DON GARCIA.

¿Qué?

DOÑA LUCÍA.

¿No dice que se echó
Fadrique en el pozo?

ORDOÑEZ.

¡Bueno!
Concertadme esas medidas.

DON GARCIA.

Este señor te traemos
para casarse contigo.

DOÑA CATALINA.

Primo es del señor don Diego.

DON DIEGO.

Y mayorazgo en Castilla.

DOÑA LUCÍA.

(*A don Juan.*)
¿La trompetilla? Pues luego:
y mire que sea de plata;

mas no tenga mucho peso.

DOÑA CATALINA.

No oye mi hermana, señor,
lo que no quiere: esto es cierto;
que, en efeto, *no hay peor sordo....*
Ya me entienden.

DOÑA LUCÍA.

No te entiendo.
¿Qué dices?

DOÑA CATALINA.

Que don Fadrique
está ya casado.

DOÑA LUCÍA.

Estélo.

DOÑA CATALINA.

No contigo.

DOÑA LUCÍA.

No conmigo.
Muy bien oigo todo aqueso.

DOÑA CATALINA.

Y que en su lugar....

DOÑA LUCÍA.

Sí.

DOÑA CATALINA.

Viene
á darte este caballero
la mano.

DOÑA LUCÍA.

¿Llamaron?

DOÑA CATALINA.

Oye.

DOÑA LUCÍA.

Eso, hermana, no lo entiendo.

DOÑA CATALINA.

Porque ya habemos sabido
que don Diego....

DOÑA LUCÍA.

¡Ah, sí! Don Diego....
Eso muy bien lo oigo yo.

DOÑA CATALINA.

Eso tambien yo lo creo.
Está libre....

DOÑA LUCÍA.

Esté en buen hora.

DOÑA CATALINA.

Y hoy tiene de ser mi dueño.

DOÑA LUCÍA.

¿Tu sueño? ¿Que, en fin, soñaste?
Pues mira, no creas en sueños.

DOÑA CATALINA.

¿No oyen esto? Yo bien digo,
que es la sorda de estos tiempos.

DON GARCIA.

(*A doña Catalina.*)
Anda, que estás maliciosa.

DOÑA LUCÍA.

No te entiendo, no te entiendo.

DOÑA CATALINA.

Digo....

DOÑA LUCÍA.

Alza un poco la voz.

DOÑA CATALINA.

(*Como quien hace una prueba.*)
Que te casa con don Diego
señor padre.

DOÑA LUCÍA.

¿A fé?

DOÑA CATALINA.

Sin duda.

DOÑA LUCÍA.

(*Va á abrazar á don Garcia.*)
Los pies y manos te beso,
y porque no vuelva atras
tan prudente y justo acuerdo,
advierte que el desposorio
buen rato há que le hemos hecho.

DON DIEGO.

Señor, esto es la verdad.
Recíprocos pensamientos,
voluntades concertadas,
correspondientes deseos,
crueldad es contradecirlos.

DOÑA CATALINA.

¿Cómo?

DON DIEGO.

Don Juan es sugeto
digno de vuestra hermosura.

DOÑA LUCÍA.

Padre, siga este consejo,
y verá como oigo al punto.

DON GARCIA.

¿ Luego fingístelo?

DOÑA LUCÍA.

Tengo
para no escuchar pesares
los oidos muy adentro.
A don Diego dí la mano,
y él los sentidos me ha vuelto:
si me privan ser su esposa,
hagan cuenta que ensordezco.

DON GARCIA.

Esto debe estar de Dios.

DOÑA LUCÍA.

(*A su hermana.*)
Con desengaños, no hay celos.

DOÑA CATALINA.

Es verdad; pero hay injurias.

DON GARCIA.

A Madrid nos partiremos;
que si como vos decís,
y yo tambien me prometo,
hallo que el señor don Juan....

DON DIEGO.

No hay para qué dudar de eso,
sino aprestar la jornada;
que allá nos desposaremos.

DOÑA LUCÍA.

Pues hasta allá, seré sorda.

CRISTAL.

Éntrate, Ordoñez; no hablemos
los dos en esta comedia,
y seremos los primeros
lacayo y lacayatriz,
que no nos hemos dicho esto.
(*Accion de la uña en los dientes.*)

ORDOÑEZ.

Cristal, hum.
(*Los dedos en la boca.*)

CRISTAL.

Ordoñez, hum.

DOÑA LUCÍA.

Verificado en mí dejo,
senado, que *no hay peor sordo*,
que aquel que se finge serlo.



EXAMEN

DE

NO HAY PEOR SORDO....

Esta comedia y la de *El Vergonzoso en Palacio* eran las únicas que se hallaban en las librerias antes que principiase á salir la *Coleccion general de comedias escogidas.* La de *No hay peor sordo*, representada, divertia mucho, seducia, admiraba; leida en la edicion de 1804, que era la que se hallaba de venta, se le caia á uno de las manos, porque las faltas tipográficas impedian á cada paso comprender la mente del poeta. Faltábale á esta desgraciada composicion la ignominia de caer, al incluirla en la citada *Coleccion general*, en manos de cajistas tan ineptos, tan poco cuidadosos, ó tan mezquinamente pagados, que por ignorancia ó por precipitacion, cometieron al reimprimirla mas errores indudablemente que versos cuenta. Quien se tome la molestia de examinarla artísticamente, verá que no hay en esto exageracion alguna.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

La esposicion adolece de un defecto grave: se habla en ella largamente de la catedral y otros edificios de Toledo, de la venida de los ingleses á Cádiz en 1696, del armamento que se improvisó con este motivo, y de otras cosas que nada tienen que ver con el casamiento de don Diego, asunto principal de la fábula. Este inconveniente traen consigo los dramas *de circunstancias.*

ESCENA II.

Deben ser estremos
con que doña Catalina

da espera á mi amor.

En la edicion original dice: *mi amor desprecia.* La equivocacion es evidente, porque segun vemos despues, doña Catalina, lejos de despreciar el amor de don Fadrique en ningun sentido, lo patrocina, lo favorece. Mas sencilla correccion hubiera sido la de poner: *mi amor alienta, mi amor anima*; pero hemos preferido la que ha visto el lector, por no haber hallado un verbo enteramente propio para este caso, que reuniese la circunstancia de tener D al principio y P en medio.

ESCENA IV.

¡Pobre de tu esposa bella,
si has de sospechar en ella
lo que de otras has sabido!

Aquí está la clave para entender lo demas de esta escena, donde se hace una sátira injuriosísima del bello sexo. El disoluto, acostumbrado al trato de mugeres impúdicas, no cree en la honestidad, porque no ha salido de la esfera del vicio. Por una razon análoga, un habitante de lo interior de Guinea no creerá tal vez que existan hombres de color blanco y sonrosado. En tiempo de Tellez se habia hecho de moda esta clase de injurias, como puede atestiguarse con los escritos de Góngora, Quevedo y otros, que en esta materia, como en algunas mas, no decian lo que pensaban. Aquella moda ha resucitado hoy; pero entre un autor de la época antigua y otro moderno hay cierta diferencia, que puede espresarse perfectamente con unas palabras de nuestro insigne cómico Moratin: «una cosa es que *Tellez* lo diga por gana de fiesta, y otra que *Balzac* nos lo venga á repetir, del modo *que lo hace.*»

ESCENA V.

El encuentro de don Melchor con doña Ángela en el acto primero de *La Celosa de sí misma*; pero aquí la idea está desempeñada muy inferiormente.

ESCENA VII.

Si hay muger que se alabe

ó afirme con verdad que de mí sabe
mocedad que desdiga
de la nobleza que mi sangre obliga,
yo perderé, señora,
la vida amante que su luz adora.

Hacer que mienta un personage de un drama, para fundar sobre esta mentira una situacion cómica ó un golpe de teatro, es un recurso lícito; pero como el disimulo de don Fadrique no conduce en esta comedia á mas que á engañar á don Garcia, á sus hijas y al espectador con ellos, hubiera convenido que aquí se trasluciese la falsedad.

ESCENA X.

La equivocacion de don Diego que trueca las novias, sus forzados cumplimientos á doña Catalina despues que le advierten su yerro, y el dolor de cabeza que finge para escapar de aquella casa, son de gran efecto en la representacion: el acto primero concluye mucho mejor que ha empezado.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA X.

Hasta la escena décima, la accion corre sin tropiezo, y la competencia entre las dos hermanas va bien sostenida. El disfraz de doña Lucía es el peor combinado de cuantos hay en las comedias de Tellez. ¿Cómo puede don Garcia desconocer á su hija, aunque se le presente tapada, si la vé con uno de los vestidos que ella usa, y no á oscuras por cierto, sino en medio del dia y en medio de la calle?

ESCENA XIII.

Graciosa es la trinidad de Doroteas que se completa en esta escena; pero no es verosimil que un caballero pundonoroso como don Garcia abra una carta, aunque sea de muger, que viene dirigida á una persona con la cual, ni tiene íntima confianza, ni está dispensado de guardar atenciones.

ACTO TERCERO.

ESCENAS I Y II.

Pasage atinadamente ideado, y escrito de mano maestra. La fingida sordera de doña Lucía está bien preparada, sus escusas para dilatar la boda que su padre y hermana apresuran, son naturales, y alguna muy plausible.

¿Por qué á Fadrique maltratas,
y su esperanza dilatas?—
Por treinta cosas y mas.
Porque primero ha de entrarse
monja, como ha prometido,
la Dorotea.—
. . . .
¿Hasla tú de cautivar
por fuerza?—
Ó no me casar:
esto es cosa averiguada.—
¡Bueno es eso!—
¡Qué! ¿quisiera
el don Fadrique tener
dama allá, y acá muger?
¿una en casa, y otra fuera?
¡Malos años!

Doña Catalina dice poco despues:

Será Fadrique tu esposo,
ó se casará conmigo. &c.

Arbitrio ó ficcion inútil, y sin apariencia de verosimilitud.

ESCENA III.

Todo este soliloquio es malo. El espectador ó lector, que sabe que no es casado don Diego, perdona fácilmente que Lucía se muestre aun enamorada; pero no perdonará lo de la *posada*, lo de *quedarse y partirse*, y lo de necesitarse cuatro hombres para sacar un muerto. No habla así una joven enamorada.

ESCENA VII.

Aquí nos hallamos con un personage nuevo, casi tan poco necesario para la accion como el don Luis que apareció en el acto segundo, y el don Pedro y el don Antonio que salen despues. Para no dejar desairada á doña Catalina, se podia haber recurrido al mismo don Fadrique; que por lo que toca á la novia, ya se ha visto que es persona de buen acomodo. El autor, sin embargo, no queria que Dorotea se quedase para vestir imágenes, fundándose en aquel axioma: *prior in tempore, potior in jure.*

ESCENA XI.

Llegamos á la que justifica el título de la comedia, al pasage en que la protagonista se finge sorda. No cabe desatinar con mas gracia que lo hace doña Lucía. Se hurla tan completamente de todos, así cuando finge no oir, como cuando manifiesta que oye, porque le conviene, que seria de desear que entre los burlados no asomase la respetable figura de un padre.

ESCENA XIV.

El medio de que se valen don Diego y el recienvenido don Juan para deshacer la boda de don Fadrique, ó retardarla por lo menos, sobre ser absurdo, es villano. Mas natural hubiera sido echar mano del otro recurso que al fin viene á facilitar á don Diego la mano de doña Lucía, es decir, los amoríos de don Fadrique con Dorotea. Tellez, como hemos dicho, se propuso no dejar en esta composicion otra soltera que la criada, y por eso tuvo que traer de Andalucia un tercer galan, que se presenta en casa de don Garcia haciendo de alguacil, y concluye casándose con la hija mayorazga.

ESCENA XVIII.

Furor de mentir es el que acosa á todos los personages que rodean al infeliz don Garcia. Si ya ha desaparecido el estorbo que don Diego podia temer, ¿á qué es el nuevo embuste de que don Juan viene á ocupar la plaza de don

Fadrique? En esta comedia, en fin, los defectos, aunque no de primera magnitud, son muchos; por fortuna la rivalidad de las dos hermanas da lugar á unas cuantas escenas que abundan en bellezas de primer orden, por las cuales no puede el drama quedar escluido de nuestra coleccion.

NOTAS.

I.

En la comedia *el Amor y el Amistad*, al folio 239 vuelto, de la edicion de 1634 se leen estos versos:

Está vaca la alcaidía,
gran señor, de Perpiñan;
preténdela Garcerán
de Luria.—

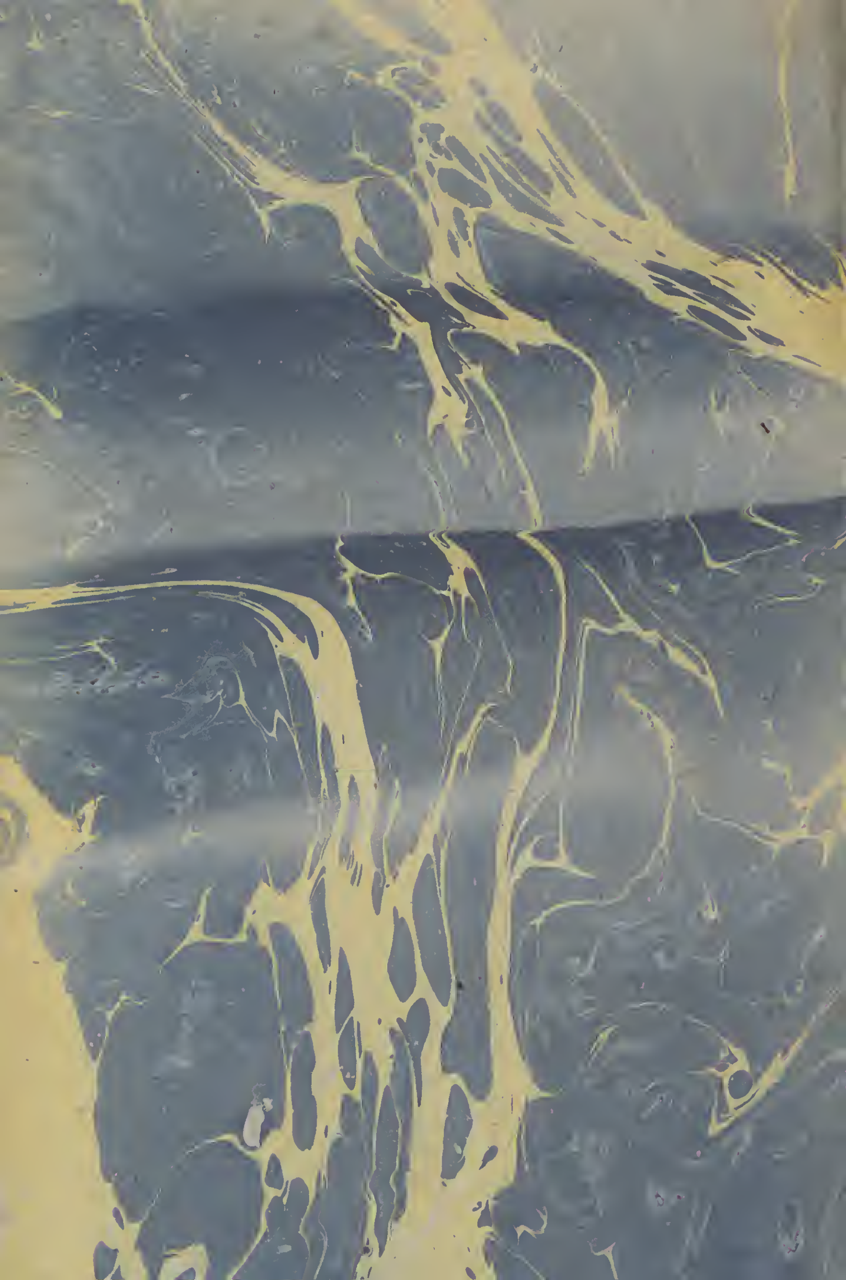
Ser mayordomo mayor
de vuestra alteza pretende
don Dalmao.

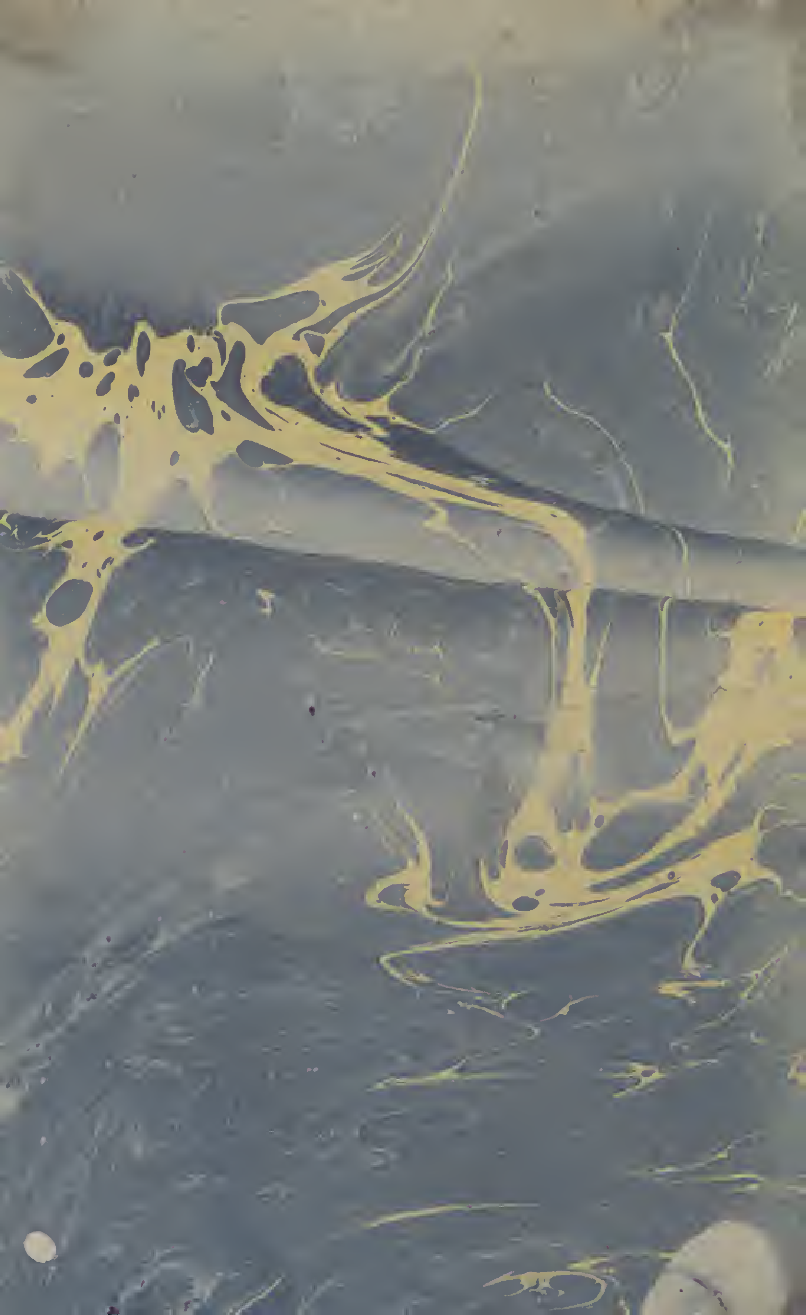
Bajo este supuesto se han corregido en esta reimpresion las réplicas de dichos personages que estaban equivocadas casi siempre. Sirva de ejemplo la página 64 de este tomo, donde don Garcerán hace el cumplimiento que corresponde á don Dalmao. El lector puede enmendar esta errata dejada á propósito.

II.

En la página 150, acto segundo, escena primera de *Mari-Hernandez*, parece que sin temeridad se podrá sustituir *carichato* en lugar de *cari harto*.

INDICE.






250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
4
62